

FANTASIA

Piers Anthony

# LA FUENTE DE LA MAGIA

Una nueva novela de Xanth..., la tierra donde  
la magia es la regla.

grandes  
éxitos



BOLSILLO

Lectulandia

Como gobernante de un país centrado en torno a los hechizos y a los encantamientos el Rey Trent sentía naturalmente curiosidad acerca de la fuente de la magia. Por eso era lógico que ordenara a Bink, el único de sus súbditos inmune al daño sobrenatural que iniciara la búsqueda y descubriera el manantial de donde manaba aquella cualidad única de Xanth.

Desde un principio, sin embargo Bink y sus compañeros, Chester el centauro y Crombie, el soldado transformado en grifo, se vieron acosados por un enemigo invisible decidido a detenerles. Y ni siquiera el poder del Buen Mago Humfrey, unido al talento protector de Bink parecía capaz de salvar sus vidas.

Hasta que Bink decidió tomar la acción más arriesgada de todas las que había tomado en su vida: destruir completamente la magia de Xanth...

**Lectulandia**

Piers Anthony

# **La fuente de la magia**

**La magia de Xanth - 2**

ePub r1.0

Ronin 21.01.14

Título original: *The source of magic*

Piers Anthony, 1979

Traducción: Elías Sarhan

Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Ronin

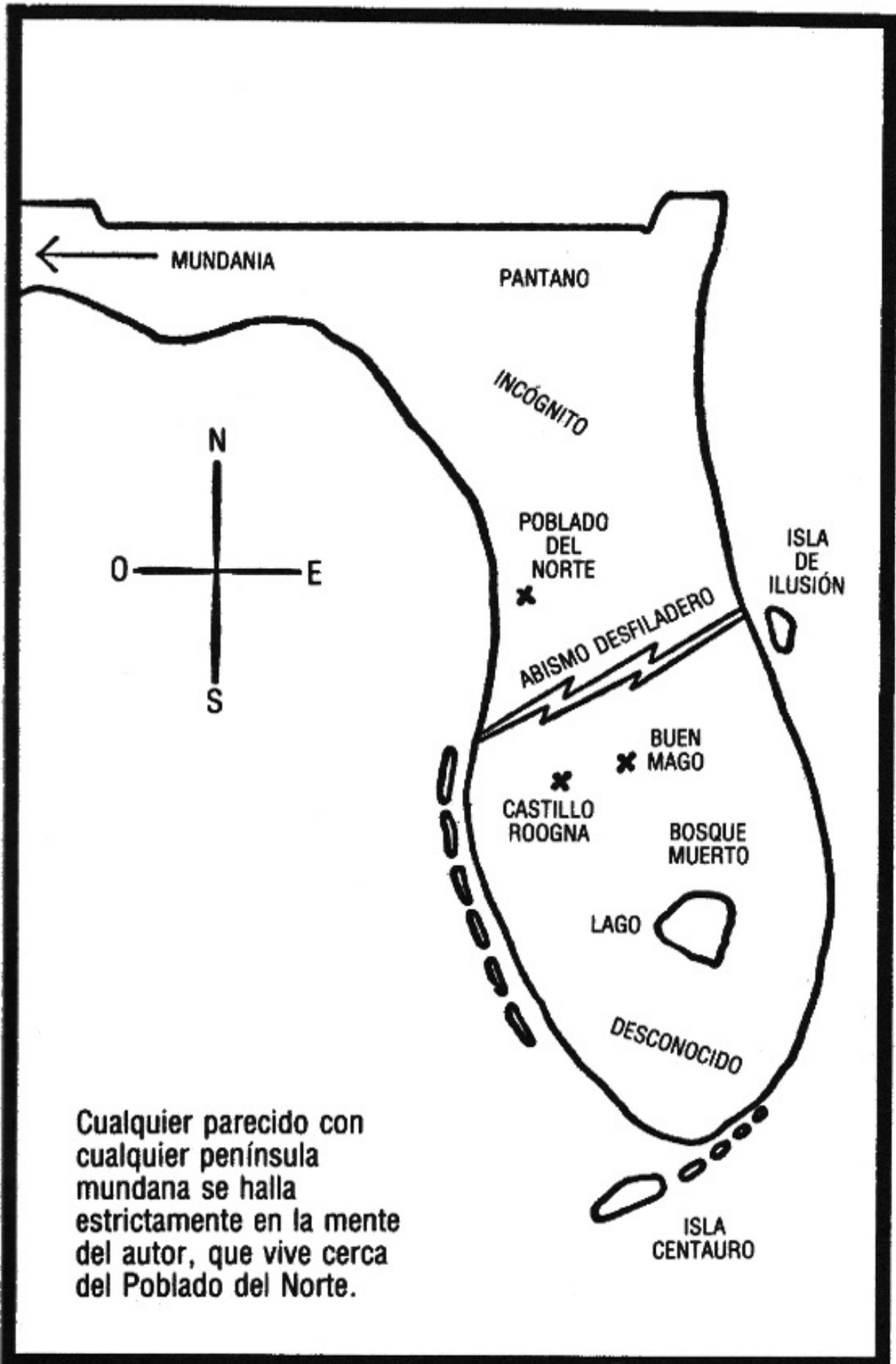
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# XANTH



Cualquier parecido con cualquier península mundana se halla estrictamente en la mente del autor, que vive cerca del Poblado del Norte.

# 1

## El esqueleto en el armario

El olisqueador mágico se dirigió hacia Bink, con su flexible nariz moviéndose con energía. Cuando la criatura llegó hasta él, le dio un ataque de entusiasmo y emitió una sucesión de sonidos aflautados mientras meneaba su peludo rabo y daba saltos a su alrededor.

—¡Tú también me gustas, olisqueador! —comentó Bink, poniéndose en cuclillas para abrazarlo. El hocico de la criatura besó húmedamente su nariz—. Tú fuiste uno de los primeros en creer en mi magia, cuando...

Bink se detuvo, ya que la criatura se estaba comportando de forma extraña. Había dejado de jugar y permanecía quieta, casi asustada.

—¿Qué te sucede, amiguito? —preguntó Bink con preocupación—. ¿He dicho algo que te ha herido? ¡Lo siento!

Pero el olisqueador metió el rabo entre las piernas y se alejó con la cabeza baja. Bink le miró, irritado. Era como si la magia se hubiera desconectado, haciendo que el animal perdiera su capacidad. Sin embargo, el talento de Bink, como el de los demás, era inherente; no podía disiparse mientras él viviera. Alguna otra cosa debía haber asustado al olisqueador.

Bink miró en derredor suyo, incómodo. Hacia el este se hallaba el huerto del Castillo Roogna, en cuyos árboles crecían todo tipo de frutas exóticas, verduras y diversos artefactos, como las cerezas bomba y los pomos de puerta. Al sur estaba el salvaje yermo de Xanth. Bink recordó cómo, hacía bastante tiempo, esa jungla les había conducido de forma tan amenazadora, a él y a sus compañeros, hasta aquí. Hoy en día, los árboles eran, prácticamente, amistosos; lo único que habían deseado era que llegara un Mago y se quedara en el Castillo Roogna para devolverle su antigua gloria. El Rey Trent lo había hecho. Y, ahora, el considerable poder de esta región se volcaba en el bienestar del reino. Todo parecía estar en orden.

Bueno, mejor que continuara con sus asuntos. Esta noche iba a celebrarse un baile, y él tenía los zapatos bastante gastados. Se dirigió hacia el borde del huerto, donde había asentado sus raíces un volátil árbol de zapatos. A los zapatos les gustaba moverse por ahí y, a menudo, se plantaban a sí mismos en sitios apartados.

Este tenía varios pares listos para ser recogidos. Bink los inspeccionó sin arrancarlos, hasta cerciorarse de que encontraba unos que fueran de su número. Entonces tiró de ellos, les sacudió las semillas y se los puso con cuidado. Eran cómodos y bonitos, además de frescos.

Regresó con unos movimientos exagerados, alzando bien los zapatos para no desgastarlos, mientras su mente pensaba aún en el incidente con el olisqueador. ¿Se trataba de un presagio? Los presagios, aquí, en la tierra de Xanth, siempre se hacían

realidad; no obstante, muy rara vez se los podía comprender bien hasta que ya era demasiado tarde. ¿Iba a ocurrirle algo malo a él? Parecía bastante improbable; Bink sabía que no era ninguna exageración pensar que, primero, todo Xanth debería verse asolado por un mal serio antes de que él resultara herido. Seguro que se trataba de una mala interpretación. El olisqueador mágico habría sufrido un ataque de indigestión y tuvo que alejarse deprisa.

Pronto Bink pudo ver su hogar. Era una bonita casa de campo de queso, situada justo en los límites del terreno de palacio, a la que se había mudado cuando se casó. La corteza hacía tiempo que se había endurecido y había perdido parte de su sabor; las paredes estaban compuestas de queso petrificado de grano fino de un color amarillo cremoso. Era una de las casas existentes más sabrosas, pero, como no había sido él mismo el que la agujereara, tampoco le parecía correcto alardear sobre ella.

Bink respiró hondo, se calmó, y abrió la puerta delantera de corteza. Le llegó un dulce olor a queso curado, junto con un grito estridente.

—¿Eres tú, Bink? ¡Ya era hora! ¿Dónde te escabulliste, justo cuando hay un montón de cosas por hacer? ¡No tienes ninguna consideración!

—Necesitaba zapatos —explicó con brevedad.

—¡Zapatos! —exclamó ella, incrédula—. ¡Ya tienes zapatos, idiota!

En ese momento su esposa era mucho más inteligente que él, ya que la inteligencia de Camaleón variaba según la época del mes, lo mismo que su aspecto. Cuando era hermosa era estúpida..., y las dos cosas en grado sumo. Cuando era inteligente era fea. Muy inteligente y muy fea. Ahora se hallaba en la cima de esta última fase. Era una de las razones por las que se mantenía oculta, casi encerrada en su habitación.

—Para esta noche necesito unos que tengan buen aspecto —repuso él, haciendo acopio de paciencia. Pero, al instante de pronunciar las palabras, supo que las había fraseado de forma errónea; cualquier referencia a la buena apariencia la desquiciaba.

—¡Un demonio necesitas, zopenco!

Deseaba que ella no siguiera cebándose en su inteligencia inferior. Normalmente era lo bastante lista como para no hacerlo. Bink sabía que él no era ningún genio; sin embargo, tampoco era subnormal; ella era las dos cosas.

—He de asistir al Baile de Aniversario —le explicó, aunque ella ya lo sabía—. Sería un insulto a la Reina si me presentara mal vestido.

—¡Imbécil! —aulló desde su escondite—. ¡Irás disfrazado! ¡Nadie notará tus apestosos zapatos!

Oh, era verdad. Había realizado el viaje en vano.

—Pero eso es típico de tu egoísmo —continuó ella con su justa ira—. Te largas a la fiesta a pasártelo bien, mientras yo sufro sola en casa, comiéndome las paredes.

El sentido era literal; el queso podía ser viejo y duro, pero, cuando estaba

hambrienta, lo mordisqueaba; y, ahora, estaba hambrienta la mayor parte del tiempo.

No obstante, él intentó ser positivo. Sólo llevaba casado un año, y amaba a Camaleón. Desde el principio estuvo al corriente de que iba a haber malos y buenos tiempos, y este era uno de los malos. Muy malo.

—¿Por qué no asistes tú también al baile, querida?

Ella estalló con una ira cínica.

—¿Yo? ¿Cuándo tengo este aspecto? ¡Ahórrame tus estúpidos sarcasmos!

—Pero, como tú misma me has recordado, se trata de un baile de disfraces. La Reina envolverá a todos los invitados con un disfraz de su elección. De modo que nadie verá...

—¡Idiota y retardado papirote! —aulló a través de la pared, y él oyó que algo se rompía. Estaba poseída por un genuino ataque de furia y arrojaba cosas al suelo—. ¿Cómo puedo asistir a una fiesta con cualquier disfraz..., cuando me encuentro embarazada de nueve meses?

Eso era lo que de verdad la estaba molestando. No se trataba de su fase normal de inteligente-fea, con la que había convivido durante toda su vida, sino de la enorme incomodidad y limitaciones que le imponía su embarazo. Bink había acelerado esa condición en su fase hermosa-estúpida, para descubrir, en la etapa de más inteligente, que ella no había querido ese compromiso de momento. Temía que su bebé saliera como ella..., o como él. Había querido hallar algún hechizo que asegurara que el niño poseyera un talento positivo o, por lo menos, normal; sin embargo, ahora todo dependía del azar. Aceptó la situación con una extremada poca gracia, y no se lo perdonó. A medida que se hacía más inteligente, y cuanto más avanzaba su embarazo, más intensa se volvía su ira.

Bueno, pronto se volvería más bonita..., justo a tiempo para dar a luz. Faltaba aproximadamente una semana. Quizás el bebé fuera normal, incluso con un talento muy fuerte, y los temores de Camaleón desaparecieran. Entonces, dejaría de descargar sus frustraciones sobre él.

No obstante, si el niño salía anormal..., era mejor que ni siquiera pensara en ello.

—Lo siento, lo olvidé —musitó.

—¡Que lo olvidaste! —La ironía de su tono de voz atravesó su sensibilidad como lo haría una espada mágica con el queso de su casa—. ¡Imbécil! Te gustaría olvidar, ¿verdad? ¿Por qué no pensaste en ello el año pasado, cuando...?

—He de irme, Camaleón —murmuró él, retrocediendo con rapidez hacia la puerta—. La Reina se irrita cuando la gente llega tarde.

De hecho, parecía ser la naturaleza de las mujeres irritarse con los hombres y sufrir rabietas. Eso era lo que las diferenciaba de las ninfas, que eran iguales que las mujeres, pero siempre se hallaban solícitas ante los caprichos de los hombres. Supuso que podía considerarse entre los afortunados al no tener una esposa con un talento

peligroso, como el de poder quemar a la gente o el de generar tormentas.

—¿Por qué tiene la Reina que celebrar su ridículo y aburrido baile ahora? —exigió Camaleón—. ¿Justo cuando sabe que yo no podré asistir?

¡Ah, la lógica femenina! Era inútil intentar comprenderla. Toda la inteligencia de la Tierra de Xanth no podría darle sentido a lo que no lo tenía. Bink cerró la puerta a sus espaldas.

En realidad, la pregunta de Camaleón había sido retórica. Los dos conocían la respuesta. La Reina Iris aprovechaba cualquier oportunidad para hacer ostentación de su rango, y este era el primer aniversario de ese rango. En teoría, el baile se celebraba en honor del Rey; sin embargo, al Rey Trent poco le importaban los homenajes y, con toda seguridad, se saltaría la festividad. La fiesta era más bien para la Reina..., y, aunque no podía obligar al Rey a que asistiera, ¡que tuvieran cuidado los funcionarios inferiores que no se presentaran esta noche! Y Bink era uno de esos funcionarios.

¿Y por qué era así?, se preguntó mientras avanzaba sumido en un talante sombrío. Se suponía que él era una persona importante, el Investigador Real de Xanth, cuya misión era la de investigar los misterios de la magia e informar directamente al Rey. Pero, con el embarazo de Camaleón y la necesaria organización de su casa, Bink aún no se había dedicado a ninguna investigación real. En realidad, la culpa era únicamente suya. Debería haber tomado en consideración las consecuencias de dejar preñada a su mujer. En aquel momento, ser padre había sido lo último que tenía en mente. Sin embargo, la Camaleón adorable era una figura que nublaría la mente de cualquier hombre y excitaría su..., ¡no importaba!

¡Ah, la nostalgia! ¡Cuando el amor era nuevo, despreocupado, sencillo, sin responsabilidades! La Camaleón hermosa era tan parecida a una ninfa...

No, se trataba de un sentimiento falso. Su vida anterior, antes de conocer a Camaleón, no había sido tan sencilla, y se la había encontrado tres veces antes de reconocerla. Por aquel entonces temía no poseer ningún talento mágico...

Resplandeció trémulamente... y, de repente, su aspecto cambió. Había llegado el disfraz de la Reina. Mental y físicamente, Bink seguía siendo la misma persona, pero ahora parecía un centauro. Se trataba de la ilusión de la Reina, creada para desarrollar el juego que había inventado en su infinita capacidad de generar males menores. Cada persona había de identificar tantas identidades como le resultara posible antes de acceder al salón de baile del palacio; aquel que identificara correctamente a más gente, recibiría un premio.

Sumado a todo ello, había rodeado el Castillo Roogna con un falso seto de laberinto. Aunque él no se prestara al juego de las adivinanzas, estaría obligado a recorrer el rompecabezas gigante. ¡Maldita fuera la Reina!

Como a todos los demás, no le quedaba más remedio que aceptarlo. El Rey, de forma sabia, no interfería en las cuestiones de la casa, y le daba a la Reina un

considerable campo de acción en su parcela particular. Resignado, Bink se introdujo en el laberinto y comenzó la laboriosa tarea de hallar el camino que conducía al palacio a través de la red de falsos senderos.

La mayor parte del seto era ilusión; no obstante, había el suficiente anclado a la realidad como para hacer que fuera más seguro respetar el laberinto en vez de, simplemente, atravesarlo en línea recta. La Reina lograría su diversión, en especial en este importante Primer Aniversario de la coronación del Rey. Cuando no se la contentaba, podía volverse más desagradable que Camaleón.

Bink rodeó una esquina... y casi chocó con un zombi. El agusanado rostro de la cosa chorreaba barro y una sustancia viscosa, y las grandes cuencas de los ojos eran ventanas de putrefacción. El hedor era abrumador.

Con una morbosa fascinación, Bink contempló aquellos ojos. En su profundo interior parecía haber una leve iluminación, como el de la luna sobre una llanura encantada o el del brillante moho alimentándose del cerebro podrido de un cadáver. Era como si pudiera ver, a través de dos túneles idénticos, la misma fuente de esa horrible animación; y, tal vez, la misma raíz de toda la magia de Xanth. No obstante, se trataba de una pesadilla, ya que el zombi era un muerto viviente, un horror que debería ser enterrado en el acto y olvidado de inmediato. ¿Por qué este se había liberado de su inquieta tumba? Usualmente, los zombies despertaban sólo para la defensa del Castillo Roogna y, desde que subiera al trono el Rey Trent, se habían mantenido pasivos.

El zombi dio un paso hacia él, y abrió su boca de fósil.

—Vvooomm —dijo, esforzándose en hacer que el pútrido gas que era su único aliento formara una palabra.

Bink retrocedió, enfermo. Le tenía miedo a pocas cosas de la Tierra de Xanth, ya que su capacidad física y su talento mágico le convertían en una de las personas más sutilmente formidables del reino. Sin embargo, el peculiar disgusto e incomodidad que acarreaba el tratar con un zombi le enervaban. Dio media vuelta y corrió por una avenida lateral, dejando atrás a aquella cosa no muerta. Con sus podridas articulaciones óseas y su putrefacta carne, no podía competir con la velocidad de él; ni siquiera lo intentó.

De pronto, una resplandeciente espada apareció ante él. Perplejo por esta segunda aparición, Bink se detuvo. No vio a nadie ni a nada que la sujetara, sólo estaba el arma. ¿Cuál era el objetivo de esta ilusión?

Oh..., seguro que se trataba de otro de los trucos que tanto le gustaban a la Reina. Le agradaba hacer que sus fiestas fueran emocionantes, que presentaran desafíos a los concurrentes. Lo único que tenía que hacer era atravesar la espada, descubriendo el farol de esta aparición ad hoc.

No obstante, dudó. La hoja mostraba un aspecto terriblemente real. Bink recordó

la experiencia que tuvo de joven con Jama. El talento de este era la manifestación de espadas voladoras, sólidas y afiladas, muy peligrosas durante los pocos segundos que se mantenían; su costumbre era ejercitar su talento con arrogancia. Jama no era amigo de Bink y, si se hallaba cerca...

Bink desenfundó su propia espada.

—¡En guardia! —exclamó, y atacó a la otra hoja, casi con la esperanza de que su acero la atravesara sin ninguna resistencia. A la reina le encantaría que su engaño hubiera funcionado y, de esta forma, él no corría ningún riesgo en caso que...

La otra espada era sólida. El acero resonó contra el acero. Entonces, la otra hoja giró, soltándose de la suya, y se lanzó hacia su pecho.

Bink detuvo la estocada y se hizo a un lado. ¡No se trataba de una espada efímera ni de ninguna cosa voladora sin mente! Una mano invisible la guiaba, lo cual significaba que había tras ella un hombre invisible.

La espada atacó de nuevo, y otra vez Bink paró la estocada. ¡Intentaba atravesarle de verdad!

—¿Quién eres? —inquirió Bink, pero no obtuvo respuesta.

Durante el último año, Bink había estado practicando esgrima, y su maestro declaró que era un buen estudiante. Bink poseía valor, velocidad y un gran poderío físico. Sabía que aún no era ningún experto, pero tampoco un aficionado. Más bien le agradaba el desafío, incluso contra un oponente invisible.

Sin embargo, un duelo en serio... era distinto. ¿Por qué le atacaban en esta ocasión festiva? ¿Quién era su silencioso y secreto adversario? Tenía suerte de que el hechizo de invisibilidad de esa persona no hubiera afectado a la espada también, ya que, entonces, le habría resultado tremendamente difícil contrarrestarla. No obstante, cada parcela de magia en Xanth poseía una sola función; una espada no podría mantener sus necesarios hechizos de filo y dureza y, al mismo tiempo, ser invisible. Bueno, era posible, ya que todo era posible con la magia; pero era muy improbable. De cualquier modo, lo único que Bink necesitaba ver era esa arma.

—¡Detente! —gritó Bink—. Desiste o, de lo contrario, me veré obligado a contraatacar.

De nuevo la espada enemiga le embistió con ferocidad. Bink se había dado cuenta ya de que no se enfrentaba a un experto; el estilo del espadachín era más enérgico que habilidoso. Bink bloqueó la espada con facilidad y lanzó una estocada al pecho desguarnecido de su oponente. Sólo había un sitio en el que pudiera hallarse su pecho, ya fuera visible o no, debido a que en la esgrima hacía falta un cierto equilibrio y postura. La estocada de Bink no fue lo suficientemente fuerte como para mutilar, pero sí para...

Su espada atravesó el invisible torso sin encontrar resistencia. Ahí no había nada.

Bink, sorprendido, perdió la concentración y el equilibrio. El acero enemigo se

lanzó hacia su rostro. Apenas tuvo tiempo de esquivarlo. Le había enseñado esa maniobra su instructor, Crombie, el soldado; sin embargo, el poder evitarlo se debió en parte a la suerte. Sin su talento, quizás en ese momento se encontraría muerto.

A Bink no le gustaba depender de su talento. Esa era la razón por la que había empezado a practicar el manejo de la espada: para poder defenderse a su manera, de forma abierta, con orgullo, sin tener que sufrir las burlas privadas de aquellos que suponían que, de modo natural, la suerte le había ayudado. Su magia podía detener o estropear un ataque haciendo que su agresor resbalara en la cáscara caída de una fruta; no se preocupaba por su orgullo. Pero, cuando ganaba justamente con su espada, nadie se reía. Nadie se estaba riendo ahora; sin embargo, seguía sin gustarle el verse atacado por un... ¿qué?

Debía tratarse de una de las armas secretas del arsenal privado del Rey, y estaba siendo guiada de forma consciente. No obstante, no se trataba de la acción del Rey. El Rey Trent jamás gastaba bromas pesadas, y no permitía que nadie hurgara con sus armas. Alguien había activado esta espada y la había enviado a causar daño; esa persona se enfrentaría pronto a la formidable ira del Rey.

Pero en ese momento esto no era un gran consuelo para Bink. No quería que pareciera que se escondía detrás de la protección del Rey. Deseaba librar su propia lucha y vencer. Sin embargo, tendría dificultades en contactar con una persona que no estaba ahí.

Mientras lo analizaba, Bink descartó la idea de que una persona estuviera manipulando la espada a distancia. Mágicamente, era posible, pero, hasta donde él sabía, no tenía enemigos; nadie querría atacarle, ya fuera por medios mágicos o naturales, y nadie se atrevería a hacerlo con una de las propias espadas del Rey, en el jardín del Castillo Roogna.

Bink intercambió estocadas con la espada enemiga, haciendo que, poco a poco, quedara en una posición vulnerable; entonces, lanzó un tajo al brazo invisible. Por supuesto, allí no encontró ningún brazo. No cabía la menor duda: la espada se manejaba a sí misma. Nunca antes había luchado contra una de estas hojas, ya que el Rey desconfiaba de las armas estúpidas, así que la experiencia le resultaba nueva. Sin embargo, no había nada extraño en ello; ¿por qué no habría de enfrentarse a una espada encantada?

No obstante, ¿por qué una espada semejante querría su vida, suponiendo que actuara por cuenta propia? Bink sentía un gran respeto hacia las espadas. Cuidaba muy bien a la suya, comprobando siempre que el hechizo del filo estuviera en funcionamiento, y nunca abusaba del instrumento. No había razón para que ninguna espada de cualquier tipo o credo tuviera algún problema con él.

Quizá, de forma inadvertida, había ofendido a esta espada en particular.

—Espada, si te he ofendido o molestado de algún modo, ofrezco mis disculpas y

me retracto —comentó—. No deseo batirme contigo sin motivo.

La espada le lanzó un veloz tajo a las piernas. ¡No había cuartel!

—¡Por lo menos dime cuál es tu agravio! —exclamó Bink, apartándose justo a tiempo.

La espada prosiguió imperturbable con su ataque.

—Entonces, me veré obligado a anularte —repuso Bink, con una mezcla de pena, ira y anticipación.

¡Aquí tenía ahora un desafío real! Por vez primera adoptó una postura ofensiva total, manejando la espada con habilidad. Sabía que era mejor que su adversario.

Sin embargo, no podía abatir al que empuñaba el arma, ya que no había nadie que lo hiciera. Nadie a quien atravesar, ninguna mano que cercenar. Y la espada no mostraba señales de agotamiento; la magia la mantenía. Entonces, ¿cómo podría vencerla?

¡Se trataba de un desafío mayor del que había supuesto! Bink no estaba preocupado, porque le costaba preocuparse por una pericia menor que la suya. Pero, si la oposición era invulnerable...

Aun así, su talento no permitiría que la espada le hiriera. Una espada empuñada por un hombre, en una circunstancia normal, podría dañarle, ya que no había magia alguna involucrada; sin embargo, cuando esta se hallaba de por medio, estaba a salvo. En Xanth apenas había nada que no fuera mágico, de modo que se encontraba protegido casi por completo. La cuestión era: ¿iba a prevalecer de forma honesta, por medio de su habilidad y coraje, o lo haría por alguna coincidencia en apariencia fantástica? Si no lo conseguía de la primera de las formas, su talento lo realizaría de la segunda.

De nuevo hizo que la otra espada quedara expuesta en una posición vulnerable y la golpeó con la parte plana de su hoja, con la esperanza de partirla. No funcionó; el metal era demasiado fuerte. En realidad, en ningún momento creyó que semejante estratagema funcionara; la resistencia era una de los hechizos básicos que se introducían en las espadas modernas. Bueno, y ahora, ¿qué?

Escuchó el clop-clop de alguien que se acercaba. Tenía que solucionar la situación rápidamente o verse sujeto a la vergüenza de ser rescatado. A su talento no le importaba su orgullo, sólo su cuerpo.

Bink se halló con la espalda apoyada contra un árbol..., uno de verdad. El seto-laberinto había sido superpuesto sobre la vegetación ya existente, de modo que todo formara parte del rompecabezas. Se trataba de un árbol de corteza de pegamento: cualquier cosa que penetrara en ella quedaba pegado de inmediato. Entonces, lentamente, el árbol crecía alrededor del sujeto y lo absorbía. Era inofensivo, siempre que la corteza estuviera intacta; los niños podían trepar sin ningún peligro por su tronco y jugar en sus ramas, siempre que no utilizaran clavos para subir. Los pájaros

carpinteros jamás se acercaban a ellos. De modo que Bink podía apoyarse contra su tronco, pero debía tener cuidado en no...

La espada enemiga le lanzó un tajo a la cara. Más tarde, una vez hubo pasado todo, Bink no estuvo seguro de si su inspiración le vino antes o después de su acción. Seguramente después, lo cual implicaba que su talento había funcionado otra vez, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. De cualquier forma, en vez de bloquear la estocada, se agachó.

La espada pasó por encima de su cabeza y se incrustó en el árbol, causando un profundo corte en la corteza. Al instante, la magia del árbol se centró en el acero, y este quedó sellado al tronco. Se debatió por salir, pero no pudo escapar. ¡Nada podía derrotar la magia específica de algo en su propio terreno! Bink era el vencedor.

—Adiós, espada —dijo, enfundando su propia arma—. Lamento que no podamos continuar más tiempo.

Sin embargo, detrás de su ligereza había una cierta inquietud lúgubre: ¿qué o quién había incitado a esta espada mágica a matarle? Estaba claro que, después de todo, debía de tener un enemigo en algún lugar, y eso no le gustó. No es que temiera el ataque al que pudieran someterle, sino que le disgustaba esa sensación visceral que sentía al saber que a alguien le caía mal, cuando por todos los medios intentaba no molestar a nadie.

Giró otra esquina..., y chocó de lleno contra un cacto de agujas. No se trataba de uno verdadero, o se habría convertido en un alfiletero humano; era uno falso.

El cacto bajó una espinosa rama y cogió a Bink por el cuello.

—¡Torpe patán! —bufó—. ¿Acaso deseas que restriegue tu apestoso rostro por el barro?

Bink reconoció de inmediato la voz y el apretón.

—¡Chester! —apenas pudo articular a través de su ahogada garganta—. ¡Chester Centauro!

—¡Por todas las moscas de los caballos! —juró Chester—. ¡Has hecho que me delatara! —Aflojó levemente su terrible apretón—. Pero ahora será mejor que me digas quién eres tú, si no quieres que te retuerza así. —Intensificó su apretón, y Bink creyó que la cabeza iba a estallarle fuera de su cuerpo. ¿Dónde estaba su talento en ese momento?

—¡Fink! ¡Fink! —graznó Bink, tratando de pronunciar su nombre a pesar de que no podía cerrar del todo los labios—. ¡Hink!

—¡Este no es momento de tener hipo! —ladró Chester, irritado, lo que hizo que apretara con más fuerza—. No sólo eres feo como el infierno, sino que además eres impertinente. —Entonces exclamó—: ¡Hey..., llevas mi cara!

Bink lo había olvidado: estaba con el disfraz. La sorpresa del centauro hizo que se relajara momentáneamente; Bink aprovechó la oportunidad.

—¡Soy Bink! ¡Tu amigo! ¡Con un aspecto ilusorio!

Chester quedó pensativo. Los centauros no eran estúpidos, aunque este tendía a pensar con los músculos.

—Si intentas engañarme...

—¿Recuerdas a Herman, el Ermitaño? ¿Cómo me encontré con él en el yermo, y cómo salvó a Xanth del enjambre de culebreadores con su magia de fuegos fatuos? ¡El mejor centauro de todos!

Chester, por fin, bajó a Bink al suelo.

—El tío Herman —recordó con una sonrisa. El efecto fue espantoso en su rostro de cacto—. Supongo que eres tú. Pero ¿qué haces con mi forma?

—Lo mismo que tú con forma de cacto —repuso Bink, frotándose el cuello—. Voy al baile de disfraces. —No parecía tener el cuello lastimado, de modo que su talento prefirió dejar pasar el encuentro sin intervenir.

—Oh, sí —repuso Chester, flexionando de forma elocuente sus agujas—. La malicia de la Buena Reina Iris, esa perra de Hechicera. ¿Has encontrado ya la entrada a palacio?

—No. De hecho, me tropecé con un... —Bink aún no estaba seguro de querer hablar sobre la espada—. Con un zombi.

—¡Un zombi! —Chester se rió—. ¡Pobre del zopenco que esté bajo ese disfraz!

¡Un disfraz! ¡Claro! Aquel zombi no había sido verdadero; simplemente se trataba de otro de los disfraces de ilusión de la Reina. Bink había reaccionado con tanta estrechez de miras como Chester, huyendo antes de descubrir siquiera su identidad. Razón por la que, posteriormente, se había topado con la espada que, estaba claro, no era ni un disfraz ni una ilusión.

—Bueno, de todas formas, no me gusta demasiado este juego —dijo.

—A mí tampoco —acordó Chester—. Sin embargo, el premio..., vale todo un año de mi vida.

—Por definición —comentó Bink, hosco—. Una Pregunta Respondida por el Buen Mago Humfrey..., gratis. No obstante, todo el mundo compite por ella; ganará algún otro.

—¡No si movemos los cascos! —replicó Chester—. ¡Vamos a desenmascarar al zombi antes de que se aleje!

—Sí —aceptó Bink, avergonzado por su primera reacción.

Pasaron al lado de la espada, que aún se hallaba atrapada en el árbol.

—¡Por todos los guardianes! —exclamó Chester con felicidad, mientras depositaba la mano sobre la empuñadura.

—Es un corteza de pegamento; no la soltará.

Pero el centauro ya había aferrado la espada, y tiró de ella. Tan grande era su fuerza que del tronco cayó una lluvia de corteza y madera. No obstante, la espada no

se liberó.

—Hum —musitó Chester—. Mira, árbol..., en el Poblado Centauro tenemos un corteza de pegamento. Durante la sequía, yo lo regué cada día, de modo que consiguió sobrevivir. Lo único que te pido a cambio ahora es esa espada, que tú no necesitas.

La espada se soltó. Chester la guardó en su carcaj de flechas, asegurándola con un lazo del rollo de cuerda que también llevaba. O eso es lo que creyó Bink al contemplar las contorsiones del cacto. Bink había llevado una mano a su propia espada, temiendo a medias la reanudación de las hostilidades; sin embargo, el otro acero permaneció inmóvil. Fuera lo que fuese lo que lo animara antes, se había marchado.

Chester notó la mirada de Bink.

—Tienes que comprender a los árboles —repuso, mientras reanudaban la marcha—. Lo que he dicho es verdad; un centauro jamás miente. Yo regué aquel árbol. Era más cómodo que el lavabo.

De modo que este corteza de pegamento había cedido su premio. Bueno, ¿por qué no? Los centauros, por lo general, eran amables con los árboles, aunque Chester no sentía ningún amor hacia los cactos de agujas. Razón por la que, sin lugar a dudas, la Reina, caprichosamente, le había impuesto este disfraz.

Llegaron al lugar donde Bink se había topado con el zombi; sin embargo, la cosa desagradable ya no estaba allí. Lo único que quedaba de su paso era una mancha de limo en el sendero. Chester lo removió con una pata delantera.

—¿Porquería real... de un zombi falso? —inquirió, desconcertado—. Las ilusiones de la Reina están mejorando.

Bink asintió. Era un toque perturbador. Estaba claro que la Reina había extendido en gran medida sus ilusiones...; no obstante, ¿por qué se molestaría? Su magia era fuerte, mucho más avanzada que los talentos de la gente corriente, ya que era uno de los tres ciudadanos existentes en Xanth con categoría de Mago. Sin embargo, debía ser una gran tensión, incluso para su poder, mantener cada detalle de cada traje de todas las personas invitadas a la mascarada. Los disfraces de Bink y Chester eran únicamente visuales, porque, de lo contrario, les habría resultado difícil conversar entre ellos.

—Aquí hay una pila de tierra fresca —comentó Chester—. Tierra de verdad, no de zombi. —La tanteó con una pata de cacto que, de todas formas, dejó la huella de un casco—. ¿Crees que la cosa habrá vuelto a la tierra en este lugar?

Con curiosidad, Bink dispersó el montón con su propio pie. En su interior no había nada, salvo más tierra. Ninguna señal de un zombi.

—Bueno, lo hemos perdido —murmuró Bink, inquieto por alguna razón que todavía no podía dilucidar. ¡El zombi había parecido tan real!—. Vayamos en busca

de la entrada a palacio, en vez de quedarnos como unos tontos aquí.

Chester asintió, y su cabeza de cacto se agitó de un modo ridículo.

—De todas formas, no se me estaba dando muy bien eso de adivinar la identidad de la gente —admitió—. Además, la única pregunta que le podría formular al Buen Mago no tiene respuesta.

—¿Qué no tiene respuesta? —preguntó Bink cuando se adentraban por otro canal.

—Desde que Cherie tuvo al potrillo (es un pequeño centauro precioso, con una tupida cola), es como si ya no dispusiera de mucho tiempo para mí. Soy como un quinto casco en el establo. ¿Qué puedo...?

—¡Tú también! —exclamó Bink, que reconoció la raíz de su propio problema—. Camaleón aún no ha tenido al nuestro, pero... —Se encogió de hombros.

—No te preocupes..., no parirá un potrillo.

Bink se atragantó, aunque no era un comentario realmente gracioso.

—Las yeguas... No puedes correr con ellas, no puedes correr sin ellas —continuó Chester, apesadumbrado.

De pronto, apareció una arpía por una esquina. Hubo otro caos para evitar la colisión.

—¿Tienes el pico ciego? —exigió Chester—. Aletea de aquí, cerebro de pájaro.

—¿Tienes una cabeza de vegetal? —replicó la arpía con un tono de voz aflautado—. Apártate de mi camino antes de que te cosa con tus propias agujas romas en una apetosa bola.

—¡Agujas romas! —Chester, que aun en su mejor humor se mostraba siempre un tanto beligerante, se hinchó de forma visible ante esa ofensa. Si hubiera sido un cacto de verdad, habría disparado de inmediato una andanada de agujas...; además, ninguna de ellas tenía el aspecto romo—. ¿Quieres que te meta esas pegajosas alas por tu presumido pico?

Fue el turno de la arpía de inflarse. La mayor parte de la especie estaba compuesto por hembras, pero esta era un macho: una muestra adicional del humor más bien incisivo de la Reina.

—Claro —repuso cantarínamente el hombre pájaro—, después de que a ti te expriman la savia de la pulpa, rostro verde.

—Oh, ¿de veras? —demandó Chester, olvidando que los centauros no eran pendencieros corrientes.

La arpía y el cacto se enfrentaron. Era evidente que la arpía era una criatura de un tamaño considerablemente mayor de lo habitual, una que podía no tolerar ninguna provocación de extraños. Ese extraño y semimusical tono de voz...

—¡Mantícora! —exclamó Bink.

La arpía se detuvo.

—Un punto para ti, centauro. Tu voz me resulta familiar, pero...

Sorprendido, Bink se recordó que seguía con el disfraz de centauro en ese momento, de modo que la criatura se dirigía a él, no a Chester.

—Soy Bink. Nos conocimos cuando visité al Buen Mago, en la época en que...

—Oh, sí. Tú rompiste su espejo mágico. Afortunadamente, tenía otro. ¿Qué fue de ti?

—Entré en tiempos difíciles. Me casé.

La mantícora se rió musicalmente.

—Espero que no lo hicieras con este cacto.

—Escucha, cosa... —empezó a decir Chester, amenazadoramente.

—En realidad se trata de mi amigo Chester Centauro —intervino con rapidez Bink—. Es el sobrino de Herman el Ermitaño, el que salvó a Xanth de...

—¡Conocí a Herman! —exclamó la mantícora—. El más grande centauro que jamás existió, incluso antes de dar su vida por su patria. El único al que conocí que no estaba avergonzado de su talento mágico. Uno de sus fuegos fatuos me ayudó una vez a encontrar la salida de la madriguera de un dragón. Cuando me enteré de su muerte, me sentí tan apenado que, en un arranque de pesar, aguijoneé a un árbol ahorcador y lo maté. Estaba tan por encima de esas cabezas equinas de la manada común que lo exiliaron... —Se interrumpió—. Mi intención no es ofenderte, cacto, ya que eres su sobrino y todo eso. Quizá tenga pendiente algún aguijonazo contigo, pero nunca mancillaré el recuerdo de ese notable ermitaño.

No existía una ruta más segura hacia los favores de Chester que la alabanza de su tío-héroe, como quizá conociera la mantícora.

—¡No hay ofensa! —exclamó de inmediato el centauro—. ¡Todo lo que has dicho es verdad! Mi pueblo exilió a Herman porque creía que la magia en un centauro era algo obsceno. La mayoría lo sigue pensando aún. Incluso mi propia yegua, a pesar de ser la más bonita pieza de carne equina que... —Sacudió su cabeza de cacto, dándose cuenta de lo inapropiado del comentario—. Son cabezas equinas.

—Los tiempos están cambiando —comentó la mantícora—. Algún día todos los centauros alardearán de sus talentos en vez de vilipendiarlos. —Hizo un gesto con sus alas de arpía—. Bueno, he de seguir identificando a más gente...; no es que me haga falta el premio; se trata, simplemente, del desafío.

Prosiguió su marcha. Bink se maravilló otra vez del humor de la Reina, que disfrazaba de arpía a una criatura tan formidable como la mantícora, que poseía la cabeza de un hombre con mandíbulas triples, cuerpo de león, alas de dragón y el aguijón de un escorpión monstruoso. Ciertamente, era una de las criaturas más mortíferas de la Tierra de Xanth..., con un aspecto de lo más desagradable. No obstante, la mantícora lo llevaba con gracia, prestándose al juego de las charadas y los disfraces. Con toda probabilidad se sentía segura en el conocimiento de que poseía un alma y, así, poco le importaban las apariencias.

—Me pregunto si tendré un talento mágico —musitó Chester, con un ligero deje de culpabilidad en la voz. ¡La transición de la obscenidad al orgullo era realmente difícil!

—Si ganas el premio, lo podrás averiguar —le indicó Bink.

El cacto resplandeció.

—¡Por supuesto! —Evidentemente, esta era la pregunta que Chester tenía en mente y no había expresado. Luego, el cacto se apagó de nuevo—. Pero Cherie nunca me dejará tener un talento, ni siquiera uno pequeño. Es tremendamente recatada en eso.

Bink recordó la actitud remilgada de la yegua y asintió. Cherie Centauro tenía una preciosa figura de yegua, y era muy capaz de manejar la magia general de Xanth; sin embargo, no la toleraba en ningún centauro. Le recordó a Bink la actitud que mostraba su madre sobre el sexo en los jóvenes. En lo referente a los animales, no había problemas, pero cuando entraban en juego las ninfas de la avena silvestre...; Chester tenía un problema.

Doblaron otra esquina —las esquinas proliferaban en este laberinto infernal—, y allí estaba el portal de palacio, que brillaba más allá del puente levadizo que había encima del foso.

—¡Apresurémonos antes de que el laberinto cambie! —exclamó Bink.

Corrieron hacia la entrada..., pero, mientras lo hacían, el esquema del seto osciló y se nubló. Lo más peculiar de este laberinto era su inestabilidad; a intervalos irregulares cambiaba a nuevas configuraciones, de forma que resultaba imposible tratar de resolverlo de manera metódica. Iba a ser demasiado tarde para que pudieran salir de él.

—¡No pienso detenerme! —gritó Chester. El ruido de galope del cacto se hizo más audible—. ¡Salta a mi espalda!

Bink no lo discutió. Dio un salto hacia la parte más espinosa del cacto y, sin pensarlo, hizo una mueca, casi esperando clavarse un puñado de agujas. Aterrizó limpiamente sobre el lomo de Chester, que tenía un tacto bastante equino. ¡Fuuu!

Cuando notó el impacto, Chester aceleró. Bink ya había cabalgado antes sobre un centauro, cuando Cherie, amablemente, le había llevado un trecho de su viaje...; ¡pero jamás sobre una central eléctrica como esta! Chester era fornido incluso para los cánones de los centauros y, además, ahora tenía prisa. Los enormes músculos palpitaban por todo su cuerpo, haciendo que avanzara con tal ferocidad que Bink temió ser lanzado por los aires tan pronto como aterrizara. Pero se aferró a dos manojos de crin y aguantó, en la confianza de que su talento le protegería también contra esta eventualidad.

Pocos residentes de Xanth conocían el talento de Bink; y él mismo lo había ignorado los primeros veinticinco años de su vida. Ello se debió a la forma en que el

propio talento se ocultaba, evitando la publicidad. Le impedía ser herido por la magia...; sin embargo, cualquiera que estuviera al tanto de ello le podía herir por medios mundanos. De forma que el talento de Bink se ocultaba debajo de una aureola de aparente coincidencia. Sólo el Rey Trent, aparte del mismo Bink, sabía la verdad. Quizás el Buen Mago Humfrey la sospechara también, y Camaleón debía tener una idea.

Un nuevo seto se formó entre ellos y el portal. Probablemente se tratara de una ilusión, ya que acababan de ver la puerta. Chester se lanzó a su través..., y desperdigó ramas por los aires. No era ninguna ilusión; esta vez la ilusión debió ser la puerta. La Reina Hechicera podía hacer que las cosas desaparecieran creando la ilusión de un espacio abierto; tendría que haberlo recordado antes.

¡Qué potencia poseía esta criatura! Un follaje invisible azotó a Bink como el viento de una tempestad, pero se sujetó con fuerza. Apareció otra barrera; Chester giró para seguir otro canal que iba en la dirección por la que él marchaba, y luego atravesó otro seto cruzado. ¡Una vez que este centauro entraba en movimiento, había que sentir pena por el hombre, la bestia o la planta que se interpusiera en su camino!

De repente, se encontraron fuera del laberinto y al lado del foso. No obstante, el giro realizado por Chester les había traído a veinte metros de distancia del puente levadizo, y ya no disponían de espacio suficiente para corregir su rumbo.

—¡Agárrate! —gritó Chester, y saltó.

Esta vez el impulso fue tan fuerte que Bink arrancó un puñado doble de la crin del centauro y se deslizó hacia atrás. Cayó dando media vuelta y se hundió en el foso.

Los monstruos que habitaban el foso convergieron de inmediato hacia él, con las fauces abiertas en anticipación. Siempre estaban al acecho; de otro modo, les hubieran despedido. Una enorme serpiente descendió desenroscándose, cada uno de sus resplandecientes dientes tan largo como los dedos de Bink. Desde el otro lado, un croc de color púrpura desenroscó su nudosa probóscide, mostrando unos dientes más grandes aún. Y, justo debajo de Bink, ascendiendo de las remolineantes aguas fangosas del fondo, venía un behemoth, cuyo lomo era tan ancho que parecía llenar todo el foso.

Bink braceó frenéticamente en el agua, tratando de nadar hacia la seguridad, ya que sabía que ningún hombre podía salir vivo de un enfrentamiento con ninguno de estos monstruos, y menos con los tres juntos. El behemoth salió a la superficie, alzando la mitad de su cuerpo fuera del agua; el croc se acercó por un extremo, moviendo cavernosamente las fauces; la serpiente atacó con relampagueante velocidad desde arriba.

Y... el croc y la serpiente chocaron entre sí, y el impacto de sus dientes lanzó chispas en la colisión. Los dos monstruos fueron echados a un lado por la masa emergente del behemoth..., y Bink se deslizó por esa creciente pendiente como si se

tratara de un patín bien engrasado, lejos de los dientes y hacia la seguridad del muro interior de piedra del foso. Una sorprendente coincidencia...

Ja. Ese era su talento en acción, que una vez más le salvaba de su propia estupidez. Tratar de galopar sobre un centauro con aspecto de cacto...; debería haber descubierto su camino en el laberinto del mismo modo que lo estaban haciendo los demás. Tuvo la suerte de que tanto el centauro como los monstruos del foso fueran seres mágicos, de forma que su talento podía ser operativo.

Chester había aterrizado a salvo al otro lado, y le echó una mano para salir del foso. Con una sola alzó el centauro a Bink, como si no realizara ningún esfuerzo. Sin embargo, la voz le temblaba.

—Creí..., cuando caíste entre todos esos monstruos...; nunca vi nada parecido...

—No tenían hambre de verdad —comentó Bink, que prefería restarle importancia al acontecimiento—. Se pusieron a jugar con su comida, y se pasaron. Entremos. Ya deben estar sirviendo los refrescos.

—¡Hey, sí! —acordó Chester. Como todas las criaturas poderosas, tenía un apetito crónico.

—Heno, sí —musitó Bink. Pero no fue una buena ironía; los centauros no comían heno, a pesar de lo que pudieran insinuar sus detractores.

Se dirigieron hacia el castillo..., y todas las ilusiones se desvanecieron. El hechizo acababa aquí; volvieron a ser ellos mismos, hombre y centauro.

—¿Sabes?, nunca supe lo fea que era mi cara hasta que la vi en ti —comentó Chester en voz baja.

—Sin embargo, tienes una parte trasera extremadamente atractiva —indicó Bink.

—Cierto, cierto —admitió el centauro, apaciguado—. Siempre dije que Cherie no se unió a mí por mi rostro.

Bink iba a reírse, pero se dio cuenta de que su amigo hablaba en serio. Además, ya estaban en la entrada, y había gente que les podía oír.

El guardián de la puerta de palacio frunció el ceño.

—¿Cuántas identidades adivinaste, Bink? —inquirió, con un cuadernillo de notas en la mano, dispuesto a apuntarlo.

—Una, Crombie —respondió Bink, señalando a Chester. Entonces recordó a la mantícora—. No, dos.

—En ese caso, estás fuera de la competición —repuso Crombie—. De momento, el que va en cabeza tiene doce. —Miró a Chester—. ¿Y tú?

—Yo no deseaba el premio —contestó Chester, hosco.

—No lo habéis intentado en serio —se quejó Crombie—. Si yo estuviera ahí fuera, en vez de hacerle los recados a la Reina...

—Pensé que te gustaba este trabajo en palacio —comentó Bink. Había conocido a Crombie cuando el hombre se hallaba en una misión encomendada por el Rey

anterior.

—Me gusta..., pero prefiero la aventura. Con el Rey no hay problemas; sin embargo... —Crombie hizo una mueca—. Bueno, ya conocéis a la Reina.

—Todas las yeguas son difíciles —interpuso Chester—. Es su forma de ser; no pueden evitarlo, aunque lo desearan.

—¡Tienes toda la razón! —estuvo de acuerdo con vehemencia Crombie. Era el misógino original—. Y las que poseen la magia más poderosa..., ¿qué otra habría pensado en esta estupidez de mascarada? Lo único que desea es exhibir su hechicería.

—No dispone de mucho más que mostrar —dijo Chester—. El Rey no le presta atención.

—¡El Rey es un Mago inteligente! —afirmó Crombie—. Cuando ella no se dedica a malicias de esta clase, este puesto de guardia es más aburrido que el infierno. Me gustaría estar enfrascado en una misión de hombres, como cuando Bink y yo...

Bink sonrió con reminiscencias.

—¿Recuerdas aquella tormenta de granizo multicolor? Acampamos debajo del adormecido árbol ahorcador...

—Y la chica salió corriendo —concluyó Crombie—. ¡Esos sí que fueron buenos tiempos!

Sorprendido, Bink se encontró dándole la razón. En aquella época la aventura no le había parecido divertida; pero, viéndola desde la perspectiva actual, tenía un cierto tinte dorado.

—Me dijiste que ella era una amenaza para mí.

—Y lo fue —insistió Crombie—. Se casó contigo, ¿no?

Bink se rió, aunque un poco forzado.

—Será mejor que entremos antes de que se acaben los refrescos. —Dio media vuelta..., y casi tropezó con otro pequeño montón de barro—. ¿Tenéis topos alrededor del palacio? —inquirió, con cierta sospecha.

Crombie escrutó el barro.

—Hace un momento no estaba ahí. Quizás un topo mágico se sintió atraído por la fiesta. Cuando acabe mi turno se lo notificaré al encargado de limpieza.

Bink y Chester entraron. Naturalmente, el salón de baile había sido decorado por la Reina Iris. Se trataba de un paisaje submarino, con hileras de algas que se elevaban desde las rocosas profundidades, peces de brillantes colores que nadaban y percebes en las paredes. Aquí y allá había playas subacuáticas de fina arena blanca, que cambiaban de emplazamiento por medios mágicos, de modo que, si una persona se mantenía inmóvil, el escenario, tarde o temprano, llegaría hasta su lado. Un enorme y serpentino monstruo marino se enroscaba alrededor de toda la zona; sus palpitantes aros aparecían en algunos sitios en lugar de las paredes.

Chester miró a su alrededor.

—Es una perra y una exhibicionista, pero he de reconocer que su magia es impresionante. Pero me preocupa la cantidad de comida; si no hubiera suficiente...

Descubrieron que no habría problema con los suministros. La cantidad era montañosa, y se hallaba bajo la supervisión directa de la Reina Iris. Sujetaba a un gato adobador por el extremo de una pequeña correa: cada vez que alguien tenía la temeridad de querer coger uno de los manjares, el gato adobador ponía al infractor en salmuera.

—Nadie comerá hasta que se otorgue el gran premio —anunció Iris, mirando a su alrededor con ojos llameantes.

Como se había investido con el aspecto de una reina sirena guerrera, completa con corona de puntas, tridente y una poderosa cola, y las puntas del tridente brillaban con una capa de limo que, con toda seguridad, también era ilusión, aunque existía la posibilidad de que se tratara de veneno auténtico, era una barrera lo suficientemente efectiva incluso sin la presencia del gato adobador.

Bink y Chester se separaron, mezclándose con los demás invitados. Se hallaban presentes casi todas las criaturas de Xanth de importancia, salvo la yegua de Chester, Cherie, que sin duda aún cuidaba del potrillo que acababa de tener, y la Camaleón de Bink, que todavía se hallaba sumergida en su miseria. Y el Buen Mago Humfrey, que nunca asistía a eventos sociales por voluntad propia.

Bink descubrió a su padre, Roland, que había venido desde el Poblado del Norte. Roland tuvo cuidado en no avergonzarle con una excesiva muestra de afecto. Se estrecharon las manos.

—Llevas unos zapatos muy bonitos, hijo.

Sin embargo, después de la escena con Camaleón, esa fue una entrada equivocada.

—Recién salidos del árbol —repuso Bink con cierta tensión.

—¿Qué has estado haciendo estos últimos meses?

Mientras hablaba, de la boca de Roland salían burbujas, que oscilaban en su redondez a medida que buscaban la superficie del océano. Cuando la Reina Iris establecía una ilusión, ¡vaya perfección! A los ciudadanos corrientes, con sus abigarrados talentos mágicos, sólo les quedaba el remedio de contemplar las obras de la Hechicera y desesperarse. Razón por la que, por supuesto, la Reina estaba montando este espectáculo.

—Oh, practicando con la espada, cuidando del jardín..., ese tipo de cosas —contestó Bink.

—Tengo entendido que Camaleón dará a luz de un momento a otro.

—Sí, también —admitió Bink, sintiendo de nuevo la frustración de su situación.

—Un hijo ayudará a que la casa esté más llena.

Siempre que fuera un hijo normal, con un talento. Bink cambió de tema.

—Tenemos una planta que está creciendo, muy delicada, de sandalias de mujer; creo que pronto florecerán sus primeras zapatillas.

—Las damas estarán encantadas —repuso Roland con gravedad, como si se tratara de noticias importantes.

De pronto, Bink se dio cuenta de que no disponía de grandes cosas que narrar acerca de su último año. ¿Qué había conseguido? Prácticamente, nada. ¡No era extraño que se sintiera incómodo!

La iluminación disminuyó. Era como si cayera el crepúsculo, haciendo que, al mismo tiempo, el mar se oscureciera. No obstante, la difusa luz diurna fue reemplazada por una fluorescencia nocturna. Los sacos de flotación de las algas marinas brillaron como si fueran pequeñas lámparas, y los contornos del coral de neón resplandecieron con diversos colores. Incluso las blandas esponjas emitieron pálidos haces de luz. La vida animal adquirió una luz más intensa, con anguilas eléctricas irradiando rayos de búsqueda, y diversas clases de peces brillaron de forma translúcida. El efecto global fue de una belleza extraordinaria.

—Si tan sólo su personalidad fuera tan excelente como su gusto —murmuró Roland, refiriéndose a la Reina.

—Ahora otorgaremos el premio —anunció la Reina Iris.

Ella era la que más refulgía: corrientes de luz emanaban de las puntas de su corona y tridente, y su hermoso torso desnudo de sirena se veía perfilado con claridad. Era la señora de la ilusión; podía elegir convertirse en alguien tan adorable como deseara, y elegía bien.

—Tengo entendido que fue un matrimonio de conveniencia —prosiguió Roland. Aunque él no era un Mago, Roland desempeñaba el cargo de regente del Rey al norte del Desfiladero; no le intimidaba la realeza—. Seguro que a veces es sumamente conveniente.

Bink asintió, ligeramente avergonzado por la evidente apreciación de su padre de los bien expuestos, aunque ilusorios, encantos de la Reina. ¡Si ya debía rondar por los cincuenta años! No obstante, seguro que era cierto. El Rey no le profesaba ningún amor a la Reina, y controlaba a esa mujer temperamental con una sutil mano de hierro, que tenía sorprendidos a todos aquellos que habían conocido a Iris antes del matrimonio. Sin embargo, palpitaba bajo esa disciplina. Los que conocían bien al Rey comprendían que no sólo era un Mago superior a ella, sino que también era una persona más fuerte. De hecho, parecía como si la mágica Tierra de Xanth tuviera ahora a su Rey más efectivo desde el reinado de Roogna en la Cuarta Oleada, el constructor de este castillo-palacio. Ya se estaban produciendo cambios formidables; el escudo mágico, que había protegido a Xanth de toda intrusión, se había desactivado, y las criaturas mundanas tenían permiso para atravesar la frontera. Los primeros en hacerlo habían sido los miembros del anterior ejército mundano del Rey;

se establecieron en zonas del yermo, y se estaban convirtiendo en productivos ciudadanos de Xanth. Se había abolido el requisito de que cada ciudadano tuviera que demostrar un talento mágico..., y, ante la perplejidad de algunos conservadores, no había estallado el caos. La gente empezaba ahora a ser conocida y respetada por sus cualidades completas, no por el simple accidente de su magia. Grupos de gente elegida exploraban las zonas más próximas de Mundania, donde no existía la magia, estableciendo puestos de guardia lejanos para evitar el riesgo de una invasión por sorpresa. El Rey no había destruido la piedra-escudo; si alguna vez fuera necesario, reactivaría el escudo.

De cualquier forma, Bink estaba seguro de que el Rey Trent tenía un buen ojo para todas las cosas buenas y útiles, incluyendo la carne de las mujeres hermosas, y la Reina estaba a sus órdenes. Ella podía y sería cualquier persona que deseara el Rey, y él no sería humano si no dispusiera de esa ventaja, al menos en alguna ocasión. La pregunta era: ¿qué deseaba? Era una especulación extendida, y la opinión que prevalecía era que el Rey quería variedad. En muy contadas ocasiones la Reina aparecía dos veces con el mismo aspecto.

—Guardia de Palacio, tu informe —pidió la Reina, con autoridad.

El soldado Crombie avanzó despacio. Resplandecía en su uniforme de palacio, cada centímetro de su cuerpo era el soldado de un reino que apenas los necesitaba. Podía luchar bien, ya fuera con la espada o las manos, y de manera feroz, y le desagradaba desempeñar el papel de lacayo de una mujer..., y no lo ocultaba. Razón por la que ella disfrutaba ordenándole tareas ínfimas. Sin embargo, no podía abusar mucho de él, ya que su lealtad estaba con el Rey, y el Rey le había concedido su favor.

—El ganador... —comenzó Crombie, hojeando sus notas.

—¡No, de esa forma, no, idiota! —exclamó ella, ocultándolo en una nube de tinta. Se trataba de otra ilusión, por supuesto, pero bastante efectiva—. Primero has de mencionar al finalista, luego al ganador. Por una vez, haz algo bien.

La despectiva cara de Crombie emergió de la nube que empezaba a disiparse.

—¡Mujeres! —musitó, con un tono cáustico de voz. La Reina sonrió, gozando con la ira de él—. El finalista, con nueve identificaciones correctas, es... —Hizo otra mueca—. Una mujer. Bianca, del Poblado del Norte.

—¡Madre! —suspiró Bink, sorprendido.

—Siempre le gustaron las adivinanzas —comentó Roland con orgullo—. Creo que tu inteligencia, al igual que tu aspecto, provienen de ella.

—Y mi valor y mi fuerza de ti —dijo Bink, apreciando el cumplido.

Bianca se dirigió con paso tranquilo hasta la zona del estrado. Era una mujer atractiva, que en su juventud había sido hermosa y, a diferencia de la Reina, era genuina. Su talento era la repetición, no la ilusión.

—De modo que la ruela se prueba a sí misma de nuevo —comentó la Reina, que miró con ojos divertidos a Crombie, el misógino—. El premio es... —se detuvo—. Portero, trae el segundo premio. Ya deberías tenerlo preparado.

La mueca de Crombie se hizo realmente ominosa; sin embargo, se dirigió hacia una vitrina que estaba oculta por un alga y trajo una caja tapada.

—El premio es... —repitió la Reina, y con un movimiento veloz descubrió el recipiente— ¡una planta cabeza de dragón!

Las damas presentes emitieron un murmullo de envidia cuando varias de las cabezas se movieron en sus tallos y lanzaron viciosos bocados. Las cabezas de dragón eran muy útiles para eliminar los insectos y las plagas animales, además de ser unos guardianes muy apreciados para las casas. ¡Pobre del intruso que tropezara o se acercara a esta planta! Sin embargo, resultaba difícil su florecimiento en macetas, razón por la que hacía falta un hechizo especial y bastante difícil para confinarlas. Por ello, las cabezas de dragón silvestre eran muy corrientes, pero las trasplantadas a macetas muy raras y valoradas.

Bianca, mientras aceptaba la planta, mostró su satisfacción, y apartó la cabeza con una sonrisa en el rostro cuando una pequeña cabeza de dragón le lanzó un mordisco a la nariz. Parte del proceso del trasplante a una maceta involucraba un hechizo que volvía a la planta inofensiva para su dueño, aunque les llevaba cierto tiempo llegar a reconocerlo.

—Es hermosa —comentó—. Gracias, Reina Iris. —Luego, de forma diplomática, añadió—: Vos también sois hermosa..., de un modo distinto.

La Reina castañeteó los dientes, imitando al cabeza de dragón, y luego sonrió con gracia. Ansiaba el reconocimiento y las alabanzas de ciudadanos tan respetados y conocidos como Bianca, ya que Iris había vivido en un semiexilio antes de portar la corona.

—Ahora el máximo ganador, sirviente —le comunicó a Crombie—. Esta vez anúncialo con cierta elegancia, si es que posees alguna.

—El vencedor, con trece identidades correctas —largó Crombie sin elegancia—, es Millie, la fantasma.

Se encogió de hombros, como si quisiera expresar su confusión ante otra vencedora femenina. Él había realizado la cuenta, de modo que sabía que el concurso no estaba amañado. Sin embargo, se reconocía que los hombres no lo habían intentado con mucha intensidad.

La hermosa y aparentemente joven fantasma se materializó. A su manera, era la más joven y la más vieja de los habitantes del Castillo Roogna. Era una adolescente cuando murió, ochocientos años antes. La primera vez que Bink la vio, había sido una amorfa masa de vapor; pero, desde que el castillo fuera ocupado por mortales, ella le había ido dando forma a su silueta, hasta que su contorno se volvió tan firme y visible

como el de cualquier mujer viva. Era una fantasma muy dulce, que le caía bien a todo el mundo; se oyó un nutrido aplauso por su victoria.

—Y el gran premio es... —la Reina extendió las manos de forma dramática— ¡este certificado para obtener una respuesta gratis del Buen Mago Humfrey!

Cuando le entregó el papel a la fantasma se escuchó una fanfarria, acentuada por los aplausos aumentados por medios mágicos.

Millie vaciló. Como no poseía ninguna sustancia física, se veía imposibilitada de coger el certificado.

—No pasa nada —dijo la Reina—. Yo escribiré tu nombre en el papel, y el Mago Humfrey sabrá que es tuyo. De hecho, con toda seguridad ahora nos estará contemplando a través de su espejo mágico. ¿Por qué no formulas tu pregunta en este momento?

La réplica de Millie fue inaudible, porque apenas podía hablar por encima de un susurro fantasmal.

—No te preocupes; estoy segura de que todo el mundo deseará ayudar —comentó la Reina—. Aquí..., lo escribiremos en la pizarra mágica, y el Mago Humfrey podrá contestar de la misma forma. —Le hizo una señal a Crombie—. ¡Lacayo, la pizarra!

Crombie permaneció inmóvil unos instantes, pero su curiosidad hizo que se prestara al juego. Trajo la pizarra. La Reina reclutó al centauro más próximo, que dio la casualidad que era Chester (que había estado intentando sin ningún éxito robar una pasta de la mesa de los refrescos sin que lo pusieran en salmuera), para que transcribiera las inaudibles palabras de la fantasma. Los centauros eran instruidos; muchos eran maestros, razón por la que la escritura les resultaba algo natural.

A Chester no le gustaba mucho más que a Crombie la actitud de la Reina, pero él también siguió el papel que le había sido adjudicado. ¿Qué clase de pregunta podría formularle un fantasma a un Mago? Escribió, en floridas mayúsculas: ¿CÓMO PUEDE MILLIE VIVIR DE NUEVO?

Se oyeron más aplausos. A los invitados les gustó esa Pregunta. Era provocadora..., y la Respuesta pública quizá les proporcionara algunas pistas a todos los presentes. Usualmente, las Respuestas del Mago Humfrey le costaban al que la formulaba un año de servicio, y sólo se le daban a aquel que la realizaba. ¡La fiesta se estaba volviendo interesante!

Las palabras desaparecieron como si hubieran sido borradas por una esponja invisible, y al cabo de un momento apareció la Respuesta del Mago: LOS REQUISITOS SON TRES. 1º: HAS DE TENER EL DESEO VERDADERO DE CONVERTIRTE EN UNA MORTAL.

Era evidente que Millie lo tenía. Con gesto implorante le pidió a la pizarra que continuara, para que pudiera descubrir si los otros dos requisitos eran igual de fáciles..., o imposibles. Técnicamente, como decía el refrán popular, nada era

imposible con la magia; pero, en la práctica, algunos hechizos eran prohibitivamente difíciles. Bink se contagió de la ansiedad de la muchacha fantasma: él mismo, una vez, había deseado con el mismo ardor un talento mágico, del cual dependía entonces su ciudadanía, su bienestar y su autoestima. Para alguien que había muerto prematuramente, y que no había expirado, ¡qué esperanza tremenda podía ser la mortalidad! Claro que, si Millie vivía, en su momento también moriría. Sin embargo, podría completar de verdad la vida que había iniciado hacía tantos siglos. Como fantasma, se hallaba en medio de una pausa, incapaz de afectar su destino de forma material, incapaz de amar, de temer, de sentir.

Bueno, no, se corrigió Bink. Estaba claro que ella sentía..., aunque no del mismo modo en que lo hacía la gente física. No podía experimentar el placer o el dolor corporal.

La pizarra continuó: 2º, HAS DE CONSEGUIR QUE UN DOCTOR EN HECHIZOS RESTAURE TU TALENTO A LA POTENCIA ÓPTIMA.

—¿Hay algún doctor en hechizos en la casa? —inquirió la Reina, mirando a su alrededor, con las puntas de la corona y el tridente emitiendo destellos—. ¿No? Muy bien; recadero..., señala al doctor en hechizos más próximo.

Crombie estuvo a punto de lanzar un rugido, pero de nuevo se sintió dominado por la curiosidad. Cerró los ojos, giró, y alargó su brazo derecho. Señaló hacia el noreste.

—Esa es la dirección en la que se encuentra el Poblado del Desfiladero —dijo la Reina. Existía un hechizo sobre el Desfiladero que hacía que esa gigantesca grieta que dividía Xanth en dos partes, norte y sur, no pudiera recordarse; sin embargo, se había aplicado un contrahechizo al Castillo, de forma que todos sus habitantes y los que lo visitaban pudieran recordar esas cosas. El Rey habría tenido problemas para gobernar adecuadamente si no pudiera recordar una característica tan crítica del paisaje como era el Desfiladero—. ¿Dónde se halla nuestro transportador?

—Ya voy, Alteza —contestó un hombre.

Miró en la dirección que señalaba Crombie, se concentró..., y, de repente, ante ellos apareció una mujer mayor. Miró a su alrededor, desconcertada por la gente y el agua, ya que aún se hallaban en la ilusión submarina.

—¿Eres un doctor en hechizos? —exigió la Reina.

—Sí —reconoció la vieja—. Pero yo no realizo ningún hechizo para gente frívola hundida en el mar. En especial cuando se me transporta de mi colada sin un...

—Este es el Baile de la Celebración del Primer Aniversario de la Coronación del Rey Trent —cortó la Reina con arrogancia—. Ahora bien, tienes dos opciones, vieja bruja: Prepáranos un hechizo, y te podrás quedar en la fiesta, y dispondrás de toda la comida y diversión que desees, con un disfraz así... —La vieja se vio de pronto ataviada como una matrona de honor, por cortesía de la magia ilusoria de la Reina—,

o no nos prepares un hechizo, y esta criatura te pondrá en salmuera. —Alzó al gato adobador, que siseó con ansia.

La anciana, igual que Crombie y Chester, pareció a punto de rebelarse; sin embargo, eligió el camino más fácil.

—¿Qué hechizo?

—El hechizo de Millie —contestó la Reina, señalando a la fantasma.

La doctora en hechizos estudió a Millie.

—Está hecho —cacareó al cabo de un momento con una amplia sonrisa, mostrando generosamente los cuatro dientes que le quedaban.

—Me pregunto qué resulta tan gracioso —murmuró Roland—. ¿Sabes cuál es el talento de Millie?

—Los fantasmas no poseen talentos —replicó Bink.

—Su talento en vida. Debe tratarse de uno especial.

—Quizá. Creo que pronto lo averiguaremos, siempre que pueda cumplir el tercer requisito.

La pizarra prosiguió. 3º: SUMERGE TU ESQUELETO EN UN ELIXIR CURATIVO.

—Disponemos de mucho —comentó la Reina—. Lacayo...

El soldado ya estaba de camino. En un instante, regresó con un cubo lleno de elixir.

—Y, ahora..., ¿dónde se encuentra tu esqueleto? —exigió la Reina.

Sin embargo, en ese punto, Millie se detuvo. Parecía como si tratara de hablar, pero no podía.

—¡Un hechizo de silencio! —exclamó la Reina—. ¡No se te permite comunicar dónde está! ¡Esa es la razón por la que ha permanecido oculto tantos siglos!

Millie asintió con tristeza.

—¡Esto incluso es mejor! —dijo la Reina—. ¡Dispondremos de una búsqueda del tesoro! ¿En qué armario se halla el esqueleto de Millie? ¡Un premio especial para aquel que lo encuentre primero! —Meditó durante un brevísimo instante—. Me he quedado sin premios... ¡Ya lo sé! ¡La primera cita con Millie la mortal!

—¿Qué ocurrirá si lo descubre una mujer? —preguntó alguien.

—Haré que mi esposo, el Rey, la transforme para la ocasión en un hombre —repuso la Reina.

Se escuchó una incómoda risa. ¿Bromeaba..., o hablaba en serio? Hasta donde sabía Bink, el Rey podía transformar cualquier cosa viva en cualquier otra cosa... del mismo sexo. Pero él nunca usaba su talento de forma caprichosa. Debía tratarse de una broma.

—¿Y qué pasa con la comida? —inquirió Chester.

—¡Eso es! —decidió ella—. Las mujeres ya han demostrado su superioridad, de

modo que no podrán participar en la búsqueda del tesoro. Comenzarán con los refrescos mientras los hombres van en busca... —Vio que Chester enrojecía, y se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos—. Oh, de acuerdo, los hombres también pueden comer, incluso los que tienen el apetito de un caballo. Pero que nadie toque el pastel de Aniversario. El Rey lo cortará... cuando finalice la búsqueda del tesoro. —Se quedó momentáneamente pensativa, lo cual, para ella, era inusual; ¿estaba segura de que el Rey haría acto de presencia?

La tarta era magnífica: piso sobre piso de llamativa alcorza, rematados con un enorme número 1 coronado con un busto de aspecto mágicamente vivo del Rey Trent. La Reina siempre publicitaba la gloria del Rey, debido a que la suya propia era un reflejo. ¡Algún chef desgraciado había realizado muchos esfuerzos para organizar la magia de este adornado pastel!

—Adobador, vigila el pastel, y pon en salmuera a cualquiera que se atreva a tocarlo —ordenó la Reina, atando el extremo de la correa del gato a la pata de la mesa en la que se hallaba la tarta—. Y ahora, hombres..., ¡que comience la búsqueda del tesoro!

Roland sacudió la cabeza.

—Es mejor que no se perturbe a los esqueletos guardados en los armarios —comentó—. Creo que iré a felicitar a tu madre. —Miró a Bink—. Tendrás que representar a tu familia en la búsqueda del tesoro. No estás obligado a buscar con mucho celo.

Se despidió con un breve gesto de la mano y atravesó las brillantes corrientes del mar.

Bink no se movió durante un momento y se puso a reflexionar. No había duda de que su padre sabía que algo iba mal, aunque no lo había señalado directamente.

¿Qué era lo que no encajaba? Bink sabía que ahora llevaba una buena vida, con una hermosa, aunque cambiante, esposa y disfrutaba del favor del Rey. ¿Por qué soñaba con aventuras en lugares lejanos, en emplear la espada cuyo arte había aprendido, en el peligro e incluso la muerte, a pesar de que sabía que su talento le protegería de las amenazas reales? ¿Qué le ocurría? De algún modo, le pareció que había sido más feliz cuando su futuro se mostraba incierto..., lo cual era ridículo.

¿Por qué no estaba Camaleón aquí? Pronto daría a luz, pero podría haber venido al baile si lo hubiera deseado. El palacio disponía de una comadrona mágica.

Se decidió. ¡Adelante con la búsqueda del tesoro! ¡Se probaría a sí mismo localizando el esqueleto en el armario!

## 2

### La búsqueda del tesoro

Ahora se enfrentaba a un desafío, aunque fuera superficial. Tenía que empezar con su cerebro. Millie no tenía que hallarse necesariamente, per se, en un armario. Sus huesos tenían que estar en algún lugar de palacio, ya que su fantasma moraba aquí...; sin embargo, podía tratarse de cualquier rincón, incluidos el foso y el jardín. Lejos de las zonas que se recorrían con regularidad. A menos que sus huesos estuvieran enterrados bajo un suelo o entre unas paredes. No parecía muy probable; la estructura del palacio era bastante sólida, reforzada por hechizos de durabilidad; sería un esfuerzo ímprobo abrir el suelo o la pared. Presumiendo que Millie hubiera muerto repentinamente y bajo circunstancias sospechosas (de lo contrario, no se habría convertido en un fantasma), el asesino apenas habría dispuesto de tiempo para ocultar el cuerpo. ¡Nada de reconstruir las paredes para taparlo! El Viejo Rey Roogna no hubiera tolerado nada semejante.

¿Dónde se podía haber ocultado un cuerpo disponiendo sólo de unos minutos..., tan bien que resistiera el escrutinio de los siglos? Las reformas del Rey, cuando lo convirtió en el palacio real del presente reinado, habían abarcado cada parte del Castillo Roogna; los artesanos restauradores no habrían pasado por alto algo así. De modo que esa proeza parecía mecánicamente imposible. No podía haber ningún esqueleto en los armarios.

Bink vio que ya había otros hombres ocupados rebuscando en el interior de los armarios. No tenía ningún sentido competir directamente con ellos, aunque el esqueleto se hallara allí.

Mecánicamente imposible..., ¡ah, ahí radicaba la clave! ¡No mágicamente imposible! Los huesos fueron transformados en algo diferente, inocuo, que no hiciera pensar en algo tan grave. La pregunta era: ¿qué? Había miles de artefactos en el palacio, y podía tratarse de cualquiera. Sin embargo, la transformación era una magia de las importantes; ¿qué Mago se dedicaría a tontear con una simple doncella? Así que, tal vez, sus huesos siguieran en su estado original; o quizá fueron desintegrados en disolvente o machacados hasta convertirlos en polvo. No importaba; tenía que haber alguna pista que los identificara. ¡Sí, se trataba de un rompecabezas muy intrigante!

Bink se acercó a la mesa de los refrescos. Había pasteles, galletitas y tartas y diversas clases de bebidas. Chester se atiborraba. Bink rodeó la mesa en busca de algo que le atrajera. Cuando se aproximó al pastel del Aniversario, el gato adobador le siseó, lanzándole una advertencia. Tenía el cuerpo de un gato, y sus ojos estaban húmedos por la salmuera. Durante un momento se sintió tentado de acercársele, de probar su magia contra la del animal. La magia no podía herirle; sin embargo, el

felino trataría de ponerlo en salmuera. ¿Qué ocurriría?

No..., él no era un jovencito intrépido que se sintiera obligado a probarse a sí mismo con hazañas estúpidas. ¿Por qué forzar su talento a que trabajara de forma innecesaria?

Localizó una pasta con forma de rostro sonriente y la cogió. Cuando se la acercó a la boca, la sonrisa se convirtió en una O de horror. Bink dudó, sabiendo que esta era otra de las ilusiones de la Reina; no obstante, se resistió a morderla. La pasta frunció el rostro, anticipando su espantoso final; luego, cuando no recibió el mordisco, abrió con lentitud un ojo cubierto de alcorza.

—Toma, gatito..., cógela —ofreció Bink, alcanzándole la galletita a la atada bestia.

Se escuchó un breve ¡zoop! y la pasta fue adobada, con uno de sus ojos abierto y el otro cerrado. Ahora apestaba a salmuera. La depositó en el suelo, y el gato adobador avanzó despacio y cogió la pasta adobada con la boca. Bink perdió el apetito.

—Tu hechizo se está curando —comentó una mujer a su lado. Se trataba de la anciana doctora en hechizos, que disfrutaba de su inesperada participación en la fiesta. El baile, en teoría, estaba abierto a todos; no obstante, pocos ciudadanos corrientes tenían el valor de asistir—. Pero es demasiado potente para que yo lo arregle. ¿Eres un Mago?

—No, sólo una nulidad altamente talentosa —contestó Bink, con la esperanza de que sonara tan gracioso como él deseaba decirlo.

Ella se concentró.

—No, me equivoqué. Tu hechizo no se encuentra enfermo, únicamente está parado. Creo que padece falta de ejercicio. ¿Lo has usado durante el último año?

—Un poco —repuso Bink, recordando su reciente escapada de los monstruos del foso—. No mucho.

—Has de usar la magia, o de lo contrario la pierdes —expuso ella con sabiduría.

—¿Y si no hubiera ocasión para utilizarla?

—En Xanth... siempre hay alguna ocasión.

En su caso eso no parecía ser cierto, por lo menos aquí en palacio. Su talento le protegía de casi todo daño...; y lo mismo hacía el favor del Rey. De modo que apenas podía ejercitarlo, y tal vez sí se estuviera ablandando. El duelo que libró con la espada animada había sido la primera ocasión, en mucho tiempo, en que pudo manifestarse su talento, y había evitado invocarlo. De modo que sólo surgió en su remojón en el foso. Aún seguía un poco mojado, pero la decoración acuática lo ocultaba. ¿Acaso tendría que buscar el peligro para mantener su talento en buenas condiciones? Sería irónico.

La mujer se encogió de hombros y se alejó a probar otra delicia de la mesa. Bink

miró a su alrededor..., y captó el fantasmal ojo de Millie.

Se acercó a ella.

—¿Cómo va la búsqueda? —le preguntó diplomáticamente.

De cerca, se podía escuchar al fantasma. Quizá ayudó el movimiento de sus blancos labios.

—¡Es tan excitante! —exclamó ella, en tonos apenas audibles—. ¡Estar completa otra vez!

—¿Tienes la seguridad de que ser mortal lo vale? —inquirió él—. A veces, cuando una persona alcanza su sueño, este se marchita. —¿Le hablaba realmente a ella..., o se dirigía a sí mismo?

Ella le contempló con simpatía. Al ser translúcida, él podía ver a los otros invitados moviéndose detrás de ella. Era difícil concentrarse en su figura. Sin embargo, de una manera especial, era hermosa: no sólo su rostro y su cuerpo, sino su total amabilidad y la preocupación que sentía por otras personas. Millie había ayudado mucho a Camaleón, mostrándole dónde se encontraban las cosas, qué frutas eran comestibles y cuáles eran peligrosas, enseñándole el protocolo del castillo. Fue Millie la que, sin proponérselo, le había mostrado al mismo Bink otra faceta del Mago Trent, en la época en que Bink creyó que el hombre era maligno.

—Sería tan agradable si tú encontraras mis huesos —comentó Millie.

Bink se rió, turbado.

—¡Millie, soy un hombre casado!

—Sí —reconoció ella—. Los casados son los mejores. Están... disciplinados, poseen experiencia, son amables, de fiar, y no hablan gratuitamente. Para mi regreso a la vida, para mi primera experiencia, sería tan agradable que...

—No lo entiendes —explicó Bink—. Yo amo a mi esposa, Camaleón.

—Sí, claro que eres fiel —replicó Millie—. No obstante, en este momento, ella se encuentra en su fase fea, y en su noveno mes de embarazo; y su lengua es tan afilada como el agujón de la mantícora. Este es el momento en el que necesitas desahogarte y, si yo recupero mi vida...

—¡Por favor, basta! —exclamó Bink. El fantasma daba justo en el blanco.

—Yo también te amo, ¿sabes? —prosiguió ella—. Me recuerdas a... al que amé de verdad cuando vivía. Sin embargo, él lleva ochocientos años muerto y enterrado. —Miró pensativa sus nebulosos dedos—. Cuando te conocí, no podía casarme contigo, Bink. Lo único que podía hacer era mirarte y añorar. ¿Sabes lo que realmente se siente cuando lo ves todo y no puedes participar en ello? Podría haber sido tan buena contigo, si sólo... —Se detuvo, ocultando su rostro; toda su cabeza se convirtió en neblina ante la mirada de él.

Bink se sintió aturdido y emocionado.

—Lo siento, Millie, no lo sabía. —Apoyó la mano en su tembloroso hombro;

pero, por supuesto, pasó de largo—. Nunca se me ocurrió que se te pudiera restaurar la vida. Si lo...

—Sí, claro —lloriqueó ella.

—Vas a ser una muchacha muy bonita. Estoy seguro de que habrá muchos jóvenes...

—Cierto, cierto —admitió ella, temblando con más intensidad. Ahora todo su cuerpo se estaba volviendo neblinoso. Los demás invitados comenzaban a mirarlos. Esto se iba a poner incómodo.

—Si hay algo que yo pueda hacer... —murmuró Bink.

Millie se iluminó al instante, y su imagen se aclaró de forma pareja.

—¡Encuentra mis huesos!

Afortunadamente, no era algo que se pudiera conseguir con facilidad.

—Los buscaré —aceptó Bink—. Pero no dispongo de ninguna ventaja sobre los demás.

—Sí, la tienes. Sabes cómo hacerlo; lo único que necesitas es dedicar tu maravillosa mente al problema. Yo no puedo decirte dónde están; sin embargo, si tú te esfuerzas de verdad... —Le miró con una ardiente urgencia—. Han pasado tantos siglos. Prométeme que lo intentarás.

—Pero, yo... ¿Qué pensará Camaleón si...?

Millie hundió el rostro entre las manos. Las miradas de los invitados se endurecieron a medida que el contorno de Millie se suavizaba.

—De acuerdo, trataré de hallarlos —prometió Bink.

¿Por qué su talento no le había protegido de esta situación? Ya conocía la respuesta: su magia le protegía del daño físico causado por la magia. Millie era mágica, pero no física..., y lo que planeaba para él cuando volviera a disponer normalmente de su cuerpo no era visto como un daño. Su talento nunca se había preocupado con las complicaciones emocionales. Bink tendría que resolver este triángulo por sí mismo.

El fantasma sonrió.

—No tardes mucho —dijo, y se marchó; sus pies no rozaban el suelo.

Bink vio a Crombie y se le unió.

—Empiezo a entender tu punto de vista —dijo.

—Sí, me di cuenta de cómo te trabajaba —admitió Crombie—. Lleva un tiempo con su ojo secreto fijo en ti. A un hombre apenas le queda alguna salida cuando una de esas zorras se pega a él.

—Cree que podré localizar el primero el emplazamiento de sus huesos..., y ha hecho que me comprometiera a buscarlos. Pero a buscarlos de verdad, nada de fingir.

—Es un juego de niños —comentó Crombie—. Están por ahí. —Cerró los ojos, y señaló en un ángulo hacia arriba.

—¡No te pedí tu ayuda! —restalló Bink.

—Oooh, lo siento. Olvida el lugar que te indiqué.

—No puedo. Ahora tendré que mirar ahí, y, por todos los demonios, seguro que allí estarán los huesos. Creo que Millie sabía que yo iba a consultártelo. Quizás ese sea su talento: saber las cosas antes de que ocurran.

—Entonces, ¿por qué no se escabulló antes de que la asesinaran?

Buena pregunta.

—Quizás estuviera dormida cuando...

—Bueno, tú no estás dormido. Tú puedes escabullirte. Los encontrará otra persona, en especial si yo le doy una pista.

—¿Por qué no localizas los huesos tú? —preguntó Bink—. Podrías seguir la dirección que señale tu dedo y hacerlo en un instante.

—Imposible. Estoy de guardia. —Crombie sonrió con satisfacción—. Gracias a ti, ya tengo suficientes problemas con las mujeres.

Oh. Bink le había presentado al misógino a su antigua novia, Sabrina, una hermosa y talentuda muchacha que Bink había descubierto que no amaba. Parecía que esa presentación había desembocado en una relación. Ahora Crombie se vengaba.

Bink cuadró los hombros y siguió la dirección indicada. Los huesos debían encontrarse en algún sitio de arriba. No obstante, quizá no estuvieran a la vista. Si él se esforzaba al máximo y no podía localizarlos...

Sin embargo, ¿tan triste sería esa cita con Millie? Todo lo que había comentado era verdad; Camaleón se hallaba en una época muy mala, y lo único adecuado parecía ser dejarla en paz; hasta que retornara a su fase de belleza, a ese aspecto dulce, y pariera al niño.

No, por ese camino vendría el desastre. Él había sabido lo que era Camaleón cuando se casaron, y que habría buenos y malos ratos. Lo que tenía que hacer era navegar con timón firme a través de los malos, sabiendo que pasarían. Ya lo había hecho antes. Cuando surgía alguna tarea o problema difíciles, su fase inteligente era de una gran ayuda; a veces, reservaban los problemas para que ella los solucionara durante esa fase. No podía permitirse el lujo de divertirse con Millie o cualquier otra mujer.

Se orientó hacia la habitación que estaba en la línea que Crombie había señalado. Era la Biblioteca Real, donde estaba almacenado el conocimiento de siglos. ¿Se encontraba allí el esqueleto fantasmal?

Bink entró..., y allí estaba sentado el Rey.

—Oh, lo siento, Vuestra Majestad. No me di cuenta...

—Pasa, Bink. —En ningún momento perdía su compostura de monarca, ni siquiera cuando se hallaba medio inclinado sobre una mesa, como en este momento—. Me encontraba meditando en un problema personal y, tal vez, tú hayas sido

enviado para proporcionarme la respuesta.

—Ni siquiera tengo la respuesta para mi propio dilema —repuso Bink, con cierta falta de confianza—. No creo que esté preparado para comentar algo sobre el vuestro.

—¿Tu problema?

—Camaleón es difícil, y yo me siento desasosegado, y alguien trata de matarme, y Millie, el fantasma, quiere hacer el amor conmigo.

El Rey Trent se echó a reír..., y se detuvo de inmediato.

—De repente me doy cuenta de que no se trata de una broma —dijo—. Camaleón mejorará y tu desasosiego disminuirá. Sin embargo, lo otro..., ¿quién pretende tomar tu vida? Te aseguro que no existe ningún permiso real para eso.

Bink le describió su encuentro con la espada. El Rey quedó pensativo.

—Tú y yo sabemos que sólo un Mago podría herirte por ese medio, Bink..., y sólo existen tres personas de esta clase en Xanth, de las cuales ninguna te desea ningún daño y ninguna posee el talento de animar las espadas. De modo que no te encuentras en un peligro real. No obstante, reconozco que puede ser bastante irritante. Lo investigaré. Como has atrapado la espada, podremos rastrear su imperativo hasta su origen. Si alguien ha cogido alguna de las armas de mi arsenal...

—Oh, creo que proviene de ahí —repuso Bink—. Pero Chester Centauro la vio y se la quedó...

—Oh. Bueno, olvidémonos de eso, entonces; la alianza de los centauros es importante para mí, del mismo modo que lo ha sido para todos los Reyes de Xanth a lo largo de su historia. Chester puede quedarse con la espada, aunque creo que deberemos desactivar su imperativo de automotivación. Sin embargo, se me ocurre que existe cierta similitud en este caso con tu propia magia: sea lo que fuere lo que se opone a ti, está oculto, y emplea otra magia, no la suya, para atacarte. La espada no es tu enemiga; simplemente fue el instrumento del poder hostil.

—Una magia como la mía... —repitió Bink—. Supongo que puede ser. No sería idéntica, ya que la magia no se repite en Xanth, pero sí similar... —Alarmado, miró al Rey—. ¡Eso significa que puedo encontrarme con problemas en cualquier lugar, ante cualquier cosa, y que todo parezca una coincidencia!

—De un zombi, de una espada, de los monstruos del foso o de un fantasma —admitió el Rey—. Quizás haya un esquema aquí. —Se detuvo, pensativo—. Sin embargo, ¿cómo podría un fantasma...?

—Una vez encuentre su esqueleto, le será devuelta la vida..., y tal vez se halle en esta misma habitación. Lo que más me molesta es que me siento tentado a buscarlo.

—Millie es una figura femenina muy tentadora —repuso el Rey Trent—. Puedo comprender perfectamente la tentación. Yo mismo la estoy sufriendo; ese es el tema de mi meditación actual.

—Seguro que la Reina puede llenar, hum, cualquier tentación —comentó con

cautela Bink, no deseando revelar lo libre que era la especulación sobre ese tema en palacio. La vida privada del Rey debería ser privada—. Si lo desea, puede parecerse a...

—Por eso mismo. Desde que mi esposa murió, no he tocado a la Reina ni a ninguna otra mujer. —Para el Rey Trent, la palabra «esposa» sólo significaba la mujer con la que se había casado en Mundania—. Pero recibo presiones para darle al trono de Xanth un heredero, por nacimiento o por adopción, en caso de que no hubiera disponible un Mago adecuado si la ocasión lo requiriera. ¡De veras que espero que haya un Mago! A pesar de todo, me siento obligado a intentarlo, ya que esta es una de las estipulaciones tácitas con las que estuve de acuerdo cuando acepté la corona. Por ética, ha de estar involucrada también la Reina. De forma que lo haré, aunque no la amo ni nunca la amaré. La cuestión es: ¿qué forma le hago adoptar cuando surja la ocasión?

Se trataba de un problema mucho más personal del que Bink se sentía preparado para abordar.

—Supongo que la forma que más os plazca.

Una de las grandes ventajas que tenía la Reina era su capacidad de adoptar una forma nueva al instante. Si Camaleón pudiera hacerlo...

—Pero yo no deseo disfrutar. Lo único que quiero es lograr lo que hace falta.

—¿Y por qué no combinar las dos cosas? Dejad que la Reina adopte su forma más provocativa, o transformadla vos mismo. Cuando nazca un heredero, cambiadla de vuelta a su aspecto original. No hay ningún mal en disfrutar de vuestro deber, ¿o sí lo hay?

El Rey sacudió la cabeza.

—En una situación normal, eso sería verdad. Pero el mío es un caso especial. No estoy seguro de ser potente con una mujer hermosa, o con cualquier mujer..., salvo con una que se pareciera mucho a mi esposa.

—Entonces, dejad que la Reina se asemeje a vuestra esposa —repuso Bink, sin pensarlo.

—Mi preocupación es que pueda degradar el recuerdo que atesoro de ella.

—Oh, ya veo. Queréis decir que, si tuviera la imagen de vuestra esposa, podría parecer que la reemplaza y...

—Más o menos.

Con esas palabras se estableció una pausa. Si el Rey sólo podía ser potente con su esposa muerta, y no podía tolerar a ninguna otra mujer que se le asemejara físicamente, ¿qué iba a hacer? Este era el aspecto oculto del Rey que Millie le mostró a Bink hacía tiempo: la perpetua devoción a su primera familia. Después de enterarse de ello, le resultó difícil pensar en el hombre como en alguien maligno; y, en realidad, el Rey Trent no lo era. Era el Mago más espléndido de Xanth y, quizás, uno de los

mejores hombres. Bink sería el último en desear perturbar ese aspecto del Rey Trent.

No obstante, el problema del heredero existía. Nadie deseaba que se repitiera el caos producido por la falta de una línea real bien definida. Tenía que haber un heredero que reinara hasta que apareciera un Mago adecuado, que le diera continuidad al gobierno.

—Parece que sufrimos del mismo dilema, Vuestra Majestad —comentó Bink. Intentó mantener la actitud de respeto adecuada, debido a la manera en que había conocido a Trent antes de que se convirtiera en Rey. Tenía que establecer un buen ejemplo—. Los dos preferimos mantenernos leales a nuestras primeras esposas; sin embargo, nos resulta difícil. Mi problema se solucionará, pero el vuestro... —Se detuvo, asaltado por una dudosa inspiración—. A Millie se le restaurará la vida al sumergir su esqueleto en agua curativa. Suponed que vos recuperarais los huesos de vuestra esposa, los traeráis a Xanth...

—Si eso funcionara sería un bígamo —señaló el Rey Trent. Pero pareció sacudido por la idea—. Sin embargo, si mi esposa pudiera vivir de nuevo...

—Podrías comprobar cómo funciona el proceso cuando lo intenten con Millie —repuso Bink.

—Millie es un fantasma..., no está muerta del todo. Se trata de un caso especial, como el de una sombra. Ocurre cuando ese espíritu tiene asuntos inconclusos que debe solucionar. Mi esposa no es un fantasma; nunca dejó nada inacabado, salvo su vida. Reanimar su cuerpo sin un alma...

Bink comenzó a lamentar el haber mencionado la idea. ¿Qué horrores se liberarían en Xanth si todos los huesos fueran renovados de forma indiscriminada?

—Podría convertirse en un zombie —dijo.

—Existen serios riesgos —decidió el Rey—. No obstante, me has proporcionado algo en lo que meditar. ¡Quizás aún me quede alguna esperanza! Está claro que no haré que la Reina adopte el aspecto de mi esposa. Tal vez, cuando lo intente y fracase, sólo consiga avergonzarme, pero...

—Es una lástima que no podáis transformaros a vos mismo —comentó Bink—. Entonces, podríais probar vuestra potencia sin que nadie supiera que erais vos.

—La Reina lo sabría. Fracasar con ella sería mostrar una debilidad cuyo lujo no puedo permitirme. Se sentiría superior a mí, sabiendo que lo que ella había creído que era un control férreo es, de hecho, impotencia. De ese conocimiento podrían surgir muchos males.

Bink, que conocía a la Reina, pudo apreciar las palabras del Rey. Sólo su respeto y su temor por la personalidad del Rey y su poder mágico la mantenían controlada. Su talento de transformación permanecería...; sin embargo, el respeto que sentía por su personalidad se resquebrajaría de forma inevitable. Entonces se volvería muy difícil de manejar, y eso no sería bueno para la Tierra de Xanth.

—¿Podrías, eh, experimentar con alguna otra mujer primero? De esa forma, si fracasais...

—No —contestó el Rey con vigor—. La Reina no es mi amor, pero es mi esposa legal. No la engañaré..., ni a ningún otro miembro de mi reino, en este o en ningún otro asunto.

¡Ahí radicaba la esencia de su nobleza! Sin embargo, la Reina podría engañarle a él, si se le presentara la oportunidad y estuviera al corriente de su impotencia. A Bink no le gustó esa idea. Había visto el inicio del reinado del Rey Trent como el inicio de otra Edad de Oro; mirado desde ese punto de vista, ¡qué serie de responsabilidades tenía!

Entonces a Bink se le ocurrió otra inspiración.

—El recuerdo de vuestra esposa... No es únicamente su recuerdo lo que estáis preservando, sino el recuerdo de vos mismo. De vos cuando erais feliz. No podéis hacer el amor con otra mujer, o dejar que otra se le parezca. Pero, si dos personas distintas hicieran el amor, quiero decir, la Reina y un hombre que no se pareciera a vos, ningún recuerdo sería mancillado. De modo que, si la Reina cambiara vuestra apariencia...

—¡Ridículo! —restalló el Rey.

—Supongo que sí —dijo Bink—. No debí mencionarlo.

—Lo intentaré.

—Lamento haberos molestado. Yo... —Bink se interrumpió—. ¿Lo haréis?

—De manera objetiva, sé que mi continua unión a mi esposa e hijo muertos no es razonable —dijo el Rey—. Me impide desarrollar eficientemente mi cargo. Tal vez un subterfugio irracional lo compense. Haré que Iris me dé el aspecto de otro hombre, y que ella sea otra mujer, y, como extraños, lo intentaremos. Bink, ten la cortesía de mantener el secreto.

—Sí, claro, por supuesto —repuso Bink, sintiéndose extraño.

Habría preferido que el Rey careciera de fallos humanos, a la vez que, de modo paradójico, lo respetaba por esas mismas debilidades. Sabía que se trataba de un aspecto del Rey que nadie más veía. Bink era su confidente, a pesar de lo incómoda que podía resultar esa posición a veces.

—Yo..., hum, se supone que debo localizar los huesos de Millie. Han de hallarse en algún lugar de esta biblioteca.

—No te detengas por mí. Prosigue tu búsqueda; yo iré a buscar a la Reina. —Y el Rey se incorporó con brusquedad y se marchó.

¡Así de simple! Bink se sorprendió de nuevo por la velocidad con que actuaba el hombre una vez tomaba una decisión. No obstante, y en contraste con Bink, esa era una de las cualidades que le hacían idóneo para gobernar.

Bink observó los tomos. Y, de repente, comprendió: los huesos de Millie podían

haber sido transformados en un libro; ello explicaría la constante presencia de Millie aquí, y que no los hallaran durante siglos. Ella flotaba a menudo en el muro sur. La pregunta era: ¿qué libro?

Recorrió las abarrotadas estanterías, leyendo los títulos en los lomos de los volúmenes. Se trataba de una biblioteca excelente, con cientos de textos; ¿cómo podía elegir entre tantos? Y si, de alguna forma, encontraba el adecuado, ¿cómo se le podría devolver su forma original? Primero habría de ser transformado de vuelta a un esqueleto..., y ello requeriría la magia de un Mago. No dejaba de pensar que había demasiada magia involucrada en el asunto. Que él supiera, hoy en día no vivía ningún transformador de cosas inanimadas. Por lo visto, las esperanzas de Millie parecían inútiles. Pero, entonces, ¿por qué el Buen Mago le dijo que empleara simplemente el elixir curativo? ¡No tenía sentido!

No obstante, había prometido que lo intentaría, aunque ello complicara su vida personal. Lo primero que tenía que hacer era encontrar el libro; luego podría preocuparse por el siguiente paso.

La búsqueda le tomó cierto tiempo. Pudo eliminar algunos textos de inmediato, como La anatomía de los dragones de color púrpura o Tormentas de granizo: la magia contra lo mundano. Pero otros resultaban más problemáticos, como El estado de los espíritus en los aposentos reales o Cuentos de fantasmas. Tuvo que sacar estos y hojear sus páginas, buscando no sabía bien el qué.

Transcurrió más tiempo. No estaba avanzando. Nadie entró en la habitación; parecía que él era el único que había seguido esa pista en particular. Posiblemente se había equivocado al pensar que podría hallarse entre los libros. Había otra habitación encima de esta, en una pequeña torre, y la línea trazada por Crombie también la abarcaba. Quizás allí...

Entonces lo localizó. El esqueleto en el armario. ¡Tenía que ser ese!

Extrajo el libro de la estantería. Era demasiado pesado. La tapa era de arrugado cuero, sutilmente horrible. Lo abrió, y un olor extraño, desagradable, brotó de él; parecía el de la carne de un zombi expuesta demasiado tiempo al sol. En la primera hoja no había nada impreso, sólo una mezcla cromática que sugería los restos de un bicho aplastado.

Cerró el libro de inmediato. Ya no le quedaba ninguna duda.

El cubo con el elixir se encontraba abajo, en el salón de baile. Bink cogió el libro con las dos manos —era demasiado pesado para llevarlo durante un rato sólo con una— y se dirigió hacia abajo.

Se encontró con otro zombi o, quizá, se tratara del mismo de antes. ¡Era difícil distinguirlos! Subía por las escaleras. Sabía que este era real, ya que la Reina no había extendido la ilusión de la mascarada al interior de palacio, y ninguna a los pisos de arriba. Bink sospechó que el que había visto en el jardín también era verdadero.

¿Qué estaban haciendo los zombies fuera de sus lugares de reposo?

—¡Retrocede! —gritó Bink, mientras protegía el libro—. ¡Sal de palacio!  
¡Regresa a tu tumba!

Avanzó con aire amenazador hacia el zombi, que retrocedió. Un hombre sano y fuerte, si lo intentaba, podía desmembrar con suma facilidad a un zombi. El zombi trastabilló en la escalera y cayó, rodando con una horrible indiferencia por los escalones. Trozos de huesos y limo quedaron desparramados por la escalera, y un oscuro líquido empapó la madera noble. El olor era tan fuerte que hizo que el estómago de Bink anhelara una pronta liberación de su contenido; se le humedecieron los ojos. Los zombies no poseían mucha cohesión.

Bink le siguió hacia abajo, frunciendo con desagrado los labios. Se asociaba a cierto número de zombies con el Castillo Roogna, y ellos habían sido una parte importante en la tarea de convertirlo en el palacio del Rey. Sin embargo, se suponía que ahora descansaban seguros en sus tumbas. ¿Qué espectral urgencia los traía a la fiesta?

Bueno, en su momento se lo notificaría al Rey. Primero tenía que ocuparse del esqueleto de Millie. Entró en el salón de baile..., y descubrió que el escenario subacuático había desaparecido. Las columnas y paredes normales habían regresado. ¿Había perdido la Reina el interés en su decorado?

—¡Lo tengo! —gritó, y los invitados se apiñaron a su alrededor—. ¿Qué le sucedió al agua?

—La Reina se marchó de repente, y su ilusión se desvaneció —respondió Chester, limpiándose del rostro migas de tarta verde. Parecía que los refrescos habían sido bastante reales—. Deja que te ayude con el libro.

El centauro bajó una mano y lo cogió con facilidad de los agotados brazos de Bink. ¡Oh, la fuerza de un centauro!

—Me refiero al agua curativa, al elixir —explicó Bink.

¡Ahora que lo pensaba, sabía lo que le había sucedido a la Reina! El Rey la había llamado.

—Aquí está —repuso Crombie, sacando el cubo de debajo de una mesa—. No quería que le cayeran migas. —Depositó el cubo en el suelo, al lado de la Tarta de Aniversario.

—Eso no se parece a un esqueleto —dijo la mantícora.

—Ha sido transformado..., o algo parecido —indicó Bink.

Abrió el libro mientras Chester lo sujetaba. Se oyó un murmullo general de sorpresa. ¡Vaya magia!

La doctora en hechizos lo escudriñó.

—No se trata de una transformación. Es magia topológica. Nunca antes había visto un caso tan extremo.

Tampoco los demás.

—¿Qué es la magia topológica? —inquirió Crombie.

—El cambio de la forma sin cambiarla —contestó ella.

—Vieja bruja, no hables tonterías —dijo Crombie, con su habitual diplomacia hacia el sexo opuesto.

—Hablo de magia, farsante —devolvió ella—. Se elige un objeto. Se lo estira. Se lo aplasta. Se lo dobla. Has cambiado su forma, pero no su naturaleza. Topológicamente, sigue siendo similar. Este libro es una persona.

—Y su espíritu fuera —comentó Bink—. ¿Dónde se encuentra Millie?

Silencioso, el fantasma hizo acto de presencia. Aún se hallaba bajo el hechizo, era incapaz de hablar sobre su cuerpo. ¡Qué terrible destino había sufrido durante todos estos siglos! Aplastada y doblada en la forma de un libro; imposibilitada de decírselo a nadie. Hasta que el concurso de la Reina le había abierto de forma casual el camino.

¿De forma casual? Bink sospechó que su talento había actuado.

—¿Debería supervisar la Reina la restauración? —preguntó la mantícora.

—La Reina se encuentra ocupada y no se la debe molestar —intervino Bink. En realidad, a quien protegía era al Rey—. Será mejor que prosigamos sin ella.

—Correcto —acordó Chester, y hundió el libro en el cubo.

—¡Aguarda! —gritó Bink, sabiendo que ya era demasiado tarde. Había pensado en una inmersión suave. Quizás esto fuera lo mejor.

El libro sumergido vibró. Millie, el fantasma, casi emitió un silencioso aullido al ser arrastrada hacia el cubo. Entonces, el libro se hinchó, absorbiendo el elixir con rapidez, y se abrió y se desdobló a medida que sus tejidos se llenaban. Las páginas se convirtieron en extremidades humanas, y la pesada tapa en una cabeza y un torso humanos; se hallaban aplastados de forma horrible, pero ya comenzaban a adquirir rasgos de muñeca. Se convulsionó de forma grotesca hasta cobrar la figura de un maniquí deforme, haciéndose más firme y llena, adoptando la semblanza de una mujer.

Millie, el fantasma, que aún seguía intentando gritar, flotó al interior de la masa, y su contorno se mezcló con el cuerpo que iba cobrando forma. De repente, los dos se unieron por completo. Se irguió con las piernas hundidas hasta las rodillas en el cubo, una ninfa tan adorable como se pudiera imaginar, y un contraste sorprendente con lo que acababan de ver.

—¡Estoy completa! —exclamó, maravillada.

—Por cierto que lo estás —asintió Chester—. Que alguien le traiga algo de ropa.

Hubo un movimiento. Una forma se adelantó trayendo una túnica podrida. Era un zombi. Las mujeres gritaron. Todo el mundo se apartó para evitarlo.

Crombie cargó, con una mueca en el rostro.

—¡Vosotros, los pútridos, no podéis entrar aquí! ¡Fuera, fuera!

El zombi retrocedió en dirección de la Tarta de Aniversario.

—¡Por ahí no! —gritó Bink, de nuevo demasiado tarde. El zombi entró en el campo de acción del gato adobador, que rugió.

Se escuchó un ¡zooop!, y el zombi fue convertido en salmuera. Chorreando jugos putrefactos, cayó sobre la tarta. El gato adobador atacó otra vez, adobando todo el pastel mientras el zombi desaparecía en él. La alcorza convertida en salmuera voló de forma explosiva, salpicando a los invitados. El gato adobador rompió la correa y dio un salto hacia la mesa de los refrescos, adobando todo lo que se ponía en su camino. Las mujeres gritaron de nuevo. Era una de esas tontas y encantadoras costumbres que tenían.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó un joven desconocido, desde la entrada del salón.

—¡Apártate! —centelleó Bink—. ¡El maldito adobador de la maldita Reina se ha soltado!

En ese momento vio a una atractiva mujer joven detrás del extraño. Evidentemente, eran intrusos.

Crombie se dirigió hacia ellos.

—¡Haré que esos idiotas se aparten! —Extrajo su espada con un rugido.

El gato adobador prefirió presentarse a sí mismo y despejar su camino. A saltos, se encaminó directamente hacia los extraños. Se oyó un zap...; sin embargo, en esta ocasión fue el gato el que, en cierto modo, resultó adobado. Aterrizó en el suelo, sorprendido, y luego, aleteando, se elevó por los aires. Se había convertido en un ciervo volante, en un delicado y diminuto ciervo alado.

—¡Mi tarta! —exclamó la desconocida mujer joven.

Entonces, Bink lo captó.

—¡La Reina!

—¡Y el Rey! —señaló Crombie, asustado—. En disfraz de ilusión.

¿Cómo había llamado Bink a la Reina en su distracción? Y Crombie había desenvainado la espada ante el Rey.

Pero la Reina Iris ya se hallaba al lado de la tarta.

—Convertida en salmuera..., ¡y con un zombi en su interior! ¿Quién hizo esto?

En su cólera, dejó que su ilusión se desvaneciera. Apareció ante la multitud en su forma natural, revelando también al Rey. Los dos se hallaban en ropas interiores.

No obstante, Crombie, el misógino, tuvo un arranque de galantería. Enfundó la espada, se quitó la chaqueta y la colocó alrededor de los hombros de la Reina, cubriendo sus pechos de mediana edad.

—Aquí hace frío, Alteza.

Bink, presuroso, le ofreció su propia chaqueta al Rey, que la aceptó como si se tratara de lo más normal del mundo.

—Gracias, Bink —murmuró.

Millie salió del cubo, gloriosamente desnuda y sin nada de frío.

—Me temo que lo hice yo, Vuestras Majestades. El zombi se acercó a ayudarme, y el gato adobador se soltó...

La Reina contempló durante un largo momento el esplendor de Millie. Luego se miró a sí misma. Bruscamente, el Rey y la Reina estuvieron vestidos de forma real; ella con un cierto parecido a Millie; él, con su aspecto natural, que era bastante atractivo. Bink supo, al igual que todos los presentes, que los dos estaban con chaquetas prestadas y con perturbadoras partes de su anatomía al descubierto, pero en ese momento ya no se veían señales de ello. Y, en otro instante, Millie también fue vestida con ilusión, ataviada como la doncella que era; sin embargo, seguía siendo muy hermosa.

Bink asintió para sí mismo. Parecía que la sugerencia que le hiciera al Rey sobre cambiar su propia imagen para hacer el amor había surtido efecto. Salvo que la conmoción que rodeara la restauración de Millie lo había interrumpido.

La Reina observó la ruina de los frescos. Luego miró de reojo al Rey. Decidió comportarse con gracia.

—¡Así que funcionó! ¡Ya no eres un fantasma! —Estudió de nuevo a Millie, apreciativamente—. Deberías estar vestida para la ocasión; hoy no trabajas. —Y Millie apareció con una arrebatadora túnica de noche, zapatillas transparentes y una deslumbrante tiara—. ¿Quién encontró tu esqueleto?

Millie sonrió radiante.

—Bink me rescató.

La Reina miró a Bink.

—Parece que tu nariz está en todas partes —murmuró. Luego, más alto, añadió—: Entonces, Bink recibirá el premio. La primera cita con...

Se detuvo, y bien que lo hizo. Detrás de ella, el zombi convertido en salmuera se había incorporado de la tarta. Ni siquiera adobándolo se podía matar a un zombi; estaban ya medio adobados por naturaleza propia. Trozos de carne con salmuera se derramaron junto a porciones de tarta adobada. Una masa pequeña había caído sobre el hombro de la Reina, atravesando su vestido de ilusión y aposentándose quién sabía dónde. Esta fue la causa de que interrumpiera su alocución.

Furiosa, la Reina se encaró con el zombi.

—¡Sal de palacio, pedazo de carne podrida! —Le lanzó una mirada al Rey—. ¡Trent, transforma a este monstruo! ¡Arruinó mi tarta!

Sin embargo, el Rey Trent se hallaba pensativo.

—Creo que el zombi se marchará por su propia voluntad, Iris. Consíguele otra cita a Millie; necesito los servicios de Bink para otras cosas.

—Pero, Vuestra Majestad... —protestó Millie.

—Haz que su sustituto tenga el aspecto de Bink —le susurró el Rey a la Reina—. Bink, ven a la biblioteca.

En la biblioteca, el Rey habló de lo que le preocupaba.

—Aquí en Xanth tenemos una jerarquía de la magia. Como el Mago más poderoso, yo soy el Rey, y la más poderosa hechicera es mi consorte. El Buen Mago Humfrey es nuestro mayor estadista. Pero tú, Bink..., tú estás en el anonimato. Posees una magia equivalente, pero es secreta. Lo que significa que no ostentas el cargo que tu talento merece. Quizás eso constituya una amenaza a tu bienestar.

—Sin embargo, no hay peligro...

—No es cierto, Bink. Quienquiera que te enviara esa espada constituye una amenaza para ti, aunque, con toda probabilidad, sea una amenaza menor. No obstante, tu talento es poderoso, no inteligente. Te protege de la magia hostil, pero tiene problemas con las amenazas intangibles. Tal como sabemos, tu situación en tu casa en este momento no es la ideal, y...

Bink asintió.

—Pero, como también los dos sabemos, pasará, Vuestra Majestad.

—Estoy de acuerdo. No obstante, quizá tu talento no sea racional. De modo que te procuró lo que creyó que era una mujer mejor...; yo le reprocho su ética, no su gusto. Entonces se detuvo cuando tú te diste cuenta del mal que ello causaría. De modo que te impidió tener tu cita con Millie. La reanimación del zombi forma parte de la trama. Probablemente el zombi te iba a ayudar a hallar el esqueleto; sin embargo, luego se vio obligado a invertir su iniciativa. No sabemos el mal que habría resultado si Millie y la Reina hubieran insistido en completar tu cita; lo que los dos sabemos es que el caos habría parecido fortuito, debido a que esa es la forma en la que opera tu talento. Tal vez todo el castillo nos cayera encima, o algún accidente infortunado habría convertido a Millie de nuevo en un fantasma.

—¡No! —gritó Bink, horrorizado.

—Sé que tú no le desearías eso a una criatura tan agradable. Yo tampoco. Por ello intervine. Simplemente hemos de aceptar el hecho de que no te puedes ver con Millie, aunque tu talento la trajera de nuevo a la vida. Creo que, de momento, he solucionado el problema. Está claro que el talento de Millie es la atracción sexual; lo que explica su prematura desaparición en circunstancias fantasmales. No le faltará la compañía masculina..., que no será la tuya.

—¡La atracción sexual! —exclamó Bink—. ¡Por eso la doctora en hechizos se mostró tan divertida! ¡Ella sabía la clase de problemas que surgirían cuando restaurara el hechizo! Y esa es la razón por la que yo me vi tan tentado por su oferta, a pesar de...

—Precisamente. Yo también lo sentí..., y acababa de completar mi relación con la Reina, gracias a tu sugerencia. Toma, aquí tienes tu chaqueta —y el Rey se la

devolvió con gesto grave.

—Es culpa mía que todo el palacio se haya enterado...

—De que soy viril además de real —acabó Trent—. No es ninguna vergüenza. Ahora, Iris nunca conocerá la debilidad que, de otro modo, podría haber mostrado. Está claro que, en un momento así, no tendría que haber sentido la atracción de ninguna otra mujer. Pero la sentí con Millie. Por lo que supe que la magia estaba involucrada en el asunto. Sin embargo, tú, con una situación hogareña difícil, y el evidente deseo que Millie tiene por ti... Bink, creo que es necesario que te saquemos de esta región por una temporada, al menos hasta que consigamos que Millie se establezca.

—Pero..., no puedo dejar sola a Camaleón...

—No te preocupes. La invitaré a palacio, y será atendida por mis sirvientes. De hecho, creo que la misma Millie será una excelente doncella para ella, hasta que encontremos una situación mejor. Lo único que necesitamos es sacarte de la tensión y la tentación que, necesariamente, surge con tu presencia aquí. Ya que tu talento es poderoso, pero perturbador para la vida de palacio, le proporcionaré un camino. Bink, te encomendaré que comiences tu misión real: localiza la fuente de la magia de Xanth.

El Rey Trent se detuvo, y Bink aguardó. No ocurrió nada.

—Creo que mi talento está de acuerdo —repuso por fin Bink.

—Bien —comentó el Rey, relajándose de forma visible. Sólo él sabía el peligro que conllevaba ir en contra del talento de Bink—. Te brindaré todo lo que necesites. Alguien que te proteja, ya que quizá te internes en territorio peligroso y te enfrentes a amenazas no mágicas; y alguien que te guíe... —Chasqueó los dedos—. ¡Chester, el centauro! Su situación es muy parecida a la tuya, y ambos sois amigos. Puedes cabalgar encima de él, y no podrías esperar tener un mejor aliado para las situaciones arriesgadas.

—Pero los centauros no son hombres; tal vez decida no ir.

—Es cierto que mi poder, en el caso de los centauros, sólo es nominal. No puedo ordenarle que te acompañe. No obstante, creo que, como mínimo, irá hasta el castillo del Buen Mago Humfrey.

—¿Por qué? —preguntó Bink, perplejo.

—Porque únicamente Humfrey le podrá decir cuál es su talento mágico.

¡Vaya si el Rey se mantenía al tanto de las cosas!

—¡Pero esa respuesta le puede costar un año de sus servicios!

El Rey se encogió de hombros.

—Sin embargo, no le hará ningún mal hablar con Humfrey. Chester quizá decida ir contigo para hacerte compañía e, incidentalmente, conversar un rato con el Buen Mago mientras estéis en su castillo.

Lentamente, Bink esbozó una sonrisa.

—¡Y Cherie Centauro nunca tendrá por qué saberlo!

—De todos modos, puedes discutir ese aspecto de la cuestión con Chester. —El Rey permaneció pensativo durante un momento—. Y Crombie..., él te podrá indicar el camino.

—No creo que Crombie pueda mantener el ritmo de Chester —comentó Bink—. Ningún hombre puede mantener la velocidad regular de los centauros en tierra. Y Chester no querrá llevar a dos personas...

—¡Eso se arregla fácilmente! Transformaré a Crombie en una forma que pueda seguir a Chester. Un dragón...

—Asustaría a la gente y llamaría la atención...

—Cierto. Muy bien, en un grifo. Existen unos pocos dóciles, de modo que la gente no sentirá demasiada curiosidad. Eso le impedirá hablar, pero le dará el poder del vuelo; un cambio justo. Y hay muy pocos animales que sean mejores luchadores que los grifos. Con la compañía de un centauro y un grifo, no habrá ninguna amenaza mundana que tengas que temer. —Se detuvo otra vez—. Aun así, creo que será mejor que consultes con Humfrey para un consejo específico. Quizás haya más factores involucrados de los que hemos pensado.

Bink se sintió excitado otra vez. ¡De nuevo la aventura!

—Majestad, encontraré la fuente de la magia para vos; ¿cuándo puedo comenzar?

—Mañana al amanecer —contestó el Rey Trent, sonriendo—. Ahora ve a casa y díle a tu esposa la misión que te he encomendado. Pero no le menciones a Millie, la ex fantasma.

—¡No lo haré! —acordó Bink, esbozando también una sonrisa. A punto de irse, se le ocurrió algo—. ¿Sabéis que hay un topo mágico por los alrededores?

El Rey aceptó esa pregunta con gracia.

—No estaba al tanto de ello. No me opongo, siempre y cuando no perturbe las tumbas de los zombies. —Entonces lo asoció—. Aquel zombi...

—Había otro en los jardines, donde vimos el montón de barro. Quizá fuera el mismo.

—En su momento haré que se investigue el asunto. —Inmovilizó a Bink con una mirada tolerante—. ¿Algún otro dato importante que comunicarme?

—Oh, no —repuso Bink, repentinamente avergonzado.

¿Qué estaba haciendo hablándole al Rey de una cuestión de tan poca talla? ¡Había perdido todo sentido de la proporción!

### 3

## La persecución del niquelpiés

Por la mañana emprendieron su misión: tres hombres con problemas de mujeres. Todos reconocían su alegría por alejarse de sus situaciones y retornar a la aventura. A Crombie, en especial, le gustaba su nueva forma; con frecuencia extendía sus alas y realizaba pequeñas prácticas de vuelo.

La verdad era que el soldado tenía mucho por lo que alegrarse. Sus patas de león poseían unos músculos poderosos; y su cabeza de águila era hermosa, con unos ojos penetrantes, y las plumas de sus alas eran gloriosas. El plumaje de su cuello era de color azul, negro en la espalda, rojo en el pecho; las alas eran de color blanco. No podría hallarse un monstruo más bonito en Xanth.

Sin embargo, esto era el yermo, no un campo de juegos. En el momento en que abandonaron el Castillo Roogna, la magia hostil se cernió sobre ellos. La mayoría de los senderos que recorrían la vecindad habían sido encantados por orden del Rey, razón por la que los viajeros que no se apartaran de ellos apenas corrían peligro. No obstante, el Buen Mago Humfrey no era propenso a tener compañía, de modo que no existía ningún camino que condujera directamente a su castillo. Todos los caminos, por medio de la magia, conducían lejos de él. Eso significaba que no había ningún pasaje seguro.

Afortunadamente, el talento de localización de Crombie les ayudaba a mantener el rumbo correcto. Cada cierto tiempo, el soldado-grifo se detenía, cerraba los ojos, extendía un ala o una garra delantera, giraba y se paraba, señalando el camino. El sentido direccional de Crombie nunca se equivocaba. Lamentablemente, no se frenaba ante los inconvenientes del viaje en línea recta.

Con lo primero con que se toparon fue con un matorral de campanas del infierno. Las ramas de las plantas se alzaron, haciendo sonar de manera estridente sus campanas. El repiqueteo se hizo ensordecedor..., y desconcertante.

—¡Hemos de salir de aquí! —gritó Bink, pero supo que no podían oírle por encima del ruido.

Chester se llevó las manos a las orejas y se apoyó sobre las patas traseras, propinándole patadas a las campanas...; sin embargo, por cada una que aplastaba, una docena sonaba con más fuerza.

Crombie abrió las alas y aleteó con fuerza. Bink pensó que quería despegar, pero en cambio el grifo clavó las cuatro garras de sus patas en las apelotonadas ramas y las alzó con violencia hacia el cielo. Las ramas se estiraron y el clamor de las campanas se hizo tremendamente agudo, luego enmudeció. La tensión les impedía oscilar adecuadamente, razón por la que no podían repicar.

Bink y Chester aprovecharon la oportunidad para arrastrarse fuera del matorral.

Entonces, Crombie las soltó y salió volando, más allá del alcance de las campanas. Se hallaban libres del peligro, pero les había servido como advertencia. Simplemente no podían seguir su trayecto como si estuvieran paseando por los caminos del Rey.

Prosiguieron la marcha, evitando con cuidado los árboles ahorcadores y las plantas lazo. Ahora Crombie también comprobaba los peligros más cercanos, al igual que la dirección adecuada. En algunos casos tuvieron que apartarse de lugares en apariencia inocuos, abriéndose paso a través de hierbas de escozor y pastos deslizantes. No obstante, confiaban en el talento de Crombie; mejor rascarse y patinar que una muerte ignominiosa.

La aventura ya no parecía tan excitante, una vez que se encontraban metidos de lleno en ella. Había muchos detalles pequeños y sucios, unidos a ciertos inconvenientes, que uno tendía a olvidar en la comodidad de casa o de palacio. A Bink comenzaban a dolerle las piernas de cabalgar sobre la espalda del centauro, y se sentía incómodamente sudoroso.

Cuando sintieron hambre, Crombie les señaló un árbol de refrescos que crecía en una parcela de arena de azúcar. Chester cogió una piedra afilada y abrió un agujero en el tronco del árbol, del que todos pudieron beber cuando comenzó a salir el líquido. Tenía el aspecto de sangre, lo cual, en un principio, les sorprendió; sin embargo, su sabor era de frambuesa. La arena de azúcar era demasiado dulce, por lo que ni siquiera comieron un poco. Crombie localizó un árbol de frutas de pan, que resultó ser mejor para sus paladares. Las barras estaban en su punto, soltaban un ligero vapor al abrirlas, y resultaron deliciosas.

Justo en el momento en que los tres empezaban a sentir de nuevo confianza, el peligro acudió en su busca. El talento de Crombie sólo operaba cuando se lo invocaba; no era una alerta automática. En este caso, la amenaza apareció en la forma de un dragón de tamaño mediano, terrestre y lanzallamas: uno de los peores enemigos de Xanth, a excepción de un dragón grande. Esos monstruos eran los amos del yermo, y era el patrón por el que se medía el resto de la ferocidad. Si se hubiera tratado de la variedad mayor, habrían estado perdidos. Tal como ocurrió, contra ese peso mediano, un hombre, un grifo y un centauro tenían una posibilidad de sobrevivir a la batalla.

No obstante, ¿por qué había venido el dragón en su busca? Usualmente, los dragones no atacaban a los hombres o a los centauros. Los dragones se enfrentaban a ellos sólo cuando no les quedaba más salida. Porque, aunque el dragón era el amo del yermo, el número, la organización y las armas de los hombres y los centauros los hacía mucho más formidables de lo que a los dragones les gustaba. Algunos hombres, como el Rey, poseían una magia que podía acabar con cualquier dragón. Normalmente, la gente y los dragones se dejaban mutuamente en paz.

Aquel enemigo anónimo..., ¿podía haber sido el que les enviara al dragón? Bastaba con un simple golpecito en el cerebro caliente y pequeño del monstruo..., y

el resultado parecería un accidente normal del yermo. Bink recordó el análisis del Rey: que la magia de su enemigo era muy similar a la de él. No idéntica, por supuesto. Sí similar. Por lo tanto, insidiosa.

Entonces, sus ojos captaron un pequeño montón de tierra, aparentemente recién depositada. ¿El topo mágico aquí? ¡Todo Xanth debía hallarse infestado por las criaturas!

Tanto Crombie como Chester tenían unos corazones dispuestos a la lucha. Pero Bink, en última instancia, se apoyaba en su talento. El problema era que esa protección no se extendería necesariamente a sus dos amigos. Sólo metiéndose de lleno en la lucha podía esperar ayudarlos, ya que, entonces, su talento quizá se viera obligado a salvarlos a todos para poder salvarlo a él. Se sentía culpable al respecto, ya que sabía que su valor era falso; ellos podían morir mientras él estaba encantado. Sin embargo, ni siquiera podía hablarles del tema. Existía una gran cantidad de magia de esa clase en Xanth; era como si a esta le gustara cubrirse con un misterio superfluo, aumentándose a sí misma a la manera de una mujer bonita.

De cualquier modo, se vieron atrapados en un claro nivelado: el terreno ideal para la caza del dragón. No había ningún árbol grande que les pudiera proporcionar una cobertura o un medio de escape, y ninguna magia local de la que pudieran valerse con la suficiente rapidez. El dragón cargaba, de su boca salía una lanza de fuego. Un buen roce de esas llamas bastaría para asar a un hombre entero. Se rumoreaba que a los dragones les gustaban los hombres asados.

El arco de Chester apareció en sus manos, con una flecha preparada. Estaba bien pertrechado con arco, flechas, espada y unos metros de cuerda resistente; y sabía cómo usarlo todo.

—¡Manteneos fuera del alcance de las llamas! —aulló—. Entre llamaradas, necesita tiempo para recargarse. ¡Cuando veáis que se llena de aire, cubrios!

¡Buen consejo! Cualquier criatura del tamaño de un dragón era un poco lenta en maniobrar, y su chorro de fuego necesitaba una puntería bien calculada. De hecho, tal vez se hallaran más seguros cerca del monstruo, ya que así podrían esquivarlo con la suficiente velocidad como para que no pudiera concentrarse bien en ellos. No demasiado cerca, debido a que los dientes y garras del dragón eran devastadores.

Sin embargo, también Crombie estaba provisto de garras, y el pico, a su manera, era tan bueno como los dientes. Además, disponía de la ventaja del vuelo. Podía maniobrar más rápido que el dragón, a pesar de su masa, aunque, por supuesto, su peso sólo era una fracción del que tenía el dragón. Pero, al no ser un grifo natural, no podía reaccionar con la misma velocidad y precisión que uno de verdad.

Bink era el eslabón más débil en la cadena defensiva..., o eso es lo que, naturalmente, creerían los otros.

—¡Bink, retrocede! —gritó Chester, cuando Bink cargó.

Bink no tenía forma de explicarle al centauro su aparente estupidez.

El dragón desaceleró cuando llegó a la distancia de un largo de dragón, con los ojos clavados en su oponente más formidable: el grifo. Crombie emitió un aullido de desafío y descendió sobre la cola del dragón. A medida que la cabeza del monstruo giraba para seguirle, Chester le disparó una flecha al cuello. La saeta se clavó con la fuerza que sólo un centauro podía imprimir, pero simplemente rebotó en las escamas metálicas del dragón.

—He de meterle una flecha en la boca..., cuando se quede sin fuego —musitó Chester.

Bink sabía lo peligroso que era eso. Un disparo limpio en la boca únicamente se podía conseguir estando, más o menos, enfrente del dragón mientras este abría su orificio..., y, normalmente, lo hacía sólo para morder o lanzar llamas.

—¡No te arriesgues! —gritó—. ¡Deja que Crombie nos encuentre una ruta de escape!

Pero Crombie se encontraba lejos y no podía oírles; además, se hallaba ocupado y, de cualquier modo, el belicoso centauro no estaba dispuesto a la retirada. Si no atacaban al dragón en un momento que les fuera propicio, este les demolería cuando a él le resultara propicio.

Bink se le acercó con la espada preparada, buscando un punto vulnerable. Cuanto más se aproximaba, más grande parecía el dragón. Tenía el cuerpo protegido por escamas superpuestas; quizá le cubrieran de la mayoría de las flechas, pero tal vez una espada pudiera penetrar entre ellas. Si lograba atravesar su armadura en las inmediaciones de algún órgano vital...

Crombie, con un agudo grito, se lanzó en picado hacia el dragón. El bombardeo directo de un grifo era algo que ni siquiera un dragón podía ignorar. La bestia se volvió, todo su cuerpo se enroscó con suavidad, y la cabeza se alzó en un círculo para interceptar al grifo. Las enormes fauces se abrieron, pero aún no estaba listo para lanzar las llamas; si podía, lo que pretendía era arrancarle un ala o la cabeza. Tenía el cuello doblado delante de Bink, a quien no contemplaba como una amenaza.

Chester disparó una flecha al interior de esa boca, pero su ángulo de tiro era malo, y el proyectil rebotó contra un diente. Crombie se acercó con las garras extendidas, frenando para evitar las fauces abiertas y poder sacarle un ojo. Bink corrió hacia el dragón y empotró la punta encantada de su acero en las estiradas escamas que había debajo del cuello.

El cuerpo del dragón era tan grueso como alto era Bink, y cada escama tenía el diámetro de una mano con los dedos abiertos, de un azul lustroso y de bordes iridiscentes. Eran tan afiladas como un cuchillo. Mientras la espada de Bink se hundía, esas hermosas y mortales escamas se acercaron hasta su mano. Bruscamente, se dio cuenta de que podía cercenarle la mano antes de que su espada le produjera

algún daño crítico al monstruo. ¡Realmente, era algo fútil el que un hombre intentara matar a un dragón!

Sin embargo, la estocada de Bink le dolió, del mismo modo que el pinchazo de una espina podía herir a un hombre. El dragón giró rápidamente para centrarse en esa molestia. Dobló el cuello en una curva con forma de S y acercó el hocico a Bink. Desde esa distancia, ese hocico parecía el doble de grande. Le llegaba hasta la cintura y era cobriza, con dos válvulas en las fosas nasales que giraban hacia dentro para evitar que expeliera el aire. El dragón inspiraba por la nariz y expelía por la boca; con toda seguridad, unas pocas llamas podrían destruir los delicados conductos nasales, de modo que el sistema debía de tener un sistema de seguridad. Debajo, los labios eran bruñidos y de un color más claro, como si fueran de una aleación de un metal más resistente, capaz de soportar el calor de horno del aliento del dragón. Los dientes estaban manchados de un color marrón chamuscado, con hollín negro entre las separaciones.

Los ojos se hallaban situados a los lados del cráneo, pero el hocico estaba acanalado para que la criatura pudiera ver hacia dónde lanzaba las llamas. En ese momento, los ojos se centraron en Bink, que se encontraba allí de pie con una mano sobre el pomo de la espada que había empotrado en la curva inferior del cuello con forma de S. Los dragones poseían una inteligencia variada, igual que todas las criaturas; sin embargo, incluso un dragón estúpido sería lo suficientemente listo como para asociar, en esas circunstancias, a Bink con la herida. Las válvulas de las fosas nasales se cerraron con un pequeño sonido metálico. La boca se abrió. Bink estaba a punto de ser asado en su totalidad.

Se quedó petrificado. En lo único en lo que pudo pensar fue en su espada: era una buena arma, con un encantamiento que la mantenía siempre afilada y ligera en su mano, un regalo del arsenal del Rey. Si se apartaba del monstruo, tendría que dejar ese fiel acero clavado en el cuello del dragón, ya que no disponía de tiempo para arrancársela. Como no deseaba perderla, se aferró a ella..., y fue incapaz de alejarse de la trayectoria que seguirían las llamas.

Un rugido fue creciendo en el estómago del dragón. La garganta se abrió, formando un tubo redondo, preparada para escupir la columna de fuego. Bink era un blanco inmóvil.

Entonces, una flecha pasó silbando por encima del hombro de Bink y se introdujo por la garganta abierta. ¡Un disparo perfecto del centauro!

Demasiado perfecto. En vez de atravesar la capa más suave de la garganta y clavarse en un órgano vital, la flecha desapareció en las crepitantes llamas. Las llamas brotaron de la boca del dragón, una mortal lanza de luz dorada que incineró la flecha, camino de la cabeza de Bink.

Y el grifo se estrelló contra el hocico del dragón, haciendo que se cerrara justo en

el momento en que emergía el fuego. El hocico chocó contra el suelo a los pies de Bink. Se oyó algo parecido a una explosión. La cabeza del dragón quedó bañada por el resplandor, y un pequeño cráter apareció en la tierra. El grifo se salvó por los pelos de no ver chamuscada una de sus alas. Bink quedó allí erguido, la espada en la mano, en el borde humeante del cráter, intacto.

El grifo agarró a Bink con sus garras en el instante en que el dragón comenzaba a orientarse de nuevo. Estaban ya en el aire cuando un segundo chorro de fuego pasó debajo de los colgantes pies de Bink.

Crombie no podía aguantar demasiado tiempo el peso de Bink en el suelo, y menos aún en el aire.

—¡Busca una salida! —gritó Bink—. ¡Utiliza tu talento!

Sorprendido, el grifo soltó a Bink sobre un matorral y realizó su rutina de búsqueda de dirección en mitad del aire. Mientras tanto, el dragón tosió varias bolas de fuego, soltó un poco de hollín, se aclaró el gaznate y cargó contra ellos. Chester galopó a su lado con la intención de conseguir otro buen disparo. Era evidente que este dragón era demasiado duro incluso para ellos tres juntos.

El ala derecha de Crombie señaló a un lado.

—¡Squawk! —chilló.

Chester giró y atravesó el sendero.

—¡A mi espalda! —exclamó.

Bink dio un salto y cayó sobre el lomo del centauro. Comenzó a deslizarse, manoteó con frenesí; agarró un puñado de crin y se enderezó mientras el centauro seguía la galopada con la cabeza gacha. Bink casi se fue hacia delante, pero entrecerró las rodillas con fuerza y resistió.

Alzó la vista..., y vio que el dragón cargaba directamente contra ellos. ¡El monstruo también debía de haber girado!

—¡Chester! —aulló Bink, presa del pánico—. ¡Está delante de nosotros!

—¡Delante, y un infierno! —gritó el centauro a su espalda—. Te has sentado al revés, tonto.

Uff. Era verdad. El dragón les seguía. Bink se aferraba a la bonita cola del centauro. ¡No le parecía extraño que le pareciera que tenía la cabeza baja!

Bueno, era una excelente forma de observar al dragón.

—El monstruo está reduciendo la distancia —informó Bink—. ¿Hacia dónde señala Crombie?

—¡En esa dirección vamos! —replicó Chester—. ¡Pero no sé a qué distancia se encuentra!

Era comprensible su evidente cólera; no le agradaba huir de un enemigo, ni siquiera de uno tan formidable como el dragón. De no ser por Bink, el centauro jamás habría retrocedido.

Crombie había señalado la dirección, aunque no podía saber si llegarían hasta el lugar a tiempo. ¿Y si el dragón los atrapaba primero? Bink temió que su talento tendría que entrar en acción de nuevo.

—Fue el acto más valeroso que jamás vi en un hombre —dijo Chester. Estaba claro que sentía que los centauros se movían por unos parámetros más elevados de coraje—. Te quedaste justo delante de la boca del dragón para llamar su atención, y te mantuviste en una inmovilidad completa para permitirme un disparo limpio por encima de ti. Te podría haber calcinado.

O haberme atravesado la flecha del centauro. Sin embargo, estos erraban el blanco en muy contadas ocasiones.

—Eso no fue valentía —replicó Bink—. Estaba tan asustado que no pude mover ni un músculo.

—¿Y eso? ¿Qué me dices del momento en que enterraste tu espada en el cuello del lanzallamas?

Había parecido valor. ¿Cómo podía explicarle Bink que la protección que le brindaba su sinuoso talento hacía que esos actos resultaran más fáciles? Si de verdad hubiera pensado que le podía matar, quizá nunca habría tenido el temple suficiente para hacerlo.

—Sólo actué como tú: atacué. Para salvar mi pellejo.

Chester bufó, mofándose, y continuó la carrera. El dragón seguía ganándoles terreno. Si hubiera sido volador, ya estarían perdidos...; aunque los dragones voladores eran más pequeños y, por lo tanto, menos poderosos. No obstante, cualquier dragón era un problema real, a no ser que el atacado poseyera una magia anuladora.

El dragón entraba ya en el campo de acción de sus llamas. Tenía la nariz manchada de tierra, pero eso no afectaba al fuego. Abrió la boca...

Chester cayó en un agujero.

—¡Agárrate! —gritó el centauro, tardíamente—. ¡Es una zanja demasiado ancha para saltarla!

Estaba claro. Bink evitó a duras penas dar una voltereta por encima de la cola del centauro, se aferró con todas sus fuerzas, y aterrizó con un tremendo impacto. Los muros se alzaron con rapidez a ambos lados de ellos. Debían haberse aproximado a esta zanja de forma oblicua, por eso cayeron con tanta facilidad. Esta tenía que ser la escapatoria que Crombie había indicado. El grifo descendía para unírseles.

Sin embargo, el dragón les siguió dentro de la grieta. Su cuerpo largo y sinuoso estaba bien adaptado para ese tipo de aberturas. No existía ninguna hendidura en la que pudiera ocultarse un centauro que fuera demasiado pequeña para un dragón. Bink se sintió indeciso; ¿podía tratarse de una desviación en vez de una vía de escape?

De repente, Chester frenó.

—¡No pares! —le gritó Bink—. ¡El monstruo se encuentra a nuestras espaldas!

—Vaya escapatoria que nos buscó ese cabeza de plumas —musitó Chester con disgusto—. Será mejor que nos enfrentemos al dragón.

—Tendremos que hacerlo —admitió Bink, volviéndose para dirigirse a la cabeza del centauro—. No podemos dejarlo atrás...

Entonces vio lo que había detenido a Chester.

—¡Niquelpiés! —gritó con renovado terror.

El dragón también los había visto. Se detuvo, patinando, e intentó dar la vuelta..., pero la grieta era demasiado estrecha para realizar un giro efectivo. Se podría haber alzado, enroscándose por encima de su propio cuerpo; sin embargo, ello le hubiera obligado a exponer otra vez su cuello, donde ya había sido herido.

Crombie aterrizó entre ellos.

—¿Esta era tu escapatoria, cerebro de pájaro? —exigió Chester, a medida que los niquelpiés se arracimaban, formando barricadas vivas donde hubiera alguna sombra, cortándoles cualquier posible escapatoria.

—¡Squawk! —replicó colérico el grifo.

Había entendido perfectamente el insulto, aunque no pudiera contestar en el mismo idioma. Se irguió, con las alas plegadas para que no chocaran contra los muros y corrieran el riesgo de quebrarse. Cerró los ojos, giró de forma extraña y señaló con una pata delantera. No obstante, la pata no estaba firme; oscilaba en un semicírculo.

Unos pocos niquelpiés más decididos atacaron. Cada uno se hallaba equipado con unas quinientas patas y un solo par de pinzas; a todos les encantaba la carne fresca. Con cierto esfuerzo y bastante asco, se podía matar a uno; pero cien eran inconquistables a menos que estuvieras pertrechado con una coraza o una magia extraordinarias. Sin embargo, tenían que intentarlo, ya que, si había algo peor que ser asado por un dragón, eso era ser despedazado por un niquelpiés.

El dragón emitió un quejido. Un niquelpiés se había pegado a su pata delantera y le estaba arrancando un trozo de sustancia de un diámetro de tres centímetros. Las garras del dragón eran de acero, pero las pinzas del niquelpiés se hallaban endurecidas por la magia; eran capaces de despedazar casi cualquier cosa. Chester se rió entre dientes de forma sombría.

Entonces, el centauro dio un gran salto a la vez que soltaba un grito muy parecido a un relincho. Otro niquelpiés le había arrancado un trozo de un casco. Chester, al aterrizar, cayó con toda la fuerza de su pata para aplastarlo. Pero el niquelpiés se había escurrido a un lado, esquivando el golpe..., mientras otros atacaban los cascos sanos de Chester. Y el dragón se rió entre dientes.

No obstante, la situación no tenía nada de gracioso. La grieta era demasiado profunda, con un fondo llano debajo de paredes rocosas totalmente verticales. Era

demasiado honda para que Bink pudiera saltarla. Quizá lo habría conseguido de pie sobre el lomo de Chester..., pero ¿cómo saldría el propio centauro? El dragón podía alzar la cabeza toda esa altura..., pero no sus patas delanteras. Sólo el grifo tenía la posibilidad de escapar..., salvo por el hecho de que la estrechez de la grieta le impedía abrir lo suficiente las alas. Había aterrizado dejándose caer suavemente; no obstante, despegar requería una acción y un impulso más vigorosos. Con la ayuda de Chester tal vez pudiera alzarse..., pero, de nuevo, ¿qué ocurriría con el centauro? Se hallaban atrapados tanto por la situación como por las paredes.

Si no salían de ahí, muy pronto serían el almuerzo del enjambre. Sin embargo, la masa del dragón bloqueaba la salida. Por aquel entonces el dragón se revolvía nervioso, tratando de alzar su cuerpo por encima del suelo para que sus partes más vulnerables no fueras arrancadas, mientras los niquelpiés se dirigían contentos hacia sus patas. Chester obraba de forma similar. Y también Crombie, que, de momento, no podía volar.

Y el mismo Bink, cuyas extremidades eran las más delicadas. ¿Dónde se hallaba su talento ahora?

—Lo único que los está conteniendo es la luz del sol —dijo Chester—. Cuando el sol se ponga, caerán sobre nosotros.

Bink miró la línea de sombra. El sol se encontraba alto en el cielo, y únicamente había una pequeña parcela sombreada.

Y esa zona estaba atestada por los pequeños monstruos. Sólo un niquelpiés entre cien se atrevió a introducirse en la luz, escurriéndose hasta la sombra proyectada por otro cuerpo...; pero, aun así, había una docena o más que se aprestaban a realizar lo mismo.

Entonces, Bink tuvo una inspiración.

—¡Tenemos que cooperar! —gritó—. Todos juntos..., ¡antes de que nos devoren!

—Claro —repuso Chester—. Pero ¿cómo nos deshacemos del dragón?

—¡Quiero decir, cooperar con el dragón!

Chester, Crombie y el dragón le miraron, mutuamente sorprendidos. Todos seguían bailando en sus respectivos sitios.

—Un dragón es demasiado tonto para cooperar, ni aunque lo deseara —objetó Chester—. Ni aunque tuviera algún sentido hacerlo. El cerebro del monstruo funciona como si tuviera una luz piloto encendida. ¿Por qué ayudarle a que nos devore?

—Hemos de establecer una tregua —comentó Bink—. Le ayudamos, y él no nos come. El dragón no puede volverse, tampoco puede alzar su cuerpo durante mucho tiempo. Es tan vulnerable como nosotros. Sin embargo, puede luchar contra los niquelpiés mucho mejor que nosotros. De modo que, si le protegemos el flanco...

—¡Las llamas! —exclamó Chester—. Los niquelpiés odian la luz... ¡y las llamas tienen un montón de luz!

—Correcto —repuso Bink—. De forma que, si le protegemos su lado oscuro y las patas...

—Y la espalda —añadió Chester, mirando a Crombie—. Si se decide a confiar en nosotros...

—No dispone de otra salida —replicó Bink, y se dirigió hacia el dragón.

—¡No lo sabe! ¡Cuidado... te freirá!

Pero Bink, protegido por su magia, sabía que no le iban a asar. Se acercó hasta la nariz del dragón y se detuvo delante de sus cobrizas fosas nasales. Hilillos de humo flotaban de ellas; cuando el sistema no estaba en funcionamiento, había una pequeña pérdida.

—Dragón —dijo—, me comprendes, ¿verdad? No puedes hablar, pero sabes que nos encontramos todos en un grave problema, y que los niquelpiés nos despedazarán y nos devorarán, a menos que nos ayudemos todos a escapar.

Dio un salto para esquivar el ataque de otro niquelpiés.

El dragón no respondió. Simplemente le miró. Bink esperó que eso fuera una buena señal. Extrajo la espada, observó al niquelpiés que tenía entre los pies y lo empaló. La cosa agitó las pinzas cuando Bink lo alzó, esforzándose por coger lo que fuera con ellas. Desde esa perspectiva, las pinzas eran circulares; normalmente, un niquelpiés se aferraba a su presa con unos cientos de patas y excavaba un agujero, sacando un disco de carne. ¡Horrible!

—Yo puedo matar a uno por vez —continuó Bink, mostrándole por el ojo derecho su prisionero al dragón—. Podría sentarme sobre una de tus patas y protegerla. Mi amigo el centauro podría vigilar tu cola. El grifo, que en realidad es un soldado transformado, es otro amigo; él podría cuidar que no te cayeran enemigos en la espalda, atravesándolos con su pico. Podemos ayudarte... si confías en nosotros.

—¿Y cómo podremos confiar nosotros en él? —quiso saber Chester.

El dragón todavía seguía sin reaccionar. ¿Era estúpido o inteligente? Mientras le escuchara, Bink tenía que creer que todo marchaba razonablemente bien.

—Esto es lo que tenemos que hacer —continuó deprisa, a medida que las sombras crecían y los niquelpiés se excitaban más. En ese instante, tres de ellos se dirigían hacia los pies de Bink; sería difícil ensartarlos a todos a la vez—. Los tres hemos de subir por encima tuyo para apostarnos en tu cola y patas traseras. Crombie se quedará en tu espalda. De modo que has de dejarnos pasar y soportar nuestro peso sobre tu cuerpo. Realizaremos todo lo que esté a nuestro alcance para que tus escamas sigan intactas. Sin embargo, la tarea principal depende de ti. Una vez que escalemos tu cuerpo, fríe a todos los niquelpiés que hay en la grieta delante de ti. Entonces, todos podremos salir retrocediendo. ¿De acuerdo?

El dragón seguía mirándole. ¿Lo habría comprendido? Chester intervino.

—Dragón, sabes que los centauros somos criaturas de honor. ¡Todo el mundo lo

sabe! Te doy mi palabra de que no te atacaré si me dejas pasar. Conozco a Bink; aunque sea un hombre, también es una criatura de honor. Y el grifo... —dudó.

—¡Squawk! —repuso Crombie, enojado.

—Crombie es una criatura de honor —comentó Bink con rapidez—. Suponemos que tú también lo eres, dragón.

El dragón siguió con la misma actitud. Bink se dio cuenta de que tendría que arriesgarse. Quizás el dragón fuera demasiado estúpido para entender la naturaleza de su oferta, o tal vez aún no confiaba en ellos. Era posible que no dispusiera de ninguna manera de responderles. Tendrían que arriesgarse con la última alternativa.

—Voy a subir por tu espalda —dijo Bink—. Mis amigos me seguirán. La tregua se mantendrá hasta que todos salgamos de la grieta.

Tregua. Había aprendido a apreciar esta forma de compromiso hacía un año, cuando él y Camaleón pactaron una tregua con el Mago Maligno. Aquel arreglo les había salvado a todos del desastre en el yermo. Parecía como si ningún enemigo fuera demasiado terrible como para no entenderte en tiempos de peligro.

De nuevo le habló al silencioso dragón.

—Si no me crees, ásanos ahora, y enfréntate solo a los niquelpiés.

Bink, decidido, rodeó la cabeza del dragón y se dirigió a la base de su cuello, de donde salían las patas delanteras. Vio la herida que le había producido, por la que caían jugos que un niquelpiés estaba chupando con gula a medida que llegaban al suelo. El pequeño monstruo arrancaba discos de piedra del suelo para no perderse ni una gota del líquido que se derramaba. ¡En todo Xanth no había monstruo más rapaz, para su tamaño, que el niquelpiés!

Después de limpiar la mancha dejada por el bicho que había empalado, Bink enfundó la espada, extendió los brazos y dio un salto. Su cabeza y torso superaron el tope de la pata, y empezó a trepar por las escamas. Al estar aplanadas, no le cortaron..., y no lo harían mientras no se sujetara por el lado equivocado. El dragón no se movió.

—¡Vamos, Chester, Crombie! —llamó.

Alentados por su voz y por los niquelpiés que se cerraban sobre ellos, le siguieron. El dragón los miró con cautela, pero contuvo sus llamas. Pronto los tres se habían acomodado en sus puestos de batalla. Y justo a tiempo; los niquelpiés se habían arracimado tan densamente, que las paredes rocosas mostraban sus sombras. Avanzaba de forma inexorable.

—¡Fríe ese pasaje! —le gritó Bink al dragón—. ¡Ya estamos preparados para proteger tus flancos!

Sacó la espada y atravesó a otro monstruo con la punta del acero.

El dragón respondió eructando una tremenda tromba de fuego. Chamuscó toda la grieta, ocultándolo todo bajo las llamas y el humo. Era como si hubiera caído un

rayo. Los niquelpiés chirriaron a medida que caían de las paredes, ardiendo y, algunos, estallando. ¡Éxito!

—Muy bien —le comentó Bink al dragón, mientras se secaba los ojos. Habían recibido un chorro rebotado de caliente gas—. Ahora retrocede.

La criatura no se movió.

—No puede hacerlo —repuso Chester, dándose cuenta de la situación—. Sus piernas no funcionan de esa manera. Un dragón no puede retroceder jamás.

Bink comprendió que era verdad. El dragón era flexible y, normalmente, se enroscaba para invertir su curso. Sus patas y pies estaban formados de forma que únicamente podían avanzar. Y entendía por qué no había manifestado su acuerdo a la proposición de Bink; no podía expresarse. Sin palabras, no podría explicarse; cualquier negativa habría parecido un rechazo de la tregua. Incluso una criatura muy inteligente se habría encontrado ante un dilema en la misma situación, y el dragón era bastante menos que eso. Sólo podía quedarse callado.

—¡Pero eso significa que nuestra única alternativa es adentrarnos más en la grieta! —repuso Bink, irritado—. O esperar hasta que anochezca.

Cualquiera de las dos elecciones era el desastre; en la oscuridad total, los niquelpiés caerían sobre ellos en masa y arrancarían cada parte de sus cuerpos en trozos circulares llamados comúnmente níqueles, de donde derivaba su nombre. ¡Qué destino tan espantoso, verse niquelado hasta la muerte!

La llama del dragón no duraría para siempre; la criatura tenía que recargarse. Era lo que intentó desde el principio cuando se dedicó a perseguirlos. En el instante en que sus llamas cesaran, los niquelpiés se lanzarían de nuevo sobre ellos.

—No podemos salvar al dragón —comentó Chester—. Súbete a mi espalda, Bink; galoparé fuera de aquí, ahora que hemos dejado atrás a la obstrucción. Crombie puede emprender el vuelo desde el lomo del dragón.

—No —contestó Bink con firmeza—. Eso violaría nuestra tregua. Acordamos que nos ayudaríamos mutuamente a salir.

—No es verdad —replicó el centauro, enojado—. Acordamos no atacarlo. Y no lo haremos. Simplemente, lo dejaremos.

—¿Y permitiremos que, a cambio, lo ataquen los niquelpiés? —acabó Bink—. Eso no es lo que yo tenía en mente. Marchaos, si así lo deseáis; yo cumpliré mi compromiso, tanto el tácito como el literal.

Chester sacudió la cabeza.

—Además de ser el hombre más valiente que he visto, también eres el más cabezota.

Valiente y testarudo. Bink deseó que fuera verdad. Apoyado por su talento, podía correr riesgos y respetar pactos que, de otro modo, tal vez habría negado. Crombie y Chester eran los que poseían un genuino coraje; ellos sabían que podían morir. De

nuevo se sintió culpable, sabiendo que, de alguna forma, saldría de esta, mientras que sus amigos no tenían tal certeza. Sin embargo, estaba seguro de que no le abandonarían. Iba a hacer que corrieran un inmenso peligro..., para respetar la tregua pactada con un enemigo que había intentado matarlos a los tres. ¿Dónde se hallaba el camino ético?

—Si no podemos retroceder, entonces tendremos que avanzar —decidió Chester—. Dile a tu amigo que prepare el vapor. La ironía no era nada sutil..., pero Chester no era un centauro sutil. De hecho, era un camorrista al que le gustaba discutir. No obstante, era un amigo leal. La culpabilidad de Bink no desapareció. Su única esperanza radicaba en que, mientras siguieran juntos en este apuro, su magia pudiera sacarlos de él a todos. Ojalá.

—Dragón, si te parece bien... —le habló Bink—. Quizá haya una salida más adelante.

—Quizá la luna no esté formada por queso verde —murmuró Chester.

Se trataba de un sarcasmo; sin embargo, le recordó nítidamente a Bink una época de su infancia, cuando se produjo lo que los centauros llamaban un eclipse: el sol había colisionado con la luna y le había arrancado un gran trozo de superficie, y un enorme pedazo del queso había caído al suelo. Todo el Poblado del Norte se atiborró antes de que se pudriera. El queso verde era el mejor..., pero sólo crecía bien en el cielo. Los mejores pasteles también se hallaban en el cielo.

El dragón avanzó. Bink tuvo que rodear su tobillo con los brazos para no caerse; ¡era peor que cabalgar sobre un centauro! Crombie extendió las alas en busca de un equilibrio parcial, y Chester, que venía en la retaguardia, trotó hacia atrás, sorprendido: lo que era un paso precavido para el dragón representaba un ritmo vivo para los otros.

Bink temía que la grieta se estrechara más adelante, imposibilitándoles el avance. ¡Entonces sí que tendría una crisis de conciencia! Pero se estabilizó, extendiéndose interminable hacia delante, con curvas intermitentes, razón por la que no podían ver ninguna salida. Periódicamente, el dragón barría el sendero con un bufido ígneo. Bink se dio cuenta de que las llamas se volvían cada vez más débiles. Hacía falta mucha energía para lanzar fuego, y el dragón estaba hambriento y cada vez más cansado. Antes de que transcurriera mucho tiempo ya no sería capaz de quitarse de encima a los niquelpiés. ¿Les gustaba a los dragones el queso verde? ¡Qué pensamiento tan irrelevante! Aunque el queso les reinstaurara el fuego, no tenían ninguna luna disponible en ese momento, y, aunque la luna estuviera en el cielo, ¿cómo podrían alcanzarla?

Entonces, la grieta se bifurcó. El dragón se detuvo, perplejo. ¿Cuál era la mejor ruta?

Crombie cerró sus ojos de grifo y giró tan bien como pudo sobre la espalda del

dragón. Pero su ala señaló otra vez de forma errática, abarcando los dos caminos, hasta que, finalmente, se plegó, derrotada. Estaba claro que el talento de Crombie necesitaba el tratamiento de un doctor en hechizos..., en un momento de lo más inoportuno.

—Confía, que el cerebro de pájaro lo estropeará todo —musitó Chester.

Crombie, cuya capacidad de escucha permanecía en buen funcionamiento, reaccionó colérico. Graznó y caminó por encima del dragón en dirección del centauro, con las plumas alrededor del cuello erizadas como el pelaje de un lobo.

—¡Calmaos! —gritó Bink—. ¡Nunca saldremos de aquí si nos peleamos entre nosotros!

A regañadientes, Crombie volvió a su puesto. Parecía que la elección del camino reposaba en Bink.

¿Existía alguna posibilidad de que las dos ramificaciones se volvieran a unir más adelante? Si fuera así, esta sería la forma idónea para conseguir que el dragón pudiera girar y todos logran salir de ahí. Sin embargo, no era muy probable. De cualquier modo, si se diera ese caso, poco importaría el camino que siguieran.

—Vayamos por la izquierda.

El dragón se metió en el ramal de la izquierda. Los niquelpiés les siguieron. Se hacía cada vez más difícil dejarlos atrás; las sombras no sólo estaban avanzando, sino que el ángulo oblicuo del nuevo paso dejaba un espacio más breve para que penetrara la luz solar.

El paso se volvió a dividir. ¡Oh, no! Se estaba convirtiendo en un laberinto..., en uno muy serio y mortal. Si se perdían aquí...

—Sigue a la izquierda —dijo Bink.

Era terrible; su elección se basaba en la adivinanza, y los metía a cada segundo en más problemas. ¡Si tan sólo el talento de Crombie fuera operativo en este lugar! Qué extraño cómo había fallado. Parecía que funcionaba bien antes de que entraran en la grieta. De hecho, les había indicado este camino. ¿Por qué les envió a una región en la que no era operativo? ¿Y por qué el propio talento de Bink permitió que ocurriera? ¿Había fallado también?

De repente, sintió miedo. No se había dado cuenta de lo que se había acostumbrado a su talento. ¡Sin él, era vulnerable! Podía ser herido o muerto por la magia.

¡No! No podía creerlo. Su magia tenía que seguir en él..., y también la de Crombie. Sólo tenía que dilucidar por qué no funcionaban ahora.

¿Funcionaban mal? ¿Cómo lo sabía? Quizás esos talentos lo que intentaban era cumplir con su trabajo, y no se los interpretaba adecuadamente. Como el dragón, eran poderosos pero mudos. Simplemente, Crombie debía formular la pregunta correcta. Si preguntaba: «¿Qué camino conduce fuera de este laberinto?», era muy posible que

cualquiera lo hiciera..., o ninguno. Entonces, ¿qué haría su talento? Si le exigía la dirección específica para salir, y la vía de escape se curvaba, ¿no tendría que curvarse también la extremidad con la que señalaba? No existía una única dirección, una única alternativa; la salida era un laberinto. Razón por la que Crombie se sentía perplejo, creyendo que su talento había fallado, cuando, quizá, lo único que había hecho era marcharse enfadado.

Supón que el talento de Bink estaba al tanto de ello. No tendría motivos de preocupación; le mostraría, a su debido momento, una forma en la que podría volver operativo el talento de Crombie. Sin embargo, sería mejor si al propio Bink se le ocurría la salida, ya que, de ese modo, se aseguraría de que todos escaparan. Así, se mantendría tanto la amistad como el honor.

Esta era la prueba para su temple. ¿Cómo podía solucionar el acertijo del talento parado? Estaba claro que una dirección recta no era la respuesta para la salida. No obstante, el talento de Crombie era direccional. Preguntaba dónde se encontraba algo, y le mostraba la dirección. Si, en este caso, la respuesta no radicaba en la dirección, ¿de qué se trataba... y cómo podría identificarlo Crombie?

Tal vez pudiera utilizar el talento del mismo Crombie para averiguarlo.

—Crombie —llamó por encima del cuerpo del dragón—. ¿Dónde hay algo que nos saque de aquí?

El grifo, obsequioso, repitió su rutina, sin ningún efecto.

—No sirve —masculló Chester—. Su talento se ha marchitado. No es que alguna vez sirviera para mucho. Ahora bien, si yo tuviera uno...

Crombie lanzó un graznido, y su tono fue tal que estaba claro que el centauro había recibido un abundante discurso sobre los orificios disponibles por donde podía meterse semejante talento. Las orejas de Chester enrojecieron.

—Tu presencia es para averiguar cuál es —le recordó Bink—. En este instante, Crombie es lo único que tenemos. Si pudiéramos disponer del tiempo, creo que existe una clave. —Se interrumpió para atravesar a otro niquelpiés. Las cosas morían lentamente, pero no proseguían con su ataque una vez empalados. No podían; sus compañeros los despedazaban en el acto. ¡Pronto se verían obligados a concentrarse sólo en los niquelpiés!—. Crombie, ¿dónde hay algo que nos pueda mostrar una salida de aquí?

—Se lo acabas de preguntar —gruñó Chester.

—No, he modificado ligeramente el lenguaje. Mostrar no es lo mismo que...

Se detuvo y observó al grifo. Durante un momento, pareció que el talento de Crombie funcionaba; sin embargo, luego su ala osciló de uno a otro lado y se rindió.

—Creo que nos estamos acercando —comentó Bink, con una falsa esperanza—. Crombie, ¿dónde hay algo que detenga a los niquelpiés?

El ala de Crombie señaló hacia arriba.

—Claro —dijo Chester, irritado—. El sol. Pero lo oculta una nube.

—Por lo menos ha probado que su talento es operativo.

Llegaron a otra bifurcación.

—Crombie, ¿qué sendero nos conducirá más rápidamente hacia aquello que nos puede ayudar? —inquirió Bink.

El ala señaló decidida hacia la derecha.

—¡Hey, ha funcionado! —exclamó Chester, en tono burlón—. A no ser que nos esté engañando.

Crombie emitió otro insultante graznido, que casi se bastó para chamuscar por sí mismo a unos cuantos niquelpiés.

Sin embargo, ahora el sol se hallaba oculto por la nube, sumiendo toda la hendidura en una terrible sombra. Los niquelpiés se acercaron con un múltiple chasquido de satisfacción y anticipación, unido a una común codicia.

—¡Dragón, coge la bifurcación de la derecha! —gritó Bink—. Ilumínala delante de ti, y corre. Usa tus últimas reservas de fuego si es preciso. Vamos por el buen camino.

Eso esperaba.

El dragón respondió con un terrible relámpago de fuego que iluminó el paso durante un largo trecho. De nuevo los niquelpiés emitieron sus quejidos al morir. El dragón galopó por encima de sus humeantes cadáveres, llevando consigo a Bink y a Chester y a Crombie. Pero se estaba agotando.

Algo destelló en el oscuro paso que tenían delante. Bink respiró esperanzado...; sin embargo, pronto se dio cuenta de que se trataba de un fuego fatuo. ¡No era ayuda!

¿Que no era ayuda? De repente, Bink recordó algo.

—¡Eso es! —gritó—. ¡Dragón, sigue a ese fuego!

El dragón obedeció, a pesar del relincho de incredulidad de Chester. Ya se le habían agotado las llamas, tenía el horno casi exhausto; no obstante, aún podía correr a una respetable velocidad. El fuego fatuo zigzagueó, tal como suelen hacerlo, siempre al borde de la percepción. Su espíritu era burlón por naturaleza. El dragón se introdujo en una ramificación detrás de la otra, completamente perdido..., y, de súbito, salió al lecho de un río seco.

—¡Hemos escapado! —gritó Bink; apenas podía creerlo. Pero aún no se hallaban a salvo; los niquelpiés se amontonaban fuera de la grieta.

Bink y Chester saltaron del dragón y subieron la hondonada, y se hallaron entre las cenizas de un antiguo incendio. Crombie extendió las alas y se elevó al cielo con un graznido de alivio total. Los niquelpiés ni siquiera siguieron al dragón; no se deslizaban bien entre las cenizas, y corrían el peligro de verse atrapados por la luz del sol. El grupo se hallaba a salvo.

El dragón se derrumbó, jadeante, entre una nube de ceniza. Bink dio un rodeo y

se detuvo delante de su hocico.

—Dragón, libramos una buena batalla, y tú ibas ganando. Escapamos, y nos seguiste, y todos nos vimos atrapados en la hendidura. Pactamos una tregua para escapar, y la respetaste, del mismo modo que nosotros. Al aunar nuestros esfuerzos, hemos salvado las vidas. Ahora bien, preferiría tenerte como amigo que como un enemigo. ¿Aceptarás la amistad de los tres antes de separarnos?

El dragón le miró. Por fin, despacio, inclinó levemente el hocico hacia adelante, en un gesto de afirmación.

—Hasta que volvamos a vernos..., que tengas una buena caza —repuso Bink—. Aquí te podremos ayudar un poco. Crombie, ¿dónde se encuentra la presa de dragones más próxima..., algo que incluso un dragón agotado pueda atrapar?

Crombie giró en el aire y extendió un ala a medida que descendía. Señalaba hacia el norte...; en ese momento pudieron oír los ruidos de algo grande que se debatía, con toda probabilidad atrapado en un arbusto lazo. Algo gordo y estúpido, que sufriría una muerte lenta en los lazos si no era despachado de una forma más rápida y piadosa por las llamas de un dragón.

—Buena caza —repitió Bink, dándole una palmadita al animal en su hocico de caliente cobre; luego dio media vuelta. El dragón se dirigió hacia el norte.

—¿A qué se debió eso? —preguntó Chester, con un tono bajo de voz—. No necesitamos la amistad de un dragón.

—Quería que aquí fuéramos amigos —contestó Bink—. Este es un lugar muy especial, donde la paz debería prevalecer entre todas las criaturas de Xanth.

—¿Estás loco? ¡Son las cenizas de un fuego!

—Te lo mostraré —dijo Bink—. Seguiremos a ese fuego fatuo.

El fuego fatuo aún seguía con ellos, flotando lo suficientemente lejos como para que no lo pudieran coger.

—Mira, Bink —protestó Chester—. Tuvimos suerte con ese fuego..., pero será mejor que no nos arriesguemos a seguirle más. Nos conducirá a la destrucción.

—Este no —comentó Bink, siguiéndolo.

Pasado un momento, Chester se encogió de hombros, dio una patada con los cascos posteriores que quería decir: «¿Qué puedo hacer?», y fue detrás de él. Crombie planeó sobre sus cabezas hasta unirse a ellos.

Pronto, el fuego se detuvo ante una piedra brillante que marcaba una tumba. A medida que se aproximaron, la piedra se iluminó con las palabras HERMAN EL ERMITAÑO.

—¡Tío Herman! —exclamó Chester—. ¿Quieres decir que este es el lugar donde...?

—Donde salvó a Xanth de los culebreadores —afirmó Bink—. Al llamar a muchas criaturas por medio de los fuegos fatuos, creando un fuego de salamandra

que quemó a los culebreadores. En ese esfuerzo dio su noble vida y murió como un héroe. Cuando reconocí las cenizas de aquel incendio, supe que este fuego nos conduciría hasta aquí, ya que tú eres de su clase y de su sangre, y los fuegos fatuos honran su memoria. El talento de Crombie localizó al fuego fatuo, y este...

—El tío Herman, un héroe —murmuró Chester, y su rostro adoptó una expresión desconocida.

El beligerante centauro no estaba acostumbrado a las emociones delicadas del respeto y la reverencia. Incluso les pareció escuchar una triste melodía de flauta, que incrementó el clima del momento.

Bink y Crombie retrocedieron, dejando a Chester en la intimidad de su contemplación. Bink tropezó con un montón de tierra que no estaba ahí hacía un momento y casi se cayó; esa fue la única nota fuera de lugar.

## 4

### El castillo del Mago

El castillo del Buen Mago Humfrey seguía igual que siempre. Alto y esbelto, con firmes murallas exteriores y una elevada torre interior protegida por troneras y parapetos y todo lo habitual en los castillos. Era más pequeño de lo que Bink recordaba, pero sabía que no había cambiado. Quizás el problema radicaba en que el recuerdo que guardaba del interior era mayor que el del exterior. Con la magia, era posible hacer que el interior fuera más grande que la fachada.

Sin embargo, las rutas mágicas de acceso habían sido cambiadas, y el hipocampo o caballo marino ya no estaba en el foso, posiblemente debido a que su tiempo de servicio había expirado. Seguro que había otra criatura de guardia dentro, en el puesto de la mantícora que Bink había conocido, la misma que asistió a la Fiesta de Aniversario. Incluso los monstruos tenían que dar un año de su vida como pago por las Respuestas del Buen Mago y, normalmente, realizaban las tareas de guardianes del castillo. A Humfrey no le gustaban las intrusiones casuales.

Cuando se acercaron al foso, la naturaleza del nuevo guardián se dio a conocer. ¿Un monstruo? ¡Muchos monstruos! El agua bullía con secciones serpentinas, algunas blancas, otras negras, deslizándose una al lado de la otra de forma interminable.

—Pero ¿dónde están las cabezas, las colas? —inquirió Chester, perplejo—. Lo único que veo son anillos.

Los tres se detuvieron ante el foso, pensativos. ¿Qué habría querido preguntarle al Buen Mago toda una flota de serpientes marinas, que necesitaron con tanta ansiedad su Respuesta que todas estuvieron dispuestas a pagar su tarifa? ¿Cómo habían llegado hasta aquí? Parecía que Bink y sus amigos no lo descubrirían.

Afortunadamente, este no era un peligro al que tendrían que enfrentarse. Bink se hallaba en una misión del Rey y, tan pronto como hiciera notar su presencia, sería admitido en el castillo.

—¡Mago Humfrey! —llamó.

No obtuvo ninguna respuesta del castillo. No había dudas de que el Buen Mago estaría absorto ante un buen libro de magia, ajeno a lo que ocurriera fuera.

—¡Mago, soy Bink, en una misión real! —volvió a llamar.

Siguió sin recibir respuesta alguna.

—El viejo gnomo debe tener mal los oídos —murmuró Chester—. Déjame intentarlo a mí. —Juntó las manos ante su boca y rugió—: ¡MAGO: COMPAÑÍA!

El rugido creó una serie de ecos en las almenas, pero el castillo siguió en silencio.

—Debería estar en casa —dijo Bink—. Nunca sale a ninguna parte. No obstante, podemos comprobarlo. Crombie, ¿dónde se encuentra el Buen Mago?

El grifo realizó su acto y señaló..., directamente hacia el castillo.

—Debe estar al otro lado —dijo Chester—. Siempre que tu talento no empiece a fallar otra vez.

Crombie graznó, y se le erizaron de nuevo las plumas de color azul. Se incorporó sobre sus patas traseras y fintó unos movimientos de boxeo con las delanteras, desafiando al centauro a pelear. Chester pareció dispuesto a complacerlo.

—¡No, no! —gritó Bink, interponiéndose entre los dos—. ¡No queremos causar una mala impresión!

—Infiernos, yo quería causar una buena impresión... en su plumífera cara —gruñó Chester.

Bink sabía que tenía que separar a las dos combativas criaturas.

—Rodea el castillo y, desde la parte opuesta, trata de localizar al Mago —le dijo a Crombie.

—Triangula —indicó Chester.

¿Triangular? Bink, acostumbrado a las maneras bruscas de su amigo, había olvidado lo educados que eran los centauros. La triangulación era una forma de localizar algo sin ir a buscarlo directamente. Chester, cuando le apetecía mostrarlas, poseía una buena mente y un montón de información.

El grifo, tras pensar unos instantes, concluyó que la palabra no era un insulto escatológico y voló hacia un lado del castillo y señaló de nuevo. Hacia el castillo. No había ninguna duda: el Mago estaba en casa.

—Será mejor que te acerques volando y le informes de que nos encontramos aquí —dijo Bink—. No deseamos meternos con esos monstruos del foso.

Crombie emprendió de nuevo el vuelo. Había un pequeño descansillo entre la zona del foso y el castillo, pero ninguna abertura en el muro, de modo que el grifo se dirigió hacia las altas torres. Sin embargo, parecía que allí no existía ninguna entrada para una criatura de su tamaño, razón por la que sobrevoló la torre dos veces y regresó.

—Ahora lo recuerdo —comentó Bink—. Las ventanas tienen barrotes. Un pájaro pequeño podría entrar, pero no un grifo. Creo que tendremos que atrevernos con el foso.

—¡Hemos venido en una misión encomendada por el Rey! —exclamó Chester, colérico. Su feo rostro era ideal para hacer muecas—. ¡No tenemos por qué atravesar todos los peligros!

El mismo Bink se hallaba enojado. No obstante, sabía que los podría pasar gracias a su talento.

—Es responsabilidad mía. Veré si puedo sortear los obstáculos del castillo y llamar su atención; luego os dejaré entrar.

—¡No dejaremos que te enfrentes solo al peligro del foso! —protestó Chester, y

Crombie graznó su acuerdo.

Los dos podían tener rivalidad mutua, pero, en última instancia, sabían dónde yacía su lealtad.

La situación era peculiar. Ellos no poseían una protección mágica.

—Prefiero ir solo —repuso Bink—. Soy más pequeño que vosotros y, con toda seguridad, me resultará más fácil entrar. Si cayera en el foso, podéis arrojarme una cuerda y sacarme a toda velocidad. Sin embargo, yo nunca podría sacaros a vosotros...

Crombie comenzó a protestar otra vez, pero Bink le cortó con rapidez.

—En una emergencia, él podría llevarme tu cuerda. De veras, creo que esta es la mejor forma. Me podéis ayudar con mayor eficacia si tratáis de adivinar qué clase de monstruos hay en el foso. ¿Existe alguna palabra en el léxico de los centauros para las serpientes sin cabeza?

—Algunas...; sin embargo, los anillos no encajan con el esquema. Tienen más el aspecto de partes de... —Chester se detuvo, sorprendido—. ¡Lo es! ¡Es una ouroboros!

—¿Una ouroboros? —repitió Bink, sin comprender—. ¿Qué es eso... una flota de monstruos marinos?

—Se trata sólo de un monstruo, una serpiente de agua que se sujeta su propia cola entre los dientes. La mitad es de color blanco, y la otra mitad negro. El simbolismo es...

—¡Pero el foso está lleno de segmentos! Algunos en las cercanías del castillo y otros aquí en el borde. Mira..., ahí hay tres, alineados de forma paralela. ¡No pueden ser porciones del mismo monstruo!

—Sí que pueden —repuso Chester juiciosamente—. La ouroboros se enrosca alrededor del castillo...

—Pero eso explicaría sólo una línea de...

—Se enrosca varias veces, y la cabeza se sumerge por entre sus anillos hasta agarrarse la cola. Es algo parecido a una cinta de Moebius. De manera que...

—¿Parecido a qué?

—Olvídalo. Es magia especializada. Acepta mi palabra: esa cosa del foso es un único monstruo..., y no puede morder debido a que no soltará su cola. Si tienes buen equilibrio, puedes caminar por encima de él hasta llegar al castillo.

—¡Ningún segmento emerge más de metro y medio por encima del agua! ¡Me caeré si trato de saltar de segmento a segmento!

—No saltes —explicó Chester, con una paciencia inusual en él—. Camina. Incluso enroscada varias veces alrededor del castillo, la cosa es demasiado grande para el foso, razón por la que tiene que realizar repliegues verticales. Y nunca pueden enderezarse; tan pronto como una se hunde, otra tiene que salir, lo cual da como

resultado una ondulación progresiva. Esa es la forma en que se mueve la ouroboros en este sitio tan restringido. No tienes necesidad siquiera de llegar a mojarle; lo único que has de hacer es seguir una parte de la cosa hasta el final.

—¡No tiene ningún sentido para mí! —repuso Bink—. Estás hablando en centaurés. ¿Podrías simplificar?

—Simplemente, salta sobre el primer anillo y quédate ahí —aconsejó Chester—. Lo entenderás en cuanto lo hagas.

—Sientes más confianza en mí de la que yo mismo tengo —comentó Bink, dubitativo—. Espero que sepas lo que estoy haciendo.

—Confié en ti para que nos sacaras de la grieta de los niquelpiés en la que nos metió Crombie —dijo Chester—. Ahora tú confiarás en mí para atravesar ese foso. No me digas que nunca antes has cabalgado encima de un monstruo.

—¡Squawk! —gritó Crombie, señalando con un ala al centauro. Bink sonrió; había estado cabalgando sobre el centauro. Primer punto para el soldado.

—Pero no te caigas —continuó Chester, con el mismo tono de voz—. Los anillos te aplastarían.

—Hum —aceptó Bink, tranquilizándose.

Incluso con el apoyo de su talento, no le gustaba. ¿Caminar por el lomo de un monstruo marino en movimiento? ¡Del mismo modo podía caminar por las alas de un roc en vuelo, ya que estaba en ello!

Como solía hacer siempre que buscaba una ruta de escape cuando sabía que no existía, miró a su alrededor..., y descubrió otro montón de tierra. Irritado, dio unos pasos y lo pisó, aplastándolo.

Sin embargo, al ver un anillo que le pareció conveniente, Bink saltó y mantuvo el equilibrio con los brazos, de la misma forma en que se movía un árbol molino. El segmento del monstruo se hundió un poco bajo su peso, luego se estabilizó neumáticamente. Aunque brillaba por la humedad, la piel blanca no era resbaladiza. Bien; ¡quizá la caminata fuera posible, después de todo!

La carne onduló. La sección que había delante de él se sumergió en el agua.

—¡Gira! —gritó Chester desde el borde—. ¡Manténte en ella!

Bink giró, moviendo de nuevo los brazos para ayudarse. Allí, detrás/delante de él, el anillo se extendía. Avanzó por su superficie, apresurándose a medida que el agua le llegaba a los talones. Era como un camino mágico, que se abría delante de él mientras se cerraba detrás. Quizás este fuera el principio básico de esos senderos de sentido único: ¡en realidad eran lomos de monstruos! No obstante, y a pesar de que parecía que la serpiente se movía hacia la espalda de Bink, el anillo se mantuvo en su sitio y se deslizó levemente hacia delante. Caminaba a toda velocidad para avanzar despacio.

—De esta forma nunca atravesaré el foso —se quejó—. Ni siquiera camino en la

dirección del castillo.

—Llegarás —gritó Chester—. Sigue moviendo los pies.

Bink siguió caminando, y el centauro y el grifo avanzaron lentamente por el borde del foso para mantenerse a su altura. De repente, entre Bink y sus amigos surgió un anillo.

—¡Hey, he cruzado a un anillo interior..., pese a que nunca he dejado este! —exclamó Bink.

—Te encuentras en una espiral interna —explicó Chester—. No existe ninguna otra forma de avanzar. Cuando llegues al borde interior, salta.

Bink continuó, casi lo estaba disfrutando ahora que se había acostumbrado al movimiento y entendía el mecanismo. Siempre que mantuviera su posición, no había nada que le impidiera llegar hasta la otra orilla. Pero era un rompecabezas bastante ingenioso; ¿lo podría haber solucionado sin la ayuda de Chester?

Bruscamente, el segmento se estrechó. ¡Estaba llegando al final de la cola! Entonces, la cabeza de la ouroboros apareció a la vista, con los dientes firmemente cerrados sobre su cola. Sintiendo nervioso otra vez, a Bink no le quedó más alternativa que caminar por esa cabeza. ¿Supón que, por una sola vez, decidiera soltar la cola y agarrarlo a él? Los enormes ojos de la serpiente le observaron durante un breve momento, haciendo que todo su cuerpo sintiera un escalofrío.

Pero la cabeza desapareció, prosiguiendo su ondulación por debajo del agua, y Bink se encontró caminando por el masivo cuello que, comparado con la delgada cola, era tan ancho como un camino. En apariencia, esta serpiente o lo que fuera no necesitaba aire; podía mantener la cabeza sumergida de forma indefinida en el agua. Pero ¿cómo comía, si nunca soltaba su cola? No podía estar comiéndose a sí misma, ¿verdad? Quizás esa había sido la Pregunta que le había formulado al Mago: ¿Cómo podía soltar su cola y devorar a los idiotas que caminaban a lo largo de su cuerpo? No; si hubiera obtenido la respuesta a esa Pregunta, ya se habría zampado a Bink mientras pasaba.

—¡Salta, Bink! —le advirtió Chester.

Oops..., ¿había cambiado de idea la serpiente y regresaba para devorarlo? Bink miró hacia atrás, pero no vio nada especial. Luego, miró hacia delante..., y descubrió que el cuerpo se deslizaba, retorciéndose, por debajo de la sección de la espiral. ¡Se acabó el camino! Saltó a la orilla en el momento en que desaparecía su sostén.

Ahora se encontraba en el otro extremo de la almena del castillo. Buscó la gigantesca puerta que había encontrado la primera vez que vino al castillo, antes de que Trent fuera Rey..., y descubrió una cascada.

¿Una cascada? ¿Cómo había llegado eso hasta aquí? Tanteó hacia arriba y halló una palanca; el agua salía de algo que no estaba a la vista y caía por encima de la puerta.

¿Existía alguna abertura detrás de la lámina de agua? A Bink no le seducía la idea de mojarse aquí, después de haber atravesado seco el foso; sin embargo, tenía que echar una ojeada. Se quitó la ropa y la depositó a un lado para que no se empapara y, acto seguido, se metió en la cascada.

El agua estaba fresca, pero no fría. Había un pequeño espacio de aire detrás, seguido por la lámina de madera del portal. Exploró la superficie con las manos, presionando aquí y allí, pero no halló ningún segmento suelto. En este lugar no había ninguna entrada.

Retrocedió fuera de la cascada, sacudiendo la cabeza para que no chorreara agua. ¿A dónde podía ir desde aquí? El reborde rodeaba todo el castillo, pero él sabía que el muro estaba compuesto por roca sólida. Por ese lado no encontraría ningún acceso al interior.

No obstante, Bink recorrió el circuito, verificando sus sospechas. Ningún acceso. ¿Y ahora qué?

Le dominó una repentina cólera. Se hallaba en una misión real; ¿por qué tenía que pasar por todas estas estupideces? ¡El viejo Mago-gnomo se creía tan inteligente rodeándose con un laberinto! Bink ya estaba harto de laberintos. Primero el de la Reina, luego la grieta de los niquelpiés, y ahora este.

No obstante, la naturaleza de Bink era esencialmente práctica. Pasado un rato, la presión de su ira se mitigó como el vapor de un dragón al relajarse. Volvió a inspeccionar otra vez la cascada. No se trataba de ninguna montaña con un drenaje natural. El agua tenía que ser subida, ya fuera por medios mundanos o mágicos, hasta un nivel superior, para luego caer. Sin duda se trataba de un sistema circulatorio, que la extraía del foso para devolverla de nuevo allí. ¿Podría nadar en el sitio por el que salía el agua?

No. El agua podía ir por donde a él le resultaría imposible. Como por un tamiz. Si su cuerpo quedaba atrapado en el canal del agua, se ahogaría. No valía la pena arriesgarse.

La única otra opción que le quedaba era subir. ¿Podía escalar?

Sí. En ese momento vio pequeños asideros en la madera que enmarcaba la cascada.

—Ahí voy —murmuró.

Escaló. Cuando su cabeza se asomó por el borde superior, quedó inmovilizado. En el techo montaba guardia una gárgola. El agua se proyectaba de su grotesca boca.

Entonces se dio cuenta de que ese monstruo, al igual que la ouroboros, no podía ser peligroso si lo manejaba con cuidado. La gárgola, cuya misión era la de servir como espita para el agua, se mostraría reticente a perseguirle.

Bink trepó a la superficie del pequeño techo. Analizó la situación desde esa posición más firme. La gárgola tenía, más o menos, su misma altura; pero estaba

compuesta en su mayor parte por la cara. El cuerpo era tan bajo que apenas servía para algo más que pedestal. La cabeza estaba tan distorsionada que Bink no supo distinguir si era de un hombre, un animal o cualquier otra cosa. Los enormes ojos eran saltones, su nariz como la de un caballo, las orejas se proyectaban enormes, y la boca ocupaba un buen tercio del total. Y el agua brotaba de ella como un vómito prolongado.

El muro del castillo seguía detrás del monstruo. No se veía ningún asidero y, aunque pudiera escalarlo, lo único que percibió más arriba fueron entradas con barrotes. Por aquí no había ninguna esperanza.

Bink contempló la gárgola. ¿Cómo había llegado hasta aquí? No poseía unas manos o unos pies verdaderos que la hubieran ayudado a subir como lo había hecho Bink. ¿Había una puerta a su espalda? Pareció razonable.

Tendría que apartar al monstruo de esa puerta. Pero ¿cómo? La cosa no le había atacado; no obstante, su actitud podía cambiar si la molestaba. La gárgola era más corpulenta que él; podía lanzarle fuera del techo. Era una pena que no dispusiera de su espada para defenderse; la había dejado con sus ropas, al lado del foso.

¿Debía bajar a buscarla? No, estaba seguro de que no sería prudente; delataría sus intenciones. La gárgola tendría el tiempo suficiente para acercarse hasta el borde y aplastarle los dedos mientras él subía con el arma.

Quizá pudiera engañarla.

—Apártate, cara asquerosa; me encuentro en una misión encomendada por el Rey.

La gárgola le ignoró. Esa era otra de las cosas que empezaban a irritar a Bink: el ser ignorado.

—¡Muévete, o te moveré yo mismo! —Avanzó hacia el monstruo.

No hubo ninguna reacción. ¿Cómo podía retroceder ahora? Confiando en que su talento le protegería, Bink se acercó al costado de la gárgola, manteniéndose apartado del río de agua que surgía de su boca, y apoyó las manos en su superficie. La grotesca cara parecía piedra al tacto, absolutamente dura. También era pesada; aunque lo intentó, no pudo moverla ni un centímetro.

Ese monstruo le estaba derrotando..., ¡y ni siquiera se había percatado de su presencia!

Entonces a Bink se le ocurrió una brillante idea. A veces, las criaturas eran vulnerables a sus propias especialidades. Y la de la gárgola era la fealdad.

Bink, con las piernas abiertas para que el río pasara entre ellas, se encaró a la criatura.

—Eh, fea..., ¡mira cuál es tu aspecto! —Se llevó los dedos a las comisuras de la boca y las estiró todo lo que pudo, mientras hinchaba los ojos.

La gárgola reaccionó. Frunció los labios para canalizar el agua hacia Bink. Bink

saltó con agilidad a un lado.

—¡Nyaa! —aulló, inflando las mejillas para crear otra cara absurda.

El monstruo tembló de furia. Le lanzó otro chorro de agua. Rozó a Bink, y casi lo arrojó por el borde del techo. ¡Después de todo, era una misión arriesgada!

Abrió la boca y sacó la lengua.

—¡Ja! —gritó, incapaz de articular nada mejor mientras mantenía la misma expresión.

La gárgola estaba iracunda ahora. Abrió la boca hasta que le abarcó media cara. Pero, con los labios tan abiertos, el agua salió a baja presión, goteando por la fea barbilla.

Bink se lanzó hacia delante..., directamente a esa boca. Trepó corriente arriba por la lenta agua..., y salió a un tanque de reserva en el interior del castillo. En un segundo braceó a la superficie y salió de ahí. ¡Se hallaba dentro!

Sin embargo, aún no estaba a salvo. Un gigantesco gato cacto se hallaba aposentado en el borde del tanque de reserva. Tenía la mitad de la altura de Bink y un rostro normal de felino; sin embargo, el pelaje de su cuerpo estaba compuesto por espinas. En las orejas eran muy largas y rígidas, como pequeñas lanzas. Pero las armas verdaderas del gato se hallaban en sus patas delanteras: huesos tan afilados como cuchillas. No las podía emplear como dagas, pero, como rebanadores, era mortales.

El pelaje de espinas estaba surcado por unas rayas horizontales de color verde y marrón, y terminaban en el extremo de sus tres colas. Una criatura hermosa, pero peligrosa; una a la que ninguna persona inteligente palmearía en la cabeza, diciéndole: «Gatito bonito».

¿Se trataba de otro guardián del castillo o era, simplemente, un invitado? Los gatos cacto, usualmente, corrían salvajes por las praderas, cortando los cactus con sus cuchillas y alimentándose de la savia que fermentaba. Sin embargo, los cactus de aguja se enfrentaban a ellos, puesto que disparaban sus agujas a cualquier cosa que les molestara; eran enemigos naturales de los gatos cacto. ¡Se decía que los encuentros que mantenían eran dignos de verse! No obstante, aquí no había cacto alguno de ninguna clase. Quizá se tratara de un animal que solicitaba una Respuesta del Buen Mago.

Bink trató de rodearlo, pero el gato, con gran elasticidad, se dirigió a la única salida aparente que había y se tumbó allí. Por lo que podía ver, parecía que tendría que plantarle cara.

De repente, Bink se enfureció. Estaba harto de tantas obstrucciones. No venía a suplicar nada, ¡estaba en una misión del Rey!

—¡Gato, apártate de mi camino! —exclamó en voz alta.

El animal comenzó a roncar. Bink supo que se despertaría instantánea y

violentamente si intentaba deslizarse delante de él. Los gatos eran astutos. Esta criatura jugaba al gato y al ratón con él..., y eso le encolerizó aún más.

¿Qué podía hacer? Él no era un cacto de agujas y no disponía de cien proyectiles que poder lanzarle. ¿Cómo podía atacar a este inaguantable gato?

Agujas. Existían otros proyectiles además de las agujas.

—¡Atente a las consecuencias! —restalló Bink.

Se inclinó sobre el borde del tanque e introdujo la mano en la superficie, lanzándole con violencia un chorro de agua. Las gotas volaron en un arco por la habitación y chocaron contra la pared, al lado del durmiente gato.

La criatura se incorporó con un rugido de pura furia felina. Sus orejas resplandecieron. La mayoría de los gatos odiaban el agua, salvo la poca que usaban para beber, y los gatos del desierto se volvían locos con ella. La cosa cargó contra Bink, sus cuchillas delanteras destellando.

Bink le arrojó otro puñado. El gato dio un salto, horrorizado, y dejó que pasara por debajo de él. ¡Oh, ya se hallaba poseído por una furia casi divina!

—Podemos solucionar esto de dos maneras, cacto —le dijo Bink con calma, la mano dispuesta en el agua—. O te empapo por completo, o te haces a un lado y me dejas pasar..., o cualquier combinación de esas dos.

El gato rugió. Miró a Bink, luego al agua. Finalmente, fingió perder el interés, a la manera de los felinos que se ven detenidos por algo, y se apartó a un lado; tenía los tres rabos tiesos.

—Muy bien, cacto —dijo Bink—. Pero te lo advierto: si me veo atacado mientras camino, lo único que tengo que hacer es agarrar a mi antagonista y lanzarme con él al agua, ahogándole, sin importar lo que ello me cueste. Será molesto, y espero que no sea necesario.

El gato fingió no oírle. Se tumbó de nuevo para dormir.

Bink se dirigió hacia la puerta, fingiendo una despreocupación parecida a la del gato cacto; no obstante, estaba alerta. Afortunadamente, lo había engañado; el gato no se movió.

Ya había atravesado los obstáculos. Exploró el castillo hasta que localizó al Buen Mago Humfrey. El hombre tenía su habitual aspecto de gnomo, allí de pie sobre tres volúmenes para poder ganar la altura suficiente que le permitiera investigar un cuarto volumen. Era viejo, tal vez el hombre más viejo de la Tierra de Xanth, con la piel arrugada y manchada. Sin embargo, era un Mago honesto y capaz, y Bink sabía que, bajo esa capa de irritabilidad, era un individuo amable.

—¡Mago! —exclamó Bink, que aún estaba molesto por los desafíos de la entrada—. ¿Por qué no te enteras de quiénes te visitan? Tuve que pasar por todos tus peligros infernales..., y ni siquiera vengo a formular pregunta alguna. Me encuentro en una misión del Rey.

Humfrey alzó la vista, frotándose un enrojecido ojo con una pequeña y nudosa mano.

—Ah, hola, Bink. ¿Por qué no has venido a verme antes?

—¡Te estuvimos aullando desde el foso! ¡Nunca nos contestaste!

Humfrey frunció el ceño.

—¿Por qué habría de contestarle a un grifo transformado que grazna de un modo que haría que un grifo de verdad enrojeciera? ¿Por qué habría de reconocer el rugido de un pesado centauro? El primero no tiene ninguna Pregunta, y el segundo no quiere pagar por la suya. Los dos me hacen perder el tiempo.

—¡De modo que notaste nuestra presencia todo el tiempo! —exclamó Bink, medio enojado, medio admirado. ¡Qué personalidad tenía el Mago!—. Dejaste que luchara innecesariamente a través de toda la ruta...

—¿Innecesariamente, Bink? Vienes en una misión que me costará una incalculable cantidad de tiempo, y que amenazará el mismo bienestar de Xanth. ¿Por qué tendría que alentar semejante tontería?

—¡No necesito aliento! —gritó Bink con vehemencia—. Lo único que me hace falta es un consejo..., y sólo porque el Rey consideró que era lo mejor.

El Buen Mago sacudió la cabeza.

—El Rey es un cliente con una notable inteligencia. Necesitas mucho más que consejos, Bink.

—¡Bien, pero lo único que necesito de ti es consejo!

—Y lo tendrás, sin ningún cargo: Olvida la misión.

—¡No puedo olvidar la misión! He sido enviado por...

—Ya lo has dicho. Y yo te dije que necesitabas más que consejos. Eres tan pesado como tus amigos. ¿Por qué no dejaste a ese pobre dragón en paz?

—¿Dejar al pobre...? —comenzó Bink, indignado. Luego se rió—. ¡Eres un caso, Mago! Deja de jugar conmigo y dime por qué, ya que está claro que has contemplado todo mi avance y pese a ello no nos dejaste entrar en el castillo por el camino más fácil.

—Porque odio que me importunen por asuntos insignificantes. Si mis defensas rutinarias te hubieran detenido, habría quedado claro que no poseías la suficiente determinación para llevar a cabo tu misión de forma adecuada. Pero, como me temía, perseveraste. Lo que comenzó como una distracción menor con un fantasma de bonita figura se ha convertido en una búsqueda seria..., y los resultados, incluso para mi magia, no se ven con claridad. Le pregunté a Beauregard sobre el tema, y se irritó tanto que tuve que embotellarlo de nuevo antes de que sufriera una crisis de nervios.

Beauregard..., era el demonio erudito con gafas atrapado en un frasco. Bink comenzó a sentirse incómodo.

—¿Qué puede agitar tanto a un demonio?

—El fin de Xanth —repuso Humfrey con sencillez.

—Pero yo estoy buscando la fuente de su magia —protestó Bink—. No haré nada que pueda dañarla. Amo a Xanth.

—Tampoco ibas a instalar al Mago Maligno en el trono, la última vez que estuviste por aquí —le recordó Humfrey—. Tus pequeñas búsquedas personales poseen una especial predisposición a descontrolarse.

—¿Quieres decir que la presente misión será peor que la anterior? —preguntó Bink, sintiéndose excitado e irritado a la vez. Lo único que había intentado en la primera ocasión era encontrar su talento mágico.

El Mago asintió con seriedad.

—Eso parece. No me imagino de qué manera amenazará tu búsqueda a Xanth, pero estoy convencido de que los riesgos son extraordinarios.

Bink pensó en abandonar la misión y regresar junto a Camaleón, fea y de lengua afilada tal como estaba, con Millie la ex fantasma por las intermediaciones. Pero, de repente, se sintió mucho más interesado por la fuente de la magia de Xanth.

—Gracias por tu consejo. Continuaré adelante.

—¡Menos prisas, Bink! Ese no fue mi consejo mágico; simplemente fue sentido común, por el que no suelo cobrar. Sabía que lo ignorarías.

A veces, a Bink le resultaba difícil no impacientarse con el Buen Mago.

—Vamos, dame entonces tu Respuesta mágica.

—¿Y qué me ofreces como pago?

—¡Pago! —expuso Bink—. Esta es...

—Una misión del Rey —acabó el Mago—. Sé realista, Bink. El Rey se está deshaciendo de ti durante una temporada, hasta que tu vida hogareña se suavice. No puede permitir que le destroces el palacio cada vez que se vaya a acostar con la Reina. Eso no justifica que yo renuncie a mis emolumentos.

Sólo un tonto trataba de discutir con un Mago cuyo talento era la información. Bink lo hizo.

—Lo que ocurre es que el Rey sincronizó la misión en el momento adecuado. Mi tarea siempre ha sido la búsqueda de la fuente de la magia; sólo me llevó cierto tiempo iniciarla. Para el Rey es importante disponer de ese conocimiento. Ahora que ya he emprendido la misión, me respalda la autoridad del Rey, y él puede requerir tus habilidades cuando quiera. Tú lo sabías cuando le ayudaste a ser Rey.

Humfrey sacudió la cabeza.

—Trent se ha vuelto arrogante con su poder. Utiliza despiadadamente los talentos de otras personas para conseguir sus fines. —Entonces sonrió—. En otras palabras, es exactamente la clase de monarca que Xanth necesita. Nunca pide, ordena. Yo, como ciudadano leal, he de apoyar ese ejercicio del poder. —Miró a Bink—. Sin importar lo caprichosa que pueda ser la forma. De este modo, renuncio a mi pago por el bien

de Xanth, aunque en este caso me temo que sea en su mal.

Esta rendición fue demasiado repentina y amistosa. Tenía que haber algo oculto en ella.

—Entonces, ¿cuál es tu Respuesta?

—¿Cuál es tu Pregunta?

Bink se atragantó.

—¿Qué necesito para mi búsqueda? —farfulló.

—Tú misión no tendrá éxito como no lleves contigo a un Mago.

—¡Llevar a un Mago! —exclamó Bink—. Sólo hay tres personas con categoría de Mago en Xanth, ¡y dos de ellas son el Rey y la Reina! —Se detuvo, captando las intenciones del otro—. ¿Tu?

—¡Te advertí que esto me costaría tiempo! —gruñó Humfrey—. Todas mis investigaciones arcanas interrumpidas, mi castillo invadido por las polillas..., y únicamente porque tú no puedes aguardar unos días hasta que tu esposa dé a luz y se vuelva bonita y dulce de nuevo.

—¡Viejo truhán! —gritó Bink—. ¡Quieres venir!

—No creo haber hecho esa afirmación —repuso el Mago con amargura—. La verdad es que esta búsqueda es demasiado importante para dejar que la estropee un aficionado, como bien entendió el Rey cuando te envió aquí. Ya que no hay disponible nadie más con la capacidad idónea, me veo obligado a realizar el sacrificio. Sin embargo, no estoy obligado a aceptarlo con gracia.

—¡Pero tú podrías buscar la fuente de la magia en cualquier momento! No tenías que encargarte de la expedición justo...

—No me encargo de nada. Es tu búsqueda; yo simplemente te voy a acompañar, como un recurso de emergencia.

—¿Quieres decir que no la conducirás tú?

—¿Para qué quiero el liderazgo? Me mantendré en mis asuntos, dejando que tú te encargues de los detalles insignificantes de la conducción, hasta que mis recursos sean necesarios..., lo que espero que no sea demasiado pronto o a menudo.

Bink no estaba seguro de la seriedad del Mago. No cabía duda de que un hombre que se especializaba en información mágica se hallaría seriamente interesado en la fuente de la magia..., pero, ciertamente, al Buen Mago le gustaban su conveniencia e intimidad, tal como lo demostraban su castillo y su forma de actuar. Con toda probabilidad, Humfrey se sentía desgarrado entre su deseo de aislamiento y conocimiento, lo que le impulsaba a reaccionar de forma negativa, a la vez que hacía lo que consideraba correcto. No tenía ningún sentido agravar la situación. El hombre sería una ayuda incalculable en una búsqueda semejante.

—Lamento ser el agente de tantas molestias para ti, pero me agrada contar con tu ayuda. Tu capacidad es mucho más amplia que la mía.

—Umph —acordó Humfrey, tratando de no parecer apaciguado por ese comentario—. Empecemos de una vez. Ve a decirle al troll que baje el puente levadizo para que entren tus compañeros.

—Oh, hay otra cosa —dijo Bink—. Quizás alguien esté tratando de matarme...

—Y quieres saber quién es.

—Sí. Y por qué. No me gusta...

—Esa no es una misión del Rey. Tendrá que ser cubierta por una tarifa separada.

Oh. Justo cuando Bink comenzaba a pensar que había una veta decente en el Buen Mago, recibía esta confirmación de la verdadera naturaleza mercenaria del hombre. ¿Un año de servicio por la Respuesta? Bink prefirió encontrar él mismo al enemigo y anularlo.

—Olvídalo —repuso.

—Ya está olvidado —replicó Humfrey con suavidad.

Ofendido, Bink bajó las escaleras, localizó al troll y le dio las instrucciones. El bruto bajó el puente. Bink no supo dónde se hallaba el mecanismo, ya que ni siquiera pudo descubrirlo desde fuera; el puesto del troll se encontraba en una cámara cercana al punto focal del castillo. Tenía que existir un contacto mágico entre lo que hacía el troll y lo que bajaba el puente. Pero funcionaba, y Chester y Crombie entraron, por fin, a través de una puerta que daba al centro mismo del castillo. ¿Cómo podía haber una abertura aquí, si no se veía ningún agujero en el muro? ¡Estaba claro que el Mago empleaba un montón de magia! Quizás algún técnico inteligente había venido a formular una Pregunta, y le construyó este mecanismo como forma de pago.

—¡Sabía que lo conseguirías, Bink! —comentó el centauro—. ¿Qué ha dicho el viejo gnomo sobre la búsqueda?

—Vendrá conmigo.

Chester sacudió la cabeza.

—Te encuentras en problemas.

El Mago bajó a reunirse con ellos.

—De forma que desees conocer tu talento obscuro —le dijo al centauro—. ¿Qué le ofreces a cambio al viejo gnomo?

Por una vez, Chester se sintió aturdido.

—No estoy seguro de que yo..., los centauros no se supone que...

—¿No se supone que sean unos flojuchos? —preguntó Humfrey, cortante.

—Chester vino para cargar conmigo hasta aquí —intervino Bink—. Y para luchar contra los dragones.

—Bink todavía va a necesitar que alguien le lleve —comentó Humfrey—. Como ya estoy asociado con esta búsqueda, es lógico que piense en ella. Te ofrezco este trato: a cambio del año normal de servicio por una Respuesta, aceptaré tus servicios el tiempo que dure la misión.

Chester quedó perplejo.

—¿Quieres decir que poseo un talento? ¿Uno mágico?

—Sin la menor duda.

—¿Y tú ya sabes cuál es? ¿Qué es?

—Cierto.

—Entonces... —El centauro se detuvo—. Si fue tan fácil para ti, podré deducirlo por mí mismo. ¿Por qué habría de pagar por esa información?

—Ciertamente, ¿por qué? —acordó el Mago.

—Pero, si no lo logro, y si Bink se mete en problemas al encontrarse con un dragón y no estar yo presente...

—Me encantaría que siguieras meditando indefinidamente en tu dilema —cortó Humfrey—. Pero tengo prisa y Bink necesita que alguien le lleve, por lo que seré breve. Cumple con el servicio que necesito como pago adelantado por mi Respuesta. Si no logras descubrir por tus propios medios tu talento, te lo diré al finalizar la búsqueda..., o cuando tú me lo pidas. Si lo consigues, te daré una segunda Respuesta para cualquier otra pregunta que desees formularme. De este modo, tendrás dos Respuestas efectivas por el precio de una.

Chester consideró el asunto durante un momento.

—Hecho —aceptó—. De todos modos, me gusta la aventura.

El Mago se volvió hacia Crombie.

—Ahora bien, tú te encuentras bajo el servicio directo del Rey, de modo que te hallas comprometido todo lo que dure la misión. Te ha dado una forma adecuada, aunque eres incapaz de hablar de manera que se te comprenda. Creo que sería mejor para ti si pudieras comunicarte más. Por lo tanto, te presentaré a otro de mis sirvientes: Grundy, el Golem.

Apareció la figura diminuta de un hombre, que en toda su altura apenas alcanzaba el tamaño de la mano de un hombre normal. Parecía haber sido hecho de trozos de paja y arcilla, madera y otros desechos, pero era animado.

El grifo contempló al golem con un cierto desprecio asombrado. Un picotazo de su cabeza de águila podría desmembrar aquella figura.

—¡Squawk! —comentó Crombie.

—Lo mismo te digo, boquita de pájaro —dijo el golem sin ningún énfasis especial, como si no le importara.

—El talento de Grundy es la traducción —explicó el Mago—. Le asignaré la tarea de hacer que traduzca lo que diga el grifo a un habla humana, para que podamos comprenderle mejor. Como él ya nos entiende, al igual que la mayoría de los animales, no hará falta una traducción bilateral. El golem es lo suficientemente pequeño como para que cualquiera de nosotros lo transporte, de forma que eso no acarreará ningún problema. Bink cabalgará sobre el centauro, y yo iré sobre el grifo.

Así haremos que el viaje sea más rápido.

Y de ese modo, muy eficientemente, todo quedó arreglado. La búsqueda de la fuente de la magia de Xanth había comenzado.

## 5

### La altura del golem

Permanecieron fuera del castillo, del otro lado del foso, mientras el Mago protegía su residencia de las polillas. A la ouroboros y a las demás criaturas que se hallaban a su servicio se les concedieron permisos y ya se habían marchado. Humfrey rebuscó entre sus ropas, dejando ver un pesado cinturón con muchos compartimientos, del que extrajo un frasco pequeño o una botella estrecha. La descorchó con los pulgares de las manos.

Flotó un humo remolineante que subió alto en el cielo. Luego se solidificó y cobró la forma de la polilla más grande que jamás hubiera imaginado Bink, con una envergadura de alas que sumergió todo el castillo en su sombra. La criatura voló y se detuvo sobre el castillo, dejando caer una bola. Cuando la bola se aproximó a la torre más alta, estalló. Cayeron serpentinas de color blanco grisáceo formando una esfera enorme, que se fue extendiendo hasta tocar cada parte del castillo. Entonces se tensaron y, de repente, la totalidad del edificio quedó cubierto por una red sedosa, con el aspecto de una tienda gigantesca. Un olor frío y amargo emanaba de ella, con un ligero aroma a desinfectante.

—Ya está —repuso Humfrey con satisfacción—. Si es necesario, se mantendrá cien años.

—¡Cien años! —exclamó Chester—. ¿Crees que durará tanto esta misión?

—Vamos, vamos, estamos perdiendo el tiempo —masculló el Buen Mago.

Bink, a horcajadas sobre el centauro, miró al grifo.

—Lo que quiere decir, Crombie, es que nos urge saber la dirección en que se encuentra la fuente de la magia. Con tu ayuda, la misión debería completarse en unos días.

El grifo graznó con ira.

—Bueno, ¿por qué el viejo tonto no lo dijo así? —tradujo con presteza el golem.

Compartía el lomo del grifo con el Mago, ya que, los dos juntos, pesaban la mitad que Bink.

—Bien dicho, soldado —murmuró Chester.

Crombie giró y estuvo a punto de desmontar a sus jinetes.

—Por ahí —repuso Grundy, señalando... en un círculo que no cesaba; su diminuto brazo no se detenía en ningún lugar.

—Oh, no —musitó Chester—. Su talento se ha vuelto a desbocar.

—No funciona mal —restalló Humfrey—. Formulaste la pregunta equivocada.

Bink arrugó la frente.

—Ya hemos pasado por el mismo problema. ¿Cuál es la pregunta adecuada?

—Esta búsqueda es asunto tuyo —comentó Humfrey—. He de conservar mi

información para las emergencias.

Se acomodó confortablemente entre las plumas de la espalda del grifo y cerró los ojos.

El Buen Mago seguía siendo igual de taciturno. No tenía la costumbre de ayudar a nadie sin cobrar sus emolumentos habituales, ni siquiera cuando él mismo podía beneficiarse con esa ayuda. Ahora Bink se hallaba en el mismo dilema; tenía que dilucidar cómo hacer que funcionara el talento de Crombie..., mientras el Mago roncaba.

Antes, en la grieta de los niquelpiés, Crombie se había embarullado porque no existía una única vía de escape. ¿Se les planteaba el mismo caso: no había una única fuente de magia? Si era así, sería muy difícil de localizar. Las miradas del grupo se centraron en él; tenía que actuar deprisa. Estaba claro que el Buen Mago no le había hecho un favor especial cuando dejó a Bink el mando de la expedición.

—¿Dónde se encuentra la ruta más directa hacia la fuente de la magia?

En esta ocasión, el ala del grifo señaló en ángulo hacia abajo.

Esa era la causa de que no hubiera una dirección horizontal; la fuente se hallaba bajo la superficie. No obstante, eso no era de gran ayuda. No podrían excavar profundamente a una velocidad razonable. Tendrían que conseguir a alguien cuyo talento fuera la excavación mágica, lo cual les causaría una gran demora e incomodidades. Su grupo ya era más grande de lo que él había anticipado. Mejor que buscaran una ruta natural.

—¿Dónde hay, desde la superficie, un acceso a esa ruta? —preguntó Bink.

El ala comenzó a vibrar hacia delante y hacia atrás.

—¡La más cercana! —corrigió Bink rápidamente.

El ala se estabilizó, señalando parcialmente hacia el sur.

—El corazón del yermo inexplorado —comentó Chester—. Debí haberlo supuesto. Quizá lo mejor será que reciba mi Respuesta ahora y me marche.

Crombie graznó.

—Boquita de pico dice que si pides tu estúpida Respuesta ahora, no puedes marcharte, trasero de caballo.

Chester se envaró, iracundo.

—¿Boquita de pájaro dijo eso? Tradúcele que si su cerebro está compuesto de excremento de pájaros y si...

—Tranquilo —le avisó Bink al centauro—. Crombie no necesita que le traduzcan tus palabras.

—En realidad, te llamó asno —acotó Grundy, solícito—. Supongo que se refería a tu trasero, que es tan asnal como...

El grifo graznó otra vez.

—Oh, ha sido un error mío —repuso el golem—. Se refería a tu delantera.

—¡Escúchame, cerebro de pájaro! —gritó Chester—. ¡No me hace falta tu opinión ignorante! ¿Por qué no la coges y te la metes por...?

Pero Crombie graznaba al unísono. Los dos se encararon con agresividad. El centauro era más grande y mucho más musculoso que el grifo; sin embargo, el grifo era, probablemente, un luchador más mortífero, ya que poseía la mente de un soldado humano entrenado en el cuerpo natural de una criatura de combate.

—¡Squawk! —gritó Bink—. ¡Quiero decir, basta! Es el golem el que causa los problemas. Está claro que la palabra que utilizó Crombie fue «centauro». ¿No es verdad, Crombie?

Crombie graznó afirmativamente.

—Aguafiestas —murmuró Grundy, hablando consigo mismo—. Justo cuando la cosa se ponía interesante.

—No te preocupes por eso —repuso Bink—. ¿Reconoces que yo tenía razón, golem?

—Un centauro es un asno..., por delante y por detrás —replicó Grundy con hosquedad—. Todo depende de cómo lo estés definiendo, si intelectual o físicamente.

—Creo que estrujaré esa estruendosa bocaza tuya en una bolita silenciosa —dijo Chester, alargando el brazo hacia el golem.

—¡No puedes hacer eso, cara de mulo! —protestó Grundy—. ¡Estoy al servicio del enano!

Chester se detuvo al ver que el Buen Mago se agitaba.

—¿Al servicio de quién?

—¡Al servicio de este pequeñín! —repuso Grundy, indicando a Humfrey con un rígido dedo.

Chester miró a Humfrey, fingiendo perplejidad.

—Señor, ¿cómo es que aceptas semejantes insultos de una criatura que trabaja para ti?

—Ooh —murmuró el golem, descubriendo la trampa que le habían tendido—. Creí que dormía.

—El golem no posee una realidad personal —explicó Humfrey—. Por lo tanto, sus palabras no tienen tampoco una responsabilidad personal. Uno podría enfadarse igual con un trozo de arcilla.

—Así se habla, diablillo —estuvo de acuerdo Grundy; pero parecía escarmentado.

—Prosigamos con nuestra búsqueda —sugirió Bink, mientras el Buen Mago cerraba de nuevo los ojos.

En su interior, se preguntó cómo podía un ser irreal, como el golem, encontrarse en deuda con el Mago. Grundy debió hacerle una Pregunta, y recibió una Respuesta...; no obstante, ¿qué podía haber motivado a esta entidad mágica a buscar

semejante información?

Luego, Bink tuvo una inspiración menor a medida que viajaban hacia el sur.

—Crombie, alguien o algo ha intentado matarme. Creo que ese es el motivo de que el dragón nos persiguiera. ¿Podrías señalar la dirección en la que se encuentra ese enemigo?

—¡Squawk! —graznó Crombie.

Giró, y el Buen Mago rebotó en su espalda, pero no se despertó. Cuando el ala se estabilizó, señaló... en la misma dirección de la fuente de la magia.

—Parece —comentó Chester con gravedad— que tu enemigo se opone a la misión. ¿Afecta eso en algo tu actitud?

—Sí —respondió Bink—. Hace que redoble mi determinación. —Aunque recordó que la espada le había atacado antes de iniciar la búsqueda. ¿Había podido anticiparle su enemigo? Eso serían malas noticias, ya que ello implicaría que había de por medio algo más que una magia o estrategia normales—. Continuemos.

En las cercanías del castillo del Mago el terreno era bastante tranquilo; pero, a medida que se adentraban en el yermo, fue cambiando. Crecían matorrales altos que obstaculizaban la vista y, cuando pasaban al lado de alguno, surgía una descarga de estática del follaje que hacía que el vello, el pelaje, las plumas y la paja se erizaran horriblemente en sus cuerpos. Sobresaliendo por encima de los matorrales había una antena, que, sin lugar a equívocos, se orientaba hacia el grupo; Bink nunca dispuso de la oportunidad de acercarse lo suficiente a esas cosas como para descubrir lo que eran, y no pensaba hacerlo ahora. ¿Por qué las antenas observaban desde tan cerca y, no obstante, no actuaban?

La aparición de unos mosquitos de sudor hizo que todos se sintieran miserables hasta el momento en que se despertó Humfrey; entonces, sacó un pequeño frasco y lo abrió. De él emergió un vapor que, de inmediato, comenzó a extenderse por el aire, atrapando en su interior a los mosquitos...; bruscamente regresó a la botella con los mosquitos cogidos.

—Ya casi era la hora de la comida de Niebla —explicó el Buen Mago, guardando el frasco.

No ofreció ninguna explicación adicional, y nadie tuvo el valor de pedirla. Humfrey se quedó dormido otra vez.

—Debe ser agradable ser un Mago —comentó Chester—. Tiene la respuesta a todos sus problemas, ya sea en una botella o en otra.

—Seguro que se trata de adquisiciones por antiguos servicios —dijo Bink.

Entonces se metieron en un sendero plagado de erizos de la maldición. Tenían esas cosas por todas las piernas, y picaban incesantemente. Sólo había una manera de deshacerse de esos erizos; debían ser desterrados con una maldición. El problema radicaba en que ninguna maldición podía usarse por dos veces en el mismo día;

tenían que ser distintas.

A Humfrey no le gustó que le volvieran a despertar. Parecía que esta vez la solución no la llevaba en una botella.

—¡Por las barbas de mi tío Humbug, desaparece! —exclamó el Buen Mago, y el erizo al que se dirigió cayó atontado—. ¡Por el hocico de una serpiente marina, desaparece! —y cayó otro.

Chester fue más directo, ya que tenía a varios erizos enganchados en su hermosa cola.

—¡Al infierno contigo, cara de vinagre! ¡Os aplastaré como a un niquelpiés! ¡Fuera, fuera, maldito erizo! —Abrumados, tres erizos cayeron.

—Déjame a mí —dijo Bink, envidiando la imaginación de los otros—. ¡Vete a picar a un dragón!

Sus erizos comenzaron a caer, aunque con menos rapidez que los atontados por las duras maldiciones de los demás. Bink, simplemente, no poseía el toque.

Sin embargo, Crombie estaba en un problema. Los grifos no eran nativos de esta región de Xanth, y los erizos, evidentemente, no comprendían sus graznidos. Entonces el golem empezó a traducirlos, y cayeron a puñados.

—¡Por las malditas bocas de un campo de cabezas de dragón, meted vuestros traseros feos y de color púrpura en el más cercano y apestoso orinal! ¡Si vuestras caras fueran flores, envenenaríais todo el jardín! ¡Meteos vuestros picantes tallos rosas por el...! —El golem se detuvo, sorprendido—. ¿Es posible? No creo que pueda traducirlo.

Pero los erizos de la maldición lo entendieron y, de inmediato, las plumas brillantes del grifo se vieron libres de ellos. ¡Nadie podía maldecir como un soldado!

No obstante, era imposible esquivar a todos los erizos de la zona, y, cuando finalmente pudieron escapar, sus maldiciones se habían vuelto inverosímiles. En algunos casos tuvieron que emplear dos o tres juramentos para deshacerse de un solo erizo.

Por entonces sintieron hambre. No había nada como unos buenos juramentos para abrir el apetito.

—Tú conoces esta zona —le dijo Chester al Mago, antes de que cayera otra vez dormido—. ¿Dónde hay algo para comer?

—No me molestes con detalles —restalló Humfrey—. Yo he traído mi propia comida...; es algo que, de haber tenido cierta previsión, deberíais haber hecho también vosotros.

Abrió otro frasco. Esta vez, el vapor salió para solidificarse en forma de una tarta, con su correspondiente alcorza. El Mago la cogió del aire, partió una porción con forma de cuña perfecta, y comió mientras el resto del pastel se disolvía y retornaba como niebla a la botella.

—Comprendo que hemos sido remisos en traer provisiones —comentó Bink—. ¿Podrías compartir, por esta única ocasión, algo de tu comida?

—¿Por qué tendría que hacer algo así? —preguntó Humfrey con curiosidad.

—Bueno, tenemos hambre, y ello nos ayudaría a...

El Mago eructó.

—Ve a buscar tu propio alimento, mangante —tradujo el golem.

A Bink se le ocurrió que el Buen Mago no era un compañero tan agradable como lo había sido el Mago Maligno, la última vez que se adentró en el yermo de Xanth. Sin embargo, sabía bien que las apariencias podían engañar.

Crombie graznó.

—Boquita de pájaro dice que en los alrededores hay algunos árboles frutales. Los señalará.

Y el grifo realizó sus movimientos acostumbrados, indicando la dirección.

Al instante divisaron un árbol de frutas. La planta tenía el aspecto de un bol abierto, lleno a rebosar de variadas frutas. El grupo corrió con alegría hasta allí..., y, para su asombro, las frutas salieron volando, llenando el aire de colores.

—¡Oh, no..., se trata de frutas aladas! —exclamó Bink—. Nos tendríamos que haber acercado con sigilo. ¿Por qué no nos lo advertiste, Crombie?

—No lo preguntaste, cabeza de sebo —replicó el golem.

—¡Cogedlas! —gritó Chester, que dio un brinco y extendió el brazo para atrapar una manzana del aire. Bink, a punto de ser arrojado al suelo, desmontó.

Durante un momento, un melocotón maduro flotó sobre su cabeza. Bink dio un salto y lo cogió con una mano. Las alas batieron desesperadamente al intentar escapar y, luego, se rindieron. Se trataba de hojas, verdes y corrientes, adaptadas para esa misión específica. Las arrancó sin piedad para que su fruta no pudiera escapar y fue en busca de otra.

Tropezó con algo y cayó de bruces justo al lado de una granada podrida. Irritado, miró el obstáculo que le había tirado al suelo. Era otro de los ubicuos montones de tierra fresca. En esta ocasión, se incorporó y lo aplastó con el pie. Luego se lanzó en persecución de más frutas.

En poco tiempo logró reunir una pequeña colección: manzana, melocotón, ciruela, dos peras (por supuesto), varias uvas y un plátano. Este último, volando con unas monstruosas alas-hojas de buitre, le había plantado una resistencia terrible; pero resultó delicioso. Bink no se sentía muy a gusto consumiendo estas frutas, ya que se asemejaban demasiado a criaturas vivas; sin embargo, sabía que las alas sólo eran una adaptación mágica, que permitía a las plantas lanzar sus semillas a mayor distancia. Las frutas, supuestamente, existían para ser comidas; en realidad, no eran conscientes ni sentían. ¿O no era así?

Bink apartó ese pensamiento de su mente y miró a su alrededor. Se encontraban

en el borde de un bosque de árboles muertos. Humfrey se despertó.

—Tengo ciertos presentimientos —regaló—. No desearía tener que desperdiciar mi magia descubriendo lo que mató a esos árboles. Será mejor que demos un rodeo.

—¿De qué sirve ser un Mago si no empleas tu magia? —exigió Chester, impulsivo.

—He de conservar rigurosamente mi magia para las emergencias —repuso Humfrey—. Hasta ahora, sólo nos hemos enfrentado con meras molestias, irrelevantes para mi magia.

—Así se habla, imbécil —remachó el golem.

Chester no pareció muy convencido, pero aún sentía el suficiente respeto por el Mago como para no cuestionarlo.

—Está anocheciendo —dijo—. ¿Dónde hay un buen lugar para pasar la noche?

Crombie se detuvo y giró con tanta energía que casi tiró a sus jinetes.

—¡Hmph! —exclamó Humfrey.

El golem, solícito, tradujo:

—¡Torpe felino alado! ¡Deposita tus gatunas patas en el suelo!

La cabeza del grifo giró por completo hasta que sus peligrosos ojos y pico quedaron invertidos.

—¡Squawk! —repuso Crombie con autoridad.

El golem no lo tradujo, pero pareció intimidado. Crombie finalizó sus movimientos y señaló hacia una dirección que se desviaba ligeramente de la que mantenían.

—No está muy lejos del camino; iremos allí —decidió Chester; nadie le contradijo.

La ruta que siguieron rodeaba el bosque; fue algo fortuito, ya que, aparte de ello, pocos peligros había. Fuera lo que fuese lo que había matado al bosque, también había aniquilado la magia asociada con él, buena o maligna. Sin embargo, la curiosidad de Bink se interrogó acerca de los enormes árboles que había a un lado. No tenían ninguna marca, y la hierba que crecía, debido al sol que penetraba por entre las ramas muertas, era exuberante. Eso sugería que la tierra no había sido envenenada por ningún monstruo. Hasta se veía que crecían raíces nuevas y pequeñas, que comenzaban la larga tarea de repoblar el bosque. Algo había atacado, matado, y se había marchado sin dejar más huellas de su presencia.

Para distraerse de la irritación que le producía la imposibilidad de solucionar el rompecabezas, Bink se dirigió al golem.

—Grundy, si no te importa contarlo..., ¿cuál fue la Pregunta que le hiciste al Mago?

—¿Yo? —preguntó sorprendido el golem—. ¿Te interesas en mí?

—Claro que sí —repuso Bink—. Eres una... —estuvo a punto de decir

«persona», pero recordó que el golem, técnicamente, no era una persona— entidad — finalizó, con poca convicción—. Percibes las cosas, sientes...

—No, no siento —corrigió Grundy—. Sólo estoy hecho de paja, arcilla y madera, animado por la magia. Hago lo que me dicen, sin ningún interés en ello ni ninguna emoción.

¿Sin interés o emoción? No parecía ser cierto.

—Creí que acababas de experimentar un interés personal cuando yo te manifesté mi curiosidad.

—¿Sí? Seguro que fue una emulación rutinaria de las reacciones humanas. Durante mi servicio de traducción he de realizar esas emulaciones.

Bink no quedó convencido, pero no lo discutió.

—Si no sientes ningún interés por los asuntos humanos, ¿por qué fuiste a ver al Buen Mago? ¿Qué le preguntaste?

—Le pregunté cómo podía volverme real —repuso el golem.

—¡Pero eres real! Estás aquí, ¿no es cierto?

—Quítame el hechizo que me formó, y no seré más que un montón de basura. Quiero ser real de la forma que lo sois vosotros. Real sin magia de por medio.

Real sin magia. Tenía sentido. Bink recordó cómo había sufrido él mismo, siendo joven y creyendo que no poseía un talento mágico. Esta era la otra cara del problema: la criatura que no tenía ninguna realidad sin la magia.

—¿Cuál fue la respuesta?

—Siente.

—¿Siente?

—Siente, pesado.

—¿Siente?

—Siente.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—¿Toda la Respuesta?

—Toda la Respuesta, estúpido.

—¿Y por eso sirves un año?

—¿Crees que tienes el monopolio de la estupidez?

Bink se volvió hacia el Buen Mago, que parecía haberse despertado, aunque, astutamente, seguía en silencio.

—¿Cómo puedes justificar un precio así por semejante Respuesta?

—No tengo por qué hacerlo —comentó Humfrey—. Nadie está obligado a venir a ver al sabihondo gnomo viejo en busca de información.

—Sin embargo, todo aquel que paga un precio tiene derecho a recibir una Respuesta decente —dijo Bink, molesto.

—El golem recibió una Respuesta decente. Lo que no tiene es una comprensión decente.

—¡Bueno, pues tampoco yo! —exclamó Bink—. ¡Nadie podría sacarle algún sentido a esa Respuesta!

El Mago se encogió de hombros.

—Quizá formuló la Pregunta equivocada.

Bink se encaró con la parte humana de Chester.

—¿Te parece que esa es una Respuesta justa?

—Sí —contestó el centauro.

—Me refiero a la palabra «siente». ¿Nada más a cambio de un año de servicio?

—Sí.

—¿Tú te sentirías satisfecho si respondiera lo mismo a tu Pregunta?

Chester lo meditó.

—No creo que esa Respuesta esté relacionada.

—¡Así que no estarías satisfecho!

—No, me satisfaría si fuera mi Respuesta. Simplemente, no creo que lo sea. ¿Sabes?, yo no soy un golem.

Asombrado, Bink sacudió la cabeza.

—Entonces, creo que yo tengo una parte de golem. No considero que sea suficiente.

—Tú no eres un golem —dijo Grundy—. No eres lo bastante inteligente.

¡Vaya diplomacia! No obstante, Bink insistió.

—Chester, ¿podrías explicarnos esa Respuesta?

—No, yo tampoco la entiendo.

—Pero acabas de decir...

—Dije que pensaba que era una Respuesta justa. Si yo fuera un golem, seguro que sabría apreciar su referencia. Su importancia. Ciertamente, es más justo que creer que el Buen Mago no ha respondido en toda su extensión.

Bink recordó cómo el Mago le había comunicado a la mantícora que poseía un alma..., de tal forma que la criatura quedó satisfecha, tanto emocional como intelectualmente. Era una opinión convincente. Tenía que haber algún motivo para la Respuesta oscura que había recibido el golem.

Pero, ay, ¡qué frustración hasta que esa razón se aclarara!

Casi al anochecer, descubrieron una casa. El talento de Crombie les indicó que esta era su residencia para la noche.

El único problema era su tamaño. La puerta medía tres metros de alto.

—Es el domicilio de un gigante... o de un ogro —repuso Humfrey, frunciendo el ceño.

—¡Un ogro! —repitió Bink—. ¡No podemos quedarnos aquí!

—En un instante nos meterá en una olla y tendrá el fuego avivado —admitió Chester—. Los ogros consideran la carne humana como un plato exquisito.

Crombie graznó.

—El idiota afirma que su estúpido talento nunca se equivoca —informó Grundy.

—Cierto, ¡pero recuerda lo que no abarca su talento! —repuso Bink—. Le preguntamos por un buen lugar donde pasar la noche; no especificamos que debía ser seguro.

—Me atrevería a decir que una olla de agua caliente es tan buen lugar de reposo como otro cualquiera —comentó Chester—. Hasta que se calienta demasiado. Entonces, el baño se vuelve...

—Supongo que tendré que gastar parte de mi valiosa magia —se quejó Humfrey—. Es demasiado tarde para que vaguemos en busca de un alojamiento.

Extrajo otra pequeña botella y la descorchó. Era un corcho resistente, como suelen serlo los corchos, y cedió sólo a regañadientes, de modo que el proceso llevó cierto tiempo.

—Ejem..., ¿eso no es el contenedor de un demonio? —preguntó Bink, que creyó reconocer la forma del frasco. Algunas botellas eran más sólidas que otras, estaban más trabajadas, y llevaban inscripciones de símbolos mágicos—. ¿No deberías...?

El Mago se detuvo.

—Humph.

—Dice que estaba a punto de hacerlo, imbécil —tradujo el golem—. Piensa lo que quieras.

El Mago trazó un pentáculo en el suelo, depositó la botella en su interior, y masculló un encantamiento indescifrable. El corcho saltó, y del cuello de la botella surgió el humeante demonio, que se solidificó en la entidad con gafas que Bink reconoció como Beauregard.

El culto demonio ni siquiera esperó a que le formularan la pregunta.

—¿Me has llamado para esto, anciano? Claro que es segura; el ogro que la habita es vegetariano. Lo que no es seguro es tu misión.

—¡No te pregunté nada acerca de la misión! —centelleó Humfrey—. ¡Sé que es insegura! Por eso voy con ellos.

—No es tu estilo ceder ante semejante estupidez, en especial cuando sufres tu comodidad personal —continuó Beauregard, ajustándose las gafas sobre la nariz—. ¿Es que, finalmente, estás perdiendo el juicio? ¿Te vuelves senil? ¿O lo que intentas es desaparecer en un resplandor de ignominia?

—¡Desaparece, espíritu infernal! Ya te invocaré cuando requiera tus inútiles conjeturas.

Beauregard sacudió la cabeza con tristeza y se disipó en el interior de la botella.

—Ese es otro espíritu que siente —comentó Bink, incómodo—. ¿Tienes que

encerrarlo en un frasco tan pequeño?

—Nadie puede encerrar a un demonio —repuso con brevedad el Mago—. Además, aún no ha finalizado su año de servicio.

¡A veces era difícil seguir la lógica del hombre!

—Pero, la primera vez que te vi, hace más de un año, también estaba contigo.

—Formuló una Pregunta compleja.

—¿Un demonio de la información, que responde a las preguntas por las que tú cobras, tiene que pagarte por las Preguntas?

Humfrey no respondió. Bink oyó una leve risa atronadora y, al cabo de un momento, se dio cuenta de que provenía de la botella del demonio. Ciertamente, aquí había algo gracioso, pero no cómico.

—Será mejor que entremos antes de que oscurezca —dijo Chester, contemplando con ciertas dudas la puerta del ogro.

A Bink le hubiera gustado seguir discutiendo la situación del demonio; sin embargo, Chester tenía razón.

Se acercaron a la puerta. Era recia, compuesta por troncos enteros de árboles de madera de acero, limpios de toda corteza y unidos por lianas predadoras cortadas. Eso maravilló a Bink; la madera de acero no oxidada sólo podía ser recogida de árboles recién caídos, y ni siquiera un hacha mágica podía cortarla bien. ¿Y qué monstruo se atrevería a hacer acopio de las mortíferas lianas para unir los troncos? Esas lianas, normalmente, empleaban su poder de constricción para aplastar a sus presas; poseían una fuerza asesina.

Chester golpeó con fuerza. Se produjo una pausa cuando los ecos metálicos se desvanecieron. Luego oyeron unas lentas pisadas en el interior. La puerta se abrió con tal violencia que los goznes se calentaron y la succión del aire hizo que el centauro diera un paso adelante. La luz se proyectó, cegadora, y el ogro apareció en su terrible silueta. Medía el doble que Bink, e incluso hacía que la puerta pareciera enana; su cuerpo, en proporción, era ancho. Las extremidades contenían unos músculos parecidos a las nudosas ramas de los árboles.

—¡Ungh! —retumbó.

—Pregunta que qué demonios es este mal olor —tradujo el golem.

—¡Mal olor! —gritó Chester—. ¡Es él quien apesta!

Era cierto. Parecía que el ogro no creía en lavarse o en la magia limpiadora. La mugre estaba reseca en su carne, y hedía a vegetación podrida.

—No queremos pasar la noche a la intemperie —le advirtió Bink.

Crombie graznó.

—Boquita de pájaro dice que acabemos de una vez, lento.

—Boquita de pájaro pronto acabará —gruñó Chester.

El ogro rugió.

—Cara de piedra pregunta que si lo que huele mal es un grifo pútrido anormal.

El grifo se incorporó, alto e iracundo, y extendió a medias sus resplandecientes alas mientras graznaba.

—¿Te gustaría que corrigieran tu problema amputándote la narizota? —tradujo Grundy.

El ogro se hinchó, más impresionante que antes. Bramó.

—Usaré tu cabeza para beber cerveza —indicó el golem.

Se produjo una confusión de graznidos y rugidos, con el golem como un feliz intermediario en el diálogo.

—¡Sal fuera y repite eso, cabeza de chorlito!

—Entra en mi casa, picudo ratón, y bajo mi techo te romperé el corazón.

—¡Romperás tu techo si intentas pensar! —graznó Crombie.

—¿Todos los ogros hablan con rimas? —preguntó Bink, cuando se produjo una pausa para renovar el repertorio de insultos—. ¿O es una invención del golem?

—La miniatura no tiene cabeza ni hechura —dijo el golem; y al instante reaccionó colérico—. ¿Quién es una miniatura, cara de sapo de...?

—Los ogros varían, como todas las criaturas —interrumpió con suavidad Humfrey—. Este parece amistoso.

—¡Amistoso! —exclamó Bink.

—Tratándose de un ogro. Será mejor que entremos.

—¡Probaré vuestro sabor dulzón en mi fogón! —gruñó el ogro a través del golem. Sin embargo, el grifo se acercó a la puerta y el ogro, a regañadientes, le cedió el paso.

El interior era cerrado y sombrío, apropiado para la morada de un monstruo. La cegadora luz que había aparecido al abrirse la puerta ya no estaba; seguro que el propietario había cargado una nueva antorcha y se había consumido. El suelo estaba cubierto de paja húmeda, tiras de madera entrelazada ocultaban las paredes, y un caldero lleno burbujeara como lava volcánica encima de un fuego encendido en un agujero en el centro de la habitación. Sin embargo, no parecía haber ningún montón de huesos apilados en un rincón. Por lo menos, eso era alentador. Bink nunca había oído hablar de un ogro vegetariano; pero seguro que el demonio Beauregard sabía lo que decía.

Bink, dándose cuenta de que las constantes amenazas eran faroles, se sintió avergonzado por imponerle su presencia al amable monstruo (para ser un ogro).

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Aquí crunch, enseguida buena comida.

Aparentemente, el bruto no había comprendido.

—Yo soy Bink; ¿cuál es tu nombre? —repitió.

—Puedo ver que de crunch nadie saber. —El ogro hundió una mano peluda y mugrienta en el caldero hirviente, rebuscó, cogió y sacó algo viscoso, lo volcó en un

bol de madera nudosa que le presentó a Bink—. Bink apetito, come un poquito.

—Quiere decir que su nombre es Crunch —explicó Chester, captando la situación—. Te ofrece algo de comer. No hace distinción entre desayuno, almuerzo o cena; para él, todo es «comer».

—Oh. Uh..., gracias, Crunch —repuso Bink, incómodo.

Aquí Crunch, enseguida buena comida..., ahora tenía sentido. En vez de tratarse de una amenaza, la onomatopéyica salivación de un ogro ansioso de comida, era la respuesta a una pregunta, un ofrecimiento de alimento. El ogro les sirvió a los demás unas raciones similares; su enorme mano parecía inmune al calor.

Bink miró con resquemor su porción. Era demasiado espesa para beber, y demasiado líquida para pinchar; a pesar del tremendo calor del caldero, no parecía demasiado ardiente. Era de una tonalidad púrpura intensa, con excrecencias de color verde. En realidad, olía bastante bien, aunque en su superficie flotaba una mosca hervida.

Chester olisqueó apreciativamente su ración.

—Vaya, pero si es caldo púrpura con nueces verdes..., ¡una exquisitez extraordinaria! Sin embargo, hace falta un proceso mágico para extraer el caldo, y sólo un elfo verde puede coger las nueces verdes. ¿Cómo lo conseguiste?

El ogro sonrió. El efecto fue espantoso, incluso en la penumbra.

—Un elfo trae las nueces, a veces —tradujo el golem.

Entonces, Crunch cogió un tronco de los que tenía apilados a un lado y lo sostuvo sobre el caldero. Sujetándolo por ambos extremos, torció las manos..., y la madera se enroscó sobre sí misma como si fuera una toalla húmeda. Un fino chorro de líquido púrpura cayó al caldero. Cuando el tronco estuvo seco, el ogro, indiferente, arrancó la madera a tiras y la lanzó al fuego, donde ardió de inmediato. Era una buena forma de utilizarla.

Bink nunca había presenciado semejante proeza de fuerza bruta. En vez de hacer algún comentario, sacó la mosca del bol, metió un dedo en el tibio pudín, extrajo un trozo cremoso y se lo llevó con tiento a la boca. Era delicioso.

—¡Es la mejor comida que he probado jamás! —exclamó.

—Tú ahora lo alabas; antes pensar que apestaba —gruñó Crunch, halagado.

Crombie graznó cuando probó la comida.

—Puede que tú apestes; pero esto es muy bueno —tradujo el golem.

Crunch, completamente satisfecho por el doble cumplido, se sirvió una burbujeante porción en su misma manaza. Se chupó los dedos, luego cogió otro puñado. Mientras los demás acababan sus platos, el ogro se los volvió a llenar con la misma mano. Nadie creyó conveniente protestar; después de todo, ¿qué gérmenes mágicos podían sobrevivir a esa temperatura?

Después de terminar la segunda ración, se acomodaron sobre la paja para pasar la

noche. Los demás parecían contentos de poder dormir, pero Bink se hallaba perturbado por algo. En un segundo lo identificó.

—Crunch, entre nuestra especie, a cambio de la hospitalidad ofrecemos algún servicio. ¿Qué podemos hacer por ti para pagarte esa deliciosa comida y el alojamiento?

—Sí, es verdad —admitió Chester—. ¿Necesitas que te cortemos leña o algo por el estilo?

—No necesito madera, aunque aquí la veáis entera —gruñó el ogro. Aplastó un puño contra uno de los troncos, que explotó en pequeños fragmentos. Estaba claro que en esa cuestión no necesitaba ayuda.

Crombie graznó.

—Boquita de pájaro dice que puede señalar el lugar donde se encuentra cualquier cosa. ¿Qué deseas, cara de piedra?

—Pequeñajo eres pesado, quiero dormir descansado —farfulló Crunch.

—No hasta que te devolvamos el favor —insistió Bink.

—¡No necesito nada, pero nada de nada! —Crunch cogió un puñado de paja, cerró el puño, y apretó; cuando lo volvió a abrir, la paja se había unido en un solo palito. El ogro lo usó para escarbar en sus horribles dientes.

Chester, por una vez, recomendó cautela.

—No podemos obligarle a aceptar un servicio que no desea.

—Quizá no sepa que lo desea —repuso Bink—. Hemos de respetar el código.

—Está claro que eres un patán cabezota —dijo Grundy, hablando por primera vez en su nombre—. ¿Por qué buscarnos problemas?

—Es una cuestión de principios —contestó Bink, inseguro—. Crombie, ¿puedes señalar el emplazamiento de lo que desea Crunch?

El grifo graznó afirmativamente, giró, desordenando la paja, y señaló. Al Buen Mago Humfrey, que cabeceaba en una esquina, con una brizna de paja en la cabeza.

—Olvídalo —centelleó somnoliento el Mago—. No estoy disponible para ser consumido.

—¡Pero si es vegetariano! —le recordó Bink—. No puede ser que quiera comerte. Quizá quiera formularte una Pregunta.

—¡No por una miserable estancia de una noche! Tendría que servirme durante un año.

—Yo no tengo nada que inquirir ni tampoco sugerir —gruñó el ogro.

—Parece que le estamos imponiendo a nuestro anfitrión algo que no desea —dijo Chester, de forma sorprendentemente diplomática.

Evidentemente, la demostración con el tronco y la paja habían impresionado de forma profunda al centauro. No había duda de que el ogro era la criatura más fuerte con la que se había encontrado el grupo.

—Hay algo que Crunch desea, aunque ni él mismo lo sepa —dijo Bink—. Es nuestro deber localizarlo por él. —Nadie lo discutió, aunque sabía que todo el mundo deseaba que abandonara el tema—. Crombie, tal vez no quiera al Mago, sino algo que tiene el Mago. ¿Dónde señalaste exactamente?

Crombie graznó con cansada resignación. Señaló de nuevo. Bink alineó su propio dedo en la misma dirección, siguiendo el trayecto.

—¡Allí! —exclamó—. Algo en su entrepierna. —Entonces se detuvo, avergonzado—. Oh, quizá algo de su chaqueta.

Pero el Mago, cansado, se había quedado dormido. Su única respuesta fue un ronquido.

—¡Oh, vamos! —repuso Grundy—. Yo lo buscaré.

Trepó por el Mago y se introdujo en el interior de su chaqueta.

—No creo que... —empezó a decir Bink, sorprendido por su propia audacia.

—Ese es tu problema —repuso el golem desde dentro de la chaqueta—. Tiene que ser... esto.

Cuando salió, sostenía entre los brazos un frasco. Para él era un peso excesivo.

—¡Es el demonio embotellado! —dijo Chester—. No juegues con...

Pero Grundy ya estaba tratando de abrir el corcho.

Bink se lanzó hacia él; sin embargo, como le ocurría siempre, llegó demasiado tarde. En esta ocasión el corcho no se resistió; saltó en el acto en el momento en que Bink cogía la botella.

—¡Ahora sí que la has hecho! —exclamó Chester—. Si Humfrey se llega a despertar...

Bink se quedó sujetando la botella mientras el demonio cobraba forma, libre de toda inscripción mágica o encantamiento.

—Que alguien... alguien... haga... un... —tartamudeó Bink.

Beaugard se afirmó y quedó allí, erguido, con un enorme libro bajo el brazo. Espió a Bink por debajo de las gafas.

—¿Un pentáculo? —completó el demonio—. Mejor que no.

—¿Qué he hecho? —gimió Bink.

Beaugard hizo un gesto negligente con la mano libre.

—Tú no has hecho nada, Bink. Fue el estúpido golem.

—¡Fui yo el que le hizo actuar!

—Tal vez. Sin embargo, no te preocupes. Más bien considérate como el instrumento del destino. Has de saber que ni la botella ni el pentáculo me confinaban; respetaba esas convenciones únicamente para agradar al Mago, a quien le debía una cortesía profesional. El acuerdo que establecimos era que yo debía servirle como fuente de información de reserva, hasta que las circunstancias me liberaran por las reglas corrientes del control sobre los demonios. Esa casualidad acaba de ocurrir, tal

como estaba predestinado. Un demonio confinado de verdad habría huido, por lo que me veo libre para marcharme. Te doy las gracias por el accidente; ahora debo irme. —Empezó a desvanecerse.

—¡Aguarda! —gritó Bink—. ¡Por lo menos responde la Pregunta de este amable ogro!

Beauregard se solidificó de nuevo.

—No tiene ninguna Pregunta. Sólo quiere dormir. Los ogros requieren mucho descanso, o de lo contrario pierden toda su vileza.

—Pero el talento de Crombie indicó...

—Oh, eso. Técnicamente, hay algo; sin embargo, no se trata de un deseo consciente.

—Es suficiente —comentó Bink. No se había dado cuenta de que los ogros pudieran tener deseos inconscientes—. Antes de marcharte, dínos qué es.

—Quiere saber si debe tomar una esposa —comentó el demonio.

El ogro rugió.

—¿Qué vida tendré, si una esposa tomaré? —explicó el golem.

—Eso es interesante —repuso Beauregard—. Un golem que paga con sus servicios una Respuesta que no puede comprender.

—¿Quién le encontraría sentido a una Respuesta de una sola palabra? —exigió Grundy.

—Sólo una criatura real —replicó Beauregard.

—Esa es la cuestión..., él no es real —intervino Bink—. Quiere saber cómo volverse real.

Beauregard se volvió hacia el centauro.

—Y tú quieres saber cuál es tu talento. Te lo podría decir, por supuesto; pero entonces estarías en deuda conmigo, y ninguno de los dos lo desearía.

—¿Por qué no te centras en la pregunta del ogro y te vas? —preguntó Bink, sin confiar del todo en el demasiado instruido demonio liberado.

—No puedo de una forma directa, Bink. Soy un demonio; él no aceptaría mi respuesta, aunque fuera totalmente racional. Pertenece a un especie irracional, como la vuestra; sois vosotros quienes debéis responderle.

—¡Yo! Yo... —Bink se interrumpió, ya que no deseaba hablar de su relación actual con Camaleón.

—Hablé en plural —corrigió Beauregard con cierta condescendencia—. Tú, Chester y Crombie deberíais discutir vuestras respectivas relaciones con vuestras mujeres; el consenso resultante le dará al ogro la perspectiva que necesita. —Se quedó pensativo—. De hecho, dentro de ese contexto, mi propia opinión puede resultar relevante. —Se sentó al lado de ellos sobre la paja.

Reinó el silencio.

—Oh, ¿cómo..., quiero decir, existe una ogresa..., eh, en tu mente? —le preguntó Bink a Crunch.

El ogro respondió con una andanada de gruñidos, bufidos y castañetear de amarillos dientes. El golem apenas pudo mantener el ritmo de traducción; no obstante, Grundy se mantuvo al nivel que la ocasión requería y se irguió en toda su altura:

—Una cruda y bonita mañana de mal tiempo vagué hasta que ni un grito ni un saludo me dieron un tiento. Estaba de buen humor y buscaba comida con ardor. No se veía a ninguna criatura tan lejos del hogar; ningún dragón, ningún monstruo, ni siquiera un gnomo por azar. Entré en un bosque alto y de enorme tamaño; los árboles eran tan grandes que yo parecía un niño de un año. El sendero era tan liso que no era capaz de atravesarlo ni un oso. Pero se abrió de pronto en una adorable hendidura, llena de niquelpiés y alguna otra ricura, y agua estancada rica en manchas, donde me sentí por un tiempo a mis anchas, y luego llegué a un castillo escondido, con un sudario por bandera y un cuero cabelludo como borla prendido. El viento lo atravesaba con bonitos gemidos, y sus paredes eran de gigantescos huesos podridos. En la entrada dormía Puk, un pequeño dragón, guardando algo que me sorprendió un montón: una fuente llena de barro, púrpura de color, derramando chorros de brillante sangre roja con ardor. Miré tanto que parecí hipnotizado, la boca me babeaba tanto que hasta mis talones quedaron bañados. Pero yo sabía que el encantamiento se completaría en el momento en que a comer empezaría. Quería descubrir qué otros tesoros estaban ofrecidos al placer del héroe que había venido. Y en el centro, en una mugrienta cama, yacía una ogresa maravillosa como una dama. Tenía cabello como ortigas, piel como gachas blandas, y su cara haría que un zombi se ruborizara hasta las bandas. Su aliento apestaba a carroña, maravillosamente hediondo, y su olor era tan fuerte quise aullar y dar vueltas en redondo. Pensé que estaba enfermo con gusano en la tripa, pero supe era amor por esa espléndida tipa. Azoté su cara con mi peludo puño, que es la forma en que los ogros se conquistan en mi terruño. Luego la cogí por la pierna izquierda y a rastras me la llevé, mi huevo dorado del que nunca me separaré. Entonces el castillo todo despertó: goblin y troll y verde mandrágora se agitó. Celebraron unión de héroe y hermosa tirándonos frutas podridas como si tal cosa. Pero al salir activamos un hechizo de alarma en la morada de los demonios sin alma. Habían dormido al castillo durante cien años largos, esos demonios que odiaban los traseros de los ogros. Lanzaron un hechizo de tanto poder que tuvimos que huir asustados a todo correr. Yo lo esquivé siempre que me fue posible, pero nos alcanzó en el bosque de una forma terrible. Mientras golpeaba yo no dejaba de gritar: «No aplastaré más huesos lo puedo jurar». Se disipó en relámpago tan brillante, que todo el bosque que nos rodeaba calcinado quedó, atrás y adelante. Ahora yo más huesos ya no machaco, para que los demonios del lago no crean su maldición no

acato. No quiero que me lancen un hechizo mayor, como el primero o quizá peor. Mi amor en el corazón del bosque yace dormida, perdiendo su doncelléz, para mí perdida, Y una cosa dudo ahora: ella nunca me demostró mucho a ninguna hora. Así que todo lo que quiero saber es esto: ¿he de dejarla, o debo ir a buscarla?

Los otros permanecieron en silencio durante un rato después de ese notable recital. Por fin, Crombie graznó.

—Fue un romance y una aventura considerables —repuso Grundy por él—. Aunque puedo apreciar las arrebatadoras cualidades de tu amiga, he de decir, desde mi propia experiencia, que todas las mujeres son criaturas infernales, cuyo único propósito en la vida es engañar, atrapar y hacer que los hombres se sientan miserables. Por lo tanto...

El gruñido del ogro interrumpió al grifo en mitad de su graznido.

—¡Je, je, je, je, je, je! —tradujo Grundy, interrumpiéndose a sí mismo—. ¡De inmediato la buscaré!

Chester sonrió.

—A pesar de las recomendaciones de mi amigo, he de darte unas palabras de advertencia. Sin importar todo lo que la yegua incordie al semental, y lo irracionalmente que se comporte, llega un momento en que pare su primer potrillo. Entonces, la dama pierde el interés en...

—¿Y deja de incordiar? Eso es malo de soportar —rugió Crunch, decepcionado.

—Pero, en el momento justo —repuso Bink—, retorna a la normalidad, a menudo con una astucia sumamente cortante. De cualquier forma, pienso que es mejor que te incordien un poco a que no lo hagan nada. Así que, ¿por qué no despiertas a tu belleza y le das una oportunidad? Quizá consiga que tu vida se vuelva del todo miserable.

Los ojos del ogro se iluminaron como antorchas.

—Estoy de acuerdo —dijo Beauregard—. Esta conversación me ha proporcionado unas revelaciones de lo más intrigante sobre las emociones humanas, animales y ogrescas. Me servirán para concluir mi disertación.

—¿Tu qué? —inquirió Bink.

—Mi tesis doctoral acerca de la falibilidad de la vida inteligente en la superficie de Xanth —explicó Beauregard—. Busqué información del humano Mago Humfrey, y él me aseguró que una temporada de servicio en su botella me proporcionaría las revelaciones que necesitaba, ya que la naturaleza de una persona puede ser mejor analizada a través de las preguntas que considera más vitales. Y ese ha sido el caso; ahora, prácticamente, sé que conseguiré mi título. Ello me cualificará para formar una relación permanente con la demonesa de mi elección; esfuerzo que creo que ha valido la pena. Siento una especie de júbilo demoníaco. Por lo tanto, os daré unas pequeñas muestras de gratitud extraídas de mis investigaciones.

El demonio se volvió hacia Chester.

—Prefiero no informarte directamente sobre tu talento mágico, por las razones antes expuestas; pero te daré una pista: refleja el aspecto contenido de tu carácter. Puesto que tú, como la mayoría de los centauros, has descreído de la magia, aspectos enteros de tu personalidad se han visto soterrados, como si los ocultaras bajo tierra. Cuando seas capaz de superar este condicionamiento, tu talento se manifestará de forma natural. No desperdicies un año de tu vida por la Respuesta del Buen Mago; simplemente, permítete a ti mismo más autoexpresión.

Se volvió a Crombie.

—No puedes escapar de tu destino de esta manera. Cuando regreses de la búsqueda, si regresas, Sabrina te atrapará en un matrimonio desdichado a menos que logres un compromiso más adecuado con otra persona antes de que la veas a ella. Por lo tanto, disfruta ahora; echa tu última cana al aire y no te preocupes por el mañana, porque será peor que el presente. Sin embargo, el matrimonio, después de todo, no es para ti un destino peor que la muerte; lo descubrirás cuando te enfrentes a la muerte.

Dejó al abatido grifo y se volvió al golem.

—El sentido de la Respuesta que el Mago te dio es el siguiente: la gente siente; los objetos inanimados, no. Sólo cuando experimentes sentimientos genuinos que se impongan a tu lógica serás real. Podrás llegar a esa altura únicamente si te esfuerzas...; pero cuidado, porque las emociones de las cosas vivas, en muchos casos, son extremadamente dolorosas.

Se volvió a Crunch.

—A ti te digo, ogro: ve a buscar a tu dama. Parece una buena compañera para ti, una perra horrible en todos los aspectos.

Crunch quedó tan conmovido que casi se sonrojó.

Beauregard se volvió hacia Bink.

—Nunca he sido capaz de descubrir tu magia, pero ahora la siento operar. Es muy poderosa...; sin embargo, lo que estás buscando es infinitamente más poderoso aún. Si persistes en ello, corres el riesgo de que te destruya, y que destruya todo aquello que tú más quieres. No obstante, persistirás, razón por la que te ofrezco mis condolencias. Hasta que volvamos a vernos... —Se desvaneció.

Los miembros que quedaban del círculo intercambiaron miradas.

—Vámonos a dormir —dijo Chester.

Parecía ser la mejor idea de toda la noche.

## 6

### Polvo mágico

Por la mañana le dieron las gracias al ogro y prosiguieron su búsqueda, mientras Crunch, ansioso, se internaba en el bosque muerto para despertar a su hermosa prometida: aquella del cabello como ortigas y la piel como gachas blandas.

Tenían cosas nuevas en las que pensar. Ahora ya sabían lo que había matado a los árboles...; pero ¿qué era de los demonios malignos que moraban en el lago y poseían unas maldiciones tan devastadoras? ¿Había algún Mago entre ellos, se hallaba cerca de ellos la fuente de la magia?

El Mago Humfrey se hallaba particularmente pensativo. O no había estado del todo dormido durante la noche anterior, o había utilizado su magia informativa para calibrar la situación. Debía saber que el demonio Beauregard se había marchado.

—¿Qué magia —murmuró— puede devastar todo un bosque viviente disipando tan sólo una maldición? ¿Por qué no he sabido esto antes?

—Nunca pensaste en informarte —repuso Chester, sin tapujos.

—Lo estamos haciendo ahora —indicó Bink—. La magia debe ser más poderosa cerca de su fuente.

Crombie graznó.

—La magia poderosa es una cosa, la maldición de un Mago otra. Voy a comprobarlo otra vez. —Realizó de nuevo su ritual.

Avanzaban en la dirección correcta. El terreno parecía normal; los grandes árboles se cernían sobre los intrusos, mientras que los pequeños se apartaban todo lo que podían. Las moscas de las frutas zumbaban en el aire: cerezas, frambuesas y uvas flotaban como si buscaran otros recipientes de ensalada de frutas. Aparecieron, en los terrenos de los árboles ahorcadores, zonas tentadoras, que el grupo evitó sin pensárselo dos veces. ¡En Xanth, muy pocas veces el camino fácil era el mejor! Vieron rastros de dragón, con marcas de fuego que mostraban sus límites territoriales. Cuando te perseguía un dragón, el lugar más seguro era el territorio marcado por otro dragón; cualquier intromisión produciría un enfrentamiento entre ambos animales.

No obstante, el camino no tardó en hacerse más difícil. Zarzas de brillantes extremos y disposición amenazadora cubrían grandes zonas, y una orgullosa hueste de hormigas león patrullaba otras. Una hilera de arbustos de hedor rodeaba la mayor parte del camino libre que quedaba; pertenecían a una especie particularmente grande y potente. El grupo intentó pasar por entre ellos, pero el olor se hizo tan intenso que incluso el ogro habría vacilado. Jadeantes, retrocedieron.

Contemplaron las alternativas: las zarzas o las hormigas león. Bink trató de abrir un hueco con su espada por entre las plantas, pero, cada vez que realizaba un corte, otras ramas se apresuraban a cerrarlo, amenazando su cuerpo. Eran unas zarzas con

una disposición excepcionalmente alerta; el lustre de sus puntas sugería la existencia de veneno. Bink se retiró. De nuevo se enfrentaba a la posibilidad de que su talento le protegiera, dejando que sus amigos murieran.

Se acercó a la parte ocupada por las hormigas. Las hormigas con cabeza de león habían abierto con sus bocas senderos limpios, eliminando sin piedad todos los peligros que se les presentaban. Todos menos ellas mismas.

La espada de Bink quizá pudiera eliminar a una león, y las flechas y los cascos de Chester tal vez pudieran con dos o tres más; y, en su forma de grifo, Crombie podría, como máximo, con cuatro...; sin embargo, las criaturas atacarían a docenas, sin miedo ni piedad. Casi con toda seguridad, y por alguna extraordinaria coincidencia, Bink emergería del conflicto intacto, pero..., ¿y los otros?

Se volvió..., y sus ojos vagaron hacia el cielo, donde descubrió un sendero por encima de las copas de los árboles.

Se frotó los ojos. ¿Un sendero en el cielo? Sin embargo, ¿por qué no? Con la magia, se recordó por enésima vez, todo era posible. La pregunta era: ¿podrían los hombres y los medihombres recorrerlo? Y, en caso afirmativo, ¿adónde conduciría?

No obstante, era la ruta más prometedora. Si cabalgaba sobre Chester, su talento no les permitiría recorrer el camino celeste si no iba a sostenerlos a los dos. El grifo, el Mago y el golem pesaban mucho menos, de modo que estarían seguros si les seguían.

—Creo que veo un camino —comentó Bink.

Lo intentaron. Localizaron el lugar donde el sendero mágico descendía hasta el suelo, y Crombie giró y señaló para descubrir si existía algún peligro a lo largo de este camino de acceso limitado. No lo había. Subieron y lo siguieron por encima de los árboles. Lo extraño era que el sendero, sin importar las circunvoluciones que diera, siempre era recto. Sin embargo, el bosque giraba en círculos frenéticos a su alrededor. En ocasiones el sol quedaba hacia abajo, en otras a un costado, mientras que los árboles adoptaban diversos ángulos. Bink, con curiosidad, extendió el brazo para tocar el follaje de un árbol cuyo tronco ascendía hacia el suelo de arriba; era sólido. Por supuesto, sabía que el que se encontraba boca abajo era él; el sendero establecía su propia orientación. Mirando hacia atrás, vio que el grifo avanzaba en una inclinación diferente de la suya; supo que, para el grifo, el Mago y el golem, el que iba inclinado era el centauro. Una magia desconcertante, aunque inofensiva. De momento.

Mientras tanto, disfrutó del viaje y del paisaje. El sendero cruzaba el bosque, y la nueva vista de la que disponía desde el aire era refrescante. Lo atravesaban rayos de sol y columnas de niebla ligeramente coloreados. Se veía a través de una perspectiva única, intermedia entre la que ofrecerían los ojos de un hombre y la de un pájaro. El camino pasaba sin peligro por encima del alcance de las hormigas león y por debajo

del de los predadores voladores. Bink pudo observar varios dragones voladores, una arpía y un roc en la lejanía; aunque ninguno se acercó al sendero.

También las plantas eran inusualmente pasivas. Los tentáculos constrictores colgaban cerca del sendero, pero jamás se posaban en él; ninguna rama lo bloqueaba. No había dudas de que este camino estaba encantado, y eso era sospechoso; los mejores senderos, casi por definición, eran los peores. Bink recordó lo fácil que le resultó cruzar el bosque que rodeaba el Castillo Roogna, en la época en que era un proscrito, y lo arduo que le fue escapar de él. ¿En qué se estaban metiendo ahora?

El talento de Crombie no había señalado ningún peligro en la dirección que seguía el camino...; no obstante, el talento de Crombie podía ser demasiado literal. Para Bink, cualquier cosa que pudiera retrasar la finalización de la búsqueda representaba una amenaza. Uno, sencillamente, no podía permitirse el lujo de confiar en la magia extraña. Sería mejor que lo hablara con el Buen Mago.

—Claro que es seguro, Bink —contestó Humfrey, irritado—. ¿Crees que, de lo contrario, me hubiera metido aquí?

¡Bink ni siquiera le había formulado aún la pregunta! El Mago retenía su talento especial, aunque su malhumorada negativa a utilizarlo en beneficio del grupo hacía que su compañía resultara a veces poco más valiosa que la de un arpía. ¿De qué servía tener a un Mago, si nunca empleaba su magia para facilitar las cosas? Hasta el Mago Maligno había usado su magia desinteresadamente cuando el peligro amenazó con...

—Esa es la cuestión, Bink —dijo Humfrey—. De momento, no existe peligro. Cuando la situación cambie, gastaré mi magia cuidadosamente acumulada. Tú todavía eres joven; disipas sin medida tus recursos, y te metes en líos que deberías haber evitado.

¡Lo tenía bien merecido por dejar que sus pensamientos vagaran con libertad! Mentalmente, se calló y continuó disfrutando de la marcha. Después de un rato, el sendero empezó a descender hacia un bonito y pequeño poblado que tenía unas casas con techos de paja y paredes de arcilla coloreada, con cuidados caminos que las unían.

—¿Te das cuenta —inquirió Chester— de que la construcción local no tiene magia? Sólo está compuesta por materiales mundanos.

—Es cierto —repuso Bink, sorprendido—. Si vamos en dirección de la fuente de la magia, a través de un sendero mágico, ¿no debería de haber más magia en vez de menos? —Se volvió hacia el grifo—. Crombie, ¿estás seguro de que esta es...?

Crombie graznó.

—Boquita de pájaro está seguro de que es la dirección correcta —tradujo el golem—. Quizá el poblado únicamente sea algo que se encuentra en el camino, no nuestro objetivo.

Una vieja arpía arrugada aleteó para cruzarse en el camino del grupo a medida que llegaban al pie del sendero de tierra. Conociendo la fama de las arpías, todos se aprestaron para enfrentarse al problema. No obstante, esta, aunque era adecuadamente espantosa, estaba limpia y no mostraba agresividad.

—Bienvenidos, viajeros —saludó, sin siquiera tomarse la molestia de insultarles. ¡Una arpía bastante contenida!

—Oh, gracias —contestó Bink—. Estamos buscando... un lugar donde pasar la noche. No causaremos ninguna molestia.

Nunca había oído hablar de una arpía que se comportara con educación, de modo que no bajó la guardia y siguió con la mano en la espada.

—Y lo tendréis —concedió—. ¿Sois todos machos?

—Sí —repuso Bink, con incomodidad—. Vamos en busca de la fuente de la magia. Tu poblado parece hallarse cerca. Nosotros...

—Cinco machos —exclamó la arpía—. ¡Vaya regalo!

—No nos interesan vuestras hembras —intervino Chester, con parte de su agresividad normal.

Crombie graznó.

—Por lo menos, no sus cerebros —tradujo el golem.

Los labios de Chester se fruncieron con una facilidad casi equina. Bink tuvo que intervenir en el acto, antes de que surgiera entre ellos otra disputa.

—Estaremos muy complacidos de hacer algo a cambio de la comida y un techo seguro para la noche. Y mañana, si poseéis alguna información sobre la magia...

—Tendréis que comentarlo con Trolla —dijo la arpía—. Por aquí, por favor —y se marchó aleteando, murmurando de nuevo: «¡Hombres!», con una espantosa excitación.

—Tal vez tengas razón —le susurró Chester a Crombie—. Si nos hemos metido en un nido de arpías...

—... quizá sea mejor retornar al camino aéreo y volver por donde hemos venido —finalizó Bink, a la vez que echaba una ojeada hacia atrás.

Pero el sendero había desaparecido. No podían escapar por ahí.

Trolla resultó ser... una hembra troll. Era casi tan fea como la arpía; sin embargo, también ella fue muy educada.

—Noto que no estáis cómodos, atractivos visitantes machos —dijo Trolla—. Y tenéis motivos para ello, aunque no por causa de alguno de los residentes de este pueblo. Permitid que os ofrezca una cena mientras os explico la situación.

Bink intercambió una mirada con los demás. Tanto el centauro como el grifo mostraban una gran incomodidad; sin embargo, el Buen Mago parecía completamente despreocupado.

Trolla llamó con sus nudosas manos, y varias ninfas del bosque aparecieron

portando bandejas. El cabello era de color verde, la piel marrón, los labios y uñas rojos: como los árboles floridos. No obstante, su contorno era humano; cada una era una belleza ágil, impertinente y de pechos desnudos. Todas miraron a Bink y a Humfrey con algo más que un interés casual. «Hambre» podría ser la palabra que mejor lo describiría.

La comida era, prácticamente, mundana: verduras y frutas sembradas en la región, acompañadas de filetes de dragón. La bebida eran unas vainas rellenas en árboles lácteos; una buena leche, aunque nada especial.

—Podéis daros cuenta de que no hemos empleado la magia en la preparación de la comida —indicó Trolla—. Preferimos utilizar la menor magia posible, ya que en esta zona se concentra la mayor magia de todo Xanth. Quizás este comentario no tenga mucho sentido para vosotros...

—Es muy lógico —repuso Humfrey, sirviéndose otro filete.

Trolla le miró.

—Debes ser un Mago, señor.

—Humph. —Parecía estar más interesado en la comida que en la charla. Bink sabía que eso no era verdad. Humfrey le prestaba atención a todo lo mágico.

—Si cualquiera de vosotros posee una magia poderosa, he de advertiros de que empleéis una precaución extrema en su uso —continuó ella—. Por favor, no me malinterpretéis; no es ninguna amenaza. No está en nuestro ánimo el que os sintáis incómodos aquí. Simplemente, toda la magia..., bueno, permitidme que os haga una demostración. —Dio unas palmadas y entró una ninfa, tan exuberante y desnuda como las otras—. Trae una luciérnaga —ordenó Trolla.

Un momento más tarde, la ninfa regresó con la luciérnaga. Era muy pequeña, de la clase que apenas podía generar un destello, inofensiva. Se aposentó sobre la mesa, hermosa a su manera, con las alas del color del fuego plegadas y las patas separadas.

—Ahora, observad lo que ocurre cuando la asusto —comentó Trolla.

Golpeó la mesa con un puño parecido a una pezuña. La luciérnaga dio un salto, sobresaltada, y emitió su momentánea luz. Un chorro de luz y calor emanó de ella, y un remolino de humo ascendió hacia el techo. En la mesa apareció una mancha chamuscada del diámetro de una mano. La propia luciérnaga había desaparecido.

—¡Se agotó hasta arder ella misma! —exclamó Chester.

—Y no era esa su intención —explicó Trolla—. Era una luciérnaga normal de Xanth, que no estaba aclimatada a esta región. Aquí, tan cerca de la fuente, su magia se ve multiplicada cien veces. Por eso, su pequeño fuego se convirtió en una bola incandescente de autoinmolación. Hasta que vosotros, machos, os aclimatéis, os aconsejo que no utilicéis vuestra magia en el poblado. Valoramos vuestra presencia, y no desearíamos que os ocurriera alguna desgracia.

Bink miró a Humfrey, pero el Buen Mago siguió comiendo.

—Eh, ninguno de nosotros posee una magia inflamatoria —contestó Bink, comprendiendo que era él quien tenía que responder por el grupo. Sin embargo, se preguntó qué haría su talento si algo le amenazaba. Lo que podía pretender ser una anulación fortuita podía convertirse en algo mucho peor—. Pero será mejor que... que nada amenace nuestro bienestar.

—Desafortunadamente, existe una amenaza extrema para vuestro bienestar —repuso Trolla con voz grave—. Porque sois machos. Os habréis dado cuenta de que no tenemos ningún macho en nuestro pueblo.

—Lo hemos notado —admitió Bink—. Vuestras ninfas parecen bastante intrigadas con nosotros.

Las ninfas revoloteaban tan cerca de ellos que el codo de Bink, mientras comía, rozaba sus estómagos.

—Nuestro problema es el siguiente —prosiguió Trolla—: una sirena ha hecho que nuestros machos, atraídos por la tentación, se marcharan. Al principio éramos un pueblo humano normal, salvo por nuestra única y crítica tarea. Entonces vino la sirena y nos quitó a nuestros hombres. Como no podíamos descuidar nuestro trabajo, emprendimos, con un gran riesgo personal, la construcción de la ruta de acceso encantada por la que vosotros llegasteis, con lo que pretendíamos alentar la inmigración. Sin embargo, muy pronto nos fueron arrebatados también los nuevos hombres. Expandimos nuestra búsqueda a gente no humana; esa es la razón por la que yo vine aquí junto a mi esposo troll. No obstante, el extraño drenaje no cesó; pronto me vi convertida en una viuda..., y no por las razones lógicas.

Bink sintió una repentina alarma. Algunas mujeres troll devoraban a sus maridos. Se decía que lo único que temía un troll era a su esposa..., y con excelentes motivos. ¿Estaba buscando esta mujer depredadora otro marido?

—Nuestro pueblo, ahora, está compuesto por toda clase de mujeres inteligentes —prosiguió Trolla—. Y animales de granja. La ruta de acceso mágico sólo transporta a gente inteligente; no obstante, algunos animales logran llegar a través de la jungla. Pero la sirena..., es lo que quería explicaros acerca del peligro que corríais. Una vez oigáis su llamada, desapareceréis en el bosque y jamás retornaréis. Si pudiéramos os ahorraríamos eso, pero nos encontramos imposibilitadas, a menos que recurramos a medidas desproporcionadas.

—¿Y cuáles serían? —preguntó con nerviosismo Bink.

—Podríamos dejaros sordos para que no la oyeráis —explicó Trolla—. O castraros, para que no reaccionarais a...

—¿Por qué no salen algunas de vuestras mujeres y matan a la sirena? —inquirió Chester—. No pretendo ofenderte, señora, pero tú, seguramente, la podrías manejar.

—Me encantaría despedazar en persona a la sirena y comerme sus sangrantes pedazos —dijo Trolla—. Pero no puedo ir más allá del árbol ahorcador. La sirena ha

hecho un trato con el ahorcador; el árbol deja pasar a los hombres pero atrapa a las mujeres.

—Entonces, lo que necesitas es eliminar al árbol —comentó Bink—. Con una magia tan fuerte como la que hay aquí, ha de ser una tarea sencilla. Unas pocas luciérnagas, o una pinas bomba...

—No se trata de un ahorcador corriente —indicó Trolla—. Hemos intentado destruirlo pero, aunque se encuentra fuera del pueblo, ya ha absorbido la suficiente magia adicional como para frenar nuestros intentos. Después de todo, sólo somos mujeres..., y los hombres no se opondrán a él, ya que están atrapados en la llamada de la sirena. —Trolla sacudió la cabeza con tristeza—. Es amable por tu parte creerlo —concluyó—, pero la sirena no lo permitirá.

La sirena desconocía el talento de Bink. Como la sirena y el árbol ahorcador eran entidades mágicas, su propia magia le protegería de ellos. De alguna forma. Pero, considerando la potencia de la magia aumentada que había en este lugar, sería mejor que se enfrentara él solo al árbol. No quería que sus amigos salieran heridos de rebote. Quizá pudiera escabullirse por la noche, mientras los demás dormían.

Crombie graznó.

—¿Cuál es el trabajo del pueblo, anciana? —tradujo el golem.

—Nos hallamos situados sobre el filón de la fuente de la magia —dijo Trolla—. Aquí está el origen de la magia de Xanth. El polvo se halla altamente cargado de magia y, si le permitiéramos que se acumulara, la mayor parte de Xanth, poco a poco, se volvería mundana, al mismo tiempo que el pueblo acumularía una cantidad fatal. Por lo tanto hemos de dispersar el polvo, manteniendo un equilibrio razonable. —Miró a su alrededor—. Parece que ya hemos terminado la jornada. Dejad que os muestre nuestras operaciones.

—Umph —aceptó Humfrey.

En ese momento Bink supo que el Mago sólo fingía desinterés, como era su costumbre; ¡la conclusión de su búsqueda estaba al alcance de la mano! No obstante, Bink notó que se hallaba molesto; había esperado enfrentarse a un desafío mucho mayor para la consecución de ese conocimiento.

Trolla les condujo a un edificio grande hecho de piedra, al estilo mundano. En su interior únicamente había un enorme agujero de grava, donde pequeñas mujeres elfas, gnomos y hadas cavaban y extraían arena con sus pequeños picos y palas. Lo depositaban todo en vagones con ruedas que empujaban centauros hembras, una mantícora y una esfinge pequeña. La piel de Bink se le erizó al acercarse a la arena; ¡no había duda de que estaba asociada a una magia fuerte! No obstante, era la primera vez que se encontraba con magia inanimada. Esa arena no realizaba ninguna magia propia, no proyectaba encantamientos; simplemente, era mágica, y aguardaba que la dirigieran. Bink no estaba muy seguro de creerlo.

La arena era transportada a otra estructura, donde tres enormes hefalunfos la aplastaban hasta convertirla en polvo. Los hefalunfos eran animales, normalmente criaturas salvajes del yermo, aunque estos, evidentemente, estaban domesticados y recibían buenos cuidados, y parecían felices. Luego, un ave roc cautiva lanzaba el polvo al aire batiendo poderosamente sus monstruosas alas. Tan fuerte era la corriente, que en la turbulencia se formaban pequeños tornados.

—¡Las tormentas de granizo multicolor! —exclamó Bink—. ¡Residuos de esta operación!

—Exacto —admitió Trolla—. Intentamos lanzar el polvo muy alto en el cielo, para que sea transportado por todo Xanth por las corrientes elevadas de aire antes de volver a caer; sin embargo, las tormentas locales hacen que se deposite prematuramente. La región que se halla corriente abajo, pegada a la nuestra, es inservible para la vida inteligente; la concentración de polvo aerotransportado rompe la ecología local y lleva a la locura. Por ello, existen riesgos asociados a nuestra operación..., pero hemos de proseguir adelante. Nos agradaría que vosotros, machos, os quedarais aquí, para darles ánimos a nuestras hembras...; no obstante, sabemos que tenéis que marcharos antes de que suene el canto de la sirena. Lamentablemente, nuestra ruta de acceso va en una sola dirección; hemos estado demasiado ocupadas para construir una rampa de salida. Vuestra única escapatoria pasa por la Tierra de la Locura. Aun así, es preferible a la sirena. Os ayudaremos en todo lo que podamos, pero...

—No hasta que hagamos nuestro servicio —repuso Bink—. Poseemos varios talentos, y seremos capaces de arreglar esta situación.

Interiormente, no se sentía tan seguro; le resultaba difícil pensar que vencerían allá donde tantos hombres habían fracasado. De nuevo se preguntó por qué la fuente de la magia de Xanth había permanecido en el anonimato durante tantos siglos, si esta gente la conocía desde el principio. Quizá se debiera al hecho de que nadie parecía poder abandonar este pueblo y seguir vivo..., o, tal vez, que el polvo mágico nublara la magia restante, de modo que cosas como los espejos mágicos no podían centrarse en esta zona. Con toda probabilidad, había aún muchos secretos en la Tierra de Xanth que tenían que ser descubiertos...

—Habrà una reunión del poblado esta noche —dijo Trolla—. Algunas de nuestras hembras más jóvenes jamás han visto a un hombre, y merecen esa oportunidad. Conoceréis a todo el mundo, y planearemos la mejor forma de ayudaros a escapar de la sirena. Hasta el momento, no se ha hallado ninguna forma de bloquear su llamada de los oídos de los machos, a pesar de que las hembras no podemos escucharla. Con vuestro permiso, podríamos encerraros en celdas para que no pudierais responder a...

—¡No! —exclamaron al unísono Bink y Chester; Crombie graznó.

—Sois hombres verdaderos, siempre dispuestos a un nuevo desafío —repuso

Trolla, con triste aprobación—. De cualquier forma, en algún momento os tendríamos que permitir marcharos y, entonces, la sirena os atraparía; por lo tanto, las celdas no solucionan nada. ¡Hemos de deshacernos de la sirena! —Durante un instante, su rostro mostró el odio salvaje que era normal en los trolls. De inmediato se suavizó—. Os enseñaré vuestro alojamiento y pasaré a buscaros al anochecer. Por favor, sed condescendientes con nuestras habitantes; vuestra presencia representa un acontecimiento importante, y las muchachas no están educadas en el decoro social.

Cuando quedaron solos, Bink se dirigió al Mago.

—Aquí ocurre algo extraño. ¿Usarás tu magia para descubrir toda la situación?

—¿Tengo que hacer todo? —se quejó Humfrey.

—¡Escucha, gnomo enano! —restalló Chester—. Nos hemos dejado el pellejo a lo largo del camino mientras tú holgazaneabas.

Humfrey no se inmutó.

—En el momento que decidas recibir el pago por tus esfuerzos...

Bink decidió interceder, aunque sentía una considerable simpatía hacia la posición del centauro. ¡Nunca había pensado en los problemas que acarreaba el liderazgo!

—Parece que hemos llegado a nuestro objetivo, que es la fuente de la magia. Pero ha sido demasiado fácil, y esas pueblerinas son demasiado amables. Sólo tú puedes decirnos si de verdad hemos completado nuestra búsqueda, o si nos hemos metido en una trampa especial para hombres. Si puedes ser generoso, no hay duda de que esta es una ocasión para que emplees tu magia.

—Oh, de acuerdo —aceptó Humfrey, de mala gana—. No lo merecéis, después de la forma en que dejasteis escapar a Beauregard, pero echaré una ojeada.

El Mago extrajo un espejo.

—Espejito, espejito, ¿eres el mejor de la tierra?

El espejo se nubló, adquiriendo una tonalidad de un rojo profundo.

—¡Vamos, deja de sonrojarte! —exclamó Humfrey—. Sólo te estaba probando.

Bink recordó un espejo similar. Únicamente respondía con imágenes, y de manera indirecta; una pregunta demasiado directa sobre algún asunto demasiado delicado podía resquebrajarlo.

—¿Eres consciente de la fuente de la magia de Xanth? —inquirió el Mago.

Apareció la figura sonriente de un bebé. Evidentemente, eso significaba «Sí».

—¿Puedes decirme dónde se encuentra el emplazamiento de esa fuente? —En un aparte, murmuró a los otros—: Este es un punto crucial. En casa, el espejo nunca pudo revelar esa información; pero aquí, con una magia más poderosa...

El bebé sonrió de nuevo. Humfrey reflejó la sonrisa, anticipando la victoria.

—¿Me dirás dónde es?

Otra vez la sonrisa de querubín. Bink notó que el pulso le latía frenéticamente. Se

dio cuenta de que el Mago encaraba el tema con una extrema cautela. El espejo tomaba cada pregunta de forma literal; no ofrecía nada por propia voluntad. Esta aproximación oblicua cuidaba de que el espejo no se viera abrumado por un desafío tan brusco.

—Por favor, muestra el emplazamiento en tu pantalla.

El espejo se oscureció.

—Ooh —murmuró Bink—. ¿Se ha roto?

El espejo se aclaró. Apareció un bebé que lloraba.

—Te responde que no —centelleó Humfrey—. Ten la amabilidad de permitirme que prosiga con mi investigación. —Se volvió hacia el espejo—. ¿Me mostraste una escena subterránea?

El bebé sonrió.

—Resumiendo, ¿verificas que la fuente de la magia no se encuentra en el poblado en el que nos encontramos en este momento?

Apareció un gran signo de interrogación.

—¿Me indicas que la fuente de la magia está en este pueblo? —preguntó con tono autoritario el Buen Mago.

Volvió el signo de interrogación.

—Hummm, se nos plantea un problema de resolución —musitó Humfrey—. El espejo no puede escoger entre las verdades. ¿A alguien se le ocurre otra forma de averiguarlo?

—Es una cuestión de perspectiva —dijo Chester—. Si el polvo mágico es la fuente, puede que se encuentre en más de un sitio. Posiblemente se trate de un canal por el que surja desde las profundidades. Por lo tanto, la fuente posee una definición múltiple, dependiendo de si piensas en la fuente de la superficie o en la fuente de la fuente.

—He aquí una criatura con una mente disciplinada —aprobó Humfrey—. Si tan sólo la disciplinara más a menudo en vez de pelearse con el soldado. —Miró al espejo—. ¿Es correcto el análisis del centauro?

El bebé sonrió.

—Bien —continuó el Mago—. ¿Eres consciente de las motivaciones que mueven a las mujeres del pueblo? —Cuando recibió la sonrisa, inquirió—: ¿Tienen buenas intenciones hacia nosotros? —La sonrisa lo confirmó. Bink se sintió aliviado—. ¿Y Trolla dijo la verdad sobre la maldición de la sirena? —Otra sonrisa.

Humfrey alzó la vista.

—Ahora es cuando se hace difícil —comentó, aparentemente satisfecho. Bink comprendió que también este hombre disfrutaba con los desafíos. La habilidad mágica que el Buen Mago había guardado en reserva estaba siendo empleada en ese momento, y era una buena magia—. Hasta este instante sólo hemos confirmado lo

que ya sabíamos. Ahora hemos de adentrarnos en lo desconocido. —Se volvió hacia el espejo—. ¿Puedes comunicarnos cómo enfrentarnos con el problema de las pueblerinas?

El querubín sonrió.

—Está respondiendo de una forma inusual —repuso Humfrey, en un aparte—. De verdad que la magia aumentadora local está multiplicando el poder del espejo. Ahora disponemos de una importante herramienta de investigación. —De nuevo se dirigió al espejo—. Bien...

—Hombres, ¿estáis preparados? —preguntó Trolla desde la puerta.

Se sobresaltaron. Bink estuvo a punto de explicarle lo que habían averiguado cuando vio el veloz gesto negativo de Humfrey. El espejo había desaparecido. El Buen Mago no deseaba revelar el secreto de su magia a las pueblerinas; por lo menos, todavía no.

Bueno, ya habían descubierto bastante, y podrían volver a utilizar el espejo cuando les resultara conveniente.

—Llevas un bonito vestido —le dijo Bink a Trolla.

No era ninguna mentira; el vestido era muy bonito, aunque ella seguía siendo un troll hembra. Evidentemente, se celebraría una fiesta. La siguieron fuera.

El círculo central del pueblo había sido transformado por medios carentes de magia. Ardía un fuego de genuina madera, que lanzaba chispas y humo al cielo. Casi había anochecido, y las estrellas empezaban a ser visibles. Era como si las chispas ascendieran hasta el cielo para convertirse en esas estrellas...; quizá, pensó Bink, la potente magia de esta región hacía que fuera así. Las estrellas tenían que llegar allí arriba de alguna forma, ¿cierto?

Las mujeres del pueblo estaban adorables con sus atuendos festivos. Había muchas más jóvenes de las que había notado antes y, una vez que habían terminado con sus turnos de trabajo, estaban más que ansiosas de mezclarse con los extraños invitados. Bink se vio rodeado por ninfas, duendes y doncellas humanas, mientras que Humfrey se veía acosado por hadas y elfas. Tres arrebatadoras yeguas centauro atendían a Chester. Un par de hembras grifo miraban a Crombie, pero apenas tenían alguna oportunidad con este misógino transformado. Después de todo, eran animales. Incluso había un golem hembra para Grundy.

Qué aspecto de tristeza mostraban las otras hembras..., la mantícora, la esfinge y las arpías. No disponían de ningún hombre al que seducir.

—Oh, chicas..., soy un hombre casado —protestó Bink, a medida que el grupo que le rodeaba se apretaba más contra él.

—Ella nunca lo sabrá —le informó una rolliza muchacha de cabello de color azul—. Nosotras te necesitamos más que ella.

Y le plantó un beso en el ojo izquierdo, la única parte de él que pudo alcanzar,

debido a la densidad de las otras chicas.

—Sí, ningún hombre deja este poblado, salvo por el canto de esa perra —añadió otra belleza con una enorme mata de pelo—. Es nuestro deber retenerte aquí, salvarte la vida. ¿Tu mujer no preferiría que te usaran en vez de que murieras?

¡Extraña pregunta! ¿Qué sentiría Camaleón al respecto? En su fase adorable y estúpida se mostraría dolida, confusa, y le perdonaría; en su fase fea e inteligente, comprendería la situación y sería realista. Por lo tanto, aceptaría lo que hubiera que aceptar y, ciertamente, no querría que él muriera. Sin embargo, no sentía deseo o intención de ceder con cualquiera de estas...

Algo le distrajo. Era un sonido leve y peculiar que despertó su curiosidad.

Intentó escuchar, pero el clamor de las muchachas casi lo ahogó.

—Por favor, deseo escuchar..., hay una melodía...

—¡Es la sirena! —exclamó un hada—. ¡Cantad, chicas, cantad! ¡Tapemos la voz de la perra!

Cantaron en voz alta, apasionada y atonalmente. No obstante, esa insidiosa melodía penetró entre el ruido, esa única melodía clara cortó la cercana cacofonía, impulsando a que Bink respondiera. Se dirigió hacia la dirección de la que provenía.

De inmediato, las chicas lo retuvieron. Lo rodearon con sus brazos, tirándolo al suelo y haciendo que retrocediera, sepultándolo entre sus expuestas pieles suaves. Bink cayó entre una maraña de brazos, piernas, pechos y diversos aspectos de la anatomía femenina que no se molestó en definir.

Las intenciones de las muchachas eran buenas..., pero el llamado de la sirena no podía ser negado. Bink se revolvió y captó imágenes de otros montones de cuerpos, sus compañeros varones que luchaban. Bink era más fuerte que cualquiera de las ninfas, ya que estas eran delicadas y con una forma exquisita; no deseaba lastimarlas. No obstante, tenía que librarse de su sofocante abrazo. Las lanzó lejos de su cuerpo a empujones. Se escucharon exclamaciones, gritos y risitas, todo dependía del tipo de contacto que establecía; entonces, se incorporó y comenzó a correr.

Chester, Crombie y el Mago se pusieron a su lado, todos impulsados por ese atrayente sonido.

—¡No, no! —gritó Trolla a sus espaldas, con desesperación—. ¡Vais hacia la muerte! ¿Sois hombres civilizados o cosas irracionales?

El comentario perturbó a Bink. ¿Para qué necesitaba a una tentadora mágica? Sin embargo, no podía resistirse a la sirena. Su seducción poseía una cualidad no terrestre que se introducía en el mismo origen de su masculinidad, por debajo del corazón de su inteligencia. Era un hombre, y por lo tanto respondía.

—Dejad que se marchen, están perdidos —comentó Trolla con pena—. Lo intentamos, como siempre..., y hemos fracasado.

Aunque se hallaba esclavizado por la sirena, sintió al mismo tiempo simpatía por

Trolla y las muchachas. Ellas ofrecían vida y amor; no obstante, su destino era ser rechazadas; su orientación positiva no podía competir con la compulsión negativa de la sirena. ¡Las habitantes del pueblo padecían una maldición tan espantosa como la de los hombres! ¿Se debía al hecho de que eran muchachas agradables, que sólo hacían promesas que podían mantener, mientras que la sirena no se imponía ningún límite?

Crombie graznó.

—Igual que todas las mujeres, siempre fallan —tradujo Grundy, en respuesta a la tristeza de Trolla—. Aunque no sé por qué ninguno de nosotros habría de molestarse con la llamada de esta perra... —El grifo agitó las alas, como encogiéndose de hombros, y siguió adelante.

¿Hasta el golem lo sentía? Seguro, ya que no protestaba.

Bajaron a la carrera por un sendero que se abrió mágicamente ante ellos. Era un camino perfecto, exactamente igual a los que siempre conducían hacia algo enorme, inmóvil y predador, como un árbol ahorcador. Claro está que este ahorcador en particular no les atacaría, ya que eran hombres atrapados por el canto de la sirena. Ella, a su manera, se encargaría de ellos.

¿Cuál sería?, se preguntó Bink. No podía imaginársela, pero la posibilidad era tremendamente excitante.

—¡Qué forma de desaparecer! —jadeó.

El árbol apareció a la vista. Era monstruoso, incluso para los de su clase. Sus ondulantes tentáculos eran tan gruesos como las piernas de un hombre, muy largos y elásticos. La tentadora fragancia que emitía le rodeaba como un vestido de noche de mujer, dándole un aspecto deseable. De su follaje emanaba una música suave, agradable, nada parecido a la llamada de la sirena: la clase de música que hacía que una persona quisiera tumbarse y relajarse.

Sin embargo, no engañaría a ningún veterano del yermo de Xanth. Se trataba de una de las formas de vida más mortíferas. ¡Ni siquiera un dragón se aventuraría en las proximidades de un árbol ahorcador!

El sendero pasaba justo debajo de él, lugar en el que la cortina de tentáculos se abría simétricamente y crecía la suave hierba. Pero, salvo por esa parcela, estaba rodeado de huesos, testimonio de sus pasadas víctimas. Huesos de hermosas mujeres, sospechó Bink, y sintió otro remordimiento de culpabilidad.

Y la sirena seguía llamándoles, y ellos siguieron adelante. Se colocaron en fila, ya que el sendero que pasaba por debajo del árbol era estrecho. Chester galopó primero, luego Crombie, debido a que sus cuerpos eran los más rápidos; Bink y el Mago les seguían como podían. No se había presentado la ocasión de que montaran encima de ellos para acelerar el viaje.

Chester se detuvo debajo del terrible árbol, y los tentáculos vibraron con ansiedad contenida, pero no le cogieron. Era verdad: ¡la canción de la sirena anulaba el reflejo

del ahorcador! La distante música era ahora más fuerte y tentadora: contenía la esencia misma de la seducción femenina. Las ninfas del pueblo eran bonitas y dulces; sin embargo, la promesa de la sirena era vital; parecía como si toda la atracción sexual de la mujer hubiera sido destilada y condensada en...

De repente, el grifo se detuvo delante de Bink.

—¡Squawk! —exclamó Crombie.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —tradujo el golem, mientras se detenía tras él; si uno analizaba su tamaño, poseía una velocidad sorprendente—. ¡La sirena no es más que una maldita y aprovechada mujer que persigue mi sangre!

Literalmente cierto, pero los otros le ignoraron. ¡Claro que la sirena era una mujer aprovechada..., la mujer definitiva! ¿Qué importancia podía tener? ¡Había que contestar a la llamada!

Sin embargo, el misógino decidió ponerse difícil.

—¡Quiere atraparme! —graznó—. ¡Todas las mujeres son trampas! ¡Muerte a todas!

Clavó con ferocidad el pico en lo que tenía más cerca..., que dio la casualidad de ser el extremo de un ágil tentáculo.

Si se hubiera tratado de un pajarito, ese picotazo sólo habría sido una molestia. No obstante, Crombie era un grifo. Su pico poseía el filo de una espada, fuerte como un tornillo, un arma capaz de cercenar la pierna de un hombre a la altura del tobillo con un solo golpe. En este caso, el tentáculo tenía el diámetro de un tobillo, por lo que el ataque lo cortó limpiamente. El extremo cercenado cayó al suelo, retorciéndose como una serpiente verde sin cabeza.

Durante un instante, todo el árbol quedó inmóvil por el impacto. ¡Nadie cortaba a un ahorcador! La parte superior del tentáculo truncado chorreó un líquido oscuro mientras se sacudía, como si buscara su extremidad. La suave música de fondo perdió su tranquilidad.

—Creo que la tregua ha sido rota —dijo Bink. En realidad, no le importaba, ya que la canción de la sirena seguía sonando en sus oídos, arrastrándole hacia cosas mejores—. Muévete, Crombie; estás bloqueando mi camino.

El árbol ahorcador se sacudió. Entonces, furioso, reaccionó. La música se convirtió en un ensordecedor estallido de cólera, y los tentáculos buscaron al grifo..., y al centauro, al hombre y al Mago.

—¡Ahora sí que la has armado, cerebro de pájaro! —gritó Chester por encima del estruendo.

Cogió el primer tentáculo que le rozó y lo retorció entre las dos manos, del mismo modo que el ogro había estrujado el tronco de madera. A pesar de que los tentáculos eran poderosos cuando apretaban, poseían muy poca resistencia cuando se los cortaba u oprimía; Chester, en un momento, lo inutilizó.

Súbitamente, la atracción de la sirena se vio ahogada por la ira del árbol, momento en el que tuvieron que luchar por sus vidas. Bink desenfundó la espada y cortó los tentáculos que se lanzaban sobre él. A su lado, Crombie utilizaba el pico y las garras con ferocidad. Cortes enormes aparecieron en los tentáculos que tocaba, y un viscoso fluido verde manó de ellos. No obstante, no cesaban de aparecer nuevos tentáculos, ya que se hallaban en el centro mismo del poder del árbol.

Chester retrocedió hasta el tronco y utilizó su arco. Disparó flecha tras flecha a las extremidades superiores de las ramas, inmovilizándolas. Pero...

—¡No, Chester! —gritó Bink—. Aléjate de...

Demasiado tarde. Las enormes fauces del árbol se abrieron en el tronco, los labios de corteza se extendieron para devorar el atractivo trasero del centauro.

Bink dio un salto para ayudar a su amigo. Pero un tentáculo atrapó su tobillo, arrojándole al suelo. Sólo pudo aullar:

—¡Patea, Chester, patear!

Entonces se vio sepultado entre los tentáculos, tan firmes, redondeados y neumáticos como las extremidades de las muchachas del pueblo, aunque no tan agradables. El brazo que sostenía la espada quedó paralizado; lo único que podía hacer era morder, y eso no era de gran eficacia. ¡El líquido verde tenía un sabor espantoso!

Chester empezó a dar coces. La cox de un centauro era demoledora. Bajó la cabeza y los hombros para balancear su trasero, y todo la fuerza de su extraordinario cuerpo se canalizó a través de sus dos cascos posteriores. Conectaron en el interior de las fauces del árbol contra la garganta de madera; el suelo se sacudió con el doble impacto. Unos huesos viejos cayeron de las ramas superiores. Sin embargo, la boca de madera se mantuvo firme. Soltó jugos de savia para comenzar la digestión de la excelente carne del centauro. El instinto de Chester habría funcionado con cualquier árbol al usar el tronco inerte como protección de su valioso pero vulnerable trasero; pero con este era el desastre.

Chester pateó otra vez, y otra, con violencia. Ni siquiera este árbol predador podría soportar el castigo durante mucho tiempo. Usualmente, sus presas estaban inconscientes o indefensas una vez que llegaba a la fase del consumo, no le coceaban ni le atacaban. Lentamente, a regañadientes, la corteza cedió, y el centauro se liberó. Su flanco, que había sido hermoso, se hallaba descolorido por la saliva de savia; un casco se le había agrietado debido al impacto contra la madera. Pero, por lo menos, estaba vivo. En ese momento extrajo la espada y avanzó para ayudar a Bink, que se ahogaba en el abrazo de los tentáculos.

Mientras tanto, el Mago Humfrey se enfrentaba a sus propios problemas. Intentaba descorchar uno de sus frascos pequeños, pero los tentáculos le rodeaban a mayor velocidad de la que salía el corcho. ¡El árbol les estaba abrumando a todos!

Crombie se había abierto camino hasta el límite del árbol con su pico y sus garras. De repente, logró alejarse del alcance de los tentáculos.

—¡Estoy libre, monstruo vegetal! —graznó, exultante—. ¡Apuesto a que tú eres otra hembra! —¡Estaba lanzándole su peor insulto! El golem se había subido encima de él, razón por la que podía traducirle—. ¡No puedes cogermé!

Cierto que el árbol no podía atraparlo, ya que había afianzado sus raíces en aquel lugar. Crombie desplegó las alas y se alejó volando, escapando de él.

¿Qué pasaría con los otros? Como si se hubiera encolerizado aún más por la pérdida, el árbol se concentró en las presas que le quedaban. Tentáculos como pitones se enroscaron alrededor de extremidades y cuerpos, estrujando con fuerza. Chester trataba de ayudar a Bink, pero no se atrevía a cortar demasiado cerca con la espada por temor a rebanar partes de Bink junto con un tentáculo. Bink, que ya se hallaba más próximo al tronco, vio que le estaban arrastrando de cabeza hacia el terrible orificio.

Humfrey, por fin, consiguió destapar su botella. El humo salió del cuello del frasco y se expandió y se solidificó en... una tarta de queso picante.

—¡Maldición! —gritó el Mago—. ¡El frasco equivocado!

Chester le dio una patada a la tarta. Se deslizó por la hierba hacia el interior de la babeante boca del árbol. Los labios de corteza se cerraron sobre ella. No habría conseguido una patada más certera aunque lo hubiera intentado adrede.

El árbol se atragantó. Se oyó un paroxismo de toses, seguidas por un estornudo selvático. Del orificio volaron trozos de queso.

—Las especias de esa tarta son un poco fuertes —murmuró Humfrey mientras rebuscaba otro frasco.

La cabeza de Bink ya se hallaba delante de las fauces. La corteza se retorció, tratando de quitarse el sabor del queso picante. A este monstruo le gustaba la carne fresca, no los productos lácteos procesados. La savia chorreó por nudos parecidos a dientes, limpiando la boca. En un instante estaría preparado para Bink.

Chester aún intentaba ayudarlo, pero tres tentáculos se le habían enroscado alrededor del brazo que sostenía la espada y otros se dirigían hacia sus demás extremidades. Ni siquiera su enorme fuerza podría prevalecer sobre el poderío unido del árbol.

—¡Y el soldado cobarde nos abandonó! —gruñó mientras se debatía—. Si alguna vez le pongo las manos encima... —Retorció otro tentáculo antes de que su brazo libre quedara inmovilizado.

Humfrey abrió otro frasco. Salió el vapor..., y cobró la forma de un murciélago vampiro volador. La criatura le echó una ojeada a su entorno, aulló aterrorizada, escupió sangre y se marchó aleteando. Un tentáculo se balanceó de forma casual y la derribó del aire. El árbol se estaba adueñando de la situación.

Limpió los últimos trozos de queso de su boca. El agujero se volvió a abrir para continuar con su negocio: Bink era el cliente. Vio los nudos interiores que le servían al monstruo como dientes, y la saliva de savia que se había formado. Desde las paredes de la boca y hacia dentro se extendían fibras con forma de diminutos tentáculos, dispuestas a absorber los jugos de la presa. De repente lo comprendió: ¡el ahorcador estaba emparentado con la hierba carnívora que crecía en algunas zonas del yermo! Añádele a esa hierba un tronco y tentáculos y...

Humfrey abrió otro frasco. Esta vez se formó un basilisco, que aleteó con sus pequeñas alas mientras escrutaba sombrío a su alrededor. Bink cerró los ojos para evitar la mirada directa, y Chester le imitó. El árbol tembló e intentó apartarse. ¡No existía criatura alguna en toda la Tierra de Xanth que se atreviera a devolverle la mirada a este pequeño gallo lagarto!

Bink escuchó cómo el aletear del basilisco se dirigía justo hacia la boca del ahorcador... y se detenía. Sin embargo, no ocurrió nada. Con cautela, Bink abrió un ojo. El árbol seguía todavía con vida. El basilisco no lo había destruido con una mirada.

—Oh..., un basilisco falso —comentó Bink, desilusionado.

—En algún sitio tengo un buen remedio para los ahorcadores —insistió Humfrey, que aún revolvía entre sus frascos. Siempre que se le acercaba demasiado un tentáculo, lo paralizaba con un gesto mágico. Bink no sabía que existieran semejantes gestos..., aunque él no era un Mago de la Información—. Están todos mezclados...

Los tentáculos empujaban a Bink hacia la boca. El hedor a carroña se hizo muy fuerte. Indefenso, contempló su perdición.

—¡Squawk! —sonó más allá del árbol—. ¡Cargad!

¡Crombie había regresado! Pero ¿qué podía hacer él solo?

Escuchó un sonido como el de muchos pies corriendo. El árbol ahorcador vibró de raíces a copa. Les llegó el olor de humo y vegetación chamuscada. Por el rabillo del ojo, Bink vio un destello de color anaranjado, como si el bosque estuviera ardiendo.

¡Antorchas! Crombie había reunido a las mujeres del pueblo del polvo mágico y estaban atacando al árbol con ramas encendidas, quemando sus tentáculos. ¡Qué esfuerzo tan valiente!

Ahora el ahorcador tenía que defenderse de una fuerza de ataque superior. Soltó a Bink, liberando el tentáculo para otra acción. Bink vio que atrapaba a una bonita ninfa, y oyó su aullido cuando la alzó en el aire.

—¡Squawk! ¡Squawk! —dirigió Crombie, y más mujeres se lanzaron al rescate de los cautivos, formando una pantalla de fuego. Otros tentáculos quedaron chamuscados; el árbol soltó a la ninfa.

Bink recuperó su espada y siguió dando tajos al árbol desde el interior de la

cortina de tentáculos. Como el ahorcador se estaba concentrando en la amenaza de fuera, era vulnerable a la de dentro. Con cada corte Bink cercenaba otra rama, despojando poco a poco al árbol de sus mortales extremidades.

—¡Squawk! —chilló Crombie.

—¡Salid! —tradujo el golem.

Tenía sentido. Si el árbol se concentraba de nuevo en su interior, Bink, Chester y el Mago se hallarían en problemas. ¡Mejor que escaparan mientras pudieran!

En un instante se encontraron al lado del grifo.

—¡Squawk! —exclamó Crombie.

—¡Acabemos con el monstruo! —gritó Grundy por él.

Las damas aceptaron encantadas. Eran unas cincuenta alrededor del árbol, acosándole con el fuego, quemando cada tentáculo que atacaba. Si hubieran tenido el impulso y la decisión masculinas... podrían haber conquistado el árbol en cualquier momento, en vez de dejar que durante todos esos años las paralizara. ¡Qué irónico que Crombie, el misógino, fuera el catalizador que las organizara!

Sin embargo, quizá fuera lo adecuado. La paranoia que sentía Crombie acerca de los motivos de las mujeres le había hecho resistir la llamada de la sirena, lo cual le ayudó a romper el hechizo. Ahora empleaba a esas mismas mujeres en la única forma que un soldado podía comprender: como carne de cañón para la batalla. Tal vez ellas no habrían respondido tan bien con un hombre más «agradable». Tal vez necesitaban a alguien que las despreciara, alguien que estuviera dispuesto a brutalizarlas para su propio objetivo.

El árbol se encogía, tenía la mitad de sus extremidades amputadas o paralizadas. Llevaría tiempo matarlo, pero la victoria parecía segura. Gracias a Crombie y a las pueblerinas valientes y sacrificadas.

—Podría llegar a respetar a mujeres como estas —murmuró Crombie cuando cejó en sus esfuerzos y contempló el proceso final. En realidad, fue un graznido traducido, pero Bink ya estaba tan acostumbrado a él que no importaba mucho—. Obedecen bien las órdenes, y luchan casi con tanta destreza como un hombre, si contamos... — Se detuvo en mitad de un graznido para escuchar.

Entonces, como el ruido había cesado, también Bink oyó la llamada de la sirena. ¡Oh, no! Intentó resistirla..., pero no pudo. La sirena había recuperado su inevitabilidad.

Bink empezó a caminar en la dirección de la que provenía el sonido. Sus compañeros se le unieron en silencio. Las pueblerinas, concentradas en su exitosa campaña, no les vieron marcharse.

## Femineidades mortíferas

El sonido de la batalla se desvaneció tras ellos. Los hombres, incluido Crombie, descendían por el sendero, atrapados por la canción de la sirena. La cualidad alienígena era más fuerte ahora, cosa que producía un escalofrío en la fibra más profunda de Bink. Sabía que la sirena significaba muerte, una muerte mucho más segura que el árbol ahorcador...; pero ¡qué muerte satisfactoria sería!

Era un buen sendero; nada se interponía en su avance. Pronto llegaron a la playa de un pequeño lago. En ese lago había dos islas diminutas, como las cimas de las montañas que en su mayor parte están ocultas bajo la superficie. El sendero llevaba por encima del agua hacia una de esas islas. Era la fuente de la música de la sirena.

Siguieron por el sendero. Bink pensó que Crombie se detendría de nuevo; en su interior esperó que así fuera, a la vez que temía que esa esperanza se cumpliera. Pero el grifo prosiguió. Aparentemente, su resistencia a las mujeres se había visto comprometida por el espíritu y el sacrificio de las mujeres del poblado; ya no podía mantener la misma suspicacia que antes. A cambio, él iba el primero por el sendero acuático; el agua se hundía levemente debajo de sus garras, pero soportaba su peso. El Mago iba segundo, Bink tercero y...

Desde un lado oyeron un balido colérico. A lo largo de la playa venía cargando una pequeña criatura. Tenía cuatro patas y era lanuda, como una oveja, con unos amplios cuernos que rodeaban por completo su cabeza. Resultaba claro que el sendero atravesaba el territorio de la criatura. Esto la había impulsado a entrar en acción.

Chester, que se hallaba en el camino de la criatura, se detuvo.

—Es un carnero —comentó, reconociendo la especie—. No se ve influido por la llamada de la sirena, ya que sólo es un animal. No tiene sentido que razonemos con él.

¡Un carnero! Bink se detuvo; su curiosidad, de momento, había podido más que la tentación de la sirena. Había oído hablar de esas criaturas y de sus parientes, los carneros hidráulicos, pero nunca se había encontrado con uno. Como le habían dicho, únicamente existían con el fin de golpear con sus cuernos, cosa que les encantaba. Si había alguna puerta que derribar, o un castillo en el que entrar, un carnero así era valiosísimo. En momentos de calma, sólo eran una molestia, ya que no dejaban de golpear sus cabezas contra todo tipo de obstáculos.

Chester era mucho más grande que el carnero..., pero le había interrumpido de seguir el sendero de la sirena. Chester lo esquivó con agilidad una vez; el carnero se frenó —un buen truco en la arena, incluso con magia— y dio media vuelta para cargar de nuevo. Si lo hubiera ignorado, habría chocado con el trasero de Chester...

y ese era el rasgo del que más orgulloso se sentía, a pesar de la reciente mancha de la savia del ahorcador. Y era mucho más atractivo que su cara. Así que él también se volvió de cara al carnero, y lo esquivó de nuevo.

Si continuaban así, no acabarían nunca. El carnero, feliz, seguiría indefinidamente, levantando arena cada vez que fallara y tuviera que frenar en seco; sin embargo, Chester tenía que responder a una llamada de la sirena. De alguna forma, había que detener al carnero.

Bink pensó: quizá su talento hubiera tenido algo que ver en salvarle del ahorcador, de la misma forma que otras veces había usado la magia de otros con libertad. ¿Era el carnero otro instrumento que quería impedirle que llegara a la sirena? En ese caso, debía ser él quien se enfrentara al carnero, no Chester.

Chester, que no era tonto, fue maniobrando entre carga y carga para quedar directamente delante de un gran árbol. En ningún momento apartó los ojos del carnero, no fuera que le cogiera por sorpresa. La siguiente carga lanzaría al carnero contra el árbol hacia el que Chester se había orientado periféricamente; con un poco de suerte, lo dejaría atontado. O, por lo menos, ayudaría en el proceso, ya que hacían falta muchos golpes para atontar a un carnero y dejarlo idiota. Bueno, para empezar, estas criaturas ya eran bastante tontas.

Entonces, Bink reconoció la variedad de árbol.

—¡En ese no, Chester! —gritó—. Es un...

Demasiado tarde. ¿Por qué siempre llegaba demasiado tarde? ¡Le irritaba cada vez más! El carnero cargó, Chester se hizo a un lado, brotó el sonido aflautado de una melodía, y el carnero dio de lleno contra el árbol. Tal fue la fuerza del impacto, fuera de toda proporción con respecto al tamaño del animal, que todo el árbol vibró con violencia.

—... árbol de piñas —finalizó Bink tardíamente.

Las frutas comenzaron a caer: enormes piñas doradas, bastante maduras. A medida que cada fruta tocaba el suelo, estallaba con una terrible fuerza. Esta era la manera en que el árbol se reproducía: las frutas detonadas lanzaban una metralla de semillas que se dispersaba por todo el paisaje, donde cada una pudiera florecer y, con suerte y magia, convertirse en un nuevo árbol de piñas. Pero no era muy seguro permanecer cerca del proceso.

Una piña golpeó al carnero en la grupa. El carnero baló y se volvió en redondo para enfrentarse a ella, con el trasero dolorido y chamuscado; sin embargo, estaba claro que era una acción fútil. Otras frutas estallaban a su alrededor. Una cayó delante del carnero. Con un resoplido desafiante, el animal saltó con decisión para interceptarla y cogerla de lleno entre sus cuernos. El golpe resultante lo dejó atontado; se tambaleó, balando feliz.

Mientras tanto, Chester realizaba una verdadera danza complicada de esquivar,

tratando de mantener su larga cola y sus lustrosos flancos fuera de peligro. Pudo evitar las piñas que le caían a la izquierda, derecha y delante de él; pero las que le caían detrás resultaban más problemáticas. Una casi cayó sobre su cola; de hecho, rozó la parte superior. Chester, con un notable movimiento, apartó del camino toda su parte trasera...; sin embargo, en el proceso, colocó la cabeza en la sección que acababa de ocupar la cola.

La piña estalló. Chester recibió la explosión justo debajo de la mandíbula. Su cabeza quedó envuelta en humo y fuego; luego, el aire se aclaró y allí estaba él, atontado.

Bink vio que no podía retroceder por el sendero, pese a la preocupación que sentía por su amigo. Esto, en parte, se debía a que la continua llamada de la sirena le permitía detenerse, pero no retroceder; y, por otro lado, porque el sendero del agua sólo era de una dirección: se mantenía firme mientras uno avanzaba; pero, en el momento mismo en que uno trataba de regresar, se convertía en agua. El lago era pequeño, aunque parecía muy profundo, lo cual le hacía vacilar en lanzarse a él. La magia maligna tendía a acechar en las profundidades. Lo único que pudo hacer fue observar y gritar:

—¡Chester! ¿Te encuentras bien?

El centauro estaba allí, erguido, y sacudía lentamente la cabeza. La explosión no había dañado mucho el aspecto facial de Chester, ya que siempre había sido feo, pero lo que preocupaba a Bink era el estado de la fina mente del Centauro. ¿Había dañado la piña su cerebro?

—¡Chester! ¿Puedes oírme?

Entonces, cuando Chester le ignoró, Bink comprendió el problema. ¡La explosión le había dejado sordo!

Bink agitó las manos con frenesí y, por fin, Chester se percató.

—¡Habla más alto..., no puedo oírte! —Y el centauro también lo comprendió—. ¡Estoy sordo! ¡No escucho nada!

Por lo menos, en todos los demás sentidos, parecía hallarse bien. Bink, aliviado de la mayor parte de su ansiedad, se sintió abrumado una vez más por la continua llamada de la sirena. La siguió.

—¡Al infierno con la sirena! —exclamó Chester—. Ya no puedo escucharla. Es una estupidez ir hacia ella. Representa la muerte.

Crombie, con el árbol ahorcador, se había visto liberado momentáneamente de la compulsión, pero ahora la sirena lo había capturado de nuevo. Chester se vio liberado por la intervención del carnero. ¡Seguro que se trataba de su talento en funcionamiento! No obstante, el propio Bink aún seguía atrapado. Dio media vuelta y continuó hasta la isla. Crombie y el Buen Mago casi habían llegado, ya que no se habían detenido tanto como Bink.

Chester galopó a lo largo del sendero hasta que llegó a la misma altura que Bink. Sus poderosas manos sujetaron a Bink por los codos.

—¡No vayas, Bink! ¡Es una idiotez!

Pero a Bink nadie le detendría.

—Suéltame, culo de caballo. ¡Tengo que ir! —Y sus pies siguieron caminando en el aire.

—No puedo oírte, pero sé lo que estás diciendo, y no merece la pena que te escuche —comentó Chester—. Sólo hay una forma de parar esto antes de que los otros estén perdidos.

Soltó a Bink en el suelo, luego preparó su gran arco. La sirena aún se encontraba muy lejos; sin embargo, no existía ninguna arquería como la de un centauro. La cuerda del arco de Chester vibró, y la mortal flecha ascendió en un tremendo arco por encima del agua, buscando la isla y la figura femenina que allí había.

Se oyó un grito de angustia, y la melodía cesó bruscamente. La flecha de Chester había dado en el blanco. De repente, todos quedaron libres; la compulsión había desaparecido. Por fin el talento de Bink había prevalecido, salvándole del peligro sin revelar su presencia.

Corrieron hacia la isla. Allí yacía la sirena..., la más hermosa que Bink hubiera visto jamás, con un cabello que parecía una cascada de sol y una cola fluida como el agua clara. La flecha cruel había atravesado su torso, en el centro y un poquito hacia abajo de sus espectaculares pechos desnudos; sangraba por delante y por la espalda. Su torso estaba derrumbado sobre su dulcemele.

No obstante, aún no había muerto. Aunque la flecha, con esa increíble pericia del centauro, debió atravesarle el corazón, todavía respiraba. De hecho, no había perdido el sentido. Inclino débilmente su hermoso rostro hacia Chester.

—¿Por qué me disparaste la flecha, macho hermoso? —susurró.

—No puede oírte; está sordo —dijo Bink.

—No quería ningún daño para vosotros..., sólo amor —continuó ella—. Amor a todos los hombres; vosotros..., ¿por qué tenéis que oponeros a ello?

—¿Qué alegría existe en la muerte? —inquirió Bink—. Te hemos traído lo que tú misma les diste a cientos de hombres. —Habló con brusquedad; pero su corazón sufría al ver la angustia de esa adorable criatura. Recordó cuando Camaleón recibió una herida similar.

—¡No traje muerte alguna! —protestó con toda la vehemencia que pudo reunir; jadeó cuando el esfuerzo empujó un chorro de sangre de su pecho. Por debajo de los hombros, tenía todo el cuerpo bañado en brillante sangre..., se debilitaba a un ritmo creciente—. ¡Sólo... sólo amor!

Entonces, por fin, se rindió y perdió el sentido. Bink, conmovido a pesar de lo que sabía, se volvió al Mago.

—¿Es... es posible que esté contando la verdad?

Humfrey sacó su espejo mágico. Mostró la sonriente faz del bebé.

—Es posible —respondió, conocedor de la complejidad del espejo. Luego lo encaró directamente—: ¿Contó la verdad la sirena?

El bebé sonrió otra vez.

—No nos deseaba ningún mal —dijo el Mago—. No es una asesina, aunque tentara a los hombres a venir aquí.

Los hombres intercambiaron miradas. Entonces, Humfrey extrajo su botella de elixir curativo y derramó una gota sobre la terrible herida de la sirena. Curó al instante, y ella volvió a estar sana.

El Mago le ofreció a Chester una gota del elixir para los oídos, pero el centauro la desdeñó. De modo que Humfrey la arrojó sobre el trasero del centauro, que, de repente, retornó a su acostumbrada belleza.

—¡Me has curado! —exclamó la sirena, tocándose sorprendida el pecho—. ¡No queda nada de sangre, ni siquiera dolor! —Luego, estremecida, añadió—: ¡Debo cantar! —y alargó el brazo hacia su dulce mele.

Chester lo pateó lejos de su alcance. El instrumento voló por el aire, destrozado, hasta que cayó en el agua.

—¡Ahí radica la fuente de su magia! —gritó—. ¡La he destruido!

La fuente de la magia... destruida. ¿Era un presagio?

Insegura, la sirena empezó a cantar. La parte superior de su torso se expandió de forma maravillosa al inhalar aire; su voz era excelente...; sin embargo, ya no había compulsión alguna en ella. Ciertamente, el centauro la había privado de su devastadora magia.

Se detuvo.

—¿Quieres decir que era eso lo que llamaba a todos los hombres? Pensé que les gustaba mi canto. —Pareció desdichada.

En apariencia, ella era la inocente adorable, como Camaleón en su fase de belleza.

—¿Qué les ocurrió a todos los hombres? —preguntó Bink.

—Fueron a ver a mi hermana —repuso ella, indicando con un gesto la otra isla. Hizo un mohín—. Yo les ofrezco todo mi amor..., pero ellos siempre van a ella.

¡Peculiar! ¿Quién podría atraer a las víctimas, alejándolas de la misma sirena?

—¿Quién es tu hermana? —inquirió Bink—. Quiero decir, ¿cuál es su magia? ¿Se trata de otra sirena?

—¡Oh, no! Es una gorgona, muy bonita.

—¡Una gorgona! —exclamó Bink—. ¡Eso es la muerte!

—No, ella no le haría daño a nadie, no más que yo —protestó la sirena—. Adora a los hombres. Aunque me encantaría que me enviara algunos.

—¿No sabes lo que hace la mirada de un gorgona? —preguntó Bink—. ¿Lo que le ocurre a alguien que mira el rostro de...?

—¡He mirado la cara de mi hermana muchas veces! ¡No existe ningún mal en ella!

Humfrey alzó de nuevo el espejo mágico.

—¿Afecta sólo a los hombres? —preguntó, y el sonriente bebé estuvo de acuerdo.

Parecía que la sirena desconocía en realidad el efecto devastador que tenía el rostro de su hermana en los hombres. Así que, durante años, había estado tentándolos..., para que la gorgona los convirtiera en piedra.

—Tendremos que hablar con tu hermana —repuso Humfrey.

—El sendero sigue hasta su isla —le informó la sirena—. ¿Qué haré sin mi dulcemele?

—Tienes una voz lo suficientemente bonita como para no necesitar ningún acompañamiento; y tú también lo eres —repuso diplomáticamente Bink. Y, en parte, era verdad; si hubiera tenido unas extremidades inferiores acordes con las superiores, lo habría sido por completo—. Puedes cantar a capella, sin instrumentación.

—¿Puedo? —preguntó ella, al tiempo que se le iluminaba la cara—. ¿Hará que vengan hombres tan agradables como tú?

—No. No obstante, y a pesar de ello, quizás algún hombre agradable te encuentre. —Bink se volvió hacia el Mago—. ¿Cómo podemos acercarnos a la gorgona? Una mirada...

—Tendremos que tratar con ella por la mañana —decidió Humfrey. Bink había perdido la noción del tiempo. Cuando se dirigieron a luchar contra el árbol ahorcador, las estrellas comenzaban a asomarse en el cielo del poblado; luego, se encaminaron a esta isla..., donde parecía que empezaba a anochecer en este momento. ¿Tenía eso algún sentido? Bink había creído que el sol se ponía en el mismo instante en toda la Tierra de Xanth, pero se dio cuenta de que no tenía por qué ser así. Sin embargo, en este momento le preocupaban otras cosas, así que escuchó el resto de la frase de Humfrey—: Sirena, si nos pudieras proporcionar comida y un lecho donde dormir...

—En realidad, no soy esa clase de mujer —objetó la sirena.

Bink miró su lustrosa cola de pez.

—Está claro que no. Sólo deseamos un lugar donde dormir.

—Oh. —Pareció desilusionada—. No obstante, puedo transformarme en esa especie si... —Resplandeció, y su cola se convirtió en dos arrebatadoras piernas.

—Sólo dormir —dijo Chester. Parecía que estaba recuperando la capacidad de escuchar de forma natural—. Y comida.

Sin embargo, la indignación de ella aún no se había aplacado.

—¿Pretendes que te dé mi hospitalidad después de haberme atravesado con tu mohosa flecha y haber roto mi dulcemele?

—Lo siento —se disculpó secamente Chester—. Me duele la cabeza.

Ya podía dolerle, pensó Bink. ¿Por qué esa irritante criatura no había aceptado una gota del elixir para su cabeza, del mismo modo que lo hizo para su cola?

—Si de verdad lo sintieras, lo demostrarías —dijo ella.

Crombie graznó.

—Te está tirando los garfios, asno —repuso el golem.

Irritado por partida doble, Chester miró con furia a la sirena.

—¿Cómo?

—Dándome un paseo sobre tu espalda.

Bink estuvo a punto de reírse. ¡A todas las ninfas les gustaba cabalgar!

—Monta, entonces —aceptó Chester, desconcertado.

Ella se dirigió a su flanco, pero fue incapaz de montar en él.

—Eres demasiado alto —se quejó.

Chester giró su parte frontal, le pasó un brazo alrededor de su esbelta cintura y la alzó con facilidad.

—¡Aay! —gritó ella, encantada, cuando sus pies se abrieron en el aire—. ¡Qué fuerte eres!

Crombie graznó otra vez, y su comentario no precisó de ninguna traducción. Ella estaba seduciendo al centauro sin su canción de sirena.

Chester, que no se hallaba en uno de sus mejores momentos después de su encuentro con la piña, se hallaba visiblemente irritado.

—Todos los centauros son fuertes. —La depositó con precisión en su espalda y echó a andar.

La sirena se sujetó a su crin.

—Vaya, ¡qué hombros tan anchos! Y qué pelaje tan sedoso tienes. ¡Seguro que eres el centauro más atractivo que existe!

—Quizás en la parte trasera —admitió él. Comenzó a trotar.

—¡Oooh, esto es delicioso! —gritó ella, soltándose durante un segundo para aplaudir con entusiasmo infantil—. Debes ser el centauro más inteligente, y el más rápido... —Se detuvo—. ¿Podrías, si no te molesta, dar un pequeño salto?

Chester, que no estaba demasiado harto de las alabanzas de ella, dio un tremendo salto. La sirena gritó y salió disparada de su lomo. Cayó en el agua, ya que, al tratarse de una isla pequeña, habían llegado a su extremo.

—Uh, lo siento —murmuró Chester, mortificado—. Creo que me excedí. —Se inclinó para pescarla.

Y eso hizo: sus piernas se habían vuelto a transformar en una cola.

—No ha pasado nada —dijo la sirena—. Me siento como en casa en el agua. —Y se revolvió en su brazo, acercando su rostro al de él y plantándole un húmedo beso en la cara.

Crombie graznó.

—No hay tonto más grande que el tonto con trasero de caballo —dijo el golem.

—Tienes toda la razón —admitió Chester, que ahora se hallaba de buen humor—.

No se lo digas a Cherie.

—¿Cherie? —inquirió la sirena, frunciendo el ceño.

—Mi yegua. La cosa más bonita de todo Xanth. Ella se quedó en casa, cuidando de nuestro potrillo. Se llama Chet.

Ella lo asimiló.

—Qué bonito —comentó, de mal humor—. Será mejor que me ocupe de buscarte un poco de heno y un establo.

Bink sonrió para sus adentros. ¡Después de todo, Chester no era tonto!

Cenaron unos modestos pescados y pepinos marinos, y se tumbaron sobre unas esponjas suaves y secas. Bink extendió las piernas... y tocó otro montón de tierra. Como se encontraba demasiado cansado para aplastarlo, lo ignoró.

La sirena, que ya había renunciado al centauro, se acurrucó en la oscuridad al lado de Bink.

—Vaya —murmuró él, recordando—. ¡Hemos de dar un servicio a cambio de la hospitalidad!

Crombie graznó.

—Da el servicio tú, tonto —tradujo Grundy—. Estás más cerca de ella.

—¿Servicio? —preguntó la sirena.

Bink se dio cuenta de que se había sonrojado. ¡Maldita insinuación de Crombie!

—Oh, nada —comentó, y fingió quedarse dormido de golpe. Pronto lo estuvo de verdad.

Por la mañana se despidieron de la sirena después de cortarle algo de madera para que pudiera emplear en el fuego de su cocina..., un servicio que apreció, ya que no se le daban muy bien esas cosas. Se dispusieron a ir en busca de su hermana.

—Tendréis que llevar los ojos vendados —decidió Humfrey—. Yo utilizaré el espejo.

Claro, así podría ver a la gorgona de forma indirecta. Era la única manera de mirar a esas criaturas; todo el mundo lo sabía. Sin embargo, ¿por qué funcionaba un espejo? La imagen en el cristal debería ser tan horrible como el original.

—Por la polarización —explicó el Mago, sin que nadie se lo preguntara—. La magia de las imágenes parciales.

Esa explicación no aclaró mucho las cosas. Sin embargo, aún quedaba una pregunta mucho más importante.

—¿Qué haremos para detener a la...? —Bink no quiso emplear la palabra «matar» delante de la inocente sirena. Una cosa era acercarse a la gorgona, y otra despacharla con los ojos vendados.

—Ya lo veremos —contestó Humfrey.

Todos se dejaron cubrir los ojos, incluido el golem. Luego formaron una cadena para seguir al Buen Mago, que utilizaba el espejo para ver hacia delante mientras caminaba hacia atrás por el sendero que unía las dos islas. En este caso no estaba usando su magia, simplemente su reflejo corriente: la magia natural que poseían todos los espejos.

Era extraño e incómodo cruzar el agua sin poder ver nada. ¡Qué terrible sería perder para siempre el poder de la visión! ¿Qué magia era mejor que los sentidos naturales de la vida?

Los pies de Bink notaron tierra firme.

—Por las dudas, permaneced aquí, de cara al agua —les recomendó Humfrey—. Yo me ocuparé de la gorgona.

Todavía nervioso, Bink obedeció. Se sintió tentado de quitarse la venda, volverse y mirar a la gorgona..., aunque la tentación no fue demasiado fuerte. De un forma parecida, una vez, subió a la cima de una alta montaña y sintió el impulso de arrojar desde las alturas. Quizá el deseo de la aventura surgiera de la misma fuente.

—Gorgona —llamó Humfrey.

Ella respondió justo detrás de Bink.

—Yo soy. Bienvenidos a mi isla. —Su voz era suave; incluso sonaba más atractiva que la de su hermana—. ¿Por qué no me miráis?

—Tu mirada me convertiría en piedra —contestó con franqueza Humfrey.

—¿No soy hermosa? ¿Qué otra posee unos rizos tan serpentinos como los míos? —preguntó sin ambages, y Bink oyó el leve siseo de las serpientes.

Se preguntó qué sensación produciría besar a la gorgona y tener a todos esos cabellos-serpientes enroscándose alrededor de los rostros de los dos. La idea resultaba alarmante y tentadora. No obstante, ¿qué era la gorgona, sino la personificación literal de la promesa y la amenaza encarnadas en cada mujer?

—Eres hermosa —admitió Humfrey con gravedad. Ciertamente debía ser hermosa, pensó Bink, ya que el Buen Mago no desperdiciaba sus halagos. ¡Oh, una sola mirada!—. ¿Dónde se encuentran los otros hombres que vinieron a ti?

—Se marcharon —repuso ella con tristeza.

—¿Adónde?

—Allí —dijo ella; Bink supuso que estaría señalando con el brazo—. Más allá de esas rocas.

Humfrey se movió para investigar más de cerca.

—Esto son estatuas —replicó, sin asomo de sorpresa—. Estatuas de hombres, de un realismo exquisito. Como si hubieran sido talladas de la vida.

De la vida...

—Sí —concedió ella con alegría—. Se parecen a los hombres que vinieron a mí.

—¿Y eso no te sugiere nada?

—Los hombres dejaron regalos al marcharse, imágenes de ellos, esculturas. Pero yo preferiría tenerlos a ellos conmigo. Las piedras no me sirven para nada.

¡No comprendía lo que había hecho! Pensaba que simplemente se trataba de imágenes dejadas como recuerdo. Tal vez se negara a enfrentarse a la verdad, apartándola de su consciente, fingiendo que era una muchacha normal. Se negaba a creer en su propia magia. ¡Qué fatídico engaño!

Sin embargo, ¿no era eso demasiado típico del proceso mental de las mujeres?, se preguntó Bink. ¡Si una sola decidiera reconocer el daño que su sexo causaba a los hombres!

Esa era la forma de pensar de Crombie, y por lo tanto casi seguro una exageración. Tal vez existiera una pequeña parte de una sirena y una gorgona en cada muchacha; pero no formaban parte importante de su ser. Camaleón apenas las tenía.

—Si vinieran más hombres —prosiguió Humfrey con inusual gentileza—, lo único que harían sería dejar más estatuas. Eso no es bueno.

—Cierto, ya hay demasiadas —admitió ella con ingenuidad—. Mi isla se está superpoblando.

—Los hombres tienen que dejar de venir —dijo Humfrey—. Han de quedarse en sus hogares, junto a sus familias.

—¿No podría venir uno solo... y quedarse un poco? —preguntó ella de forma directa.

—Me temo que no. Los hombres no son, hum, adecuados para ti.

—Pero tengo tanto amor que dar..., ¡si únicamente un hombre se quedara! Incluso uno pequeñito. Le cuidaría para siempre, y le haría tan feliz...

Bink, que no dejaba de escuchar, comenzaba a entender la profundidad de la tragedia de la gorgona. Lo único que deseaba era amar y ser amada; y, en vez de ello, sembraba una cosecha de irreparable daño. ¿Cuántas familias habían sido destruidas por su magia? ¿Qué podía hacerse con ella... salvo ejecutarla?

—Tienes que marcharte al exilio —dijo Humfrey—. El escudo mágico ha sido desactivado por orden del Rey; puedes marcharte de Xanth con entera libertad. En Mundania, tu magia se disipará, y podrás relacionarte libremente con el hombre, o los hombres, que elijas.

—¿Abandonar Xanth? —gritó la gorgona, asustada—. ¡Oh, no, preferiría morir! ¡No puedo dejar mi hogar!

Bink experimentó una profunda simpatía hacia ella. Él mismo tuvo que enfrentarse una vez al exilio...

—Pero en Mundania serías una muchacha normal, ninguna maldición te seguiría. Eres extremadamente adorable, y posees una personalidad dulce. Allí podrías elegir a los hombres que quisieras.

—Amo a los hombres —repuso ella con lentitud—. Sin embargo, amo aún más mi hogar. No puedo marcharme. Si esa es mi única elección, te ruego que me mates ahora y acabes con mi sufrimiento.

Por una vez, el Buen Mago pareció impresionado.

—¿Matarte? ¡Jamás lo haría! Eres la criatura más atractiva que he visto nunca, ¡incluso a través de un espejo! En mi juventud, te habría...

Entonces ella manifestó un poco del artificio femenino normal.

—Vaya, si no eres viejo, señor. Eres un hombre atractivo.

Crombie contuvo un graznido, Chester tosió, y Bink se atragantó. La gorgona acababa de pronunciar una terrible exageración, ¡por no decir una distorsión total! Humfrey era un buen hombre, con talento, pero no se le podía llamar atractivo.

—Me halagas —contestó el Mago seriamente—. Pero tengo otras preocupaciones.

—De todos los hombres que han venido aquí, sólo tú te has quedado para hablar conmigo —continuó la gorgona—. ¡Me siento tan sola! Te lo ruego, quédate conmigo y permite que te sirva siempre.

En ese momento Crombie lanzó un agudo graznido.

—¡No te vuelvas, idiota! —gritó el golem, traduciendo—. ¡Sigue usando el espejo!

—Hum, sí —aceptó Humfrey. El oído del grifo debía ser muy agudo, pensó Bink, si pudo detectar el incipiente sonido del movimiento del Mago al intentar girarse—. Gorgona, si te mirara directamente...

—Te sentirías obligado a marcharte, dejando sólo un recuerdo con tu parecido —finalizó ella—. ¡No entiendo por qué los hombres son así! Pero ven, cierra los ojos si has de hacerlo, y bésame, deja que te muestre el amor que guardo para ti. ¡Si te quedaras, cualquier deseo tuyo sería una orden para mí!

El Mago suspiró. ¿Sentía la tentación el viejo gnomo? A Bink se le ocurrió que quizá no fuera el desinterés por las mujeres lo que mantenía a Humfrey soltero, sino la falta de una pareja adecuada. Un gran porcentaje de las mujeres no se sentían atraídas por un hombre viejo y arrugado, con aspecto de enano...; y, si alguna mostrara una cierta atracción, lo más probable es que únicamente se debiera a que deseaba parte de su formidable magia. Aquí en cambio había una mujer que lo desconocía todo de él menos su apariencia, y que sin embargo estaba ansiosa por amarle, y sólo le pedía su presencia.

—Querida, creo que es mejor que no —repuso por fin Humfrey—. Semejante acción tendría su recompensa, ¡no me atrevo a negarlo!, y, en circunstancias normales, me sentiría inclinado a quedarme contigo un día o tres, aunque el amor se hallara vendado. Sin embargo, harían falta los recursos de un Mago para poder asociarse libremente contigo, y ahora formo parte de una búsqueda que es más

importante, por lo que no...

—¡Entonces quédate un día o tres! —exclamó ella—. ¡Véndate! Sé que ningún Mago sentiría interés por mí, ¡pero ni siquiera un Mago podría ser más maravilloso que tú, señor!

¿Sospechaba la magnitud del talento de Humfrey? ¿Le importaba? El Mago volvió a suspirar.

—Quizá, una vez que acabe esta búsqueda, si quisieras hacerme una visita a mi castillo...

—¡Sí, sí! —gritó ella—. ¿Dónde se encuentra tu castillo?

—Simplemente pregunta por Humfrey. Alguien te lo indicará. Aun así, no puedes mostrarle tu rostro a ningún hombre. Tendrás que llevar un velo..., no, ni siquiera eso bastará, debido a que son tu ojos los que...

—¡No me tapes los ojos! ¡He de ver!

Bink sintió otro toque de simpatía, porque, en este momento, él tampoco podía ver.

—Deja que lo consulte —dijo Humfrey. Se escuchó el ruido de un roce mientras hurgaba entre sus posesiones mágicas. Luego añadió—: Esto no es lo ideal; no obstante, servirá. Sostén el frasco delante de tu rostro y ábrelo.

Más roces cuando ella aceptó el frasco que él le alcanzó por encima del hombro. Se escuchó el ruido del corcho al saltar, el siseo del vapor al salir, un jadeo y, luego, silencio. ¿El Mago había decidido ejecutarla con un gas venenoso que le había dado para que lo oliera?

—Compañeros, ya podéis quitaros las vendas de los ojos y volveros —comunicó Humfrey—. La gorgona ha sido anulada.

Bink rasgó su tela.

—¡Mago! ¿No has...?

Igual que los otros, Bink observó. Ante ellos había una mujer joven arrebatadoramente hermosa, con el cabello compuesto por pequeñas y delgadas serpientes. Pero su rostro... no estaba. Simplemente, allí no había nada.

—Le he aplicado a su rostro un hechizo de invisibilidad —explicó Humfrey—. No tiene ningún problema para ver, pero lamento que ningún hombre pueda mirar su cara, ya que es la parte más hermosa que tiene. Sin embargo, de esta forma es imposible recibir su mirada. Está a salvo... y nosotros también.

Bink tuvo que estar de acuerdo en que era injusto. Parecía una muchacha tan agradable, y pesaba sobre ella una maldición tan terrible. ¡La magia no siempre era agradable! El Mago había anulado la maldición; no obstante, desconcertaba mirar ese vacío que había en lugar de su cara.

Crombie recorrió la isla, analizando las estatuas. Algunas eran de centauros, otras de grifos.

—¡Squawk! —chilló.

—¡Mirad el daño que ha cometido la perra! Debe haber petrificado a cientos de machos inocentes. ¿De qué sirve anularla ahora? Es como cerrar la puerta de casa después de que el ladrón escapara.

Evidentemente, cada vez pensaba más como un grifo. Ese era el peligro de la transformación prolongada.

—Sí, hemos de hacer algo por las estatuas —admitió Humfrey—. Sin embargo, ya he gastado suficiente de mi valiosa magia. De hecho, demasiada. Crombie, señala dónde se encuentra la solución a este problema.

El grifo giró y señaló. Hacia abajo.

—Hum. Vuelve a indicarnos la fuente de la magia.

Crombie lo hizo. El resultado fue el mismo.

—Eso supuse —dijo Humfrey—. Nuestra búsqueda tiene más importancia que la simple información.

Para Bink, en ese momento, otro factor encajó en el esquema. La fuga que emprendieran del árbol ahorcador y de las devastadoras hermanas había parecido como una distracción de la búsqueda y una seria amenaza para el bienestar de Bink; sin embargo, su talento lo había permitido. Ahora se daba cuenta de que las experiencias estaban relacionadas con la misión. No obstante, no debería haber sido necesario que él se expusiera a esos peligros para poder llegar hasta la fuente de la magia. Algo que no era su talento estaba en acción.

Recordó el montón de tierra de la noche pasada. ¿Estaba relacionado? En realidad, no sabía cómo podía estarlo, pero desconfiaba de los acontecimientos que parecían coincidencias, menos cuando estos derivaban de su talento. Si un enemigo estuviera...

El Buen Mago extrajo de nuevo el espejo.

—Ponme con la Reina —le ordenó Humfrey.

—¿La Reina? —preguntó Bink, sorprendido.

El espejo se llenó de niebla, luego mostró el rostro de la Reina Iris.

—Ya era hora de que llamas, Humfrey —comentó—. ¿Cómo es que pierdes el tiempo en la isla de la gorgona en vez de estar enfrascado en tu estúpida búsqueda?

Crombie graznó, furioso.

—¡No lo traduzcas! —le ordenó Humfrey al golem. Se volvió a dirigir a la Hechicera—: Es la búsqueda de Bink, no la mía. Hemos anulado a la sirena y a la gorgona, y nos encaminamos hacia la fuente de la magia. Notifícaselo al Rey.

Iris hizo un breve gesto de despreocupación.

—Cuando le vea, enano —dijo.

La imagen del Rey Trent apareció en el espejo a su espalda. Súbitamente, ella adoptó el aspecto de una jovencita dulce, incluidas unas largas trenzas.

—Lo cual será muy pronto, Buen Mago —corrigió con rapidez. Trent saludó con jovialidad y tiró de una de las trenzas a medida que el espejo se aclaraba.

—¿Cómo puede hablar a través del espejo? —inquirió Bink—. A todo el mundo le muestra únicamente imágenes silenciosas.

—Ella es la dueña de la ilusión —explicó Humfrey.

—Y también la dueña del Rey, a lo que parece —graznó Crombie.

—Sólo creemos que la estamos oyendo —prosiguió Humfrey, sin hacerle caso. Guardó el espejo—. Y el Rey sólo cree que puede tirar de una trenza ilusoria. No obstante, sin importar en qué se la emplee, la ilusión tiene sus ventajas.

—A mí me gustaría la ilusión de la realidad —comentó astutamente el golem.

Humfrey volvió a centrar su atención en la gorgona.

—Volveremos en su momento. Mientras tanto, te sugiero que vayas a consolar a tu hermana. Ha perdido su dulcemele.

—¡Lo haré, lo haré! —gritó la gorgona—. ¡Adiós, hermoso Hechicero! —Rodeó a Humfrey con sus brazos y le plantó un invisible beso en la boca, al tiempo que las serpientes trataban de morderle las orejas y siseaban frenéticas—. ¡Regresa pronto! Tengo tanto amor guardado...

—Hum. De acuerdo —aceptó el Mago, ruborizándose. Alzó un dedo para apartarse un cabello-serpiente que le mordía con demasiado vigor uno de los lóbulos de su oreja.

El sendero mágico acababa en la isla de la gorgona, de modo que era necesario volver a nado. Emplearon el talento de Crombie para localizar una ruta segura y evitar los monstruos del lago; luego, Bink montó sobre Chester, y Humfrey sobre el grifo. Estaba avanzada la mañana, y el regreso al poblado del polvo mágico fue fácil y rápido. La magia hostil aún no había dispuesto del tiempo necesario para reemplazar el anterior encantamiento del sendero.

El árbol ahorcador era un muñón chamuscado. Las mujeres habían realizado un trabajo concienzudo, acabando con un viejo enemigo. Sin embargo, el pueblo estaba en silencio, con las ventanas cubiertas por cortinas negras; era la señal de duelo por el último grupo de hombres que se habían perdido con la sirena.

¡Con qué rapidez cambió la situación cuando esos hombres entraron en el poblado!

—¡Habéis sobrevivido! —gritó Trolla, derramando unas inusuales lágrimas por su espantosa cara—. Intentamos seguirla, pero no pudimos oír a la sirena ni conseguimos localizar el sendero en la oscuridad. Por la mañana, supimos que ya era demasiado tarde; y teníamos que curar a nuestras heridas...

—Hemos anulado a la sirena... y a su hermana, la gorgona —indicó Bink—. Ningún hombre volverá a marchar por ese camino. No obstante, los hombres que fueron antes...

—Están todos muertos; lo sabemos.

—No. Son de piedra. Tal vez exista una forma de invertir el hechizo y restaurarlos. Si tenemos éxito en nuestra búsqueda...

—¡Venid, hemos de celebrarlo! —gritó Trolla—. Os daremos tal fiesta...

Bink sabía qué respuesta debía dar.

—Oh, no, gracias. Sois muy amables, pero lo único que deseamos en este momento es proseguir con nuestra misión. Buscamos la definitiva fuente de la magia..., la fuente de vuestro polvo mágico, que está bajo tierra.

—No hay forma de bajar allí —dijo Trolla—. Es roca sólida.

—Sí. Rastreamos en otro lugar. Si existe otra ruta de acceso desde otro sitio...

Desilusionada, Trolla aceptó con gracia la situación.

—¿Por qué camino iréis?

—Por allí —contestó Bink, señalando la dirección que Crombie había indicado para que reanudaran su misión.

—¡Por ahí os adentraréis en el corazón de la Región de la Locura!

Bink sonrió.

—Entonces, quizá nuestro acceso sea a través de la locura.

—El camino del árbol ahorcador se encuentra abierto ahora. Podrías ir por allí y dar un rodeo para evitar la locura...

Bink sacudió la cabeza, con la certeza de que si ese hubiera sido el mejor trayecto, Crombie lo habría señalado.

—¡Vosotros, los hombres, sois poco razonables! Por lo menos, quedaos unos pocos días. Dejaremos de lanzar el polvo mágico al aire y su efecto decrecerá. Entonces podréis atravesar esa zona con menos peligro.

—No. Hemos decidido continuar de inmediato.

Bink temía que unos días de relajación en este pueblo de mujeres ansiosas fuera tan desastroso como la continuada compañía de la sirena y la gorgona. Debían partir enseguida.

—Entonces, os proporcionaremos una guía. Os podrá advertir de las trampas inmediatas y, quizá, sobreviváis hasta que hayáis pasado lo peor. Después de todo, ya estáis medio locos.

—Sí —admitió Bink, con una sonrisa irónica—. Somos hombres.

Ningún sexo entendía al otro; ese era otro de los aspectos de la magia de Xanth. Le caía bien esta mujer troll; aparentemente, casi cualquier monstruo era interesante cuando disponías de la oportunidad de conocerle en persona.

La guía resultó ser un bonito grifo hembra.

—¡Squawk! —protestó Crombie.

—¡Awk! ¡Awk! —replicó ella, con malicia.

Grundy tradujo con alegría:

—¡No nos cargues con una tía así!  
—¿A quién llamas tía? ¡Soy una leona!  
—¡Eres un estorbo!  
—¡Y tú un pelmazo!  
—¡Hembra!  
—¡Macho!

—Oh, ya basta de traducir, Grundy —dijo Bink—. Ya han proferido los insultos definitivos. —Se volvió a Trolla—. Gracias por la guía. Nos marcharemos ahora.

Todas las mujeres del poblado formaron en fila para despedirse. Fue una separación triste, aunque necesaria.

El yermo de Xanth desterró pronto el sentimentalismo. Los árboles eran extremadamente grandes en esta zona, y se cerraban para formar una densa jungla. Era la ruta de descenso del viento que transportaba el polvo mágico, tal como Trolla les había advertido, aquí florecía la magia. Monstruosos matorrales de espinos crecían a ras del suelo, pinchando a cualquiera que se aventurase demasiado cerca; estalagmitas vivas se proyectaban desde los matorrales, y sus pétreas puntas brillaban con la humedad que les caía desde arriba. Masas flotantes de aceite se unían en los lugares donde había depresiones adecuadas. El aceite era lo más resbaladizo de todo y, al mismo tiempo, lo más tenaz.

—Esos árboles tanque no deberían lanzar sus residuos a la superficie —murmuró Chester—. Deberían enterrarlos, como lo hacen las criaturas civilizadas.

Sin embargo, la vegetación más grande no parecía mejor; los enormes troncos de metal de los árboles de acero se arracimaban alrededor de los troncos calcinados. El óxido y las cenizas permeaban el suelo a su alrededor. Aquí y allí, los tallos toro bufaban y movían sus ramas cuernos de forma amenazadora. Aún era peor arriba; ortigas oruga se arrastraban por el camino, escudriñando el suelo con ávida anticipación, y los hongos vómito colgaban en festones grasientos. ¿Dónde había un pasaje seguro?

—¡Awk! —dijo la guía, mostrándoles el camino.

Se deslizó más allá de un matorral de siseantes serpientes, por entre dos afiladas hojas de pino cortador, por encima de los escalones de un arbusto escalera que se había caído. Los demás la siguieron, alertas pero a toda velocidad.

La atmósfera era sombría, casi oscura, a pesar de que el día se deslizaba hacia la tarde. El dosel encima de sus cabezas, no satisfecho con bloquear el sol, se contrajo como si fuera de goma hasta que pareció que los encerraba en una estrecha burbuja. ¿Como si fuera de goma? Bink, gracias a una enorme rama elástica que se extendía entre el resto del follaje, pudo ver que era de goma. La goma no era una amenaza seria para gente que portara espadas o cuchillos; no obstante, podía resultar una gran molestia.

Parecía que en esta parte habitaban algunas criaturas grandes y muchas pequeñas. Estaba llena de bichos. Bink pudo reconocer algunos: chinches eléctricas que lanzaban sus descargas (de aquí debían haber sacado a la luciérnaga que utilizaron de demostración en el pueblo), escarabajos soldado que marchaban en formaciones precisas camino de su vivaque, seguidos de moscas que revoloteaban a su alrededor de la forma inmemorial que lo hacen las hembras de la virtud fácil en las proximidades de los ejércitos. Casi debajo mismo de los cascos de Chester, un escarabajo tigre se lanzó sobre un escarabajo ciervo, llevando a cabo la matanza con una despiadada eficiencia. Bink apartó los ojos, disgustado, aunque sabía que esa actividad era natural.

Entonces observó a Humfrey. El hombre miraba como si estuviera encantado: una preocupante señal.

—¿Te encuentras bien, Mago? —preguntó Bink.

—¡Maravillosamente! —murmuro el hombre, embobado—. ¡Es un tesoro de la naturaleza!

—¿Te refieres a los bichos?

—Allí hay un escarabajo con alas de plumas —comentó Humfrey. Para corroborarlo, pasó volando un bicho con dos plumas resplandecientes por alas—. Y una mosca búho. ¡Y dos alas red! —Bink observó al bicho encopetado y de grandes ojos perchado sobre una rama, contemplando agitarse las dos redes voladoras. No estaba claro cómo podían volar las alas red, ya que, obviamente, las redes no podían coger aire. Pero, con la magia, ¿qué importaba?—. ¡Y una mosca cuadro con alas! —exclamó el Mago, realmente entusiasmado—. Creo que se trata de una especie nueva; debe haber mutado. Deja que lo consulte. —Rebuscó a toda velocidad en un frasco. El vapor salió y formó un libro, enorme que el Mago equilibró precariamente entre las alas dobladas del lomo del grifo, mientras volvía las páginas—. CUADRO CON ALAS —leyó—. Pastoral, Bucólico, Naturalista, Surrealista, Cubista, Acuarela, Óleo, Carbonilla, Tinta... ¡Tenía razón! ¡Esta es una especie de Crayón de Dibujo, que no figura en el libro! ¡Bink, verifícalo para asegurarnos!

Bink se inclinó para mirar de cerca. El bicho estaba posado en la oreja derecha del grifo; tenía las alas extendidas y cubiertas de ilustraciones cerosas.

—Me parece que es crayón —confirmó.

—¡Sí! —gritó Humfrey—. ¡He de anotarlo! ¡Qué extraordinario descubrimiento!

Bink nunca había visto al hombre tan excitado. De repente, comprendió algo importante: para esto vivía el Buen Mago. El talento de Humfrey era la información, y el descubrimiento y la clasificación de cosas vivas se asociaba directamente con lo suyo. Para él, no existía nada más importante que la adquisición de hechos y, naturalmente, se hallaba resentido de que le sacaran de su tarea. Ahora, la casualidad le había devuelto a su trabajo. Por primera vez, Bink veía al Mago animado. Humfrey

no era un individuo frío o calculador; era tan dinámico y sensible como los demás... cuando lo mostraba.

Bink sintió un tirón en su espada. Llevó ambas manos a la empuñadura... y dos moscas ladronas se alejaron zumbando. ¡Habían intentado robarle la espada! Entonces, Chester dio un salto que estuvo a punto de desmontarle.

—Casi piso a un escarabajo ampollador —explicó el centauro—. ¡No me gustaría tener que retirarme en este momento con un casco ampollado!

El grifo hembra miró hacia atrás, girando la cabeza sin volver el cuerpo, a la manera común de los grifos.

—¡Awk! —exclamó con impaciencia.

—¡Date prisa, enano! —tradujo el golem—. Nos acercamos a la zona de la locura.

—¡Squawk! —replicó con irritación Crombie.

—Estamos haciendo lo que podemos. ¿Por qué no nos conduces por un sendero mejor, cerebro de pájaro?

—¡Escucha, cola de gato! —graznó ella en contestación—. ¡Sólo hago esto como un favor hacia vosotros! Si vosotros, idiotas, os hubierais quedado en el poblado, que es el lugar al que pertenecéis...

—¿Quedarnos en un pueblo de mujeres? ¡Te has vuelto loca!

En ese momento tuvieron que dejar de intercambiar graznidos para esquivar a una mosca serpiente que bajaba con la boca abierta, dispuesta a morder. Esta vez Chester sí que pisó un escarabajo... de hedor. Flotó hacia ellos un olor terrible, que hizo que se apresuraran para escapar de él. El paso del grifo hembra despertó a un enjambre de moscas ciervo, tres saltadores, polillas tigre y una gorda mosca de manteca que salpicó al Mago con su fluido.

Una hermosa polilla de oro aleteó debajo de la nariz de Bink.

—¡Quizá también esta sea una especie nueva! —gritó, dejándose arrastrar por el entusiasmo mostrado por el Mago. Intentó cogerla pero, en ese momento, Chester trastabilló, lo cual se lo impidió—. ¡Se dirige hacia ti, Mago! —exclamó—. ¡Cógela!

Sin embargo, Humfrey se apartó.

—¡Es una polilla midas! —gritó, horrorizado—. ¡No la toquéis!

—¿Una polilla midas?

—Todo lo que toca se convierte en oro. —La polilla volaba alrededor del Mago, buscando un lugar donde aterrizar.

—¡Eso es maravilloso! —dijo Bink—. Hemos de capturarla. ¡Podemos usar el oro!

—¡No si nosotros mismos nos convertimos en oro! —restalló Humfrey. Se agachó tanto que se cayó del grifo. La polilla midas se preparó para ocupar su lugar.

—¡Crombie! —aulló Bink—. ¡Cuidado!

En ese instante el grifo hembra chocó contra Crombie, apartándolo del camino con su hombro leonino. Él escapó..., pero la polilla midas aterrizó sobre ella.

En un segundo se convirtió en una estatua de oro. La polilla alzó el vuelo y se alejó..., ya había dejado de ser una amenaza. No obstante, el daño estaba hecho.

—Son muy raras, y muy pocas veces aterrizan —comentó Humfrey desde el matorral en el que había caído—. Me sorprende que nos hayamos encontrado con una. Tal vez estuviera enloquecida por el polvo. —Se incorporó.

—Quizá nos la enviaron —dijo Bink—. Primero apareció cerca de mí.

Crombie, con la agilidad de los de su clase, rodó hasta ponerse de pie.

—¡Squawk!

—Lo hizo por mí..., para salvarme la vida —tradujo Grundy—. ¿Por qué?

—Debe ser cierto lo de la locura —contestó con aspereza Chester.

Bink contempló la estatua.

—Igual que los efectos de la gorgona —musitó—. Oro en vez de piedra. ¿Será posible restaurarla?

Crombie giró y señaló.

—¡Squawk!

—La respuesta se encuentra en la misma dirección que nuestra búsqueda —repuso Grundy—. Ahora, pico de pájaro tiene una razón personal para completarla.

—Primero hemos de atravesar la locura..., sin un guía —indicó Chester.

Bink miró hacia delante con desesperación. Bruscamente, la situación se había vuelto mucho más seria..., y no era que antes se la hubieran tomado a broma.

—¿Cómo podremos recorrer nuestro camino con seguridad a través de esta selva, incluso sin locura?

—Crombie, paso a paso, tendrá que señalarnos la mejor ruta —dijo Humfrey—. Mirad..., aquí hay un bastón. —Señaló el palo, que se hallaba sujeto por dos diminutos pies en su base, con su retorcido mango danzando de manera errática. El enorme libro había desaparecido; debió haberlo enviado de vuelta a su botella mientras Bink estaba distraído. Apenas lo necesitaba—. Es de caoba..., un espécimen muy fino.

Crombie señaló el camino, y avanzaron despacio, dejando al dorado grifo hembra donde estaba. No había nada que pudieran hacer por ella... salvo acabar su búsqueda y esperar hallar la magia que la pudiera devolver a su forma original.

Crombie miró dos veces hacia atrás y no graznó; parecía hallarse enfrascado en pensamientos íntimos. Para él, un misógino, el sacrificio de la hembra tenía que ser un terrible enigma, de mucho mayor significado que su cercano destino con la polilla dorada. Siendo un soldado, estaba acostumbrado al peligro, pero no al sacrificio personal.

Con demasiada rapidez, cayó la penumbra. De sus túneles en el suelo surgieron

gusanos brillantes, y los bichos cama ya roncaban en sus catres. Una confundida cucaracha gallo cacareó, tomando el anochecer por el amanecer. Los tragacolas consumieron sus partes traseras y desaparecieron para la noche. Un puñado de moscas sierra aserraron láminas de madera para hacerse sus propias camas nocturnas.

Bink miró a su alrededor.

—En este momento no me importaría ser un bicho —dijo—. Aquí están como en casa.

Chester mostró su acuerdo.

—Ya he pasado otras veces la noche a la intemperie, pero jamás lo hice en el yermo profundo. No disfrutaremos de esta noche.

Bink buscó con los ojos a Humfrey. El Mago seguía absorto en su taxonomía.

—Hay un escarabajo rinoceronte que trata de derribar esas casas —comentó Humfrey—. ¡Esas moscas casa no lo van a pasar bien!

—Señor, va a ser peligroso dormir aquí. Si tu magia pudiera ayudarnos a elegir el mejor lugar...

—¡Y ahí vienen las hormigas carpinteras para guardar las astillas!

—Quizás algo de una de tus botellas, una especie de refugio temporal para la noche... —continuó Bink.

—¡Pero ese rinoceronte es demasiado estúpido para marcharse! Va a...

—¡Mago! —restalló Bink, perdiendo la paciencia.

Humfrey alzó la vista.

—Ah, hola, Bink. ¿Aún no te has preparado para la noche? —De nuevo bajó la vista—. ¡Mira! ¡Han contratado a un bicho asesino! Van a deshacerse de...

Era inútil. Al Mago le preocupaba más la información que la seguridad. Humfrey no era un líder, lo que explicaba la razón por la que se apresurara a dejarle esa tarea a Bink. Una vez más dependían de él.

—Tendremos que levantar una especie de refugio —decidió—. Y establecer turnos de guardia.

Se detuvo, analizando los problemas. ¿Cómo podrían construirse un refugio cuando cada trozo de madera, piedras o follaje sería tremendamente consciente de sus derechos? ¡Se hallaban en el yermo salvaje!

Entonces, su mirada descubrió una perspectiva posible: los enormes huesos curvos de un monstruo muerto. No sabía qué clase de animal había sido en vida, pero debió ser más grande que un dragón. Los huesos parecían demasiado sólidos para ser los de un roe, y no había señales de alas, por lo que, con toda probabilidad, se trataba de una esfinge terrestre. Con la altura de diez hombres. La única razón por la que las esfinges no gobernaban en la selva se debía a su escasez y a su desinterés por los asuntos normales. Los dragones eran corrientes; sin embargo, en muy contadas ocasiones se encontraba una esfinge. Bink se preguntó cuál sería el motivo, y qué

podría matar a una esfinge en la cúspide de su potencia. Tal vez el aburrimiento.

—Crombie, señala la dirección del emplazamiento más adecuado o adaptable para establecer nuestro campamento —pidió, deseando comprobar su idea.

Crombie obedeció. Señaló hacia los huesos. ¡El presentimiento de Bink había sido bueno! Se sintió contento.

—Recogeremos algunas hojas manta y las extenderemos sobre aquellos huesos —dijo—. Nos proporcionarán un refugio decente y, en caso de ataque, nos servirán como fuerte. Crombie, indícanos las mantas más cercanas.

El grifo señaló..., justo al interior de las palpitantes cuerdas de un árbol predador. No se trataba de un ahorcador, aunque parecían emparentados; ¡no sería muy seguro introducirse en él!

—Bueno, creo que montaremos mejor la guardia si podemos ver todo el entorno —decidió Bink—. Chester, haz tú el primer turno. Despiértame cuando empieces a sentir sueño, luego yo despertaré a Crombie.

El centauro asintió. No cuestionó por qué Humfrey no realizaba ningún turno; estaba claro que el Mago no era de fiar allí para la guardia.

## 8

### Constelaciones locas

Bink hizo un alto para cumplir con una llamada de la naturaleza, no de la magia..., momento en el que descubrió un trozo de madera tan oscuro y lleno de moho que parecía una roca. Si un monstruo les atacaba durante la noche, algo así les resultaría de utilidad. La madera parecía estar bien equilibrada, ideal para arrojarla. Se agachó para cogerla..., y se detuvo, por si estuviera encantada. Sin embargo, su talento le protegería; si la pieza fuera peligrosa, no sería capaz de tocarla.

La recogió y observó su constitución, de color marrón, verde y blanco, totalmente intrigante. Para ser madera, era sorprendentemente pesada y dura; se preguntó si flotaría o se hundiría en el agua. Sintió un cosquilleo mientras la sostenía en la mano. Había una cualidad peculiar, algo mágico, extraño y poderoso, en ella. Notó que su talento respondía, tomando el mando de forma nebulosa, apoderándose de la cosa, tal como lo había hecho cuando bebió del manantial de la vida. Igual que aquella vez, su magia cercó a la otra, y la aceptó sin ningún castigo. El talento de Bink poseía la categoría de un Mago; jamás sentía su acción de forma directa, salvo cuando se encontraba con una magia muy fuerte o compleja que se le oponía. No obstante..., ¿un trozo de madera?

Se llevó el trozo de madera hasta el campamento temporal que habían establecido.

—No sé qué es esto; sin embargo, parece tener una magia poderosa. Puede que nos resulte de utilidad.

Chester lo cogió.

—Madera, rara, resistente. Tal vez provenga de un árbol muy grande y viejo. No reconozco la especie, lo cual la convierte en algo notable. Quizá podrías buscar parte de la corteza...

Crombie graznó.

—Pásamelo, cara de caballo. En mi época vi muchos árboles.

Chester se envaró ligeramente.

—Claro, pico de pájaro.

Crombie sostuvo el trozo de madera con una garra delantera y lo inspeccionó de cerca.

—Squawk.

—Hay algo extraño en él.

—Sí —estuvo de acuerdo Bink—. Antes de que te concentres demasiado, ¿por qué no nos indicas dónde se encuentra la comida más cercana? Podemos comer mientras lo analizamos.

Crombie accedió, giró y señaló. Bink miró en la dirección que indicaba y vio un

gran hongo que brillaba.

—Debe ser eso. Nunca antes comí hongos brillantes; sin embargo, tu talento jamás se equivoca.

Llegó hasta donde estaba y se agachó para arrancar una porción. El hongo era firme y seco, de color claro por dentro, y emitía un olor agradable.

—¡Squawk! —protestó Crombie al centauro—. Aún no he acabado de inspeccionar la madera.

—Has dispuesto de tiempo suficiente, cerebro de ratón —repuso Chester—. Ahora es mi turno.

Bink tuvo que volver corriendo para evitar otra rencilla. ¡El problema con las criaturas de pelea es que tendían a pelear! Ni siquiera les podías volver la espalda para recoger comida.

—¡Es el turno del Mago! —gritó—. Quizás él pueda reconocerla. —Cogió la madera y se la llevó al Mago—. Señor, si te tomaras la molestia de clasificar este raro espécimen...

Había pronunciado las palabras mágicas. Logró atraer la atención del Mago. La miró. Parpadeó.

—¡Es el hongo de la Agonía Azul! ¡Deshazte de él!

¡Ooh! Bink había bajado la mano equivocada, metiéndole el hongo al Mago debajo de la nariz.

—Lo siento. Pretendía mostrarte esta madera, no el... —se interrumpió—. ¿El hongo es venenoso?

—Su magia volvería todo tu cuerpo azul, justo antes de que te transformaras en un charco azul que mataría toda la vegetación por donde se filtrara —le aseguró Humfrey.

—¡Pero Crombie nos lo señaló como algo que se podía comer con tranquilidad!

—¡Ridículo! Es inofensivo si se toca; sin embargo, es lo más peligroso que uno pueda comer. En la época de las primeras Oleadas, solían emplearlo para las ejecuciones.

Bink dejó caer el hongo al suelo.

—Crombie, ¿no te...? —Se detuvo, pensándolo mejor—. Crombie, ¿podrías indicarnos lo peor que podríamos comer?

El grifo se encogió de hombros y señaló. Hacia el hongo.

—¡Estúpido, idiota! —exclamó Chester, dirigiéndose al grifo—. ¿Es que las plumas de tu cerebro se han podrido? ¡Hace un momento lo señalaste como algo seguro!

Crombie graznó, colérico.

—Bink debió coger la planta equivocada. Mi talento nunca se equivoca.

Humfrey ya estaba examinando el trozo de madera.

—El talento de Crombie siempre se equivoca —comentó, con aire ausente—. Esa es la razón por la que nunca me fío de él.

Incluso Chester se sorprendió ante esa aseveración.

—Mago, el soldado no es ningún premio, yo mismo estoy dispuesto a reconocerlo; no obstante, su talento casi siempre acierta.

Crombie graznó, irritado por el tratamiento que recibía.

—Quizá. Yo no puedo saberlo. —El Mago escudriñó un mosquito del sudor que pasó delante de él—. ¿Qué criatura es esa?

—¿No reconoces a un corriente mosquito del sudor? —preguntó Bink, sorprendido—. ¡Sólo hace un momento estabas clasificando a los mosquitos más extraños, descubriendo especies nuevas!

La frente de Humfrey se frunció.

—¿Por qué iba a hacerlo? No sé nada sobre los mosquitos.

El hombre, el centauro y el grifo intercambiaron miradas.

—Primero Crombie; luego el Mago —murmuró Chester—. Debe tratarse de la locura.

—Pero ¿no debería afectarnos a todos? —inquirió Bink con preocupación—. Se parece más a un mal funcionamiento de los talentos. Crombie señaló la peor comida en vez de la mejor, y Humfrey saltó del conocimiento a la ignorancia...

—¡Justo en el momento en que el trozo de madera cambió de manos! —finalizó Chester.

—Será mejor que lo alejemos de la madera.

—Sí —aceptó Chester, dando un paso hacia Humfrey.

—No, por favor... deja que lo haga yo —repuso rápidamente Bink, confiado en que su talento podría manejar mejor la situación. Se acercó a Humfrey—. Con tu permiso. —Con suavidad, le quitó el trozo de madera de las manos.

—¿Por qué a ti no te afecta? —preguntó Chester—. ¿O a mí?

—A ti te afecta, centauro —respondió Humfrey—. Pero, como desconoces cuál es tu talento, no notas cómo lo invierte. En lo que respecta a Bink..., es un caso especial.

Así que el Buen Mago ya había recuperado su buena forma.

—Entonces, esta madera..., ¿invierte los hechizos? —inquirió Bink.

—Más o menos. Como mínimo, cambia el impulso de la magia activa. Dudo que restaurara al grifo hembra o a los hombres estatua, si es que piensas en ello. Esos hechizos son ahora pasivos. Sólo una interrupción completa de la magia los anularía.

—Ah, sí —aceptó, inseguro, Bink.

—¿Qué tipo de caso especial eres tú? —le exigió Chester a Bink—. No realizas ninguna magia.

—Podríamos decir que soy inmune —contestó con cautela Bink, preguntándose

por qué su talento no seguía protegiéndose contra el descubrimiento. En ese momento bajó la vista a la madera que sostenía en las manos. ¿Era inmune?

Soltó la madera.

—¡Squawk! —exclamó Crombie—. ¡Esa es la razón de que mi talento fallara! La madera me hizo... pumf squawk screech...

El golem se había acercado a la madera, y su traducción se desintegró. Bink, con suavidad, alzó a Grundy y lo alejó de ella.

—...de lo que pretendía —terminó el golem, alegre, sin percatarse del cambio—. ¡Es peligrosa!

—Claro que lo es —corroboró Bink. De una patada lanzó lejos la madera.

Chester no quedó conforme.

—Lo que significa que sólo se trató de algo incidental. Aún hemos de enfrentarnos a la locura.

Crombie localizó la comida más cercana, esta vez con éxito. Era un apetitoso matorral de galletas que crecía en la rica tierra que había al lado de los huesos. Se dieron un festín de galletitas de chocolate. Un castaño de agua cercano les proporcionó bebida suficiente: lo único que tenían que hacer era arrancar las castañas y pincharlas para extraer el agua.

Mientras Bink comía y bebía, sus ojos se posaron en otro montículo de tierra. En esta ocasión lo dispersó cuidadosamente con un palo; no obstante, sólo encontró más tierra.

—Creo que estas cosas me están siguiendo —dijo—. ¿Con qué fin? No hacen nada, simplemente se quedan ahí.

—Por la mañana le echaré una ojeada —comentó el Mago, con la curiosidad moderadamente despierta.

Cuando la oscuridad se cerró sobre ellos, establecieron la morada en el interior de la austera celda de huesos. Bink se tumbó en la alfombra de moho de esponja debajo del esqueleto —la había comprobado con detenimiento para asegurarse de que era inofensiva— y contempló la salida de las estrellas. ¡Acampar a la intemperie no era tan terrible!

Al principio, las estrellas fueron meros puntos de luz que se asomaron por entre las barras de la estructura ósea. Sin embargo, Bink pronto comenzó a percibir una organización: las constelaciones. No solía observar mucho las estrellas, ya que Xanth no era seguro por la noche; siempre había permanecido bajo techo y, cuando la noche lo pillaba en el exterior, se había apresurado a buscar algún refugio. Por este motivo, encontró el cielo nocturno fascinante. De alguna forma, sin motivo aparente, había pensado que las estrellas tendrían un resplandor equivalente y que estarían separadas de forma equilibrada. En cambio, variaban en los dos aspectos, yendo desde la luz más penetrante hasta el brillo más tenue, y del esplendor solitario al racimo más

confuso. De hecho, parecían formar esquemas. Mentalmente, comenzó a trazar líneas entre ellas, creando dibujos. Ahí estaba la cabeza de un hombre, el curvo trazo de una serpiente, un borrón con tentáculos parecido a un árbol ahorcador. A medida que se concentraba, esas cosas se definieron más. Los trazos adoptaron una convicción y claridad mayores; casi parecieron reales.

—¡Vaya, hay un centauro! —exclamó.

—Por supuesto —dijo Chester—. Es una de las constelaciones establecidas. Lleva ahí siglos.

—¡Pero parece viva! Creo que la vi moverse.

—No, las constelaciones no se mueven. No de esa forma. Ellas... —Chester guardó silencio.

—¡Se movió! —gritó Bink—. El brazo fue en busca de una flecha de su caja...

—Carcaj —le corrigió Chester—. Hay algo extraño aquí. Debe ser la atmósfera.

—O quizás el aire al moverse —dijo Bink.

Chester bufó. Observaron cómo el centauro en el cielo extraía la flecha, la encajaba en el arco y buscaba algún blanco. Se vio un cisne, pero se trataba de un ave muy grande y dócil, no apta para ser cazada. Había un zorro, pero se escabulló fuera de la vista, detrás de unos pastores, antes de que el centauro pudiera tomar puntería. Entonces apareció un oso enorme. Intentaba coger a un cachorro de león, pero el león adulto estaba cerca; casi era del mismo tamaño que el oso y estaba del mismo humor. Los dos grandes predadores giraron en círculos, al tiempo que la flecha del centauro seguía sus movimientos; ¿cuál caería primero?

—Mata al león, estúpido —musitó Chester—. Luego, el oso cogerá al cachorro y te dejará en paz.

Bink observaba fascinado la animación de las constelaciones y la fuerza y gracia de las extrañas bestias. Claro que el centauro era una criatura normal...; sin embargo, sólo en las mitologías de Mundania existían animales como el león, el oso y el cisne. Parte de esa mitología aparecía en forma de esfinges, quimeras, grifos y animales parecidos; pero en realidad no importaban mucho. También se podía considerar al león de Mundania como el cuerpo de un grifo con la cabeza de una hormiga león, una mezcla que derivaba de los originales de Xanth. Ahora que se había desactivado el escudo, los animales podían cruzar la frontera con libertad y, con toda seguridad, allí se mezclarían. Bink lamentó no haber tenido la oportunidad de ver criaturas como el oso en carne y hueso cuando estuvo en Mundania. ¡No obstante, había experimentado la suficiente alegría al poder regresar a Xanth!

Casi debajo de la cola del centauro apareció otra extraña criatura mundana: un lobo. Se parecía a un perro de una sola cabeza. Bink había visto a hombres lobo, aunque no eran lo mismo. ¡Qué horror debía ser para los lobos de Mundania, que estaban obligados a permanecer siempre en su forma animal, incapaces de volverse

de nuevo hombres!

El centauro del cielo se volvió hacia el lobo, apuntándole con el arco. Pero el lobo había reanudado la marcha, ya que le seguía un escorpión enorme. Y este era perseguido por un hombre..., no, únicamente pensaba que el hombre iba detrás de él. En realidad, el hombre, un bruto con unos músculos muy desarrollados, perseguía a una serpiente, cuya cabeza trataba de aplastar con un garrote. Un dragón seguía la huella del hombre, y un animal verdaderamente extraño, de cuello largo, iba tras el dragón. De hecho, todo el cielo estaba vivo con cosas raras, lo que lo hacía parecer un lugar mucho más interesante que la Tierra de Xanth.

—¿Qué es eso del cuello largo? —preguntó Bink.

—La zoología mitológica no es mi especialidad —repuso Chester—. Pero creo que se trata de un monstruo mundano llamado gaffe. —Se detuvo—. No, no es así. Una gaffa. No. Una..., ¡una jirafa! Eso es. El cuello largo es para mantenerla lejos de la magia hostil del suelo, o algo parecido. Me parece que su característica más extraña es que, a pesar del largo cuello, no tiene voz.

—¡De veras que es una magia peculiar! —admitió Bink.

—Técnicamente, una carencia de magia peculiar. La Tierra de Mundania podría aprovechar una buena dosis de magia.

A medida que iban apareciendo el resto de las estrellas, el cielo se pobló de animales. En un extremo había un cangrejo, y un toro sin alas, y un genuino perro de una sola cabeza. Los pájaros proliferaban..., algunos familiares, como el fénix y el ave del paraíso, y otros muchos extraños, como la grulla, el tucán, el águila, el pavo real, la paloma y el cuervo. También había gente: hombres, niños, y varias mujeres jóvenes y hermosas.

Eso le recordó a Bink de nuevo a Camaleón. Cuanto más tiempo pasaba lejos de ella, más la echaba de menos. ¿Y qué si tenía su fase fea? También poseía su fase adorable...

—Mira..., ahí está el Río Erídano —exclamó Chester.

Bink lo encontró. El río fluía atravesando medio cielo; nacía en los pies de un gigante y... Bink no pudo ver dónde acababa. ¿Adónde podía ir un río celeste? Se decía que contenía todo tipo de peces, y...

—¿Qué es eso? —exclamó de pronto Bink.

—La fabulosa ballena mundana —contestó Chester—. ¡Me alegra saber que no existe semejante monstruo en nuestra tierra!

Bink lo corroboró con énfasis. Otra vez localizó el río, en busca de su final. Se extendía y se estrechaba, haciéndose difuso, eludiéndole. Entonces descubrió un pequeño lagarto.

—¡Un camaleón! —exclamó.

A medida que pronunciaba el nombre, el lagarto cambió, transformándose en el

camaleón humano que él conocía y amaba: su esposa. Ella le miró desde las más recónditas profundidades del cielo, y su boca se abrió. Bink, Bink, pareció decirle. Ven a mí...

Bink se incorporó en el acto; estuvo a punto de golpearse la cabeza contra un hueso.

—¡Voy! —gritó con júbilo. ¿Por qué la había abandonado?

Sin embargo, no tenía ninguna forma de llegar hasta ella. No podía subir por el aire, o volar, y de todos modos sabía que ella sólo era una imagen, que no era real. Se trataba, simplemente, de un lagarto transformado, en sí mismo imaginario. No obstante, deseaba...

En ese momento, la constelación centauro disparó su flecha. El proyectil destelló mientras volaba por el aire y formó una estela brillante en el cielo, haciéndose cada vez más intenso a medida que se aproximaba. De repente se volvió alarmantemente grande y cercano, como si estuviera atravesando los cielos..., y se clavó en un árbol próximo. Era un árbol perro: aulló de dolor; luego, gruñó y mostró sus ramas interiores, parecidas a dientes, con furia canina, buscando a su enemigo. En un segundo había despedazado la flecha.

Bink miró a Chester, pero no pudo distinguir la expresión del centauro en la oscuridad. Esa flecha de la constelación, que era una estrella fugaz, ¡había caído sobre un árbol de verdad!

—¿El centauro nos estaba disparando a nosotros?

—Si no fue así, mostró un descuido criminal —replicó Chester sombríamente—. Y si lo fue, realizó un disparo muy malo. Es un mal ejemplo que se reflejará en todos los centauros. Le enviaré un recordatorio.

Chester, con su silueta visible contra el destellante cielo, se irguió alto y magnífico, un excelente pura sangre de hombre, y encajó una de sus flechas en el arco. Tiró de la cuerda con toda su formidable fuerza y soltó la flecha hacia arriba.

Voló muy alta, visible de algún modo a pesar de la noche. Hacia arriba, imposiblemente alta, justo al borde mismo del domo nocturno, justo hacia la constelación centauro.

Bink sabía que ninguna flecha física podía golpear una estrella o un dibujo formado por estrellas. Después de todo, las constelaciones eran simplemente líneas imaginarias trazadas entre esas estrellas. Sin embargo...

La flecha de Chester se clavó en el flanco de la constelación centauro. La criatura dio un salto de dolor. De su boca salieron dos cometas y una estrella fugaz: ¡una exclamación formidable!

—¿Sí? ¡Lo mismo te digo, cabeza hueca! —devolvió Chester.

La constelación se llevó la mano atrás y se arrancó la flecha. Una nova estalló de su boca mientras contemplaba la herida. Varias estrellas tenues pulsaron en ella,

sugiriendo el daño. Cogió un puñado de suaves plumas del cisne y se las frotó contra el corte. Ahora fue el turno del cisne desplumado de emitir estrellas fugaces de la boca; no obstante, el ave no se atrevió a atacar al centauro.

El centauro celeste sacó el tubo extensible llamado telescopio y se lo llevó a los ojos. La magia de ese tubo le permitía ver mucho más lejos de lo normal. «¡\*\*\*\*!», exclamó, con una invectiva realmente desagradable, buscando al que le había lanzado esa objetable flecha.

—¡Estoy aquí, cabeza de casco! —gruñó Chester, y apuntó otra flecha hacia las alturas—. ¡Baja y pelea como un centauro!

—Eh, yo no haría... —le advirtió Bink.

Pareció como si la constelación hubiera oído el desafío. Giró el telescopio y lo centró en el campamento óseo. De su boca salió un planeta con una malsana aureola.

—¡Aquí estoy, imbécil! —gritó Chester—. ¡Ven a demostrar que eres merecedor de tu nombre!

¿Merecedor del nombre «imbécil»? A Bink no le gustaba nada la situación, pero era incapaz de detenerla.

La constelación encajó otra flecha. Lo mismo hizo Chester. Durante un momento los dos se miraron, con los arcos tensos, incitando a que el otro lanzara primero. Luego, casi al unísono, sus flechas salieron disparadas.

Los dos disparos resultaron incómodamente certeros. Bink contempló cómo las dos flechas atravesaban el mediocielo y se dirigían hacia sus blancos, como si estuvieran guiadas por la magia. Ningún centauro se movió: no había duda de que se trataba de una cuestión de honor en duelos semejantes. El primero que se apartara mostraría poco temple; pocos eran los centauros débiles en ese aspecto.

Las dos flechas fallaron..., aunque no por mucho. El disparo de Chester casi rozó la frente de la constelación, mientras que la flecha del centauro celestial se clavó en el suelo, al lado de la pata delantera izquierda de Chester; daba la casualidad de que se hallaba muy próxima a la cabeza del Buen Mago.

Humfrey se despertó con un sobresalto.

—¡Amenaza equina! —gritó de malhumor—. ¡Ten cuidado con lo que haces!

—Lo tengo —replicó Chester—. Esa no es mi flecha. Mira, tiene polvo de estrellas.

Humfrey extrajo la flecha de la tierra.

—Vaya, sí, es cierto. —Escudriñó el cielo—. Se supone que aquí no hay polvo de estrellas. ¿Qué está ocurriendo?

El que se despertó en ese momento fue Crombie.

—¡Squawk!

—Tú eres el Mago —tradujo el golem—. En principio, eres tú el que tiene que saber las cosas.

—¿Sobre las constelaciones estelares que cobran vida? Ha pasado mucho tiempo desde que revisé esa magia específica. —Humfrey siguió mirando el cielo—. No obstante, sería un estudio muy valioso. Crombie, ¿dónde se encuentra el acceso más cómodo a ese reino?

Crombie señaló. Entonces, Bink notó un patrón formado por estrellas, muy parecido a unos escalones que descendían por el horizonte. Su aspecto era cada vez más sólido y, a medida que miraba, parecían estar más cerca, bajando casi hasta el mismo borde de los huesos. ¡Quizá, después de todo, fuera posible ascender!

Miró de nuevo las estrellas. Eran más brillantes que antes, y las líneas entre sí más nítidas. Las figuras inmóviles habían adquirido tonalidades que las hacían mucho más reales. Otra vez vio a Camaleón que le llamaba con gestos.

—¡Voy a subir!

—¡Squawk! —aceptó Crombie—. Siempre estoy dispuesto para una buena pelea, y ese centauro con boca de cometas necesita una lección.

Chester ya se hallaba de camino hacia los escalones; sin embargo, al oír eso, se detuvo.

—No seas tonto —restalló el Mago, corriendo detrás de ellos—. Crombie se refería al centauro celeste, no a ti. Tú eres un bocazas, no tienes una boca de cometas.

—Oh, claro —corroboró Chester, sin mucho entusiasmo. Hizo un esfuerzo visible para olvidar la molestia—. ¡A la carga!

Cargaron hacia los escalones.

—Idiotas, ¿es que estáis locos? —aulló Grundy—. ¡Ahí arriba no hay nada para vosotros!

Chester le miró; Bink vio el cambio en la forma de la cabeza del centauro reflejado contra las constelaciones arracimadas.

—No escuché graznar a Crombie.

—¡No graznó! —gritó el golem—. Esta vez estoy hablando por mí mismo. ¡No subáis al cielo! ¡Es la locura!

—Es fascinante —dijo Humfrey—. ¡Un estudio de primera mano de las constelaciones animadas! Tal vez nunca tengamos una oportunidad mejor.

—Tengo que enseñarle una lección a ese centauro —repuso Chester.

Los ojos de Bink habían retornado a Camaleón. Su necesidad de ella se había vuelto tan grande como el cielo. Continuó andando.

—Es la locura —repitió Grundy, tirando de las plumas del cuello de Crombie—. A mí no me afecta. Yo sólo veo los hechos debido a que no soy real. Se trata de una magia hostil. ¡No vayáis!

—Probablemente tengas razón, enano —admitió Humfrey—. Sin embargo, este ofrecimiento es demasiado tentador para ser rechazado.

—¡También lo fue el de la sirena! ¡No lo hagáis! —gritó Grundy—. ¿Dónde

quedará vuestra búsqueda si dejáis que la locura se apodere ahora de vosotros?

—¿Y a ti qué te importa? —exigió Chester—. Tú no tienes sentimientos.

Apoyó las patas delanteras sobre el primer escalón. Era firme, y estaba sujeto en cada esquina por una diminuta estrella. Las líneas eran como hebras, y los paneles que había entre ellas parecidos al cristal. Una escalera translúcida, no del todo invisible, que ascendía hacia el cielo.

Bink sabía que era magia y que no se podía confiar en ella. Sin embargo, Camaleón se encontraba ahí arriba, esperándole, y él tenía que ir. Después de todo, si no fuera seguro, su talento no se lo permitiría.

—¡Bueno, pues yo no voy a ir! —aulló Grundy.

Saltó de la espalda del grifo y cayó sobre un matorral de moscas flor, ahuyentando a varias. Al instante se perdió en la noche.

—Por fin nos hemos deshecho de él —musitó Chester, subiendo por los escalones.

La superficie cedió un poco bajo su peso, haciendo que las estrellas de anclaje se inclinaran hacia dentro; pero resistieron. Crombie, impaciente por ese proceso, desplegó las alas y pasó al lado del centauro, posándose un trecho más arriba. Parecía que la ascensión era demasiado empinada para que a una criatura de su tamaño le resultara cómodo volar, razón por la que prefirió subirla a pie. El Buen Mago iba en tercer lugar, y Bink en cuarto.

Subieron en fila. La escalera giraba sobre sí misma, por lo que, pasado un rato, Bink vio a Crombie ascender justo encima de él. Se trataba de un efecto interesante; sin embargo, Bink estaba más fascinado por la visión de abajo. A medida que subía por encima de la copa de los árboles, el paisaje nocturno del yermo de Xanth se le abrió en su totalidad, impresionante debido a su naturaleza especial. Bink, en una ocasión, había sido transformado en un ave, y, en otra, había volado sobre una alfombra mágica; incluso, en otra, había volado con forma humana..., la magia le había brindado bastantes experiencias. No obstante, este lento ascenso por encima del nivel superior del bosque, con una superficie segura bajo sus pies..., era distinto de todas las formas de vuelo que había experimentado antes y, en cierto aspecto, único. Era muy consciente de que podía caerse; los escalones no tenían ninguna barandilla de la que pudiera sujetarse, ninguna barrera en los extremos. Eso parecía colocarle en la situación precisa que el vuelo le negaba. Estar por encima del suelo, aunque atado a él...

El bosque nocturno era hermoso. Varios árboles brillaban. Algunos alzaban tentáculos del color del hueso; otros tenían tonalidades pastel. Unos poseían flores gigantes que se asemejaban a ojos, ojos que parecían centrarse en Bink. Otras copas de árboles formaban laberintos de ramas entrecruzadas. Mientras observaba, todo el bosque adoptó la forma de un solo rostro humano. ¡NO VAYAS!, articuló.

Bink se detuvo, momentáneamente disgustado. ¿Realmente intentaba hablarle el yermo? ¿Los intereses de quién representaba? Podía estar celoso de su huida hacia el cielo. Hambriento de su cuerpo. O, simplemente, ser maligno.

Crombie había podido con el árbol ahorcador. Chester había perdido su capacidad de oír de forma casual, justo a tiempo para salvarles de la llamada de la sirena. En esas ocasiones, su talento había entrado en acción. ¿Por qué se hallaba quieto ahora?

Miró hacia arriba. El enorme panorama del cielo le aguardaba..., animales, monstruos y gente. En ese momento, todos se hallaban inmóviles en sus lugares, esperando la llegada del grupo de Bink. Allí arriba estaba la aventura.

Continuó el ascenso. Tenía que apresurarse, ya que los otros habían proseguido y, en este momento, se encontraban varias espirales más arriba. ¡No quería llegar tarde a la acción!

Cuando alcanzó al Mago, que se retrasaba con respecto a las vigorosas criaturas de cuatro patas, oyó el zumbido de algo en la oscuridad, a un lado. Parecía un insecto muy grande, uno de esos bichos exóticos. ¡Esperó que no se tratara de otro bicho de oro! Agitó los brazos para asustarlo.

—¡Bink! —llamó una voz pequeña.

¿Y ahora qué? Se estaba agotando debido a su rápido ascenso, al tiempo que tenía que vigilar con cuidado para no dar un traspié, mientras absorbía los esplendores del inmenso dosel de arriba y el ancho disco de abajo. Se hallaba en el centro mismo de una escena fenomenal, deseaba experimentar cada aspecto con total intensidad; no quería que ningún bicho le distrajera.

—¡Lárgate!

El bicho se acercó volando. Irradiaba algo de luz. Era un pez volador que se propulsaba con un chorro de burbujas que salían de su fuselaje, de modo que las alas rígidas le proporcionaban un ascenso suficiente. Las branquias eran tomas de aire, y varias aletas diminutas le suministraban estabilidad y capacidad de maniobra. Bink sabía que los peces voladores eran veloces; tenían que serlo, o de lo contrario caían al suelo. Este llevaba una luz a la espalda, parecida a una linterna en miniatura, y...

—¡Bink! ¡Soy Grundy! —Realmente era el golem, que se agarraba al lomo del pez y lo guiaba tirando de unas pequeñas riendas sujetas a su boca. La mano libre de Grundy sujetaba la lámpara, que parecía ser una estrella diminuta, aprisionada en una red—. Atrapé a este pez tentándole con el lenguaje de los peces; ahora me comprende y me ayuda. He traído la madera inversora de hechizos. —Dio una palmadita a la alforja con la mano que conducía las riendas. Se trataba del trozo nudoso que Bink había tirado.

—¿Cómo puede volar el pez? —inquirió Bink—. ¿Cómo puedes traducir tú? La inversión...

—No afecta al pez porque carece de talento; es mágico —explicó Grundy con

impaciencia—. La madera sólo invierte la magia exterior, no la magia inherente.

—Eso no tiene mucho sentido —repuso Bink.

—La madera invirtió el talento de pico de pájaro, pero no le devolvió su forma humana —continuó el golem—. Estropeó la información del gnomo, pero tampoco le convirtió en un hombre normal. A ti no te afectó porque...

El golem no conocía el talento de Bink; sin embargo, seguía siendo una pregunta importante: ¿había conquistado el talento de Bink a la madera..., o había sido invertido por ella? ¡La respuesta podía ser una cuestión de vida o muerte!

—¿Y qué pasa contigo? —exigió Bink—. ¡Sigues traduciendo!

—Yo no soy real —replicó Grundy, conciso—. Quítame la magia, y no soy más que paja y arcilla. Para mí, la madera es sólo madera.

—¡Pero antes la madera te afectó! Hablaste de forma ininteligible hasta que yo te aparté.

—¿Sí? —preguntó Grundy, sorprendido—. No me di cuenta. Supongo que la traducción es mi talento, de forma... —Se calló, analizándolo—. ¡Ya lo sé! En este momento no estoy traduciendo. ¡Hablo por mí mismo!

Ahí estaba la respuesta.

—Bien, pero mantén alejada de mí esa madera —dijo Bink—. No confío en ella.

—No. He de acercarla a ti. Coloca tu mano en ella, Bink.

—¡No lo haré! —exclamó Bink.

Grundy tiró de las riendas hacia un lado, pateó los flancos del pez y se inclinó hacia delante. El pez giró y aceleró derecho hacia Bink.

—¡Eh! —protestó este, cuando le rozó una mano.

Sin embargo, en ese momento todo cambió. Bruscamente, las estrellas se convirtieron en simples estrellas y los escalones... fueron las ramas de un árbol enrejador. Por encima de él, los otros estaban llegando a su cima, a punto de pisar las ramas más delgadas que no podrían soportar su peso. Crombie ya se hallaba manteniendo la mayor parte de su masa gracias a la ayuda de sus alas, y Chester...

Bink sacudió la cabeza, aturdido. ¡Un centauro trepando por un árbol!

Entonces el pez se alejó, haciendo que retornara la locura. Bink se encontró de nuevo sobre la escalera transparente, ascendiendo hacia las resplandecientes constelaciones.

—¡Es demencial, lo sé! —gritó—. Pero no puedo evitarlo. ¡He de continuar subiendo!

El golem acercó de nuevo el pez.

—¿No puedes rechazarlo ni siquiera cuando sabes que es tu perdición?

—¡Es una locura! —admitió Bink, experimentando una dosis de cordura cuando se le acercó la madera—. ¡No obstante, es verdad! No te preocupes por mí..., yo sobreviviré. ¡Ve a sacar a Chester de esa rama antes de que se mate!

—¡Correcto! —aceptó Grundy.

Espoleó a su montura, que zumbó más alto. Bink prosiguió el ascenso, maldiciéndose por su estupidez.

El pez desapareció en la noche. Únicamente la estrella aprisionada —que Bink ya sabía que se trataba de una baya brillante— indicaba el emplazamiento de Grundy. La luz se acercó al centauro.

—¡Por todos los diablos, golem! —exclamó Chester—. ¿Qué demonios hago subido a un árbol?

Bink no pudo escuchar la parte de Grundy, aunque adivinó su naturaleza. Pasado un momento, Chester comenzó a retroceder por los escalones.

—¡Eh, patán! —gritó el Mago—. ¡Quita tu culo de asno de mi cara!

—Desciende —ordenó el centauro—. No es una escalera, es un árbol. Estamos subiendo a nuestra muerte.

—Es información. ¡Déjame pasar!

—¡Es locura! Grundy, acércale tu madera.

La luz bajó.

—¡Por todas las mollejas galopantes! —aulló Humfrey—. ¡Es un árbol! ¡Tenemos que bajar de aquí!

Pero el centauro había empezado a subir de nuevo.

—Aún no he terminado mi asunto con esa constelación centauro —dijo.

—¡Estúpido equino! —exclamó Humfrey—. ¡Desiste!

El pez descendió a toda velocidad hacia Bink.

—No puedo manejarlos a los dos —indicó Grundy—. Vosotros sois cuatro, y yo sólo dispongo de un trozo de madera.

—El grifo puede volar; de momento estará bien —comentó Bink—. La escalera, quiero decir el árbol, es estrecho. Dale la madera a Chester; nadie podrá pasar al lado de él. Luego ve a buscar más madera.

—Ya había pensado en ello —dijo el golem.

El pez se alejó. Al cabo de un momento, Chester volvió a invertir su curso. El Buen Mago le maldijo con un lenguaje vernáculo nada mágico; sin embargo, se vio obligado a retroceder a la vista del trasero del centauro. Pronto estuvieron justo encima de Bink...; él también les maldijo por impedirle el ascenso.

Las constelaciones, viendo que retrocedían, estallaron con cólera. «¡\*\*\*!», gritó en silencio el centauro celeste. Ante su llamada, los demás monstruos del cielo se agruparon: el dragón, la hidra, la serpiente, el caballo alado, el gigante y, en el río, la ballena.

La locura siguió dominándole, pero Bink ya no deseaba subir por la escalera. Los monstruos se estaban reuniendo en el extremo de la escalera de caracol. La serpiente comenzó a bajar, con su sinuoso cuerpo enroscándose alrededor de la espiral, al

tiempo que los que poseían alas descendían volando. Bink no estaba seguro de si eran reales o ilusorios, o algo entre medio...; pero, al recordar el golpe de la flecha en el árbol perro, no tuvo ningún deseo de arriesgarse.

—¡Hemos de buscar un refugio! —gritó.

Sin embargo, Crombie, que se encontraba en la parte más alta de la escalera y no se veía afectado por la madera, se lanzó a la batalla con el caballo alado.

—¡Squawk! —rugió.

—¡Neigh! —replicó el caballo.

Grundy se dirigió hacia ellos con su montura.

—¡Oooh, lo que han dicho!

Con las alas desplegadas, el grifo y el caballo se enfrentaron, atacando con garras y cascos. Se estableció el contacto; no obstante, debido a la confusión de las alas y los cuerpos entrelazados, Bink no sabía quién iba ganando.

Entonces llegó la serpiente. Chester no podía utilizar con eficacia su arco, ya que ninguna flecha podía recorrer un sendero en espiral; decidió esperarla con la espada empuñada. Bink se preguntó qué veía el centauro; él tenía la madera en la mano y percibía la realidad... o algo. Con toda probabilidad, no se trataba de una serpiente, sino de una amenaza equivalente. Mientras tanto, Bink tenía que interpretarla tal como la veía.

A medida que la enorme cabeza de víbora se le acercaba, el centauro emitió un rugido de advertencia y la golpeó en la nariz. El acero se enfrentó a los colmillos. Los dientes de la serpiente eran grandes y reflejaban la luz de las estrellas, brillando con lo que podía ser veneno. Tenía dos que sobresalían del resto, y los movía con la precisión de un espadachín. Chester se vio obligado a retroceder, ya que sólo disponía de una espada.

En ese instante, Chester imitó al caballo alado y empleó sus cascos delanteros. Sacudió a la serpiente en el hocico, uno-dos, uno-dos, mientras la mareaba con la espada. Sus patas delanteras no tenían la fuerza de las traseras, pero los cascos disponían de bordes afilados y un efecto acumulativo que podía resquebrajar la corteza de un árbol, o las escamas de una serpiente.

¿Qué ocurriría si la madera tocaba a la serpiente?, se preguntó Bink. ¿Le proporcionaría una visión distinta de la realidad? ¿Le parecería, entonces, que el centauro era algo diferente? ¿Cómo podía estar seguro alguien de cuál era la magia real y cuál la falsa?

La serpiente siseó y abrió tanto sus fauces que su boca adquirió la altura del centauro. La sinuosa lengua se deslizó fuera para enroscarse alrededor del brazo con que el centauro empuñaba la espada, inmovilizándolo; sin embargo, Chester cambió el acero a su otra mano y, limpiamente, le cercenó la lengua. La serpiente emitió un aullido siseante de agonía y cerró la boca de golpe, castañeteando los colmillos.

Chester se tomó un momento para quitarse el segmento de lengua que tenía en el brazo, y luego siguió cortándole el hocico. Mantenía su terreno.

Llegó el dragón. Se cernió sobre el Buen Mago. Quizás Humfrey estuviera atrapado en la locura, pero no era un idiota. Introdujo la mano en el interior de su chaqueta y la sacó con un frasco. No obstante, el ataque del dragón fue tan rápido que no le dio tiempo a abrir el contenedor. En vez de ello, Humfrey lo lanzó a las fauces abiertas. El dragón lo mordió de forma automática. El frasco se quebró entre sus dientes. El vapor estalló, expandiéndose en una nube que salió con fuerza por entre los dientes de la bestia y se solidificó alrededor de su cabeza. Sin embargo, no cobró ninguna forma..., ningún demonio, ninguna pantalla de humo, ni siquiera un sandwich. Simplemente permaneció ahí, endureciéndose.

—¿Qué ocurre? —inquirió Bink en voz alta—. ¿Ha funcionado mal el frasco?

—Tuve que coger uno al azar —replicó Humfrey—. Es..., me parece que es una espuma aislante.

—¿Qué?

—Una espuma aislante. Se expande, luego se endurece allá donde la colocaste y mantiene las cosas calientes... o frías.

Bink sacudió la cabeza. Ciertamente, el Mago estaba loco.

¿Cómo podía funcionar algo para mantener las cosas calientes o frías? O era como el fuego, para calentar, o era como el hielo, para enfriar. ¿Y por qué alguien se molestaría con una magia de ese tipo?

Sin embargo, el dragón no lo estaba tomando con ecuanimidad. Se dobló en medio del aire y sacudió la cabeza de lado a lado con violencia, tratando de quitarse de encima esa cosa pegajosa. Masticó y tragó con el fin de eliminar la espuma.

—Si yo fuera tú, no lo haría —le dijo Humfrey.

El dragón le ignoró. Rugió. Luego tosió y resopló, creando una cabeza de fuego en su estómago. Dio vueltas y sus aleteantes alas arrojaron trozos de espuma endurecida. Inmediatamente después, se orientó hacia el Mago y lanzó su terrible fuego.

Lo único que surgió fue una pequeña llama. Luego, de forma sorprendente, el cuerpo del dragón comenzó a hincharse. Se infló como un globo, hasta que sólo las patas, la cola, los extremos de las alas y el hocico quedaron fuera de la bola.

—¿Qué...? —preguntó Bink, sorprendido.

—El aislante se endurece en el acto con el calor —explicó Humfrey—. De modo que el propio fuego del dragón lo solidificó. Desafortunadamente, ese aislamiento en particular también es...

El dragón estalló. Un montón de estrellas salieron disparadas en todas direcciones, chamuscando el follaje de la jungla, pasando al lado de Bink y realizando una maravillosa exhibición en el cielo.

—...explosivamente inflamable cuando se lo enciende —terminó Humfrey.

Observaron cómo las estrellas de curso ascendente llegaban a sus alturas y, luego, estallaban en una exhibición de chispas multicolor. Durante un breve momento todo el cielo nocturno se hizo más brillante.

—Intenté advertírselo al dragón —comentó Humfrey sin simpatía—. Uno no puede aplicar una llama abierta a un aislante inflamable.

Interiormente, Bink no pudo culpar al dragón por el malentendido. Él habría cometido el mismo error que el dragón. Si su talento se lo hubiera permitido. Sin embargo, esto le señaló una cosa: si alguna vez (¡que nunca ocurriera!) mantenía una disputa seria con el Buen Mago, ¡tendría que tener mucho cuidado con esas botellas mágicas! Nunca se sabía lo que podía surgir de ellas.

Ese fue el instante en que un monstruo encontró a Bink. Se trataba de la hidra. No tenía alas, y tampoco podía haber usado la escalera, ya que estaba bloqueada por la serpiente. Al parecer, la hidra había descendido por una cuerda..., pero no había ninguna a la vista.

Bink se volvió hacia el monstruo, blandiendo la espada. Estaba en una forma excelente; cortó la más cercana de las siete cabezas de un modo limpio, justo por detrás de los cuernos; salió despedida por los aires. De su cuello brotó un líquido viscoso, con tanta fuerza que el chorro se separó en dos. ¡Si eso hubiera sido lo único que hacía falta para derrotar al monstruo, Bink no habría tenido problemas!

Los dos chorros se coagularon en medio del aire, formando dos muñones gemelos que seguían unidos al cuello. A medida que continuaba saliendo el líquido salpicaba los muñones, endureciéndolos, haciéndolos más grandes. Brotaron excrecencias, y el color se oscureció, hasta...

¡Los muñones se convirtieron en dos cabezas nuevas! Cada una era más pequeña que la original, pero igual de feroces. Lo único que había conseguido Bink era duplicar la amenaza a la que se enfrentaba.

Eso era un problema. Si cada cabeza que cortara se transformaba en dos más, cuanto más tiempo y mejor luchara, ¡peor iba a ser! Pero, si no luchaba bien, pronto se vería consumido por siete..., no, por ocho cabezas.

—¡Toma, Bink! —llamó Chester, arrojándole algo.

A Bink no le gustó la interrupción de su concentración; sin embargo, tendió el brazo para coger lo que fuera. En la oscuridad, sus dedos sólo consiguieron cambiar su trayectoria. En el momento en que lo tocaron, recuperó su cordura. Se vio a sí mismo en una rama del árbol, con la espada apuntando a...

En ese momento la madera inversora de hechizos se alejó, y la locura retomó su dominio sobre él. Vio que el trozo de madera volaba hacia la hidra..., y una de las cabezas se tendió para tragarla.

Momento en el que Bink reanudó su anterior línea de pensamiento. ¿Qué haría un

inversor de hechizos en el interior de un monstruo imaginario? Si de verdad la forma de la hidra era un producto de la percepción distorsionada de Bink —de la locura que compartía con sus amigos— debería ser anulada...; no, la madera tenía que hallarse cerca de él para anular a los monstruos que percibía. No obstante, como sus amigos también veían a los monstruos, y no podía estar cerca de todos al mismo tiempo..., eso significaba que la madera no podía afectar al monstruo, a no ser que este tuviera una realidad objetiva. Aun entonces, la madera no afectaría la forma de la hidra, sólo su talento..., si es que la hidra poseía algún talento. La mayoría de las criaturas mágicas carecían de talentos; su magia consistía en su misma existencia. Así que..., no debería ocurrir nada.

La hidra aulló con sus ocho bocas. Cayó bruscamente al suelo. Yació inmóvil, y sus estrellas comenzaron a desvanecerse.

Bink la observó con la boca abierta. La hidra no había cambiado de forma..., había sido destruida. ¿Qué había ocurrido?

Entonces lo analizó. Después de todo, la hidra poseía un talento mágico: el de sostenerse por una cuerda invisible. La inversión del hechizo producido por la madera había anulado esa magia, haciendo que el monstruo cayera hacia su muerte. Su cuerda invisible no había desaparecido; había actuado para tirar de la criatura hacia abajo con la misma fuerza con que la había alzado antes. ¡Desastre!

Pero ahora la madera había desaparecido. ¿Cómo iban a escapar de la locura?

Bink alzó la vista. El agente espumoso del Buen Mago había destruido al dragón, y los cascos y la espada de Chester habían hecho retroceder a la serpiente. El espíritu combativo de Crombie resultó ser demasiado para el caballo alado. Las batallas individuales se habían ganado. Sin embargo, la guerra seguía siendo poco prometedora.

Un cierto número de constelaciones habían permanecido en el cielo. El centauro, el gigante y la ballena no descendieron porque carecían de alas o de magia voladora, ya que la escalera estaba obstruida por la serpiente. En ese momento, al ver el destino de sus compañeros, los tres rugieron su cólera desde la seguridad de sus lugares nocturnos. De sus bocas salieron novas y planetas con anillos, truenos diminutos y cometas con las colas anudadas, en una confusa profusión y maravillosa invectiva, con la ballena lanzando los trazos más obscenos.

—¿Oh, sí? —inquirió Chester con bravuconería—. ¡Subiremos hasta ahí y os haremos lo mismo! ¡Vosotros sois los cobardes que comenzasteis todo!

Crombie, Humfrey y Bink formaron una pina a su alrededor.

—¡No, deteneos! —gritó Grundy desde su pez volador, dando vueltas en una trayectoria estable—. Todos habéis visto la naturaleza de vuestra locura. ¡No cedáis de nuevo ante ella! ¡Pasaos la madera, recuperad vuestra perspectiva, pisad de nuevo el suelo! ¡No permitáis que los fantasmas os tienten a vuestra destrucción!

—¿Sabéis?, tiene razón —murmuró Humfrey.

—¡Yo dejé caer la madera! —gritó Bink—. ¡Dejé caer nuestra cordura!

—¡Entonces, ve a buscarla! —exclamó el golem—. Y tú, trasero de caballo..., tú se la arrojaste a él. Baja y ayúdale.

—¡Squawk! —chilló Crombie.

—Pico de pájaro dice que subirá él solo para adjudicarse toda la gloria.

—¡Oh, no lo hará! —rugió Chester.

—¡Exacto! —estuvo de acuerdo el golem—. Para ser justos, tenéis que ir juntos. Vosotros, las criaturas reales, le dais importancia a la justicia, ¿verdad? ¿O el honor es ajeno a ti, pico de pájaro? ¿O no deseas la competencia de trasero de caballo, ya que sabes que te dejaría en mal lugar si no dispusieras de ventaja?

—¡Squawk! ¡Squawk!

Bink casi creyó que veía salir cometas de la boca de Crombie.

—¡Exacto! Prueba que eres su igual en cualquier lugar, en cualquier momento..., bajando para encontrar la madera antes de que lo haga él. Y llévate al gnomo contigo. Trasero de caballo puede cargar con el insípido.

¿Insípido? ¿Así había decidido llamarle el golem? La presión sanguínea de Bink empezó a aumentar. Sólo porque su talento no era visible...

—¡De acuerdo, que todo el estiércol caiga sobre vosotros! —dijo Chester—. Bajaré a coger la estúpida madera. ¡Luego, hacia la gloriosa batalla!

De ese modo tan poco glorioso descendieron por la escalera translúcida.

Los monstruos de arriba estallaron llenos de burla. El cielo se iluminó con sus exclamaciones: detonaron cerezas bomba de varios y silenciosos colores, tornados resplandecientes, incendios forestales. La ballena desvió al Río Erídano de forma que sus aguas cayeron en animada catarata. El gigante esgrimió su enorme mazo, sacando estrellas de sus órbitas, arrojándolas abajo. El centauro disparó flechas luminosas.

—¡Moveos, patanes! —aulló el golem—. Alejaos de sus desafíos. ¡Eso los enloquece más que ninguna otra cosa que podáis hacer!

—Hey, es cierto —corroboró Chester—. Eres bastante inteligente para ser un manojo de paja y brea.

—Estoy cuerdo... porque no dispongo de ninguna de las estúpidas emociones de realidad que pueden interferir con mis procesos mentales —dijo Grundy—. Cuerdo... porque soy de paja y brea.

—Por lo tanto, eres el único que está cualificado para sacarnos fuera de la locura —comentó el Mago—. Eres el único que puede percibir la realidad objetiva..., porque no posees un aspecto subjetivo.

—Sí, ¿no es fabuloso? —Sin embargo, el golem no parecía feliz.

De repente, Bink comprendió que Grundy se les uniría con todas sus ganas en la locura, aunque sabía que únicamente conducía al desastre, si con ello pudiera probar

su realidad. Sólo la irrealidad del golem le permitía aferrarse a la vida que poseía. ¡Qué destino paradójico!

Una flecha golpeó en un arbusto con flores gato que había justo a su lado. La planta maulló y escupió, tirando de la flecha; luego, la atacó una y otra vez con sus patas pimpla.

—¡Oh, cómo desearía meterle una flecha por debajo de la cola! —murmuró Chester—. Ese centauro es una desgracia para la especie.

—Primero, encuentra la madera —gritó Grundy.

Una de las estrellas azotadas por el gigante pasó zumbando por encima de la cabeza de Bink e incendió un árbol de caucho. La planta se estiró de forma tremenda, tratando de apartarse de su propia substancia ardiente. El olor fue horrible.

—Entre el humo no podremos encontrar nada —se quejó Chester mientras tosía.

—¡Entonces, seguidme! —exclamó Grundy, mostrándoles el camino con su pez.

Asfixiándose, siguieron al golem. Las constelaciones se enfurecieron encima de ellos y lanzaron andanadas de proyectiles; ninguno dio en el blanco. La locura no tenía poder alguno sobre el liderazgo cuerdo.

¡Pero la locura lo intentó! La ballena volvió a coger al río y, con un tirón brutal, lo sacó de su nuevo canal. El agua chorreó a través del campo estrellado en un curso lechoso y delgado, formando una inundación. Entonces encontró un canal nuevo y siguió su curso, arrancando varias estrellas que crecían en su lecho, y se volcó en dirección del suelo.

—¡Cuidado! —gritó Bink—. ¡Nos hallamos al pie de ese manantial!

Era cierto. La masa de agua caía sobre ellos como una avalancha acuática. Con desesperación, intentaron apartarse de su trayectoria...; sin embargo los cogió, empapándoles con su fluido lechoso, rompiendo alrededor de ellos con el ruido del trueno, cubriéndoles hasta la cintura. Crombie arqueó la espalda, mojado; las plumas habían perdido todo su lustre. Chester pasó los brazos alrededor de su torso humano, como si buscara apartar al líquido. Y el Mago...

El Buen Mago se hallaba envuelto en una toalla grande, brillante, que una vez fue suave. Empapado, era peor que si no tuviera nada.

—El frasco equivocado —explicó con timidez—. Quería un impermeable.

Lograron salir penosamente de la cascada inmediata y más allá de los residuos. Bink estaba temblando; el agua del río celestial era helada. La locura había sido fascinante justo en el momento en que las constelaciones cobraron vida; pero, en ese momento, deseó estar en el calor de su casa, seco, junto a Camaleón.

¡Ah, Camaleón! Le gustaba especialmente en su fase «normal», cuando no era ni bella ni inteligente, sino de una agradable normalidad. Como cambiaba continuamente, en ese breve período en que era normal parecía siempre tan fresca. No obstante, la amaba con cualquier forma e intelecto..., más aún en momentos

como este, cuando se encontraba mojado y helado, cansado y con miedo.

Le dio un manotazo a una estrella que pasaba, liberando parte de su incomodidad. Era muy probable que la mota brillante se sintiera tan miserable como él, arrancada de su lugar en el cielo, convertida en un simple residuo en la tierra.

El agua de aquí era muy poco profunda para la ballena, el único monstruo celeste que en este momento podría haber sido una verdadera amenaza. El grupo salió fuera del fango.

—En la vida real, esto debe ser una tormenta de truenos —comentó Chester.

La caminata se hizo interminable. El golem no cesaba de darles prisa a través de la noche. La ira de las constelaciones les persiguió un trecho, luego se perdió cuando ellos se introdujeron bajo el dosel de la selva. Sin embargo, la locura permaneció con ellos. El suelo pareció convertirse en una masa de mantequilla de cacahuets, ondulando bajo sus pisadas. Los árboles, peligrosos en sí mismos, parecieron adquirir una amenaza alienígena: se volvieron de color púrpura y vibraron a coro, ofreciéndoles frutas oblongas y siniestras.

Bink supo que la locura, ya tuviera un aspecto benigno o maligno, les destruiría en un momento si cedían a ella. Su sentido de la autoconservación le alentó a resistir, y su resistencia se hizo más fuerte con la práctica...; aun así, todavía no pudo penetrar de lleno en la realidad. En un sentido, se parecía a la ilusión de la Reina...; pero esta afectaba a la emoción al igual que a la percepción, por lo que resultaba más traicionera.

Escuchó que el golem le graznaba a Crombie en el lenguaje de los grifos; luego vio que Grundy posaba su pez volador en la cabeza de Crombie. Aparentemente, el pez se hallaba cansado y tenía que reposar.

—Se merece un premio —comentó Bink—. Por su oportuno servicio.

—¿Lo merece? ¿Por qué? —preguntó Grundy.

Bink iba a responderle cuando se dio cuenta de la futilidad de ese acto. El golem no era real; no se preocupaba. Grundy hacía lo que tenía que hacer; la consciencia y la compasión humanas no formaban parte de su carácter.

—Acepta mi palabra: el pez debe ser premiado. ¿Qué le gustaría?

—Es muy complicado —murmuró Grundy. No obstante, le silbó y gorgoteó al pez—. Quiere una familia.

—Todo lo que necesita es una hembra de su especie —señaló Bink—. O un macho, en caso de que sea una hembra.

Más lenguaje de pez.

—En la región de la locura no puede encontrar ninguna —explicó el golem.

—Un poco de esa madera inversora de hechizos le solucionaría el problema —dijo Bink—. De hecho, a todos nos vendría bien un poco. La locura y el agua nos confundieron tanto, que en ningún momento pensamos en lo más obvio. Veamos si el

talento de Crombie nos puede localizar un poco más de esa madera.

Crombie graznó consternado al darse cuenta de la razón que tenía. Giró y señaló... justo a un temblequeante montículo de gelatina.

—Eso es un árbol chupasangre —repuso Grundy—. ¡No podemos meternos ahí!

—¿Por qué no? —preguntó Chester, en broma—. Si tú no posees nada de sangre.

—La madera debe hallarse detrás —dijo Bink—. El talento de Crombie sigue funcionando; pero hemos de tener cuidado con los peligros incidentales que surjan a lo largo del trayecto, y ahora más que nunca. En la noche, con la locura..., sólo tú puedes hacerlo, Grundy.

—¡He estado haciéndolo! —exclamó Grundy, ofendido.

—Necesitamos un poco de luz —indicó Chester—. Pico de pá..., eh, Crombie, ¿dónde podemos conseguir una luz inofensiva?

El grifo señaló. Había una bandada de cosas gordas y de patas largas, con unos ojos horrendamente brillantes. Bink se acercó con cautela y descubrió que se trataba de plantas, no de animales; lo que les había parecido patas eran en realidad tallos. Cogió uno, y el ojo proyectó un haz que iluminó todo en lo que se posaba.

—En realidad, ¿qué es esto? —preguntó Bink.

—Una flor antorcha —contestó Grundy—. Ten cuidado de no incendiar el bosque.

La lluvia había cesado, pero el follaje seguía goteando.

—De momento, no hay peligro de que eso ocurra —comentó Bink.

Armados con sus luces, se encaminaron en la dirección que les había señalado Crombie en busca de la madera, dando rodeos para evitar los peligros que percibía el golem. Estaba claro que no podrían haber sobrevivido a las trampas naturales de la jungla sin la guía del golem. Habría sido bastante malo en circunstancias normales; la locura lo hacía imposible.

Llegaron de repente. Un tocón monstruoso crecía del suelo. En la base era tan grueso como lo que podía abarcar un hombre con los brazos, pero se interrumpía a la altura de la cabeza en una ruina irregular.

—¡Qué árbol debió ser! —exclamó Bink—. Me pregunto cómo habrá muerto.

Se acercaron al tocón y, de pronto, estuvieron cuerdos. Los ojos brillantes que sostenían quedaron revelados como las flores antorcha que les había dicho el golem; el corazón de la jungla mostró su verdadera magia en vez de su magia loca. De hecho, Bink sintió la cabeza más despejada que nunca en su vida.

—El hechizo de la locura..., ¡ha sido invertido para volvernos absolutamente cuerdos! —exclamó—. ¡Como el golem!

—¡Mirad el sendero por el que vinimos! —señaló Chester—. Esquivamos espinas venenosas, hierba carnívora, árboles de gasolina..., ¡nuestras antorchas podrían haber hecho que toda esta región volara por los aires!

—Como si yo no lo supiera —murmuró Grundy—. ¿Por qué crees que no paraba de gritaros? Si tuviera nervios, ahora estarían destrozados. Cada vez que os apartabais del camino que yo indicaba...

Las cosas siguieron aclarándose para Bink.

—Grundy, ¿por qué te molestaste en ayudarnos en vez de huir en tu pez? Te tomaste unas molestias extraordinarias...

—¡El pez! —exclamó Grundy—. ¡He de liberarlo! —Arrancó una astilla del enorme tocón y la fijó a la aleta dorsal del pez con un poco de su propia paja—. Ya está, ojos saltones —le dijo, con algo sospechosamente parecido al afecto—. Mientras lleves la madera, verás las cosas como realmente son en la región de la locura. Así podrás localizar a tu pez hembra. Una vez que lo hayas logrado, títala; tengo entendido que no es bueno ver a una mujer de forma muy realista.

Crombie emitió con énfasis un graznido de asentimiento que no requirió traducción alguna.

El pez alzó el vuelo, subiendo al cielo con un poderoso impulso de burbujas, esquivando con habilidad las ramas que se interponían en su camino. Aliviado del peso del golem e ilusionado por la esperanza de un romance loco, se movía a gran velocidad.

—¿Por qué hiciste eso? —le preguntó Bink al golem.

—¿Te falla la memoria? ¡Tú me lo dijiste, zoquete!

—Quiero decir, ¿por qué lo hiciste con tanto cariño? Mostraste un sentimiento verdadero hacia ese pez.

—No es posible —restalló Grundy.

—¿Y por qué nos guiaste a todos a través de los peligros? Si hubiéramos muerto, tu obligación con el Buen Mago se habría terminado.

—¿De qué me habría servido? —exigió Grundy, dándole una patada a un trozo de hierba.

—Te habría liberado —dijo Bink—. En cambio, te tomaste un montón de molestias para sacarnos de la escalera y conducirnos a la seguridad. No tenías por qué hacerlo; tu trabajo es la traducción, no el liderazgo.

—Escucha, insípido..., ¡no tengo que soportar la mierda que me estás tirando!

—Piénsalo —comentó impasible Bink—. ¿Por qué ayudar a un insípido?

Grundy lo pensó.

—Veo que también yo padecí la locura —admitió.

—¿Cómo podías estar loco..., si la locura no te afectó?

—¿Adónde quieres llegar? —exigió Chester—. ¿Por qué acosas al golem? Realizó un buen trabajo.

—Porque el golem es un hipócrita —replicó Bink—. Sólo hay una razón por la que nos ayudó.

—¡Porque me preocupé por vosotros, zoquete! —aulló Grundy—. ¿Por qué he de justificar el haberos salvado las vidas?

Bink guardó silencio. Crombie, Chester y el Buen Mago miraron al golem sin pronunciar palabra.

—¿Qué he dicho? —exigió encolerizado Grundy—. ¿Por qué me estáis mirando, mangantes?

Crombie graznó.

—Pico de pájaro dice... —el golem se detuvo—. Dice..., ¡no puedo entender lo que dice! ¿Qué me ocurre?

—La madera de este árbol invierte los hechizos —explicó Humfrey—. Ha cancelado tu talento.

—¡No estoy tocando la madera!

—Tampoco nosotros —repuso Bink—. Sin embargo, todos estamos cuerdos, porque la atmósfera del tocón es mucho más fuerte que un fragmento de madera. Esa es la razón por la que ahora podemos percibirte tal como eres. ¿Te das cuenta de lo que has dicho?

—Así que la madera estropea mi talento lo mismo que el vuestro. ¡Ya lo sabíamos!

—Porque cambia nuestra magia sin modificarnos a nosotros —continuo Bink—. Porque lo que nosotros somos es real.

—¡Pero eso significaría que yo soy real en parte!

—Y que te preocupas en parte —dijo Chester.

—¡Fue una manera de hablar! ¡No poseo emociones!

—Aléjate del árbol —pidió Bink—. Apártate del alcance del tocón. Dinos lo que ves.

Grundy retrocedió y miró a su alrededor.

—¡La selva! —gritó—. ¡Ha cambiado! ¡Está loca!

—Sientes —comentó Bink—. La Respuesta del Buen Mago. En tu esfuerzo por salvarnos, recorriste la mitad de tu destino. Has comenzado a aceptar las responsabilidades de ser real. Sientes compasión, ira, experimentas el placer, la frustración y la incertidumbre. Hiciste lo que hiciste debido a que la consciencia va más allá de la lógica. ¿Vale la pena?

Grundy contempló las distorsiones que había fuera del tocón.

—¡Es la locura! —exclamó, y todos rieron.

## Demonios del vórtice

Al amanecer salieron de la región de la locura; cada uno llevaba consigo un trozo de la madera que invertía los hechizos. El viaje resultó tedioso; a intervalos, le quitaban a Crombie su trozo de madera para que les indicara la mejor ruta inmediata; luego, se lo devolvían para que pudiera percibir con exactitud las amenazas hasta la siguiente orientación.

Una vez fuera, localizaron un nido razonablemente seguro en un árbol pata de cigüeña y colocaron las piezas de madera en círculo alrededor de sus delgados troncos, de forma que ninguna magia hostil pudiera aproximárseles sin invertirse. No resultaba una defensa perfecta; sin embargo, se hallaban tan cansados que se conformaron con ella.

Varias horas más tarde Bink se despertó, se desperezó y bajó. El centauro seguía alojado sobre una rama ancha, con los cuatro cascos colgando a los costados; parecía que la experiencia de trepar por el árbol durante la locura había añadido un talento no mágico a su repertorio. El Mago yacía acurrucado en el interior de una red que había conjurado de uno de sus frascos. Crombie, siempre el buen soldado, ya estaba levantado, reconociendo la zona; le acompañaba el golem.

—Algo que quisiera saber... —comenzó Bink, al tiempo que mordía trozos de pan de pasas de una barra que Crombie había arrancado de un árbol local de frutas de pan. Estaba un poco demasiado maduro; por lo demás, era excelente.

Crombie graznó.

—...es quién destruyó el árbol de inversión de hechizos —finalizó Grundy.

—¡De nuevo estás traduciendo!

—En este momento no toco ninguna madera —aventuró el golem—. Sin embargo, creo que no soy tan real como cuando experimentamos la locura ayer por la noche.

—Aun así, debe quedar todavía algo en tu interior —murmuró Bink—. Quizá sea como nuestro avance: dos pasos adelante, uno atrás...; pero no debes rendirte nunca.

Grundy mostró más animación.

—¡Hey, esa es una forma positiva de encarar el asunto, cerebro derretido!

A Bink le agradó haberle animado, aunque el golem seguía conservando su áspera manera de hablar.

—¿Cómo supiste lo que iba a preguntar? Me refiero a la destrucción de...

—Siempre haces preguntas, Bink —replicó el golem—. De modo que busquemos el emplazamiento del tema que tocaría tu próxima pregunta. Encajó con el tocón de madera. Por ello, investigamos. Fue todo un desafío.

¡Era una ramificación fascinante del talento de Crombie! ¡La anticipación de las

respuestas de preguntas futuras! La magia no cesaba de dar sorpresas.

—Sólo a una criatura real le atraen los desafíos —observó Bink.

—Supongo que sí. Ahora que sé que es posible, es bastante divertido el desafío de convertirte en alguien real. Significa que, a partir de este momento, temo la muerte que me llegará con toda seguridad. —Se encogió de hombros, olvidándose del tema—. De cualquier forma, el árbol fue incinerado por una maldición proveniente de esa dirección. —Señaló.

Bink miró.

—Lo único que veo es un lago. —Luego, sorprendido, añadió—: ¿No comentó el ogro algo acerca de...?

—Los demonios del lago, que lanzaron una maldición que quemó todo el bosque —dijo Grundy—. Lo comprobamos: es el mismo.

Humfrey bajó del árbol.

—Será mejor que embotelle parte de esta madera, si logro que mi magia funcione con ella —comentó—. Nunca se sabe cuándo podrá sernos de utilidad.

—Proyecta un hechizo que la lance lejos de tu frasco —le sugirió Chester.

Después de unas cuantas maniobras que pusieron en peligro su trasero, él también se había dejado caer al suelo. El hábitat de los centauros no eran los árboles.

El Mago preparó el frasco y la madera y musitó un encantamiento. Surgió un relámpago, una columna de humo; casi de inmediato, la atmósfera comenzó a aclararse.

Allí estaba el frasco tapado. Allí estaba la madera. El Buen Mago había desaparecido.

—¿Adónde fue? —preguntó Bink.

Crombie giró y señaló con su ala. Directamente hacia la botella.

—¡Oh, no! —exclamó Bink, horrorizado—. ¡Su hechizo sí que se invirtió! ¡Le desterró a él a la botella!

Cogió el frasco y lo descorchó. Salió el vapor, se expandió en un remolino y se solidificó, cobrando la forma del Buen Mago. Sobre su cabeza tenía un huevo frito.

—Olvidé que en ese frasco guardaba el desayuno —comentó, irritado.

Grundy ya no pudo contener sus emociones recién descubiertas. Estalló en una carcajada. Cayó al suelo y se revolcó mientras se reía.

—¡Oh, nadie puede entender los peligros que ha visto! —jadeó el golem, entrando en un paroxismo mayor.

—El sentido del humor forma parte de ser real —repuso Chester con solemnidad.

—Así es —corroboró Humfrey con aspereza—. Menos mal que ningún enemigo se apoderó de la botella. Su poseedor tiene poder sobre el contenido.

El Mago lo volvió a intentar otra vez..., y otra. Pasado un tiempo, halló el aspecto adecuado de la inversión y consiguió conjurar la madera al interior del frasco. Bink

esperó que el esfuerzo valiera la pena. Por lo menos, ya había descubierto la forma en que el Mago había reunido sus artículos. Sencillamente, embotellaba todo lo que creyera que podía llegar a necesitar.

En ese momento, Bink descubrió otro montículo de tierra.

—¡Eh, Mago! —llamó—. Ya es hora de que investigues esto. ¿Qué es lo que provoca esos montículos? ¿Están diseminados por todo Xanth, o sólo donde nos encontramos nosotros?

Humfrey se acercó para contemplar el montón de tierra.

—Supongo que será mejor que lo haga —gruñó—. Había uno en la isla de la sirena y otro en nuestro campamento óseo. —Extrajo su espejo mágico y le preguntó con sequedad—: ¿Qué es esto?

El espejo se nubló, pensativo; luego, se aclaró. Produjo la imagen de una criatura parecida a un gusano.

—¡Es un culebreador! —exclamó Bink, asustado—. ¿Ha aparecido otro enjambre?

—No es un culebreador —dijo Chester—. Observa la escala. Es diez veces más grande. —En el espejo, al lado del gusano, apareció una regla, que confirmó que era diez veces mayor que un culebreador—. ¿No recuerdas tu taxonomía? Se trata de un serpenteador.

—¿Un serpenteador? —preguntó Bink, sin comprender. No deseaba reconocer que jamás había oído hablar de esa especie—. A mí me parece un culebreador enorme.

—Son primos —explicó Chester—. Los serpenteadores son más grandes, más lentos, y no se juntan en enjambres. Son criaturas solitarias que viajan por debajo del suelo. Son inofensivos.

—Sin embargo, los montículos de tierra...

—Olvidé esa característica —repuso Chester—. Debí reconocer las señales antes. Echan la tierra de sus túneles detrás de ellos; en el lugar que tocan la superficie, se junta en un montículo. A medida que continúan su excavación, la tierra que abren tapa el agujero, razón por la que no queda nada salvo el montón de tierra.

—Pero ¿qué hacen?

—Se mueven y forman montículos. Eso es todo.

—Aun así, ¿por qué me siguen? Yo no tengo nada que ver con los serpenteadores.

—Puede que se trate de una coincidencia —replicó Humfrey. Se dirigió al espejo—: ¿Lo es?

En el espejo apareció la cara triste del bebé.

—Eso significa que alguien, o algo, le ha ordenado al serpenteador que nos espíe —dijo Humfrey, y el espejo sonrió—. La pregunta es: ¿quién?

El espejo se oscureció.

—¿La misma fuente de la magia? —exigió Humfrey. El espejo lo negó—. ¿El enemigo de Bink, entonces?

El bebé sonriente regresó.

—¿No son los mismos demonios del lago? —inquirió Bink.

El bebé sonrió.

—¿Quieres decir que son los mismos?

—No confundas al espejo con tu ilógica —centelleó el Mago—. ¡Dijo que no eran los mismos!

—Eh, sí —dijo Bink—. No obstante, si nuestro camino nos lleva más allá de los demonios, nos encontramos con un problema. Como el enemigo nos está espiando y entorpeciendo, seguro que provocará a los demonios para que nos hostiguen.

—Creo que tienes razón —afirmó Humfrey—. Quizá ya sea hora de que gaste un poco más de mi magia.

—¡Alabado seas! —exclamó con ironía Chester.

—¡Silencio, cara de caballo! —restalló Humfrey—. Veamos. ¿Tenemos que pasar al lado de los demonios del lago para llegar a nuestro destino?

El espejo sonrió.

—¿Poseen los demonios la suficiente magia de maldición como para incinerar bosques enteros?

El espejo lo confirmó.

—¿Cuál es el mejor camino para evitar los problemas?

El espejo mostró una imagen de Bink contemplando una obra de teatro.

Humfrey alzó la vista.

—¿Tiene esto algún sentido para vosotros?

Crombie graznó.

—¿Dónde estoy yo? —tradujo Grundy.

—Deja que plantee la cuestión de otro modo —dijo Humfrey rápidamente—. ¿Dónde se encuentra Crombie mientras Bink contempla la obra de teatro?

El espejo mostró uno de los frascos del Mago.

El grifo prorrumpió en una colérica serie de graznidos.

—¡Oh, vamos, cerebro de pájaro! —repuso el golem—. Sabes que no puedo repetir esas palabras en público. No si quiero volverme real.

—La preocupación de cerebro de pájaro es comprensible —intervino Chester—. ¿Por qué va a ser desterrado a una botella? Tal vez nunca salga de allí.

—¡Se supone que soy yo el que traduce! —exclamó Grundy, olvidando su queja anterior.

Humfrey se guardó el espejo.

—Si no queréis oír mi consejo —le informó a Crombie—, hacedlo a vuestra manera.

—Vosotros, gente temperamental, ya empezáis a pelearos de nuevo —dijo Grundy—. Lo más racional es escuchar el consejo, analizar las alternativas, discutir las, y formar un consenso.

—El pequeño bandido tiene toda la razón —repuso Chester.

—¿Qué pequeño bandido? —exigió Grundy.

—Creo —intervino sombríamente el Mago— que el gárrulo del golem estaría mejor en la botella.

—Otra vez estamos peleándonos —comentó Bink—. Si el espejo dice que nuestro paso al lado de los demonios será mejor en el interior de botellas, yo prefiero arriesgarme a eso antes que a la clase de peligros que acabamos de atravesar.

—Tú no has de arriesgarte a nada —señaló Grundy—. Lo único que tienes que hacer es observar una obra tonta.

—Confío en mi espejo —aseveró Humfrey; el espejo se ruborizó con tanta intensidad que se pudo ver un leve resplandor a través de la chaqueta—. Para probarlo, someteré mi persona al embotellamiento. Creo que la que usaba Beauregard está bien amueblada y es lo suficientemente grande como para que quepan dos. ¿Qué os parece si Crombie, Grundy y yo entramos en el frasco y se lo damos a Bink para que lo lleve? Luego, podrá montar en Chester e ir a presenciar la obra.

—Estoy dispuesto —aceptó Bink. Se preguntó si el Buen Mago se llevaría consigo todas sus botellas al interior del frasco. Parecía un poco paradójico, aunque, sin duda, era posible—. Sin embargo, no sé cuál es el emplazamiento exacto de los demonios; y preferiría no toparme con ellos de forma inesperada. Quizá, si nos acercamos con cuidado y respeto, se comporten menos demoníacamente.

Crombie señaló el lago.

—Sí, lo sé. Pero ¿en qué parte del lago? ¿Al comienzo? ¿En una isla? Quiero decir, antes de dirigirme inocentemente hacia una maldición incineradora...

Crombie graznó y desplegó las alas. Sus orgullosos colores se encendieron cuando alzó el vuelo y se dirigió al lago.

—¡Aguarda, cerebro de plumas! —gritó Chester—. ¡En el aire te verán! ¡Nos descubrirás a todos!

No obstante, el grifo le ignoró.

Observaron cómo Crombie volaba con gracia sobre el agua y su plumaje pasaba del rojo al azul y luego al blanco.

—¡Tengo que reconocer que el maldito tipejo es un animal hermoso! —murmuró Chester.

En ese momento, el grifo plegó las alas y cayó hacia la superficie del lago, dando vueltas en el aire.

—¡Una maldición! —gritó Bink—. ¡Lo derribaron con una maldición!

La figura se enderezó en el acto, recuperó altitud, y voló de regreso. Crombie

parecía hallarse en perfecto estado.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Bink cuando el grifo aterrizó—. ¿Fue una maldición?

—¡Squawk! —replicó Crombie. Grundy tradujo—: ¿Qué maldición? Caí en picado para ver más de cerca a los demonios. Residen debajo del agua.

—¡Debajo del agua! —exclamó Bink—. ¿Cómo podremos llegar hasta ellos?

Humfrey sacó otro frasco y se lo dio a Bink.

—Con estas pastillas lo conseguiréis. Tomad una cada dos horas mientras estéis sumergidos. Os hará...

—¡Se está formando un montículo! —exclamó Bink—. ¡Un espía!

Rápidamente, Humfrey extrajo otro frasco, lo destapó y lo apuntó hacia el montón de tierra. Salió disparado un chorro de vapor que golpeó al montículo. Se formaron cristales de hielo. El montón de tierra quedó congelado.

—Un extintor de fuego —explicó Humfrey—. Muy frío. El serpenteador ha quedado congelado en su túnel.

—¡Deja que lo mate mientras lo tenemos a nuestro alcance! —comentó Chester, ansioso.

—¡Espera! —dijo Bink—. ¿Cuánto tiempo durará la congelación?

—Sólo un par de minutos —contestó Humfrey—. Luego, el serpenteador podrá reanudar su actividad sin ningún impedimento.

—¿Tendrá algún recuerdo de los minutos perdidos? —inquirió Bink.

—No será consciente del intervalo. Los serpenteadores no son muy inteligentes.

—¡Entonces, no lo mates! Salgamos de su campo de observación. Pensará que fue una falsa alarma, que nunca estuvimos aquí. Se lo comunicará así a su amo, y le apartará de nuestro sendero.

El Mago enarcó las cejas.

—Muy inteligente, Bink. Cada vez piensas más como un líder. Hemos de ocultarnos en la botella para que tú y Chester podáis cargarla. Rápido, antes de que acabe el efecto del hielo.

El grifo permanecía indeciso, pero cedió. El Mago preparó el frasco, realizó el encantamiento, y el hombre, el grifo y el golem desaparecieron.

—¡Coge la botella, súbete a mi espalda y agárrate! —gritó Chester—. ¡Ya casi se ha agotado el tiempo!

Bink alzó la solitaria botella, saltó sobre el lomo de Chester y se sujetó. El centauro emprendió la carrera. En un instante, sus cascos levantaron pequeñas olas en las aguas poco profundas.

—¡Pásame una pastilla! —gritó Chester.

Bink sacó unas pastillas del frasco a la vez que rezaba para que no se le cayeran mientras daba botes en la espalda del centauro. Se metió una en la boca y colocó la

otra en la mano levantada de Chester.

—¡Espero que funcionen! —comentó.

—Lo único que nos hace falta ahora..., ¡otra botella equivocada! —exclamó Chester—. Si nos tragáramos una pastilla de espuma aislante...

Bink deseó que el centauro no hubiera hecho ese comentario. Un aislante, o un extintor congelante... ¡ay!

Miró hacia atrás. ¿Era su imaginación, o el montículo estaba creciendo? ¿Se habían alejado a tiempo? ¿Y si el serpenteador veía sus huellas?

Entonces, Chester ya no hizo pie y se hundieron. Involuntariamente, Bink se atragantó cuando el líquido cubrió su boca...; sin embargo, el agua era como el aire que respiraba. De hecho, era como aire para todo su cuerpo, salvo por su color. ¡Podían respirar!

Esa experiencia le recordó algo. Al instante lo descubrió: ¡la fiesta de Aniversario de la Reina! Aquel había sido un escenario acuático ilusorio, mientras que este era real. Lamentablemente, la versión de la Reina había sido más bonita. Aquí, todo era fangoso y apagado.

Chester siguió avanzando, eligiendo con cuidado el camino a través del desconocido entorno submarino. Oscuras nubes de sedimento se formaban alrededor de sus patas. Peces curiosos examinaban a la pareja. Chester sostenía el arco en la mano, por si llegaban a encontrarse con un monstruo marino. Más allá de la tensión, pronto se convirtió en un viaje aburrido.

Bink sacó la botella que contenía al Mago y pegó un ojo a su superficie. Muy vagamente, logró distinguir las siluetas de un grifo diminuto y un hombre más pequeño. Se hallaban en una sala alfombrada, parecida a la del palacio, mirando las imágenes en movimiento en el espejo mágico. Parecía un sitio muy cómodo. De hecho, mucho más agradable que chapotear en el fango en dirección a los demonios.

Se le ocurrió otro pensamiento desagradable. ¿Y si él hubiera cogido la botella equivocada, tragándose al Mago en lugar de las pastillas para respirar agua? En su situación, esas cosas resultaban aterradoras.

Bink se guardó el frasco en el bolsillo, convencido de que sus amigos se encontraban bien. Se preguntó qué pasaría si sacudiera con violencia el frasco; no obstante, logró contener el impulso de experimentarlo.

—Vayamos a visitar a los demonios —comentó con falsa alegría.

Al poco tiempo se aproximaron a un espléndido castillo marino. Estaba formado por conchas marinas..., lo que significaba que, con toda probabilidad, era mágico, ya que muy pocas conchas se formaban en los lagos sin ayuda de la magia. De sus torres ascendían pequeños remolinos que, aparentemente, le llevaban aire a sus habitantes. En vez de un foso, el castillo tenía una espesa pared de algas marinas, patrullada por peces espada.

—Bueno, esperemos que los demonios sean amables con los viajeros —dijo Bink.

Cuando habló, de su boca no surgió ninguna burbuja; la pastilla le había aclimatado por completo.

—Esperemos que el espejo del Mago supiera lo que hacía —le respondió sombríamente el centauro—. Y que los demonios, si llegaron a verlo, no relacionen al estúpido grifo con nosotros.

Se dirigieron a la entrada principal. Un behemoth surgió del fango, en su mayor parte todo boca.

—¡Aaaltooo! —rugió el behemoth—. ¿Quiééén Vaaa?

Era bastante eficiente, y resonaba con autoridad con las vocales; el sonido reverberó en el espacio de la cavernosa boca.

—Chester y Bink, viajeros —contestó Bink con cierta agitación—. Pedimos alojamiento para la noche.

—¿Sííí? —inquirió el monstruo—. ¡Entooncees, Marchaaad!

—¿Que nos marchemos? —repitió con agresividad el centauro—. ¡Acabamos de llegar!

—¡Marchaaad! —insistió el behemoth con la boca tan abierta que el centauro podría haber entrado sin siquiera agachar la cabeza.

Chester se llevó la mano a la espada.

—Eh, deteenteee..., quiero decir, detente —murmuró Bink—. Recuerdo a la gárgola..., creo que lo que nos indica es que pasemos por su boca.

El centauro escudriñó la garganta del monstruo, tan parecida a un túnel.

—¡Maldita sea si voy a ayudarle a que me coma!

—¡Esa es la entrada al castillo! —explicó Bink—. El mismo behemoth.

Chester se quedó mirando, pasmado.

—¡Que me capen! —murmuró.

Decidido, entró al galope.

La garganta daba al castillo. Al final del túnel aparecieron unas luces; pronto emergieron al recibidor del palacio. Las paredes estaban cubiertas por unos tapices delicados y el suelo con bonitos cuadrados de madera.

Un joven atractivo, casi hermoso, se les acercó para darles la bienvenida. Su traje era una túnica principesca, trabajada con hebras de llamativos colores; llevaba unas zapatillas con la punta doblada hacia arriba.

—Bienvenidos al Castillo del Portal —saludó—. ¿Puedo preguntaros quiénes sois y vuestras identidades?

—Puedes —contestó Chester.

Hubo una pausa.

—¿Bien? —insistió el hombre, levemente irritado.

—Bien, ¿por qué no lo preguntas? —repuso Chester—. Te he dado permiso.

Pequeños músculos sobresalieron de las comisuras de la boca del hombre, restándole atractivo.

—Os lo pregunto.

—Yo soy Chester Centauro y este es mi compañero, Bink. Es humano.

—Lo mismo noté. ¿Y vuestro propósito?

—Buscamos la fuente de la magia —repuso Bink.

—Habéis equivocado el camino. Se encuentra en el poblado de las amazonas, a cierta distancia al norte. Sin embargo, la ruta directa puede resultar peligrosa para vuestra cordura.

—Ya hemos estado allí —dijo Bink—. Esa no es la fuente definitiva, es simplemente la fuente del polvo mágico. Lo que buscamos se encuentra bajo tierra. De acuerdo con nuestra información, la ruta más fácil pasa por este castillo.

El hombre casi sonrió.

—¡Oh, seguro que esa ruta no os agrada!

—Deja que nosotros lo decidamos.

—Está más allá de mi autoridad. Tendréis que hablar con el señor del castillo.

—Perfecto —aceptó Bink.

Se preguntó qué clase de demonio sería ese señor, que poseía un sirviente humano tan dócil.

—Si sois tan amables de venir por aquí.

—Lo somos —repuso Chester.

—Sin embargo, primero hemos de arreglar lo de vuestros cascos. El parqué es de madera de teca; no queremos que lo rayéis o lo partáis.

—Entonces, ¿por qué lo ponéis en el suelo? —exigió Chester.

—No lo colocamos en el suelo de nuestros establos —contestó el hombre. Sacó varios discos de un material peludo—. Poneos esto en vuestros cascos; se quedarán pegados, y amortiguarán el impacto.

—¿Qué te parece si tú te pusieras uno sobre la boca? —preguntó Chester.

—Es una concesión pequeña —le susurró Bink. Los cascos de Chester se encontraban en perfecto estado, ya que el elixir del Mago había reparado todo el daño de las patas posteriores; no obstante, eran lo suficientemente duros como para dejar marcadas sus huellas—. Hazle esa concesión al pobre hombre. Seguro que los demonios son muy estrictos en esas cosas, y castigan a los sirvientes por las violaciones.

A regañadientes, Chester pegó los cascos de uno en uno sobre los discos. La tela se adhirió a ellos e hizo que las pisadas del centauro fueran silenciosas.

Atravesaron un corredor elegante, bajaron por unos escalones enmoquetados y entraron en un pequeña cámara. Apenas había espacio suficiente para que Chester

estuviera de pie.

—Si esta es vuestra sala principal... —comenzó.

El hombre apretó un botón. La puerta se cerró. Entonces, de forma brusca, el cuarto se movió.

Bink, sorprendido, extendió los brazos; Chester, de una coz, abrió un agujero en la pared.

—Tranquilos, visitantes —pidió el hombre, con el ceño levemente fruncido—. ¿No habéis estado nunca en un ascensor? Es una magia inanimada: una cámara que sube o baja cuando es ocupada. Ayuda a que no se desgasten las escaleras.

—Oh —comentó Bink, avergonzado. Prefería la magia más convencional.

El ascensor mágico se detuvo. La puerta se abrió. Salieron a otro corredor y, en su momento, llegaron a los aposentos del señor del castillo.

Para sorpresa de Bink, resultó ser un hombre, ataviado con una rica tela plateada y diamantes; aunque llevaba las mismas ridículas zapatillas que su sirviente.

—Y ofrecéis vuestro servicio por el alojamiento de una noche —dijo enérgicamente.

—Es nuestra costumbre —repuso Bink.

—¿Y la nuestra! —acordó el señor con vehemencia—. ¿Poseéis algún talento especial?

Bink no podía revelar el suyo, y desconocía el de Chester.

—Hum, no exactamente. Pero somos fuertes y podemos trabajar.

—¿Trabajar? ¡Oh, por todos los cielos, no! —exclamó el señor—. ¡La gente no trabaja aquí!

¿Oh?

—Entonces, ¿cómo vivís? —preguntó Bink.

—Organizamos, dirigimos... y entretenemos —replicó el señor—. ¿Tenéis alguna capacidad de entretenimiento?

Bink extendió las manos.

—Me temo que no.

—¡Excelente! Seréis un público ideal.

—¿Público?

Bink sabía que Chester estaba tan perplejo como él. El espejo le había mostrado contemplando una obra teatral. Sin embargo, ¡a eso no se le podía llamar un servicio!

—Enviamos a nuestras tropas a entretener a las masas, y aceptamos pago en material y servicios. Es una profesión remuneradora, tanto en la práctica como en la estética. No obstante, es necesario obtener índices de audiencia de antemano, de forma que podamos medir con precisión la recepción que nos darán.

¡Ese empleo inocuo apenas encajaba con la reputación local!

—¿Lo único que nos pedís es que seamos vuestro público..., que presenciemos

un espectáculo? ¡No parece justo! Me temo que no seremos capaces de presentarte un informe crítico...

—¡No es necesario! Nuestros monitores mágicos medirán vuestras reacciones y nos indicarán las partes que debemos mejorar. Lo único que tendréis que hacer será reaccionar con honestidad.

—Supongo que eso lo podemos hacer —repuso Bink, dubitativo—. Si es lo que os satisfará.

—Aquí hay algo raro —dijo Chester—. ¿Cómo es que tenéis reputación de demonios?

—Oh, eso es poco diplomático —susurró Bink, avergonzado.

—¿Demonios? ¿Quién nos llamó demonios? —exigió el señor.

—El ogro —replicó Chester—. Dijo que incinerasteis todo un bosque con una maldición.

El señor se mesó la perilla.

—¿El ogro sobrevivió?

—¡Chester, cállate! —siseó Bink.

Sin embargo, la naturaleza rebelde del centauro se había apoderado de él.

—Lo único que hacía era tratar de rescatar a su ogresa; vosotros no soportasteis que fuera feliz y...

—Ah, sí, ese ogro. Supongo que, para el esquema mental de un ogro, podemos resultar demonios. Todo depende de la perspectiva.

En apariencia, Chester no había irritado al señor, aunque Bink lo atribuyó únicamente a la buena suerte. A no ser que el señor, al igual que su compañía, fuera un actor..., en cuyo caso podían surgir problemas serios y sutiles.

—Ahora se ha hecho vegetariano —comentó Bink—. No obstante, siento curiosidad: ¿realmente poseéis maldiciones tan devastadoras? Y, ¿qué os puede preocupar lo que haga un ogro? Aquí, bajo el lago, no tenéis necesidad de cuidaros de un ogro; no pueden nadar.

—Realmente tenemos esas maldiciones —contestó el señor—. Constituyen un esfuerzo grupal, la unión de toda nuestra magia. No poseemos talentos individuales, sólo las contribuciones individuales hacia el conjunto total.

Bink estaba sorprendido. ¡Aquí había una sociedad con talentos de duplicación! ¡La magia se repetía a sí misma!

—Sin embargo, no empleamos nuestras maldiciones de forma caprichosa. Perseguimos al ogro por una cuestión profesional. Estaba interfiriendo con nuestro monopolio.

Tanto Bink como Chester no entendieron nada.

—¿Vuestro qué?

—Nosotros manejamos los espectáculos formales al sur de Xanth. Ese mal actor

se metió en uno de nuestros decorados y raptó a nuestra protagonista. No toleramos semejantes interferencias o competencias.

—¿Empleasteis a una ogresa como protagonista? —inquirió Bink.

—Empleamos a una ninfa transformada..., una actriz consumada. Todos nuestros actores son perfectos, como tendréis ocasión de comprobar. En ese papel, ella se parecía a la ogresa con rasgos de ogresa que más se pueda imaginar, absolutamente horrible. —Se detuvo y meditó—. De hecho, con su temperamento artístico, se estaba convirtiendo en una ogresa en la vida real. Prima donna...

—Entonces, el error del ogro es comprensible.

—Quizá. Pero no es tolerable. No tenía nada que hacer en ese decorado. Tuvimos que cambiar toda la producción. Nos arruinó la temporada.

Bink se preguntó qué recepción obtendría el ogro cuando rescatara a su mujer ideal. ¡Una actriz disfrazada que provenía del mismo castillo de los demonios!

—¿Qué ocurrió con el árbol de inversión de hechizos? —inquirió Chester.

—La gente cogía sus frutos y se divertía con sus efectos de inversión. No nos gustó la competencia. Así que lo eliminamos.

Chester miró a Bink, pero no pronunció palabra. Tal vez esta gente sí que fuera demoníaca. Eliminar a todas las formas rivales de entretenimiento...

—¿Adónde dijisteis que viajabais? —exigió el señor.

—A la fuente de la magia —contestó Bink—. Tenemos entendido que se halla bajo tierra, y que la mejor ruta pasa por este castillo.

—No disfruto con las bromas a mi costa —dijo el señor, con el ceño fruncido—. Si no deseáis informarme de vuestra misión, ciertamente estáis en vuestro derecho. Sin embargo, no os burléis de mí con una invención tan obvia.

Bink tuvo la impresión de que, para esta persona, la obviedad era un insulto mayor que la invención.

—¡Escucha, demonio! —exclamó Chester, encabritándose de forma obvia—. ¡Los centauros no mentimos!

—Eh, deja que yo arregle esto —intervino Bink con rapidez—. Seguro que hay un malentendido. Vamos en busca de la fuente de la magia..., pero quizá nos hayan informado mal en lo referente a su ruta de acceso.

El señor se calmó.

—Seguro que así es. Lo único que hay debajo de este castillo es el vórtice. Nada que vaya por ese camino regresa jamás. Nosotros somos el Portal; y estamos encima de él para proteger a las criaturas inocentes de verse arrastradas hacia esa muerte horrible. ¿Quién os informó de que el objeto de vuestra búsqueda estaba en esa dirección?

—Bien, un Mago...

—¡Nunca confiéis en un Mago! ¡Siempre desean el mal ajeno!

—Oh, tal vez sea cierto —aceptó Bink, de mala gana; Chester asintió pensativo—. Resultó muy convincente.

—Suelen serlo —dijo el señor, lúgubre. Bruscamente, cambió de tema—. Os mostraré el vórtice. Por aquí, por favor.

Les condujo a un panel interior. Cuando lo tocó, se hizo a un lado. Detrás había una pared resplandeciente de una sustancia cristalina. No, no era cristal; se movía. Aparecieron unas irregularidades horizontales apenas perceptibles. De modo un poco neblinoso, Bink pudo ver lo que había más allá; distinguió una forma. Era una columna que tenía aproximadamente el doble de diámetro que sus brazos extendidos, con un centro hueco. De hecho era agua, que bajaba en círculos a una gran velocidad. O en espiral, descendiendo...

—¡Es un remolino! —exclamó Chester—. ¡Estamos mirando la columna interior de un remolino!

—Exacto —corroboró el señor con orgullo—. Hemos construido nuestro castillo a su alrededor, y lo contenemos por medio de la magia. Las sustancias pueden pasar a su interior, pero no pueden salir. Arrojamus a sus fauces a los criminales y otras personas semejantes, para que desaparezcan para siempre. Es un método disuasorio muy útil.

Bink apartó la mirada.

—Pero ¿adónde va?

—¿Quién puede decir que lo sabe? —preguntó a su vez el señor, enarcando de forma gráfica una ceja. Cerró el panel, y la visión del vórtice se desvaneció—. ¡Ya basta de esto! —decidió—. Os daremos de comer y de beber adecuadamente, y luego contemplaréis nuestra obra.

La comida resultó excelente; les fue servida por hermosas y jóvenes mujeres ataviadas con unos ínfimos vestidos de color verde, que prestaron una halagüena atención a los viajeros, en especial a Chester. Parecían admirar por igual su musculosa parte humana que su atractivo trasero equino. Bink se preguntó, como muchas otras veces, qué veían las mujeres en los caballos. ¡La sirena había deseado cabalgar con tanto ahínco!

Por fin, atiborrados, Bink y Chester fueron conducidos al teatro. El escenario tenía varias veces las dimensiones de la cámara destinada al público. Parecía que a esta gente no le gustaba tanto observar como interpretar.

El telón se alzó y mostró una escena llamativa, llena de atrevidos espadachines, mujeres exuberantes y graciosos bufones. Los duelos ensayados eran impresionantes; no obstante, Bink se preguntó lo eficientes que serían esos hombres en una batalla real. ¡Existía una diferencia considerable entre la habilidad técnica y el temple del combate! Las mujeres eran maravillosamente seductoras, pero..., ¿serían tan hermosas sin el apoyo de sus ropas especiales y tan inteligentemente sugerentes sin las frases

memorizadas?

—¿No encontráis entretenida nuestra producción? —inquirió el señor.

—Prefiero la vida —replicó Bink.

El señor apuntó en su cuadernillo: más realismo.

Luego, la obra cambió a una escena musical. La heroína cantó una canción de pérdida y añoranza, pensando en su amante infiel, y resultaba difícil imaginar cómo algún zoquete, sin importar su zoquetería, podía serle infiel a una criatura tan deseable. Bink pensó otra vez en Camaleón, y volvió a echarla de menos. Chester estaba a su lado, embobado; seguro que pensaba en galopar con Cherie, que era realmente una yegua arrebatadora.

Entonces, la canción creció con un acompañamiento musical adorable. Sonó una flauta, y sus notas tenían una claridad y una calidad tan absolutas que minimizaban la voz de la dama. Bink miró hacia el lugar de donde provenía el sonido..., y allí estaba, una resplandeciente flauta de plata que colgaba del aire al lado de la heroína, interpretándose a sí misma. ¡Una flauta mágica!

La dama, sorprendida, dejó de cantar, pero la flauta prosiguió con la melodía. Liberada de las limitaciones de la voz de ella, ascendió hasta un aria de extraordinaria belleza. Todo el elenco de actores se detuvo a escuchar; parecía que para ellos era algo tan novedoso como para Bink.

El señor se puso en pie de un salto.

—¿Quién está realizando esa magia? —exigió.

Nadie respondió. Todos se hallaban absortos en la interpretación.

—¡Abandonad el escenario! —gritó el señor, con la cara roja de ira—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Fuera, fuera!

Se marcharon lentamente, desapareciendo por los pasillos laterales, mirando hacia atrás para ver la interpretación solista. El escenario quedó vacío... Sin embargo, la flauta seguía tocando una gran variedad de melodías, cada una más hermosa que la anterior.

El señor cogió a Bink de los hombros.

—¿Lo estás haciendo tú? —exigió; parecía a punto de ahogarse.

Bink apartó su atención de la flauta.

—¡No poseo una magia parecida! —repuso.

El señor se aferró al musculoso brazo de Chester.

—Tú..., ¡debe de ser tuya, entonces!

La cabeza de Chester giró para mirarle.

—¿Qué? —preguntó, como saliendo de un trance. En ese instante, la flauta y la música desaparecieron.

—¡Chester! —exclamó Bink—. ¡Tu talento! Toda la belleza de tu naturaleza, suprimida porque estaba ligada a tu magia, ya que como centauro no podías...

—¡Mi talento! —repitió Chester, atontado—. ¡Debo de ser yo! Nunca me atreví a... ¿Quién lo hubiera creído?...

—¡Toca de nuevo! —urgió Bink—. ¡Interpreta una música hermosa! ¡Prueba que posees magia, tal como tu tío, Herman el Ermitaño, lo hizo!

—Sí —aceptó Chester.

Se concentró. La flauta reapareció. Comenzó a sonar, vacilante al principio, luego con mayor convicción y belleza. De forma extraña, la fea cara del centauro pareció serlo menos. No era tan extraño, comprendió Bink: la mayor parte de la brutalidad de expresión de Chester surgía de su rictus habitual. Ese rictus se había relajado; ya no le hacía falta.

—Ahora no le debes al Mago ningún servicio —indicó Bink—. Tú mismo has descubierto tu talento.

—¡Qué abominable maldad! —gritó el señor—. Aceptasteis nuestra hospitalidad con el acuerdo de que nos prestaríais vuestro servicio como público. Pero tú no eres un público... eres un intérprete. ¡Habéis renegado de nuestro acuerdo!

En ese momento, una parte de la arrogancia familiar de Chester reapareció. La flauta emitió una nota desafinada.

—¡Por todos los perifollos! —restalló el centauro—. Sólo toqué para acompañar la canción de vuestra heroína. Haz que vuelvan vuestros actores; observaré y les acompañaré con música.

—No lo creo —dijo el señor hoscamente—. Entre nosotros no toleramos ninguna actuación que no esté sindicada. Mantenemos un monopolio.

—¿Y qué vais a hacer? —quiso saber Chester—. ¿Encabritaros? Quiero decir, ¿arrojar una maldición?

—Eh, yo no... —le advirtió Bink a su amigo.

—¡No toleraré semejante arrogancia de un simple medio hombre! —exclamó el señor.

—¿Oh, sí? —preguntó Chester.

Con un gesto fácil e insultante, cogió al hombre por la pechera de su túnica con una mano y lo alzó del suelo.

—¡Chester, somos sus invitados! —protestó Bink.

—¡Ya no! —jadeó el señor—. ¡Largaos de este castillo antes de que os aniquilemos por vuestra insolencia!

—Mi insolencia..., ¿por tocar una flauta mágica? —preguntó Chester, incrédulo—. ¿Te gustaría que te metiera esa flauta por el...?

—¡Chester! —gritó Bink, alarmado, aunque sentía una considerable simpatía hacia la posición del centauro. Invocó el único nombre que tenía poder para frenar la ira del centauro—: A Cherie no le gustaría que tú...

—¡Oh, no se lo haría a ella! —repuso Chester. Luego se lo pensó mejor—. No

con una flauta...

Durante todo ese tiempo, el centauro había estado sosteniendo al señor en el aire. De repente, la túnica del hombre se desgarró, y este cayó ignominiosamente al suelo. Más que ignominiosamente: aterrizó sobre un montículo de tierra.

En realidad, eso amortiguó el impacto, salvándole de un posible daño. Sin embargo, multiplicó su cólera.

—¡Tierra! —aulló el señor—. ¡Este animal me tiró sobre tierra!

—Bueno, ese es tu lugar —dijo Chester—. No me gustaría ensuciar mi limpia flauta de plata contigo. —Miró a Bink—. Me gusta que sea de plata y no de algún metal barato. Así, la flauta muestra su calidad.

—Sí —corroboró con urgencia Bink—. Ahora, si nos marcháramos...

—¿Qué está haciendo esta tierra en mi parque de teca? —exigió saber el señor.

Una multitud de actores y sirvientes le habían rodeado, ayudándole a levantarse y limpiándole con servilismo.

—El serpenteador —repuso Bink, consternado—. Nos ha vuelto a encontrar.

—¡Ah, así que es un amigo vuestro! —gritó el señor, pasando dramáticamente de ira en ira—. ¡Debí suponerlo! ¡Será el primero en recibir la maldición! —Señaló al montículo con un dedo tembloroso por la cólera—. Todos juntos. ¡A la una, a las dos, a las tres!

Todos juntaron las manos y se concentraron. A la cuenta de tres, la maldición brotó como un trueno del dedo del señor. Cobró la forma de una masa brillante del tamaño de un puño y descendió para tocar el montículo. Ante el contacto, este hizo explosión..., o, mejor dicho, implosionó. Hubo un resplandor de oscuridad y un momentáneo olor acre; luego, el aire se aclaró, y allí no había nada. Ningún montón de tierra, ningún serpenteador, ningún parque.

El señor miró el agujero con satisfacción.

—Ese es un serpenteador que nunca más nos molestará —comentó—. Ahora te toca a ti, medio hombre. —Alzó su terrible dedo para señalar a Chester—. A la una, a las dos...

Bink se lanzó por el aire y apartó el dedo del hombre. La maldición se desvió y dio contra una columna. Surgió otra implosión de oscuridad, y un trozo de columna se disolvió en la nada.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó el señor, poniéndose, si eso era posible, más furioso que antes.

Bink no podía protestar; probablemente su talento era el causante del disparo en apariencia fortuito. Después de todo, la maldición tenía que destruir algo.

El mismo Bink sería inmune a ella...; pero no Chester.

—¡Salgamos de aquí! —dijo Bink—. ¡Sácame fuera del alcance de las maldiciones!

Chester, que estaba a punto de desenfundar la espada, reconsideró su movimiento.

—De acuerdo..., yo puedo cuidar de mí, pero tú sólo eres un hombre. ¡Vamos!

Bink montó en la espalda del centauro, y se alejaron al galope justo cuando el señor apuntaba con su dedo para lanzar otra maldición. Chester corrió pasillo abajo, con los cascos extrañamente silenciosos debido a las «zapatillas» que se había puesto. Los demonios emitieron un aullido de persecución.

—¿Por dónde se sale? —preguntó Bink.

—¿Cómo voy a saberlo? Esa es la especialidad de pico de pájaro. Yo sólo soy un ex huésped de los demonios.

¡El mismo Chester de siempre! Punzante y aparatoso.

—Nos encontramos en algún lugar de la planta alta —dijo Bink—. Pero aquí no usan escaleras. Deberíamos romper una ventana y nadar... —Buscó en su bolsillo, y palpó la botella que contenía a Crombie, Grundy y el Mago. Rebuscó hasta que localizó la que tenía las pastillas para respirar en el agua; ¡no podía permitirse el lujo de un error en ese momento!—. Será mejor que tomemos pastillas nuevas; ya han transcurrido más de dos horas.

Se las tragaron sin detenerse. Ya estaban preparados para el agua..., si es que podían hallarla. Momentáneamente, habían dejado atrás al grupo perseguidor; ningún hombre a pie podía competir con la velocidad de un centauro.

Bink tuvo un nuevo pensamiento.

—No queremos salir fuera..., queremos bajar. A las regiones intermedias, a la fuente de la magia.

—De donde intentaron apartarnos asustándonos —admitió Chester.

Giró con tanta habilidad como cuando esquivó las piñas explosivas, con las patas delanteras apoyadas para que las traseras rotaran sobre su eje. Luego, se dirigió por el camino por el que habían venido.

—¡Espera! —gritó Bink—. ¡Esto es suicida! ¡Ni siquiera sabemos dónde se encuentra la entrada al vórtice!

—Tiene que estar en el centro del castillo; es una cuestión de estabilidad arquitectónica —repuso Chester—. Además, yo poseo un buen sentido de la orientación; creo que sé cómo llegar desde aquí. Estoy preparado para crear mi propia entrada.

Bink solía olvidar, que detrás de la fachada brutal, había una espléndida mente de centauro. Chester sabía lo que estaba haciendo.

Giraron en una esquina... y chocaron directamente contra los demonios que iban detrás de ellos. La gente salió disparada hacia todos los rincones...; sin embargo, una maldición sólida se elevó del caos y persiguió a Chester.

Bink, mirando nervioso hacia atrás, la descubrió.

—Chester..., ¡corre! —aulló—. ¡Hay una maldición detrás de tu cola!

—¡Detrás de mi cola! —exclamó indignado Chester, al tiempo que daba un salto hacia delante. No le importaban las amenazas a su feo rostro, pero su hermoso trasero era sagrado.

La maldición, centrada en su objetivo, les persiguió con determinación.

—Esta no la podremos esquivar —comentó Bink—. Está centrada en nosotros del mismo modo que lo estuvo en el ogro.

—¿Deberíamos jurar que no romperemos más huesos?

—¡De todos modos, jamás me gustaron los huesos humanos!

—Creo que tenemos el vórtice delante —dijo Chester—. ¡Agárrate..., voy a entrar!

Dio un salto... directo hacia un panel de madera. La madera quedó destrozada bajo el impacto de sus cascos delanteros, y los dos cayeron de lleno en el vórtice.

El último pensamiento de Bink cuando el remolino los engulló, haciéndoles girar una y otra vez de forma brutal hacia abajo y permitiéndole vislumbrar brevemente su terrible y oscuro centro, fue: ¿qué le pasaría a la maldición que les estaba siguiendo? Luego giró hacia el olvido.

## 10

### Ninfa preciosa

Bink despertó desnudo y magullado, aunque no sentía frío. Yacía en la orilla de un lago cálido y brillante. Sacó rápidamente los pies del agua, temeroso de que hubiera predadores.

Oyó un gemido. A poca distancia estaba tendido el centauro, con las extremidades proyectadas en seis direcciones. Había sido un descenso sumamente violento; si no hubieran tenido las pastillas para respirar en el agua, seguro que se habrían ahogado. Bink se puso en pie con dificultad y trastabilló hasta donde se hallaba su amigo.

—¡Chester! ¿Estás...?

Se detuvo. A medio camino entre ellos descubrió el resplandor de una estrella o una joya. Tontamente, se agachó para cogerla; una baratija de esas no le serviría para nada. Sin embargo, resultó ser un fragmento de cristal.

Chester volvió a gemir y alzó la cabeza.

—Hace falta algo más que un simple vórtice para acabar con un centauro —dijo—. Aunque no mucho más...

Bink completó la distancia que los separaba y trató de ayudar a incorporarse a su amigo.

—Hey, ¿acaso tratas de cortarme? —preguntó Chester.

—Oh, lo siento. Recogí este fragmento de... —Bink se detuvo otra vez y lo miró—. ¡Hay algo en su interior! Es...

Chester se puso de pie.

—Déjame verlo. —Bajó una mano para coger el fragmento. Abrió los ojos, sorprendido—. ¡Ese es Humfrey!

—¿Qué? —Bink creyó que le había oído mal.

—Es difícil ver en esta penumbra, pero es él, no hay duda. Debe tratarse de un trozo del espejo mágico, que ha sido lanzado a la costa por coincidencia. ¿Qué le pasó al Buen Mago?

—¡Perdí la botella! —exclamó Bink, con horror—. Estaba en mi bolsillo... —Su mano tocó carne allá donde antes había estado el bolsillo.

—Llevaba el espejo consigo. ¿Cómo pudo siquiera un solo fragmento salir de la botella, a menos...?

—A menos que la botella se hubiera roto —acabó Bink—. En cuyo caso...

—En cuyo caso quedaron libres. Pero ¿dónde..., y en qué condición? No disponían de las pastillas para respirar en el agua.

—Si salieron en el momento en que esa maldición atacó...

Chester miró de cerca el fragmento de cristal.

—Humfrey parece encontrarse en buen estado..., y veo al grifo detrás de él. Creo

que todavía siguen en el interior de la botella.

Bink miró.

—¡Están! Distingo las paredes curvas de cristal y el mobiliario. Se han sacudido un poco, pero la botella nunca se rompió. —Se sintió aliviado. La rotura de la botella podría haber significado el fin de sus amigos—. ¡Tienen otro fragmento de cristal! —Alzó la mano en un saludo—. ¡Hola, compañeros!

En silencio, Humfrey le devolvió el gesto.

—¡Él nos ve en su fragmento! —exclamó Chester—. Eso es imposible, ya que el espejo roto está aquí.

—Con la magia, cualquier cosa es posible —repuso Bink. Era un tópico; sin embargo, ahora tenía sus dudas.

—¡Mira el desorden que hay! —comentó Chester—. Esa botella tiene que haber chocado contra una pared.

—Y el espejo se rompió, y un trozo voló hasta aquí —explicó Bink, no muy seguro—. Justo donde nosotros pudiéramos encontrarlo. Esa sí que es una coincidencia, aunque creyéramos en la posibilidad.

—¿En qué otra cosa podemos creer? —exigió Chester.

Bink no podía debatirlo. Su talento funcionaba a través de coincidencias aparentes; debía haber tomado parte en el asunto. ¿No habría sido más fácil hacer que la botella del Mago flotara hasta la orilla en lugar de un trozo de cristal?

—Podemos verles, pero no oírles. Quizá si escribiéramos un mensaje... —Sin embargo, no disponían de nada con que hacerlo.

—Si encontramos la botella, podríamos liberarlos —indicó Chester. Parecía que se hallaba mejor físicamente.

—Sí. —Bink acercó el fragmento a la cara y emitió las palabras con lentitud y precisión—. ¿Dónde estáis?

Humfrey extendió las manos. Señaló la pared de la botella. En su exterior, la turbulenta agua remolineaba, su fosforescencia creaba vetas claras. La botella se hallaba en algún lugar de un río, y estaba siendo arrastrada por la corriente..., ¿adonde?

—Creo que el espejo no es de mucha utilidad —dijo Chester—. Crombie podría localizarnos..., pero no puede llegar hasta nosotros. Nosotros podríamos llegar a la botella..., pero no podemos encontrarla.

—Tendremos que seguir el río corriente abajo —repuso Bink—. Su nacimiento debe hallarse en el emplazamiento del vórtice que hay en el lago, y de ahí bajará hacia cualquiera que sea su destino. No obstante, si lo seguimos...

—Retrasamos nuestra búsqueda de la fuente de la magia —finalizó Chester.

Bink quedó pensativo.

—La búsqueda tendrá que esperar —decidió—. Hemos de salvar a nuestros

amigos.

—Supongo que sí —corroboró Chester—. Incluso ese grifo arrogante...

—¿De verdad no soportas a Crombie?

—Bueno..., es un camorrista, como yo. Imagino que no puedo culparle por ello. Sin embargo, me gustaría que alguna vez nos enfrentáramos, aunque no sea más que para probar su fuerza.

Competición de hombres. Bink lo entendía, ya que él mismo a veces lo experimentaba.

No obstante, ahora les acuciaban asuntos más importantes.

—Tengo sed —dijo Bink. Caminó hasta la orilla del lago.

—¿Te has dado cuenta —comentó Chester— de que no hay vida en este lago? Ningún pez, ni monstruos, ni plantas, ninguna criatura en la playa...

—No hay vida —repitió Bink—. Pero nosotros estamos bien, así que...

—Aún no hemos bebido el agua. O, si lo hicimos, fue el agua fresca del vórtice, cuando teníamos las pastillas.

—Es verdad —reconoció Bink, incómodo.

—Me pregunto si el corcho de la botella de Humfrey se aflojó y él obtuvo una muestra de esta agua, y si fijó de nuevo el corcho justo cuando se rompió el espejo.

—Puede ser —corroboró Bink—. Será mejor que no nos arriesguemos. Pronto necesitaremos también comida. Echemos un vistazo por los alrededores. No podremos rescatar al Mago si no nos cuidamos a nosotros mismos.

—Correcto —aceptó Chester—. Y lo primero que tenemos que hacer es...

—Encontrar mis ropas —finalizó Bink.

Quiso la suerte que se hallaran en el otro extremo de la playa, junto con la espada de Bink. Sin embargo, lo que la suerte no quiso fue que la botella estuviera con ellas. Chester se encontraba bien, ya que había retenido la espada y la cuerda.

Continuaron por los pasajes cavernosos, dejando el sospechoso río detrás, y sus ojos se fueron acostumbrando a la apagada superficie subterránea. Bink esperaba que no se toparan con niquelpiés aquí, aunque se cuidó muy mucho de no comentar su deseo. No tenía ningún sentido alarmar a Chester. Intentaron señalar su camino marcando una X en el suelo cada cierto tiempo; pero Bink no estaba seguro de que eso sirviera para algo. Pasó el tiempo, y el camino era interminable..., en especial porque no sabían hacia dónde se dirigían.

En un principio, la sed de Bink era normal; sin embargo, ahora que sabía que no había agua, se hizo acuciante. ¿Durante cuánto tiempo podrían continuar antes de que...?

De repente vieron una luz..., una luz verdadera, no el resplandor del pasadizo. Se apresuraron a alcanzarla con cautela..., y descubrieron que se trataba de una linterna mágica suspendida de un saliente rocoso. Su suave fulgor era algo agradable..., pero

no había nada más.

—¿Será de gente... o de goblins? —preguntó Bink, nervioso y esperanzado a la vez.

Chester la bajó y la estudió.

—Me parece que es trabajo de hadas —dijo—. A los goblins, en realidad, no les hace falta la luz, y de cualquier forma es una linterna demasiado elaborada.

—Ni siquiera las hadas han de ser necesariamente amistosas —comentó Bink—. No obstante, prefiero ese riesgo a morirnos de hambre aquí solos.

Cogieron la linterna y avanzaron, con la sensación de que sus perspectivas habían mejorado ligeramente. Pero no ocurrió nada más. Al parecer, algo o alguien había encendido una linterna, la había abandonado y se había marchado. Extraño.

Cansados, sucios, hambrientos y desagradablemente sedientos, se detuvieron por fin en una roca grande.

—Hemos de hallar comida o, como mínimo, agua —dijo Bink, en un tono que pretendió que sonara casual—. Parece que en este pasadizo principal no hay nada, pero... —Se detuvo y escuchó—. ¿Es eso...?

Chester inclinó la cabeza.

—Sí, creo que sí. Un gotear de agua. ¿Sabes?, no quise decir nada, pero tengo la lengua seca. Si pudiéramos...

—Creo que se encuentra detrás de esta pared. Quizá si...

—Apártate.

El centauro dio la vuelta para que su mejor mitad quedara de cara a la pared en cuestión. Luego lanzó una patada.

Una parte de la pared se derrumbó. El sonido se hizo más intenso: agua que fluía por las piedras.

—Deja que entre ahí —repuso Bink—. Si pudiera reunir un puñado...

—Por si acaso —comentó Chester, sacando la cuerda que llevaba y enroscándola alrededor de la cintura de Bink—. No sabemos lo que podemos hallar en estas cámaras oscuras. Si te cayeras en un agujero, yo tiraría de ti.

—De acuerdo —aceptó Bink—. Dame la linterna mágica.

Trepó en el agujero. Una vez que dejó atrás los escombros, se encontró en una caverna más grande e irregular, cuyo suelo descendía hacia la oscuridad. El sonido del agua provenía de allí.

Avanzó, pisando con cuidado, arrastrando la cuerda tras él. El ruido del agua se hizo tentadoramente alto. Bink lo rastreó hasta una grieta en el suelo. Sostuvo la linterna en alto. Por fin pudo ver el destello de un riachuelo. Metió los dedos y, en el momento en que su hombro chocaba con el borde de la grieta sus dedos rozaron el agua.

¿Cómo podría tenderse un poco más? Después de pensarlo durante un momento,

arrancó un pedazo de tela de su ya destrozada manga y la hundió en el agua. Dejó que se empapara todo lo que pudiera y, luego, la sacó a la superficie.

Mientras estaba ocupado en ese proceso oyó un distante canto. Se puso rígido y se alarmó. ¿Los demonios del lago les habían seguido hasta aquí? No, no parecía muy probable; eran habitantes del agua, no de las rocas, y, tal como había admitido el señor del castillo, desconocían la existencia de esta región intermedia. Tenía que tratarse de alguna criatura de las cuevas. Tal vez fuera el propietario de la linterna mágica.

Para cuando se hubo llevado la tela chorreante a la boca, el canto se hallaba bastante cerca. Percibió el aroma de flores frescas. Bink se llevó el extremo del trozo de tela a la boca y lo estrujó. Cayó un líquido frío y claro. ¡Era la mejor agua que jamás había probado!

Entonces, algo extraño le ocurrió. Bink experimentó un mareo..., no de enfermedad, sino maravillosamente agradable. Se sentía vivo, vibrante y lleno del calor del espíritu humano. ¡Era un agua realmente buena!

Metió de nuevo la tela en la grieta, empapándola para Chester. No era una forma eficaz de beber, aunque era mucho mejor que nada. Mientras estaba allí tumbado, volvió a oír el canto. Se trataba de una ninfa: su voz era imperfecta, pero sonaba joven, dulce y alegre. Un placentero escalofrío recorrió su cuerpo.

Bink sacó el jirón de tela y lo depositó en el suelo de la cueva. Alzó la linterna y se dirigió hacia donde provenía la voz. Venía de una parte más allá del agua; no obstante, Bink llegó pronto al límite de la cuerda. La desató, dejándola caer de su cintura, y prosiguió andando.

Entonces espizó un haz de luz que emanaba de otra grieta. La cantante se hallaba en la cámara que había del otro lado. En silencio, Bink se arrodilló y acercó un ojo a la hendidura.

Se encontraba sentada en un banco de plata, rebuscando en un barril lleno de piedras preciosas. Los colores se reflejaban con un gran brillo, decorando todas las paredes de la sala. Era una ninfa típica: alta y de piernas desnudas, con una falda diminuta que apenas le cubría el trasero; era de cintura estrecha, caderas amplias, ojos grandes y rostro inocente. El cabello le refulgía como un cometa de joyas. Muchas veces había visto ninfas parecidas; todas estaban asociadas con los árboles o las rocas, la corriente o el lago de una montaña; no obstante, tenían un rostro y unos rasgos tan uniformes que su belleza se había convertido en algo corriente. Era como si algún Mago hubiera establecido el aspecto de la mujer humana ideal y lo hubiera diseminado por toda la Tierra de Xanth como algo decorativo, emplazando unidades individuales en regiones específicas para que la distribución resultara uniforme. De modo que no era nada especial. En contraste, las piedras preciosas sí que resultaban un tesoro impresionante.

Pese a ello, Bink apenas prestó atención a las piedras. Su mirada quedó fija en la ninfa. Se sintió atrapado por una adoración total.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó a sí mismo. ¡Chester esperaba el agua..., Bink no tenía nada que hacer aquí! Como respuesta, emitió un suspiro de añoranza.

La ninfa lo oyó. Alertada, alzó los ojos e interrumpió su inocente melodía; pero no pudo verle. Perpleja, sacudió sus femeninas trenzas y volvió a su trabajo, con la conclusión evidente de que lo había imaginado.

—¡No, estoy aquí! —gritó Bink, sorprendiéndose a sí mismo—. ¡Detrás de la pared!

Ella lanzó un adorable grito, dio un salto y huyó asustada. El barril se volcó, esparciendo joyas por todo el suelo.

—¡Espera! ¡No corras! —exclamó Bink.

Le dio un puñetazo a la pared con tanta fuerza que la piedra se resquebrajó. Agrandó el agujero arrancando más fragmentos; acto seguido entró de un salto en la habitación. Resbaló sobre algunas perlas y estuvo a punto de caer; pero, haciendo malabarismos, mantuvo el equilibrio.

Entonces se quedó quieto y escuchó. Había un olor extraño en la atmósfera, que le recordó el aliento de un dragón, de uno que estuviera atacando a una persona, casi listo para caer sobre ella. Nervioso, miró a su alrededor, aunque no vio ninguno. Todo estaba en silencio. ¿Por qué no escuchaba los pasos de ella al correr?

En un segundo obtuvo la respuesta. Ella podía huir asustada; sin embargo, era poco probable que dejara su tesoro desprotegido. Estaba claro que se había ocultado en algún rincón y ahora le observaba desde su escondite.

—Por favor, señorita —llamó Bink—. No quiero hacerle daño. Sólo deseo...

Abrazarte, besarte...

Aturdido, contuvo sus pensamientos en mitad de la oración. ¡Era un hombre casado! ¿Qué hacía persiguiendo a una ninfa desconocida? Debería regresar con Chester, llevarle al centauro su magra ración de agua...

De nuevo detuvo sus pensamientos. ¡Oh, no!

No obstante, apenas podía dudar de su repentina emoción. Acababa de beber de una fuente y se había enamorado de la primera doncella que vio después. ¡Tenía que tratarse de una fuente de amor!

Sin embargo, ¿por qué su talento le había dejado beber?

La respuesta era penosamente obvia. Deseó no haber formulado la pregunta. A su talento no le importaban sus sentimientos ni los de los demás. Únicamente protegía su bienestar físico y personal. Debió haber llegado a la conclusión de que su esposa, Camaleón, representaba una amenaza, razón por la que le estaba buscando otro amor. No quedó satisfecho con separarle temporalmente de Camaleón; ahora buscaba que esa separación fuera permanente.

—¡No lo permitiré! —gritó en voz alta—. ¡Amo a Camaleón!

Lo cual era cierto. Las pociones de amor no desterraban las relaciones ya existentes. Sin embargo, ahora también amaba a la ninfa..., que era mucho más accesible.

¿Se hallaba en guerra con su talento? Él poseía una ética de la que, evidentemente, su talento carecía; él era civilizado, mientras que su magia era primitiva. ¿Quién iba a ser el amo?

Luchó interiormente, pero no pudo deshacerse del efecto de la fuente de amor. Si hubiera anticipado hacia dónde le conducía su talento, quizá habría podido detenerlo antes de beber; no obstante, ahora era la víctima de un *fait accompli*. Bueno, ya arreglaría la cuestión con su talento en una mejor ocasión.

Todo estaba permitido en la magia.

—¡Ninfa, ven aquí y dime cómo te llamas o, de lo contrario, robaré tu tesoro! —aulló.

Cuando ella no le respondió, enderezó el barril y comenzó a coger gemas. Había una variedad sorprendente: diamantes, perlas, ópalos, esmeraldas, zafiros..., demasiadas para clasificarlas todas. ¿Cómo había logrado la ninfa reunir semejante fortuna?

La ninfa se asomó en ese momento por una curva del túnel. Al mismo tiempo, Bink olió el leve aroma de flores silvestres.

—¡Yo necesito ese tesoro! —protestó.

Bink continuó con su trabajo. Las piedras resonaron en el interior del barril.

—¿Cuál es tu nombre? —exigió.

—¿Cuál es el tuyo? —Percibió el ligero olor de un asustado ciervo alado al borde de un claro.

—Yo te lo pregunté primero. —Lo único que deseaba era mantener la conversación hasta que pudiera cogerla.

—¡Pero tú eres el extraño! —indicó ella con lógica femenina.

Ah, bueno. Le gustó su lógica. Sabía que era por el efecto de la poción; sin embargo, quedó atrapado por su manera de ser.

—Me llamo Bink.

—Yo soy Joya —dijo ella—. La Ninfa de las Joyas, si insistes en saber la definición completa. Ahora, devuélveme mis piedras.

—Me encantará, Joya. A cambio de un beso.

—¿Qué clase de ninfa crees que soy? —protestó ella, a la manera típica de las ninfas. En ese momento percibió el olor a desinfectante de pinos.

—Espero averiguarlo. Háblame de ti.

Ella avanzó lentamente, desconfiando de él.

—Sólo soy una ninfa de las rocas. Me encargo de que las piedras preciosas sean

plantadas adecuadamente en el suelo, de forma que los goblins, los dragones y los hombres, y otras criaturas voraces, puedan llegar a descubrirlas. —Bink olió los vahos entremezclados de los hombres y los goblins excavando—. Es muy importante, ya que, de otro modo, esas criaturas serían más feroces de lo que lo son en la actualidad. El trabajo de excavación los mantiene ocupados.

Esa era la forma en que se plantaban las joyas. Bink siempre se lo había preguntado, o lo habría hecho si hubiera pensado en ello.

—Pero, para empezar, ¿dónde las consigues?

—Oh, aparecen por arte de magia, claro. El barril nunca se vacía.

—¿Nunca?

—Mira, ahora mismo se está desbordando con las gemas que tratas de volver a meterle. No hay que hacerlo.

Bink observó, sorprendido. Así era. Había supuesto que el barril se hallaba vacío sin comprobarlo, ya que su atención estaba centrada en la ninfa.

—¿Cómo voy a poder procesar alguna vez esas piedras? —exigió con petulancia—. Normalmente lleva una hora colocar una; tú has tirado cientos.

Dio una patada en el suelo con su pequeño y delicado pie, sin saber cómo expresar de modo efectivo su irritación. Las ninfas habían sido diseñadas por su aspecto, no por sus emociones.

—¿Yo? ¡Tú las tiraste cuando huiste corriendo! —replicó Bink—. Estoy intentando recogerlas.

—Bueno, pero es culpa tuya, puesto que me asustaste. ¿Qué hacías detrás de la pared? Se supone que nadie va por ahí. Esa es la razón por la que se haya levantado el muro. El agua... —se detuvo con renovada alarma—. ¿No habrás...?

—Sí —contestó Bink—. Tenía sed y...

Ella volvió a gritar y huyó otra vez. Las ninfas, por naturaleza propia, eran seres huidizos. Bink prosiguió con la recogida de piedras, depositando el exceso de joyas al lado del barril, seguro de que ella volvería. De algún modo, se odiaba a sí mismo por no dejarla en paz; sin embargo, le resultaba imposible detenerse. Además, le debía arreglar todo el desorden.

Joya asomó la cara por una esquina.

—Si te marcharas y dejaras que reanudara mi...

—No hasta que no haya arreglado las que tiré —dijo Bink—. Tal como señalaste, es culpa mía.

Depositó un enorme ópalo con forma de huevo encima del montón..., y vio como todas las joyas volvían a rodar por el suelo, desparramándose. Así no iba a llegar a ninguna parte.

Ella se aproximó.

—No, tienes razón. Las tiré yo. De alguna forma recuperaré el ritmo. Tú...,

simplemente vete. Por favor.

Como si una manada de centauros acabara de cargar por un camino reseco, el polvillo le hizo cosquillas en la nariz.

—¡Tu talento mágico! —exclamó Bink—. ¡Los olores!

—Yo... —dijo ella, modestamente ofendida. El olor del polvo se vio reemplazado por el del aceite al arder.

—Quiero decir que puedes..., que hueles como sientes en ese momento.

—Oh. —El aceite se transformó en perfume—. Sí. ¿Cuál es tu talento?

—No puedo decírtelo.

—¡Yo te acabo de exponer el mío! Lo justo sería...

Se acercó hasta quedar a su alcance. Bink la sujetó. Gritó de nuevo de forma adorable y se debatió sin muchas fuerzas. Ese era también otro aspecto de las ninfas: deliciosa e ineficazmente difíciles. Era muy agradable, sus labios tenían el sabor de la miel. Por lo menos, así olían.

—No ha sido muy amable por tu parte —le espetó ella cuando terminó de besarla; no obstante, no parecía demasiado enfadada. Emanaba un olor de tierra fresca recién removida.

—Te amo —declaró Bink—. Ven conmigo...

—No puedo marcharme contigo —repuso ella, oliendo a hierba recién cortada—. Tengo que cumplir con mi trabajo.

—Y yo con el mío —comunicó Bink.

—¿Cuál es?

—Voy en busca de la fuente de la magia.

—Pero eso se halla en el centro de la tierra, o muy cerca —dijo ella—. No puedes viajar hacia allí. Hay dragones y goblins y ratas...

—Estamos acostumbrados —repuso Bink.

—¡Yo no! ¡Le tengo miedo a la oscuridad! No podría ir, aunque...

Aunque lo deseara. Porque, estaba claro, ella no le amaba. No había bebido del agua de amor.

A Bink se le ocurrió una travesura.

—¡Ven y bebe conmigo! Entonces podremos...

Ella luchó por soltarse, y él la dejó ir. ¡Lo último que deseaba era herirla!

—No, no puedo permitirme el amor. Debo plantar estas joyas.

—¿Qué voy a hacer yo? Desde el instante en que te vi...

—Tendrás que tomar el antídoto —indicó ella, oliendo a una vela recién encendida. Bink reconoció la conexión: la vela simbolizaba su brillante idea.

—¿Existe un antídoto? —No lo había pensado.

—Ha de haberlo. Para cada hechizo existe un contrahechizo. En algún lugar. Has de encontrarlo.

—Sé quién puede hacerlo —repuso Bink—. Mi amigo Crombie.

—¿Tienes amigos? —preguntó ella, sorprendida, emanando el olor de aves asombradas.

—¡Claro que sí!

—Me refiero aquí abajo. Creí que estabas solo.

—No, iba en busca de agua para Chester y para mí. Nosotros...

—¿Chester? Pensé que tu amigo era Crombie.

—Chester Centauro. Crombie es un grifo. Y también está el Mago Humfrey y...

—¡Un Mago! —exclamó ella, impresionada—. ¿Todo para buscar la fuente de la magia?

—Sí. El Rey desea conocerla.

—¿También hay un Rey en este asunto?

—No —comento Bink, momentáneamente exasperado—. El Rey me encomendó la misión. Sin embargo, tuvimos algunos problemas y nos vimos separados, y...

—Será mejor que te muestre dónde hay agua —decidió ella—. Y comida..., supongo que tendréis hambre.

—Sí —contestó él, alargando el brazo hacia ella—. A cambio, nos complaceremos en brindarte un servicio...

—¡Oh, no! —gritó ella, apartándose con un seductor movimiento de su anatomía y el aroma de humo de nueces—. ¡No hasta que bebas el antídoto!

Así de simple.

—En realidad, debo regresar a donde está Chester —dijo Bink—. Estará preocupado.

Ella meditó durante un momento.

—Bink, lo lamento. Ve a buscar a tus amigos y yo me encargaré de que se alimenten. Has de irte de verdad.

—Sí. —Bink se dirigió lentamente hacia el agujero en la pared.

—¡Por ahí no! —gritó ella—. ¡Hazlo por los pasadizos naturales!

—¡No sé cuáles son! No dispongo de ninguna luz. He de seguir la cuerda para regresar.

—¡Absolutamente no! —Sacó su propia linterna mágica, idéntica a la que Bink había encontrado antes, de un nicho en la pared, y cogió el brazo de Bink con firmeza—. Conozco toda la cueva. Lo hallaré por ti.

Bink se dejó conducir de buena gana. Sin contar la poción, comenzaba a distinguir rasgos admirables en ella. No era una de esas ninfas tontas asociadas a la espuma del océano o a las bayas silvestres; poseía una meta, era correcta y decente. No había duda de que su trabajo de plantar joyas la había ayudado a madurar. Aun así, con o sin poción, ¡no tenía nada que hacer con esa criatura! Una vez que sus amigos se hubieran alimentado, tendría que dejarla. Se preguntó cuánto tiempo

tardaría en desaparecer el efecto de la poción. Algunos hechizos eran temporales; sin embargo, otros duraban toda la vida.

Rodearon pasadizos que se cruzaban. En un momento llegaron hasta donde se hallaba Chester, que aún le aguardaba al lado del agujero.

—¡Estamos aquí! —llamó Bink.

Chester se sobresaltó tanto que durante un instante tuvo los cuatro cascos en el aire.

—¡Bink! —exclamó, mientras devolvía sus cuatro patas al suelo—. ¿Qué sucedió? ¿Quién es esa ninfa?

—Chester, esta es Joya. Joya... Chester —los presentó—. Yo... —vaciló.

—Bebió una poción de amor —comentó con alegría Joya.

El centauro hizo un gesto como si fuera a arrancarse dos puñados de crin.

—¡El enemigo secreto vuelve a la carga!

Bink no lo había pensado. ¡Claro, era la explicación más razonable! Su talento no le había traicionado, aunque tampoco le protegió de esa amenaza que no era física. De este modo, su enemigo había dado en el blanco. ¿Cómo podría ir en busca de la fuente de la magia, si su corazón se encontraba anclado aquí?

Pero su corazón también estaba atado a su hogar, con Camaleón. Era parte del motivo por el que se encontraba en esta misión. Así que... lo mejor sería continuar la búsqueda.

—Si conseguimos reunimos con Crombie y el Mago, quizá Crombie pueda indicarnos el emplazamiento del antídoto —dijo Bink.

—¿Dónde están tus amigos? —inquirió Joya.

—Dentro de una botella —explicó Bink—. No obstante, nos comunicamos con ellos por medio de un fragmento de un espejo mágico. Te los presentaré. —Rebuscó en el bolsillo el trozo de cristal.

Sus dedos no hallaron nada.

—Oh, no..., ¡he perdido el fragmento!

Puso el bolsillo del revés. El afilado borde del cristal había abierto un agujero en la tela, por donde se había caído.

—Bueno, de alguna forma los encontraremos —comentó Bink, un poco atontado—. No dejaremos hasta que demos con ellos.

—Parece lo mejor —asintió con seriedad Chester—. Sin embargo, tendremos que llevarnos a la ninfa con nosotros.

—¿Por qué? —Bink sentía emociones encontradas.

—El objeto del contrahechizo ha de estar presente; es así como funcionan esas cosas. Te enamoraste de la primera mujer que viste después de beber la poción; has de desenamorarte de ella del mismo modo.

—¡No puedo ir con vosotros! —protestó Joya, aunque miraba a Chester como si

deseara cabalgar sobre su lomo—. ¡Tengo mucho trabajo!

—¿Cuánto podrás realizar si Bink se queda aquí? —inquirió Chester.

Ella alzó las manos en un gesto de exasperación femenina.

—Venid a mi apartamento, los dos. Lo discutiremos más tarde.

El apartamento de Joya era tan atractivo como ella. Había alfombrado varias cuevas en su totalidad. La hierba alfombra cubría los suelos, subía por las paredes y recorría el techo sin ningún tipo de interrupción, salvo las redondas puertas. Era muy coqueto. No había sillas ni una mesa, tampoco una cama; parecía que ella se sentaba o se tumbaba en cualquier sitio, a cualquier hora, de forma perfectamente cómoda.

—Tendremos que hacer algo con esas ropas —le comunicó a Bink.

Bink se miró. Después de mojarse en el vórtice y el lago, ya casi se le habían secado sobre el cuerpo; brillaban de forma irregular.

—Pero son las únicas que tengo —se lamentó.

—Puedes limpiarlas en seco —sugirió ella—. Ve al lavabo y ponlas en la lavadora. Sólo tarda un instante.

Bink entró en el cuarto que ella le indicó y corrió las cortinas. Localizó la lavadora: una alcoba parecida a un horno a través de la cual una corriente de aire cálido recorrió su túnica y sus pantalones. Dejó su ropa ahí y se encaminó a la bañera, por la que descendía un pequeño arroyuelo. El techo era una superficie rocosa bien pulida: un espejo. ¡La vanidad de la mujer siempre necesitaba un espejo!

El verse reflejado fue un impacto: se hallaba en peor estado que sus ropas. Tenía el cabello enredado y pegado a la frente, y una barba en la fase de crecimiento más desagradable. A causa de haberse arrastrado por el agujero de la pared, parte de su cuerpo y rostro estaban manchados de barro. Su aspecto era el de un ogro joven. ¡Ahora comprendía por qué la ninfa se había asustado de él apenas verle!

Empleó el afilado acero de la espada para afeitarse, ya que no disponía de un cepillo de afeitado mágico con el que poder arreglarse adecuadamente las patillas. Luego se lavó y peinó. Encontró sus ropas limpias, secas y planchadas: no había duda de que aquello era algo más que aire caliente. La manga rota había sido cortada de forma precisa, de modo que ahora la ausencia de tela parecía intencionada. Se preguntó si por estas cuevas circulaba algo del polvo mágico, que potenciaba la función de cosas como las lavadoras en seco. La ninfa parecía disponer de muchas comodidades mágicas; llevaba un estilo de vida bastante confortable. No sería nada difícil acostumbrarse a semejante estilo...

Sacudió la cabeza. ¡Ese pensamiento provenía de la poción de amor, no de su sentido común! Tenía que mantenerse en guardia ante la racionalización. Él no pertenecía a este lugar subterráneo, y se marcharía en cuanto completara su misión, aunque dejara atrás parte de su corazón.

No obstante, se vistió...; incluso pasó sus botas por la lavadora. ¡Qué pena que la

botella del Mago no hubiera recalado en la orilla en lugar de sus zapatos!

Cuando salió del lavabo, Joya le examinó con sorprendida admiración.

—¡Eres un hombre guapo!

Chester sonrió con ironía.

—Supongo que antes era difícil de imaginar. ¡Ojalá yo pudiera lavarme la cara y sufrir la misma transformación!

Los tres se rieron con cierta incomodidad.

—Debemos pagarte tu hospitalidad... y tu ayuda —comentó Chester cuando dejaron de reír.

—Mi hospitalidad la concedo libremente; cualquier pago la degradaría —dijo Joya—. Mi ayuda la habéis impuesto. No existe el pago para el trabajo de los esclavos.

—¡No, Joya! —exclamó Bink, profundamente herido—. ¡Yo no te obligaría a nada, ni te causaría pena alguna!

Ella se suavizó.

—Lo sé, Bink. Bebiste del agua de amor; no serías capaz de herirme. Aun así, estoy obligada a ayudaros a encontrar a vuestros amigos para que puedan localizar el contrahechizo, lo cual me apartará de mi trabajo...

—¡Entonces, hemos de ayudarte a realizar tu tarea! —exclamó Bink.

—No podéis. No sabéis nada sobre la selección de piedras preciosas ni dónde han de ser colocadas. Y, aunque lo supierais, el taladrador no trabajaría para vosotros.

—¿El taladrador?

—Mi bestia de carga. Se introduce en las rocas para indicarme dónde depositar las piedras en su lugar exacto. Sólo yo puedo controlarlo..., y únicamente cuando canto. Trabaja únicamente por una canción.

Bink intercambió una mirada con Chester.

—Después de comer, te mostraremos nuestra música —dijo Chester.

La comida que Joya les ofreció fue extraña, pero excelente. Les sirvió varias clases de champiñones y hongos...; eran cosas que crecían mágicamente, les explicó, y no necesitaban la luz. Algunos sabían a filete de dragón, y otros a patatas fritas arrancadas de un árbol de patatas calientes; el postre consistió en una tarta de chocolate que parecía recién ordeñada de una vaca marrón, tan redonda y suave que casi se salía del plato. También poseía una especie de polvillo blanco que mezcló con el agua, lo que dio como resultado una leche estupenda.

—¿Sabes? —murmuró Chester al oído de Bink—, no puedes quejarte de la ninfa que te encontraste después de beber el agua.

Bink no le respondió. Tras la bebida mágica, incluso se habría enamorado de una arpía; no le hubiera importado lo asquerosa que fuera. La poción de amor jamás tenía en cuenta las consecuencias. Era una magia sin consciencia. Tal como había

descubierto para su horror, la historia de Xanth siempre se vio influida por esas fuentes de amor. La especies originales y mundanas se habían cruzado entre sí, produciendo cruces como las quimeras, las arpías, los grifos... y los centauros. ¿Quién podía decir que eso estuvo mal? ¿Dónde se encontraría ahora la Tierra de Xanth sin los nobles centauros? Sin embargo, el agua que bebió Bink resultó sumamente molesta de una forma personal. Si lo pensaba racionalmente, tenía que quedarse con su esposa Camaleón; pero, emocionalmente...

Chester terminó de comer. Se concentró, y la flauta de plata hizo su aparición. Sonó maravillosamente. Joya permaneció sentada, inmóvil, escuchando la plateada melodía. Luego comenzó a cantar, siguiendo la armonía de las notas. Su voz no podía aproximarse a la pureza de la flauta, pero era un bonito complemento del instrumento musical. Bink se hallaba casi en un trance..., y lo habría estado, se dijo a sí mismo, aunque no hubiera padecido el efecto de la poción.

Algo grotesco se asomó a la habitación. La flauta de Chester se detuvo en mitad de una nota; la espada apareció en su puño.

—¡Frena tu mano, centauro! —grito Joya—. ¡Es mi taladrador!

Chester no atacó; no obstante, la espada se mantuvo en guardia.

—¡Parece un gusano gigante!

—Sí —corroboró ella—. Está emparentado con los culebreadores y los serpenteadores; sin embargo, es mucho más grande y lento. Es un excavador..., no muy brillante, aunque inapreciable para mi trabajo.

Chester llegó a la conclusión de que no había peligro.

—Creí que conocía todo el léxico; sin embargo, me perdí a este. Veamos si podemos ayudarte en tu trabajo. Si le gusta mi música, y si tienes que colocar alguna piedra cerca del río...

—¿Estás bromeando? —preguntó Joya, con su peculiar modo ninfático—. Con la mitad del barril derramado, tengo docenas de piedras para el río. Bien podríamos comenzar allí mismo.

Bajo su dirección, montaron en el excavador. Joya se sentó casi en el extremo delantero del monstruoso gusano, con un cubo de piedras preciosas delante de ella. Bink se sentó detrás y Chester al final, con las cuatro patas en una posición incómoda para su situación. Estaba acostumbrado a ser montado, no a montar, aunque ya lo había hecho antes con el dragón.

—Este es el momento de producir música —indicó Joya—. Trabajaré mientras le guste la melodía; no requiere muchas variaciones. Cuando canto yo, me canso pasadas unas horas; sin embargo, si la flauta del centauro...

Apareció la flauta. Emitió su música. El gran gusano comenzó a arrastrarse, llevándoles como si fueran simples moscas. No se revolvía ni se flexionaba, como lo hacía el dragón; estiraba y contraía el cuerpo por segmentos, de modo que la sección

en la que montaban cambiaba continuamente de diámetro. Era un modo extraño de viajar; no obstante, era efectivo. Se trataba de un gusano muy grande, y se movía bastante deprisa.

Una pestaña surgió del segmento delantero del excavador y, a medida que abría el túnel en la roca, la pestaña aumentó su diámetro para que los jinetes también encajaran en el orificio. Bink pensó que esta magia era una variante del tipo de las pastillas para respirar en el agua que les había proporcionado el Buen Mago. La roca, como el agua, más que ser acanalada, estaba siendo cambiada momentáneamente con el fin de que ellos la pudieran atravesar sin hacer un agujero. Chester se vio obligado a agachar la cabeza para permanecer dentro de la fase; su flauta estaba constreñida también, aunque seguía interpretando sus cautivadoras melodías. Bink estaba seguro de que Chester se hallaba más que feliz con este pretexto para practicar con su recién descubierto talento, después de toda una vida de tenerlo reprimido.

—He de reconocer que me prestáis un servicio realmente positivo —comentó la ninfa—. Siempre pensé que los centauros no poseían magia.

—Lo mismo pensaban los centauros —repuso Bink, que la admiraba a hurtadillas desde atrás. Al infierno con la poción de amor; tenía un cuerpo con el que te hechizaba.

En ese momento el gusano, al encontrar un tipo de roca diferente, dio una sacudida, y Bink fue arrojado contra la ninfa.

—Oh, lo siento —se disculpó, enderezándose y sintiéndolo muy poco—. Yo, eh, ...

—Sí, lo sé —dijo Joya—. Quizá lo mejor sea que me rodees la cintura con los brazos para poder sujetarte. A veces se dan muchos botes.

—Yo... creo que lo mejor es que no lo haga —replicó Bink.

—A tu manera, eres bastante noble —observó ella—. Podrías llegar a gustarme.

—Estoy... estoy casado —expuso Bink miserablemente—. Ne... necesito ese antídoto.

—Sí, por supuesto —admitió ella.

Repentinamente, el excavador emergió por una pared a una gran cámara.

—El río —indicó Chester.

Cuando habló, la flauta interrumpió su concierto. El gusano giró la cabeza, su hocico buscó la música desaparecida.

—¡No te detengas! —gritó Joya—. Se para cuando...

La flauta reanudó la melodía.

—Queremos ir río abajo —dijo Bink—. Si vemos una botella flotando...

—Primero he de colocar unas piedras —comentó ella con firmeza. Guió al gusano hacia una roca saliente, lo detuvo, y sacó un diamante enorme—. Ahí dentro —dijo—. Le tomará un millón de años al agua desgastar la roca y mostrarlo a la

vista.

El excavador cogió la joya en su orificio y la introdujo en la roca. La cabeza se le ahusó hasta convertirse casi en un punto, con una boca más pequeña que la de un hombre, razón por la que no le resultó difícil sostener la piedra preciosa. Cuando sacó el hocico, el diamante había desaparecido y la formación rocosa estaba intacta. Bink quedó sorprendido; luego se dio cuenta de que no debería estarlo. Tampoco habían dejado un túnel a sus espaldas.

—Una colocada —repuso con energía Joya—. Quedan novecientas noventa y nueve.

Sin embargo, Bink miraba el río, en busca de una botella. Era tal el poder de la poción, que casi deseaba no encontrarla. Una vez que localizaran al Mago y, después, al antídoto, ya no estaría enamorado de Joya..., lo cual le resultaba difícil de contemplar. Sabía qué era lo correcto; pero su corazón no participaba de ello.

Pasó el tiempo. Joya colocó diamantes, ópalos, esmeraldas, zafiros, amatistas, jades y granates en las rocas de la orilla del río; también esparció perlas en el agua para que las ostras pudieran hallarlas.

—A las ostras les encantan las perlas —explicó—. Las devoran.

Cantaba mientras trabajaba, alternándose con la flauta de Chester, al tiempo que la atención de Bink iba de ella al agua y, de nuevo, a ella. ¡Podría haber encontrado un sujeto peor para enamorarse!

Entonces, el río se abrió a un lago.

—Esta es la morada de los demonios, que pueden beber y usar el agua viciada —les advirtió Joya—. Los demonios me conocen; sin embargo, vosotros dos tendréis que obtener un permiso para atravesar su territorio. No les gustan los intrusos.

Bink notó el movimiento de Chester a su espalda, como si sus manos tocaran el arco y la espada. Ya habían experimentado problemas con otros demonios; ¡no querían tener nada que ver con ellos!

Las paredes de la caverna estaban talladas con el propósito de dar la impresión de edificios de piedra, con manzanas cuadradas y callejones entremedio: algo muy similar a una ciudad. En realidad, Bink jamás había visto una ciudad, salvo en imágenes; los primeros colonizadores de Xanth las construyeron; sin embargo, con el descenso de la población, fueron desapareciendo.

Bink y Chester desmontaron y caminaron por la calle al lado del gusano. Apareció un carro mágico. Se parecía a un carruaje tirado por monstruos, aunque sin estos últimos. Las ruedas las formaban unos donuts de caucho que iban dando botes, y la estructura parecía de metal. Del interior salía un ronroneo. Con toda probabilidad, dentro había un monstruo que pedaleaba para mover las ruedas.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó el demonio desde el carruaje. Era de color azul, y la parte superior de su cabeza era redonda y chata como un plato.

—Aquí mismo, Acero Azul —comentó Joya, llevándose una mano al pecho—. ¿Les darías un ticket a mis amigos? Van en busca de la fuente de la magia.

—¡La fuente de la magia! —exclamó otra voz. En ese momento, Bink pudo comprobar que en el vehículo había dos demonios; el segundo poseía una tonalidad cobriza—. ¡Hemos de informárselo al Jefe!

—De acuerdo, Cobre —aceptó Joya.

Evidentemente, conocía lo suficientemente bien a estos demonios como para bromear con ellos. Bink sufrió un profundo aguijonazo de celos.

Joya los condujo a un edificio en el que se leía COMISARÍA y aparcó al gusano.

—Yo debo quedarme con el excavador para cantarle una canción —comentó—. Vosotros entrad a ver al Jefe; os esperaré.

En ese momento, Bink sintió miedo de que no aguardara su salida, de que aprovechara esa oportunidad para dejarles, para traicionarles con los demonios. Así se vería a salvo de la persecución, ya fuera por causas vengativas o románticas. No obstante, tenía que confiar en ella. Después de todo, la amaba.

El demonio que había en el interior del edificio estaba sentado detrás de un gran escritorio, leyendo un libro.

—Ah, sí..., el destino debía volver a reunimos —dijo.

—¡Beauregard! —exclamó Bink, sorprendido.

—Os daré los permisos, por supuesto —expuso el demonio—. De acuerdo con las reglas del juego, tú fuiste el instrumento específico de mi liberación, lo cual me hace sentir, de forma poco demoníaca, en deuda contigo. Pero deja que te agasaje adecuadamente, del mismo modo que tú lo hiciste conmigo en el domicilio del ogro. Antes de que sigas adelante con tu misión, has de recibir bastantes consejos.

—Bueno, hay una ninfa fuera que nos está esperando... —indicó Bink.

Beauregard sacudió la cabeza.

—De verdad que pareces gafado, Bink. Primero, pierdes la botella; luego, tu corazón. No temas; incluiremos a la ninfa en el grupo. Hospedaremos al excavador en nuestro aparcamiento; allí se encontrará a gusto. Conocemos bien a Joya; de hecho, no podrías haber tenido más suerte en tu infortunio.

Joya se les unió para cenar. Resultaba difícil creer que el amanecer les pillara a la entrada de la Región de la Locura, en un árbol, que el desayuno lo tomaran en el castillo del lago de los demonios, el almuerzo con la ninfa, y la cena aquí..., todo en un mismo día. En estos pasajes subterráneos, el día poseía un significado menor; sin embargo, había sido un período de tiempo ocupado.

La cena del demonio fue similar a la que les ofreció la ninfa, sólo que esta provenía de criaturas mágicas y diminutas llamadas levadura y bacterias. Parte de la comida era líquida, y había sido exprimida minutos antes; parte estaba compuesta por la pata asada de un cerdo de tamaño medio. El postre fue el ojo congelado de un

pájaro aullador. La crema de ojo genuina era una exquisitez difícil de conseguir, igual que esta imitación de color amarillo.

—Una vez probé el ojo de un smilk —indicó Chester—. No era tan bueno como este.

—Tienes buen gusto —dijo Beauregard.

—¡Oh, no! Los ojos de los centauros tienen menos sabor —dijo Chester rápidamente.

—Eres demasiado modesto. —Sin embargo, el demonio sonrió de modo tranquilizador—. Los aulladores tienen más grasa que los smilks, razón que les da más sabor, como acabas de reconocer.

Una vez terminada la cena se retiraron a la cámara de Beauregard, donde ardía un fuego.

—Ahora os proporcionaremos unas excelentes habitaciones para la noche —expuso el demonio—. No interferiremos para nada en vuestra búsqueda. Sin embargo...

—¿Qué es lo que sabes que nosotros desconocemos? —le preguntó Bink con ansiedad.

—Conozco la naturaleza de los demonios —repuso Beauregard.

—¡Oh, no planeamos molestaros! Seguiremos camino hacia...

—Mira, Bink.

Beauregard extrajo una pequeña y llamativa botella, musitó una oscura palabra y realizó un gesto místico. El corcho saltó, el vapor emanó del frasco y se formó en la figura... del Buen Mago Humfrey.

Sorprendido, Bink únicamente pudo preguntar:

—¿Dónde está Crombie?

—En el interior de la botella —contestó Humfrey secamente—. Ayudaría si recuperaras el frasco pronto.

—Pero, si Beauregard puede rescatarte...

—Yo no lo he rescatado —comunicó el demonio—. Lo he conjurado. Ahora debe realizar mi voluntad.

—¡Tal como tú tuviste que cumplir la de él!

—Correcto. Todo depende de quién se encuentra confinado y quién posee la magia controladora. El Mago estaba versado en demonología; en este momento se halla sujeto a nuestra humanología.

—Pero ¿significa eso...?

—No, no abusaré de la situación. Mi interés radica en la investigación, no en las ironías. Simplemente, hago esta demostración para convencerte de que hay más profundidad en la magia de la que tú suponías, y que las consecuencias posibles de tu búsqueda pueden ser más amplias de lo que a ti te gustaría arriesgar.

—Ya estoy al corriente de algo que intenta detenerme —comentó Bink.

—Sí. Se trata de una especie de demonio..., y ahí reside el problema. La mayoría de los demonios no poseen más magia de la que tienen la mayoría de los humanos; sin embargo, los demonios de las profundidades son otra cosa. Con respecto a mí, son demonios corrientes, del mismo modo que los Magos son personas corrientes para gente como tú. No es sabio adentrarse en su territorio.

—Tú eres un demonio —dijo Chester con suspicacia—. ¿Por qué nos lo cuentas?

—Porque es un demonio bueno —intervino Joya—. Ayuda a la gente.

—Porque me preocupo por el bienestar de Xanth —repuso Beauregard—. Si tuviera la convicción de que Xanth estaría mejor sin la gente, trabajaría para conseguir ese objetivo. Pero, aunque a veces lo dudé, hasta ahora creo que la especie del hombre es beneficiosa. —Miró al Mago—. Incluidos los gnomos como él.

Humfrey se limitó a guardar silencio.

—Entonces, ¿por qué no lo liberas? —inquirió Bink, que no confiaba del todo en el demonio.

—No puedo hacerlo. Solamente tiene la capacidad de liberarlo quien posea su contenedor.

—¡Pero él está aquí! ¡Le llamaste de tu botella!

—Mi magia me ha permitido disponer de él en un servicio temporal. Puedo conjurarlo muy brevemente, me es imposible retenerlo. Si yo tuviera su botella, entonces sí que podría controlarlo, ya que fue lo suficientemente tonto como para confinarse a sí mismo de ese modo. Esa es la razón por la que tú debes recuperar su botella antes de que...

—¡Antes de que se rompa! —exclamó Bink.

—Nunca se quebrará. Se trata de una botella encantada; lo sé porque yo la ocupé, y me preocupé de asegurarla. No, el peligro radica en que tu enemigo la recupere primero.

Bink se irritó.

—¡El enemigo!

—Ya que, en ese momento, el enemigo mantendrá control sobre el Mago, y todo el poder de Humfrey estará al servicio de ese enemigo. En cuyo caso las posibilidades de supervivencia de Humfrey serán muy pobres..., casi tanto como las tuyas.

—¡He de conseguir esa botella! —gritó Bink—. ¡Si tan sólo supiera dónde se encuentra!

—Ese es el servicio que requiero —dijo Beauregard—. Mago, infórmale a Bink de tu emplazamiento preciso, para que pueda rescatarte.

—Latitud veintiocho grados al noroeste, longitud cien...

—¡No de esa forma, idiota! —interrumpió Beauregard—. ¡Díselo de modo que pueda usar la información!

—Oh, sí —acordó Humfrey—. Quizá será mejor que se lo encarguemos a Crombie.

—Hazlo —restalló el demonio.

El grifo apareció al lado del Mago.

—Vaya, claro —comentó Bink—. Si nos señalas vuestra dirección desde aquí, quiero decir, nuestra dirección desde allí, podremos invertirla para alcanzaros.

—No funcionará —comentó Beauregard.

No obstante, Crombie ya había empezado a girar. El ala se detuvo señalando directamente hacia Bink.

—Perfecto —repuso Bink—. Iremos en esa dirección.

—Intenta cruzar mi madriguera —dijo Beauregard—. Grifo, mantén el punto.

Perplejo, Bink caminó de un lado hasta el otro. Crombie no se movió; sin embargo, el extremo de su ala siguió apuntando a Bink.

—¡Se trata de una imagen! —exclamó Bink—. No importa desde dónde le mires, siempre te mira a ti.

—Precisamente —estuvo de acuerdo el demonio—. En algunos aspectos, esta conjuración es una imagen. Siempre aparece la misma forma, sin importar la orientación del observador. Centrarse en la conjuración es inútil; necesitamos el original.

—Eso se arregla fácilmente, demonio —centelleó Humfrey—. Crombie, señala el emplazamiento de nuestra botella visto desde el lugar de la conjuración.

¡Qué sencillo! La conjuración se hallaba aquí, de modo que así indicaría la dirección adecuada de allí. Pero ¿funcionaría?

El grifo giró y señaló otra vez. En esta ocasión, el ala se apartó de Bink y apuntó hacia abajo.

—Ese es el camino que debéis seguir —repuso con seriedad Beauregard—. Ahora bien, antes de que destierre la imagen, ¿tenéis alguna otra pregunta que formular?

—Sí —comentó Chester—. Con respecto a mi talento...

Beauregard sonrió.

—Muy inteligente, centauro. ¡Creo que tienes la mente de un demonio! Ciertamente es posible, en esta situación, que obtengas la información que buscas sin tener que pagar los honorarios del Mago, siempre que tu ética te permita semejante explotación.

—No —dijo Chester—. ¡Mi intención no es fraudulenta! Mago, ya sé cuál es mi talento. Sin embargo, he pagado parte de los honorarios, y estoy comprometido hasta el final.

Humfrey sonrió.

—Yo nunca especifiqué la Pregunta que respondería. Elige otra por mi servicio.

Eso formaba parte del acuerdo.

—Estupendo —repuso Chester, contento como un potrillo que tuviera acceso repentino a las praderas más lejanas y verdes. Meditó durante unos instantes—, Cherie..., me encantaría saber cuál es su talento, si es que tiene alguno. Me refiero a uno mágico.

—Posee un talento —dijo Humfrey—. ¿Deseas recibir la Respuesta ahora?

—No. Quizá pueda descubrirlo de nuevo por mí mismo.

El Mago extendió las manos.

—Como prefieras. No obstante, no estamos protegidos contra los accidentes del destino. Si tú no lo resuelves, y Bink no encuentra la botella antes de que lo haga el enemigo, tal vez me vea obligado a renegar del pacto. ¿Piensas arriesgarte?

—¿Qué quieres decir con eso de que antes de que lo haga el enemigo? —exigió Bink—. ¿A qué distancia está de...?

—Es lo que discutíamos antes —intervino Beauregard—. Parece que el Mago no puede ser protegido de su propio talento de información. Tiene razón: la botella ha sido transportada muy cerca de la región en la que habita tu enemigo, y es muy probable que este lo sepa. Por lo tanto, no se trata de una búsqueda rutinaria de la botella, sino de una carrera contra una oposición activa.

—Pero ¿cuál es la naturaleza del enemigo? —preguntó Bink.

—Desvanécete, Mago —dijo Beauregard. Humfrey y Crombie se transformaron en humo y remolinearon de regreso a la botella—. Yo no pudo responder a esa Pregunta directamente, salvo para recordarte que el enemigo debe ser una especie de demonio. Por lo tanto, me ahorro la vergüenza de confesar mi ignorancia en presencia de mi doble humano en lo que atañe a la investigación. Podrías llamarlo rivalidad profesional.

—¡Me importa un bledo la rivalidad profesional! —exclamó Bink—. El Buen Mago y Crombie son mis amigos. ¡He de salvarlos!

—Eres una persona leal —comentó Joya, admirativa.

—Lo que tienes que comprender —continuó Beauregard— es que, a medida que te acerques a la fuente de la magia, la magia del entorno inmediato se hará más fuerte, en una función parecida a una progresión logarítmica. Por lo tanto...

—No lo entiendo —cortó Bink, que no había entendido bien—. ¿Qué tienen que ver la rítmica con todo esto?

—Quiere decir que la magia se hace más fuerte a medida que más te aproximas a ella —explicó el centauro. Los centauros poseían una excelente comprensión matemática.

—Correcto —corroboró el demonio—. Por lo tanto, nosotros, los demonios, al encontrarnos más cerca de la fuente, tendemos, aquí en la frontera, a ser criaturas más mágicas que vosotros. Sin embargo, en la vecindad inmediata de la fuente, la magia

es mucho más poderosa de lo que podemos imaginar. Así, me veo incapacitado de identificar a tu enemigo específico o de describir su magia...; aunque es muy probable que se trate de algo mucho más fuerte que lo que hayas encontrado hasta ahora.

—Me he topado con magia bastante poderosa —afirmó Bink, incrédulo.

—Sí, lo sé. Y tú mismo posees una extremadamente fuerte. Sin embargo, esta..., bueno, aunque nunca he podido calibrar la naturaleza precisa de tu talento, mi anterior comentario de que eras un individuo corriente se refería a lo que los datos empíricos sugieren y que se relacionan con tu bienestar personal. No obstante, la fuente...

—Espera, ahora lo comprendo —dijo Bink—. La magia es más fuerte que la mía en el lugar al que me dirijo.

—Sí. Razón por la que serás vulnerable como nunca jamás lo habías sido. A medida que avanzas, tu propia magia se ve incrementada; pero sólo en proporción geométrica. Por lo tanto, no podrá...

—Quiere decir que la magia del enemigo se vuelve más fuerte de modo más rápido que nuestra magia —explicó Chester—. Así que, proporcionalmente, perdemos poder.

—Correcto —admitió el demonio—. La naturaleza de las curvas sugiere que la diferencia no se hará notoria hasta que os encontréis muy cerca de la fuente, de modo que, quizá, ni siquiera os incomode u os deis cuenta de ello. Sin embargo...

—Si continúo —repuso Bink con lentitud—, me enfrentaré con un enemigo cuya magia será más fuerte que la mía.

—Sí. Porque la fuente del campo mágico de Xanth varía de forma inversa a la distancia, tanto en una base individual como de medio ambiente...

—¿Y qué pasa con el polvo mágico? —exigió Chester.

—Ayuda a incrementar la magia en su proximidad —afirmó Beauregard—. No obstante, no es el canal principal de la distribución mágica. Básicamente, el polvo es un elemento de convección, mientras que la magia lo es de conducción. Si el pueblo que la distribuye decidiera detener su funcionamiento, la magia de Xanth apenas lo notaría.

—Así que podrían tomárselo con calma —dijo Bink.

—Para continuar con lo que exponía: debido a la proporción inversa, el enemigo fue incapaz de herirte en la superficie, aunque lo intentó con persistencia y astucia demoníacas. Razón por la que estoy convencido de que te enfrentas a un demonio. Sin embargo, en las regiones intermedias, el enemigo puede, y lo hará, desencadenar una magia abrumadora. Por lo tanto, es una tontería que prosigas adelante con tu búsqueda.

—Soy humano —dijo Bink.

—Lamentablemente, así es. Un demonio sería más racional. Como tú eres un humano tonto del tipo exacto que mi tesis de investigación describe, seguirás, inevitablemente, hacia tu muerte..., por amor a tus ideales y amistades.

—Yo debo de ser más humana que demonio —comentó Joya—. Considero que es noble.

—No me halagues —le advirtió Bink—. Lo único que consigues es exagerar el efecto de la poción.

Pareció aturdida; luego adoptó un aspecto hermosamente decidido.

—Siento que la poción tenga que..., quiero decir, eres un hombre tan agradable, atractivo, valeroso y decente que yo..., no puedo decir que lamente que haya ocurrido. Cuando regresemos, quizás yo misma beba un poco.

—Uno de los motivos por los que necesito al Mago es para que encuentre un antídoto —señaló Bink—. Me refiero, más allá de la amistad que tengo con él. De hecho, deberíamos haberle pedido a Crombie que nos indicara el emplazamiento del antídoto, así...

—Puedo llamarlos de nuevo —comunicó Beaugard—. Sin embargo, no lo recomiendo.

—¿Por qué no? —preguntó Bink.

—Porque si el enemigo aún no es consciente del lugar exacto en el que se encuentra la botella, no tendríamos que despertar su interés para que lo investigue. Ahora que su serpenteador ya no está, desconocemos de qué mecanismos dispone para observarte; no obstante, no podemos permitirnos el lujo de descartarlos. Será mejor rescatar primero a tus amigos y, luego, prestar atención a tus asuntos más personales.

—Sí, es verdad —aceptó Bink. Se volvió hacia la ninfa—. Joya, lamento molestarte todavía más, pero la lealtad por mis amigos es lo primero. Te prometo que, tan pronto como los rescatemos...

—Está bien —repuso ella, que no parecía nada molesta.

—Podría esperar aquí —aconsejó Chester—. O reanudar su trabajo habitual. Una vez que consigamos el antídoto, podemos traerlo y...

—No, únicamente el excavador podrá transportaros a vuestro destino con la suficiente rapidez —dijo Joya—. Y sólo yo puedo conducirlo. Existe mucha magia mala en el canal del río; sin embargo, muy poca en la roca sólida. Iré con vosotros.

—Esperaba que lo dijeras —comentó Bink—. Claro está que mis sentimientos no cuentan, ya que...

Joya se adelantó y le besó en la boca.

—También me gusta tu honestidad —repuso—. Emprendamos la marcha.

Bink, atontado momentáneamente por la fuerza de ese primer beso voluntario, obligó a su mente a que se concentrara en la misión.

—Sí..., hemos de darnos prisa.

—En las zonas más profundas, los goblins son muy malos —intervino Beauregard—. En los últimos años han perdido su ferocidad en la superficie; no obstante, la siguen teniendo ahí abajo. Nunca os habéis encontrado con goblins parecidos.

—No es una cuestión que podamos elegir —dijo Bink—. Hemos de ir.

—Cuando no estéis en fase en el interior de las rocas, permaneced en los senderos bien iluminados. Al igual que los niquelpiés, no les gusta la luz. Si se ven obligados, la soportan; pero, usualmente, la evitan.

Bink se volvió hacia la ninfa.

—¿Es esa la razón por la que le tengas miedo a la oscuridad? ¿Puedes mantenernos en la luz?

Ella asintió.

—Sí..., sí —contestó a las dos preguntas.

Bink tuvo la impresión de que le podría haber formulado preguntas más personales y haber obtenido las mismas respuestas. ¿O sólo se trataba de un vuelo de la imaginación romántica nacido del efecto de la poción?

—Por lo menos, descansad bien esta noche —aconsejó Beauregard—. Nosotros no necesitamos dormir; sin embargo, vosotros, los humanos, os volvéis muy irritables si...

—No, será mejor que nos marchemos ahora mismo —dijo Bink—. Unas pocas horas podrían significar mucha diferencia.

—Igual que la fatiga —indicó Beauregard—. Cuando os enfrentéis con la gran magia, necesitaréis poder disponer de todas vuestras facultades.

—Me parece una evasiva demoníaca —comentó Chester.

Beauregard extendió las manos.

—Quizá sea así, centauro. Hay algo que no os he contado.

—Si piensas decírnoslo, hazlo ahora —repuso Bink—. Porque vamos a marcharnos de inmediato.

—Es lo siguiente —replicó a regañadientes el demonio—: No estoy nada convencido de que vuestra búsqueda sea adecuada.

—¡Adecuada! —estalló Bink—. ¿Rescatar a mis amigos?

—Buscar la fuente de la magia de Xanth.

—¡Lo único que deseo es información! ¡Tú, de entre todos los demonios, deberías comprenderlo!

—Demasiado bien —confirmó Beauregard—. La información puede resultar lo más peligroso. Piensa en el poder de tu Mago, que se especializa en ella. Supón que estuviera armado con el conocimiento completo sobre la naturaleza definitiva de la magia. Entonces, ¿dónde estarían los límites de su poder?

—Humfrey no le causaría ningún daño a Xanth —protestó Bink—. Es un buen Mago.

—No obstante, una vez que se conociera la naturaleza de la fuente de la magia, ¿qué detendría a un Mago maligno de conseguirla? Con la magia más poderosa de todas, podría gobernar Xanth... o destruirlo.

Bink meditó sobre aquello. Recordó cómo un Mago Maligno se había apoderado de la corona de Xanth..., demostrando que no era maligno después de todo. Pero esa había sido una situación especial. ¿Y si un hombre verdaderamente maligno —o una mujer— conseguían un poder ilimitado?

—Veo a dónde quieres llegar. Lo pensaré. Quizá no recorra todo el camino hacia la magia. Pero, a pesar de todo, tengo que rescatar al Mago.

—Sí, claro —aceptó Beauregard, que, para un demonio, daba la sensación de encontrarse incómodo.

Montaron en el excavador y siguieron la dirección que señalara Crombie.

—No conozco tan bien las zonas más profundas —comunicó Joya—. No obstante, hay un montón de roca sólida, ya que no vamos muy pegados al río. Le diré al excavador que permanezca en su interior hasta que lleguemos..., y que sólo salga cuando haya luz. Creo que podrías dormir un poco mientras viajamos y yo le canto al gusano.

—Eres maravillosa —agradeció Bink.

Apoyó la cabeza contra la espalda de ella, y su canción, amplificadas y más dulce por el contacto, le ayudó a quedarse dormido. Y el gusano descendió.

## 11

### Cerebro de coral

Bink despertó de una sacudida cuando el excavador se detuvo.

—Creo que hemos llegado —murmuró Joya. Tenía la voz ronca de cantar durante horas.

—¡Deberías haberme despertado antes! —dijo Bink—. Te habría relevado en el canto para conducir al gusano.

—La sensación de tu cabeza en mi espalda era tan agradable que no quise molestarte —musitó ella—. Además, vas a necesitar todas tus fuerzas. A medida que avanzamos, siento como la magia se intensifica.

Bink también lo percibió: un sutil cosquilleo en su piel, como el causado por el polvo mágico. Por todo lo que podía saber, quizá la roca por la que viajaban fuera una piedra de polvo mágico antes de emerger a la superficie. Sin embargo, el misterio seguía latente: ¿qué era lo que imbuía a las rocas con magia?

—Oh, gracias —comentó, perturbado—. Eres una ninfa dulce.

—Bien... —ella giró la cabeza, facilitándole el que la besara.

Olía a rosas especialmente delicadas: también su magia se veía aumentada por el entorno. Bink se inclinó hacia delante, inhaló la deliciosa fragancia, acercó sus labios a...

Fueron interrumpidos por la visión de la botella. Flotaba en la resplandeciente superficie de otro lago. Había algo pegado a ella, un trozo de paja o brea...

—¡Grundy! —gritó Bink.

El golem alzó la vista.

—¡Ya era hora de que llegaras! Coge la botella antes...

—¿Es seguro nadar en el lago? —preguntó Bink, alerta por el fulgor. Tal vez ayudara a mantener alejados a los goblins; sin embargo, no tenía por qué hacerlo seguro para la gente.

—No —repuso Joya—. El agua es lentamente venenosa para la mayoría de las formas de vida. Un trago en su nacimiento, donde está bastante diluida por el flujo fresco de la superficie, no te daña mucho, si sales pronto. No obstante, aquí abajo ya ha absorbido mucha magia horrible...

—De acuerdo. No nadaré —dijo Bink—. Chester, ¿puedes cogerla con tu lazo?

—Se encuentra fuera de mi alcance —comentó el centauro—. Si los remolinos de la superficie la acercaran a la costa, la podría capturar con facilidad.

—Será mejor que os deis prisa —llamó Grundy—. Hay algo debajo del lago, y...

—Los demonios vivían debajo de un lago —comentó Chester—. ¿Crees que el enemigo...?

Bink comenzó a quitarse la ropa.

—Creo que iré a coger la botella ahora mismo. Si el lago me hiere, el Mago podrá darme un poco de su elixir curativo. Al estar aquí, también ha de ser más potente.

—¡No lo hagas! —gritó Joya—. Este lago..., creo que jamás llegarás a la botella. Haré que el excavador entre en fase con el agua. Nada le puede herir cuando se halla en fase.

Dirigido por ella y por su ronca canción, el gusano se deslizó en el agua, sacando su pestaña circular para erigir un túnel temporal a través del líquido, como si se tratara de roca. Avanzó con lentitud hasta que surgió la flauta de Chester, que interpretó un ritmo enérgico y de marcha. La flauta parecía más brillante y grande que antes, su sonido más alto: más magia aumentada. El excavador adquirió velocidad, expandiéndose y contrayéndose al ritmo de la música. Decidido, se dirigió hacia la botella.

—Oh, gracias, centauro —susurró Joya.

—¡Rápido! ¡Rápido! —gritó el golem—. El coral sabe que..., está intentando... ¡SOCORRO! ¡VIENE A COGERME!

Entonces Grundy emitió un grito horrible, como si se hallara padeciendo un dolor humano.

—Todavía no soy lo suficientemente real —jadeó, una vez que el grito hubo salido de su sistema—. Sigo siendo un golem, sólo una cosa de paja y pegamento. Puedo ser controlado. Yo...

Se interrumpió y lanzó otro grito; luego reanudó con más calma su monólogo:

—Me he marchado.

Bink no entendía nada; pero experimentó la dolorosa sensación de que tendría que haber ayudado al golem a resistir... ¿qué? Haberle dado un poco de aliento, recordarle los sentimientos que, evidentemente, Grundy poseía. Tal vez el golem podría haber vencido su horror personal e íntimo si...

El gusano casi había llegado hasta la botella. Con rapidez, Grundy rodeó el corcho con sus brazos de paja, apoyó los pies contra el cuello del frasco y tiró.

—¡Por el poder del coral cerebral, sal! —jadeó.

El corcho saltó. El humo flotó fuera de la botella, giró en un remolino y, luego, se solidificó en las formas del Buen Mago y el grifo.

—¡Grundy los rescató! —exclamó Chester, mientras su flauta se desvanecía.

—¡Vuela hasta la playa! —gritó Bink—. ¡No toquéis el agua!

Humfrey se agarró a Crombie, que extendió las alas y se elevó. Se inclinaron durante un momento, carentes de equilibrio; luego se enderezaron y avanzaron con suavidad.

Bink corrió a su encuentro cuando aterrizaban en la playa.

—¡Estábamos tan preocupados por vosotros, temíamos que el enemigo llegara antes!

—Y lo hizo —comunicó Humfrey, metiendo la mano en su chaqueta en busca de un frasco—. Da la vuelta, Bink; abandona tu búsqueda y no recibirás ningún daño.

—¡Abandonar mi búsqueda! —gritó Bink, sorprendido—. ¿Justo cuando estoy a punto de completarla? ¡Sabes que no lo haré!

—Sirvo a un nuevo amo; pero mantengo mis escrúpulos —explicó Humfrey. Algo siniestro emanaba de él ahora; seguía siendo un hombre pequeño, con aspecto de gnomo; no obstante, ya no había humor en esa caracterización. Su mirada se parecía más a la de un basilisco que a la de un hombre: una mirada fría, mortífera—. Es necesario que lo comprendas. La botella fue abierta por el agente del enemigo que yace en el fondo de este lago, una criatura de inteligencia, magia y consciencia tremendas, que carece de la capacidad de moverse. Es el coral cerebral, que se ve obligado a operar a través de otros agentes para conseguir su noble objetivo.

—¿El... enemigo? —inquirió Bink, con desesperación—. ¿El que envió la espada mágica, el dragón y el serpenteador...?

—E innumerables obstáculos más, la mayoría de los cuales quedaron anulados por tu magia antes de poder manifestarse. El coral no puede controlar a una entidad consciente, inteligente y viva; ha de operar a través de sugerencias mentales que parecen las propias ideas de la criatura. Esa es la razón de que el dragón te persiguiera, y el serpenteador te espiara, y la razón de que otras complicaciones, en apariencia coincidentes, ocurrieran. Sin embargo, tu talento te permitió resistirlas casi sin ningún perjuicio. La sirena te tentó; no obstante, la gorgona no te encantó en piedra; la polilla midas fue desviada hacia otro blanco, la maldición de los demonios no te alcanzó. Y ahora, en el corazón de la magia del coral, por fin te ves detenido. Has de dar media vuelta, porque...

—¡Pero no puede controlarte a ti! —protestó Bink—. ¡Eres un hombre, un hombre inteligente, un Mago!

—Tomó control del golem, lo cual le resultó posible sólo porque la realidad de Grundy no estaba completa y porque nos hallamos en la región más poderosa del poder del coral. Hizo que el golem abriera la botella. No importa que el frasco se halle ahora flotando en medio del lago del coral; la conjuración se realizó en nombre del coral cerebral, y me ata.

—Pero... —protestó Bink, incapaz de proseguir, ya que no podía formular su pensamiento.

—Fue el duelo más feroz de esta campaña —continuó Humfrey—. La lucha por la posesión de la botella. El coral consiguió que cayera de tus ropas; pero tu magia hizo que el corcho se destapara, momento en el que comenzamos a salir. Fue gracias al impacto de la maldición de los demonios, que te ayudó en lo que parecía una coincidencia increíble. Sacudió la botella en el interior del vórtice. No obstante, el coral empleó una fuerte corriente de remolino para colocar el tapón en su sitio,

atrapando a Grundy en el exterior. Tu magia consiguió resquebrajar el espejo mágico a mitad de camino, con fragmentos que quedaron dentro y fuera, lo que nos permitió establecer una especie de comunicación. Entonces, la magia del coral hizo que perdieras tu fragmento de cristal. Sin embargo, tu magia te guió hasta Beauregard, que restableció la comunicación. Cuando hiciste que tu enamoramiento de la ninfa se convirtiera en un elemento activo, estuviste a punto de llegar a tiempo a la botella, ¡tu talento manipuló muy bien al coral en esa ocasión!; no obstante, en este lugar, la magia del coral es más fuerte que la tuya, razón por la que llegó primero a la botella. Por muy poco. De hecho, vuestros talentos se han cancelado mutuamente. Pero ahora el coral, a través del poder del frasco, nos controla a Crombie y a mí. Todos nuestros poderes están a su servicio, y tú has perdido.

Chester se situó al lado de Bink.

—Así que os habéis convertido en el enemigo —comentó lentamente.

—En realidad no. Ahora que tenemos acceso a la perspectiva del coral, sabemos que se halla del lado de la razón. Bink, tu búsqueda es peligrosa, y no sólo para ti, sino para toda la tierra de Xanth. ¡Debes desistir, créeme!

—No te creo —repuso sombríamente Bink—. En este momento, no. No ahora que habéis cambiado de bando.

—Lo mismo opino —dijo Chester—. Conjuraos de regreso al interior de la botella, y deja que rescatemos el frasco y os liberemos a nuestras órdenes. Entonces, si puedes repetir esa declaración, te escucharé.

—No.

—Es lo que pensaba —repuso Chester—. Empecé esta misión como un servicio para ti, Mago; sin embargo, nunca recibí mi Respuesta. Puedo dejar tu servicio cuando lo desee. No obstante, no renunciaré a esta búsqueda sólo porque un monstruo oculto te haya asustado para que cambies de parecer.

—Tu postura es comprensible —comentó Humfrey, con sorprendente suavidad—. Ya no tengo, como bien has señalado, necesidad de tu servicio. Pero me veo en la obligación de comunicaros a los dos que, si no podemos convenceros con la razón, nos opondremos por la fuerza.

—¿Quieres decir que de verdad lucharías contra nosotros? —inquirió Bink, incrédulo.

—No deseamos tener que emplear la fuerza —contestó Humfrey—. Sin embargo, es imprescindible que desistas. Marchaos ahora, abandonad la búsqueda, y todo acabará bien.

—¿Y si no la dejamos? —preguntó Chester de forma beligerante, observando a Crombie.

Estaba claro que al centauro no le disgustaría mucho probar su poderío contra el del grifo. Durante todo el trayecto había existido entre ellos una especie de rivalidad.

—En ese caso, tendríamos que anularos —respondió Humfrey seriamente.

Quizá fuera pequeño; no obstante, seguía siendo un Mago, y su declaración envió un frío estremecimiento al cuerpo de Bink. Nadie podía permitirse el lujo de tomar a la ligera la amenaza de un Mago.

Bink se sentía desgarrado entre alternativas desagradables. ¿Cómo podía enfrentarse con sus amigos, los mismos para rescatar a los cuales había luchado tan arduamente? Sin embargo, si se encontraban bajo el hechizo del enemigo, ¿cómo podía ceder a sus exigencias? Si tan sólo pudiera llegar hasta el cerebro de coral, el enemigo, y destruirlo; entonces sus amigos quedarían libres de su horrible influencia. Pero el coral se hallaba en las profundidades del agua venenosa, inalcanzable. A menos que...

—¡Joya! —gritó—. ¡Haz que el excavador se sumerja y agujeree el coral!

—No puedo, Bink —contestó la ninfa con tristeza—. El excavador nunca regresó después de que lo enviáramos a buscar la botella. Estoy anclada aquí con mi cubo de gemas. —Lanzó con ira un diamante al agua—. ¡Ahora, ni siquiera puedo plantarlas de modo adecuado!

—El gusano ha sido enviado lejos de aquí —dijo Humfrey—. Lo único que puede destruir al coral es la culminación de vuestra misión..., junto con toda la Tierra de Xanth. Idos ahora, o ateneos a las consecuencias.

Bink miró a Chester.

—No deseo hacerle daño. Tal vez, si consiguiera que perdiera el conocimiento y le apartara del alcance del coral...

—Mientras, yo me ocuparé de pico de pájaro —repuso Chester, lamentándolo únicamente de palabra.

—¡No quiero derramamiento de sangre! —gritó Bink—. Son nuestros amigos, a quienes debemos rescatar.

—Supongo que sí —admitió Chester a regañadientes—. Intentaré inmovilizar al grifo sin lastimarlo demasiado. Quizá sólo le arranque algunas plumas.

Bink comprendió que este era el compromiso máximo al que podía llegar Chester.

—Muy bien. No obstante, detente en el momento en que se rinda. —Se volvió de nuevo hacia Humfrey—. Tengo la intención de continuar con mi búsqueda. Te pido que te marches y que evites interferir. Me apena la simple idea de que podamos enfrentarnos; pero...

Humfrey rebuscó en el cinturón donde llevaba los frascos. Extrajo uno.

—¡Oh, oh! —gritó Bink, abalanzándose contra él.

Sin embargo, el horror que sentía ante la posibilidad de practicar cualquier tipo de violencia contra sus amigos le hizo ser lento y llegar demasiado tarde. El corcho saltó, y el vapor salió de la botella. Cobró la forma de... un poncho de color verde, que aleteó durante unos instantes en el aire antes de depositarse en el suelo.

—La botella equivocada —musitó el Mago, y descorchó otra.

Bink, momentáneamente petrificado, se dio cuenta de que no podría dominar al Mago hasta que no lo separara de su arsenal de frascos. Quizás el talento de Bink ayudara a que el Mago confundiera las botellas; sin embargo, después de la primera vez, no se podía contar de nuevo con esa clase de error. Bink desenfundó la espada con la intención de cortar el cinturón que sujetaba los frascos a la cintura del Mago..., pero comprendió que parecería un ataque asesino. Una vez más titubeó..., y se detuvo ante el vapor que se solidificaba. Repentinamente, tuvo ante sí a trece gatos negros que sisearon con ferocidad.

Bink nunca había visto antes un gato de verdad en carne y hueso. Pensaba que se trataba de una especie extinguida. Permaneció inmóvil allí, contemplando la súbita desextinción, incapaz de formular un pensamiento coherente. Si mataba a esos animales, ¿estaría reextinguiendo la especie?

Mientras tanto, el centauro se enzarzó en su batalla con el grifo. Su encuentro fue feroz desde el principio, a pesar de las promesas de Chester. Tenía el arco en la mano, y una flecha silbó en el aire. Sin embargo, Crombie, que era un soldado veterano, no esperó que llegara. Dio un salto y desplegó las alas para cerrarlas otra vez con fuerza, creando una ráfaga de viento. Se elevó en ángulo, y la flecha pasó por debajo de sus plumas traseras. Luego frenó cerca del techo de la caverna y descendió en dirección del centauro, gritando y con las garras abiertas.

Chester reemplazó al instante el arco por la cuerda. Arrojó un lazo que se cerró alrededor del torso del grifo, plegándole las alas. Tiró con fuerza, y Crombie se desvió en un cuarto de círculo. El centauro tenía una corpulencia tres veces mayor que su oponente, lo cual le permitió controlarlo de esa manera.

Un gato negro se lanzó al rostro de Bink, obligándole a prestar atención a su propia batalla. Alzó la espada de forma refleja... y cercenó limpiamente al animal por la mitad.

Bink quedó de nuevo paralizado por el horror. ¡No había pensado en matarlo! Una criatura tan rara como esa..., quizás estos gatos eran los únicos que existían en toda la Tierra de Xanth, preservados por la magia del Mago.

Entonces, dos cosas cambiaron su actitud. La primera fue que las dos partes cortadas del gato no murieron; se metamorfosearon en dos gatos más pequeños. No se trataba de un gato verdadero, sino de uno falso, modelado con arcilla de vida, y al que se le había dado un imperativo felino. Cualquiera de sus partes se convertía en otro gato. Si se hubiera formado a un perro con el mismo material, también se habría dividido en más perros. De modo que Bink no tenía por qué preocuparse por la preservación de la especie. La segunda fue que otro gato le estaba mordiendo el tobillo.

En una cólera repentina, mezcla de alivio y furia, Bink los despedazó con la

espada. Cortó gatos en mitades, cuartos y octavos..., y cada segmento se convirtió en un felino más pequeño, que le atacaba con renovada ferocidad. Era como luchar contra la hidra..., salvo que en esta ocasión no disponía de ninguna madera inversora de hechizos que arrojarles, y no existía ninguna cuerda para hacerles caer. Pronto tuvo cien gatos diminutos que se lanzaban sobre él como ratas; luego, mil que le atacaban como si fueran niquelpiés. Cuanto más luchaba, peor se volvía la situación.

¿Estaba relacionada esta magia con la de la hidra? Aquel monstruo estaba representado por el siete, mientras que los gatos eran trece; sin embargo, se duplicaban con cada corte que recibía uno de sus miembros. Si hubiera alguna clave, algún contrahechizo que pudiera anular la magia duplicadora...

—¡Sé listo, Bink! —gritó Chester, aplastando a varios gatos que se habían adentrado en su territorio—. Arrójalos al agua.

¡Claro! Bink se agachó y, con la parte plana de su acero, empujó a docenas de gatos del tamaño de la uña del pulgar al lago. Cuando cayeron en su interior comenzaron a sisear como si fueran un montón de piedras calientes y, luego, se hundieron hasta el fondo. No sabía si se estaban ahogando o si eran envenenados por el agua; sin embargo, no volvió a emerger ninguno.

Mientras barría su camino hacia la victoria, Bink vislumbró el imparable combate del centauro y el grifo. No podía observarlo todo, pero consiguió llenar los huecos bastante bien. Debía seguir el desarrollo del combate porque, si algo le ocurría a Chester, Bink tendría otro enemigo al que enfrentarse.

Crombie, inicialmente incapacitado por la cuerda, inclinó la cabeza y partió limpiamente su atadura con un movimiento de su agudo pico. Extendió las alas de forma explosiva, emitió un graznido desafiante, y lanzó una carga de tres puntas contra la cabeza de Chester: pico y garras delanteras y traseras.

El centauro, que se vio desequilibrado por el repentino relajamiento de la cuerda, trastabilló. Poseía una estabilidad mejor que la de un hombre, aunque había estado tirando con fuerza. Su parte posterior equina chocó contra una estalagmita y la partió, en el momento en que el grifo establecía el contacto. Bink hizo una mueca..., pero la estalagmita resultó más un problema para Crombie que para Chester. El extremo puntiagudo cayó sobre el ala izquierda del grifo y la empujó hacia el suelo, lo que obligó a Crombie a aletear con vigor su otra ala para recuperar el equilibrio.

Chester se incorporó; tenía un corte en el rostro, allá donde el grifo había fallado el golpe dirigido al ojo. Entonces sus poderosas manos cogieron al grifo por las patas delanteras.

—¡Ya te tengo, pajarraco! —gritó.

Sin embargo, en esa postura no podía emplear la espada, por lo que intentó aplastar al grifo contra la base rota de la estalagmita.

Crombie graznó y alzó sus patas traseras para lanzar un tajo doble que, de haber

conectado, le habría abierto las entrañas a la parte humana del centauro. Chester lo soltó rápidamente, arrojándolo con violencia lejos de sí. Entonces cogió una vez más el arco y la flecha. Sin embargo, el grifo abrió las alas para frenar su vuelo y se lanzó de nuevo sobre el centauro, antes de que pudiera arrojar el proyectil. Ahora era una lucha mano a garra.

Bink ya había limpiado su zona de gatos pequeños...; no obstante, el Buen Mago había dispuesto del tiempo suficiente para organizar sus frascos y abrir el siguiente. Se convirtió en un montón de apiladas cerezas bomba. ¡Oh, no! Bink ya había tenido experiencia con esas violentas y pequeñas frutas, puesto que en el jardín de palacio había un árbol donde crecían. De hecho, casi con toda probabilidad estas procedían de aquel árbol. Si alguna llegaba a darle...

Se lanzó sobre Humfrey, sujetando el brazo del Mago antes de que pudiera lanzar ninguna. Humfrey se debatió con desesperación contra la fuerza superior de Bink. Bink seguía conteniéndose, ya que odiaba la violencia del momento, aunque no veía otra alternativa. Los dos cayeron al suelo. El cinturón del Mago se abrió, desparramando una colección de frascos por la superficie rocosa. Algunos se descorcharon. El ordenado montón de las cerezas bomba se deshizo; rodaron y cayeron al lago, donde detonaron con explosiones inofensivas y nubes de vapor. Una se introdujo en el cubo de gemas de Joya.

La explosión lanzó piedras preciosas volando por toda la caverna. Los diamantes pasaron rozando las orejas de Bink; una enorme perla chocó contra el pecho del Mago; algunos ópalos se metieron debajo de los cascos de Chester.

—¡Oh, no! —gritó Joya, horrorizada—. ¡No es así como ha de hacerse! ¡Cada una ha de ser plantada exactamente en el lugar adecuado!

Bink lamentó lo de las gemas; sin embargo, tenía problemas más acuciantes. Las nuevas botellas escupían una sorprendente variedad de cosas.

Las primeras fueron un par de zapatos alados.

—¡Vaya, es ahí donde los dejé! —exclamó Humfrey.

No obstante, volaron lejos de su alcance antes de que pudiera cogerlos. El segundo frasco dejó libre un gigantesco reloj de arena, cuyos granos comenzaron a caer al exterior..., en este caso también resultó inofensivo. La siguiente fue una colección de semillas de aspecto exótico, algunas como enormes y chatos ojos de pez, otras como una mezcla de sal y pimienta, otras como moscas aladas. Zumbaron y mancharon un amplio trozo de piedra, aplastándose bajo los pies, rodando como canicas, pegándose como si fueran erizos. Sin embargo, no parecían representar una amenaza directa.

Lamentablemente, también los otros frascos soltaban su vapor. Produjeron un cubo de basura (esa era la manera en que el Mago limpiaba su castillo: ¡lo barría todo al interior de un frasco!), un saco de fertilizante de supercrecimiento, una tormenta de

rayos en miniatura y una pequeña nova. Las semillas ya disponían de alimento, agua y luz. Repentinamente, comenzaron a germinar. Surgieron tallos, los cuerpos se hincharon, las vainas se abrieron, las hojas se extendieron. Las raíces se sujetaron a la roca y cogieron cosas de la basura; los tallos se alzaron para formar una densa alfombra. Especies distintas libraron sus propias batallas diminutas por el mejor territorio fertilizador. En unos momentos, Bink y el Mago se vieron rodeados por una pequeña selva en expansión. Las lianas se aferraban a los pies, las ramas se clavaban en los cuerpos y las hojas oscurecían la visión.

Pronto, las plantas comenzaron a florecer. En ese momento pudieron identificarlas. Las zapatillas de dama produjeron un calzado muy delicado, lo que hizo que Joya lanzara una exclamación de alegría y cogiera un par para ella. Las hierbas nudo formaron los nudos más complicadamente especializados: arco, acollador, ahorcador... Bink tuvo que pisar con cuidado para no verse atado. ¡Aquello podía costarle la victoria en el acto!

Mientras tanto, el Mago intentaba evitar las restallantes fauces de unas violetas dientes de perro y dientes de león, al tiempo que una hierba halcón realizaba pequeñas pasadas sobre su cabeza. Bink se habría reído..., pero tenía demasiados problemas propios. Una vara de oro trataba de empalarlo en su aguja metálica y un girasol le cegaba con su brillo. Ya no era necesaria la nova; la cueva refulgía como si estuvieran bajo la luz diurna, y seguiría así hasta que el girasol lanzara sus semillas.

Bink agachó la cabeza justo a tiempo para esquivar unas destellantes cabezas de flecha...; no obstante, su pie resbaló en una taza de mantequilla, que le envió al suelo con un duro golpe —uunnfff—, aplastando la cabeza de una col mofeta. De repente se vio bañado por la nauseabunda fragancia.

Bueno, ¿qué había esperado? Ahora poseía muy poco talento protector; el cerebro de coral enemigo había cancelado su magia. Bink dependía de sí mismo, y debía buscarse por sus propios medios la seguridad. Al menos, Humfrey no se encontraba mejor que él; en este momento sus pies estaban recibiendo un calor excesivo mientras pisaban una hierbas de fuego. Arrancó una flor de un lirio de agua y volcó el líquido para apagar el fuego. Al mismo tiempo, varios pinceles lo estaban decorando con rayas de color rojo, verde y azul. Tenía adheridos a la ropa unos diamantes perdidos de la colección de la ninfa.

¡Así no iría a ninguna parte! Conteniendo la respiración y cerrando los ojos al pasar al lado de unas amapolas que reventaron sobre su cabeza, Bink salió del pequeño entorno selvático. Sintió que algo cubría sus manos y tuvo que echar un vistazo: eran un par de guantes zorro. Una campánula azul repiqueteó en sus oídos; en ese momento logró salir. Allí estaba el cinturón del Mago, con los frascos que aún le quedaban. En el acto comprendió, que si lograba controlarlo, Humfrey estaría indefenso. ¡Toda su magia se hallaba contenida en esos frascos!

Bink avanzó hacia el cinturón...; sin embargo, en ese momento, el Mago emergió de la jungla con unos pies de cuervo pegados a su cuerpo. Se los quitó de encima con la mano, y los pies salieron corriendo. Un estirado y solitario rosal apartó sus flores de él. Humfrey se lanzó hacia su cinturón mágico, llegando al mismo tiempo que lo hacía Bink.

Bink colocó las manos sobre el cinturón. Hubo un tira y afloja. Cayeron más frascos. Uno se convirtió en una olla con sopa de cebada que se derramó por el suelo, siendo absorbida con ansiedad por las raíces de la selva. Otro se transformó en un paquete con una mezcla de nueces y truenos. Entonces, Bink encontró un humeante pudín de arroz, que se apresuró a arrojar al Mago...; no obstante, Humfrey acertó primero con un pastel de frutas. En total, se trataba de veinticuatro trozos que volaron de forma explosiva, ampliando aún más la zona de escombros. Los trocitos de fruta culebrearon en su cabello y por su cuello, nublando de forma parcial su campo de visión. Bink mantuvo a distancia al Mago con un movimiento circular de la espada mientras trataba de aclarar su visión. En ese momento, y de forma extraña, veía la lucha entre el centauro y el grifo mejor que la suya propia.

El torso humano de Chester mostraba líneas de sangre, producidas por los feroces desgarrones de las patas del grifo. Pero Crombie tenía rota una de sus patas delanteras, y a una de sus alas le faltaban la mitad de las plumas. ¡El combate mano a garra había sido salvaje!

Ahora, el centauro acosaba a su oponente con la espada en la mano, mientras el grifo volaba en círculos irregulares, justo fuera de su alcance, buscando una abertura en la defensa. A pesar de las precauciones de Bink, esos dos se lo habían tomado mortalmente en serio; buscaban la aniquilación del otro. ¿Cómo podría detenerlos Bink?

El Mago encontró un frasco y lo abrió. Bink avanzó con cautela; sin embargo, se trataba de otro error. Se manifestó un enorme cuenco lleno de yogur. Por su olor y su aspecto, había permanecido en el interior de la botella demasiado tiempo; estaba cortado. Flotó lentamente en dirección al lago; ¡que el cerebro de coral lo probara! Sin embargo, Humfrey ya tenía otro frasco en la mano. Los errores no eran el producto del talento de Bink, sino de un azar total y honesto; parecía que Humfrey poseía cien cosas en sus frascos (después de todo, su reputación se basaba en el hecho de que poseía cien hechizos), aunque sólo unas pocas servían para un combate inmediato, y se hallaban todas mezcladas. Las probabilidades estaban en contra de que algo realmente peligroso pudiera aparecer de un frasco elegido al azar.

No obstante, las probabilidades podían ser derrotadas. El siguiente frasco emitió el serpenteante tentáculo de un kraken, que onduló de forma agresiva hacia Bink. Pero este lo cortó en pequeños fragmentos con la espada; volvió a avanzar sobre el Mago. Bink sabía que en ese momento podía controlar la situación; nada que hubiera

en las botellas de Humfrey podía compararse con la devastadora presencia de una buena espada.

Desesperado, Humfrey abrió botellas, buscando algo que defendiera su causa. Se materializaron tres hadas bailarinas, que flotaron con alas transparentes, de un color pastel; pero eran inofensivas, y pronto se alejaron hacia Joya para hablar con ella, que las puso a trabajar inmediatamente en la recolección de las gemas perdidas. Un grupo de gotas de tos cobró forma, estallando casi en el acto...; sin embargo, demasiado cerca del Mago, que se sumió en un paroxismo de tos. Entonces apareció un dragón alado.

Básicamente, los dragones alados eran pequeños..., aunque incluso el más diminuto de ellos resultaba peligroso. Bink se lanzó de un salto hacia él, apuntándole al cuello. Acertó..., pero las duras escamas del dragón alado desviaron el acero. Abrió la boca y le arrojó al rostro de Bink un chorro de vapor caliente. Bink trastabilló hacia atrás..., y ensartó bruscamente el extremo de la espada, con todas sus fuerzas, en el interior de la nube de vapor. El acero penetró por la boca abierta de la criatura, atravesó su paladar y salió por la parte superior de su cabeza. El dragón alado emitió un único grito de agonía y expiró en el momento en que Bink extraía la espada.

Bink reconoció que había tenido suerte..., y que se trataba de una suerte verdadera, no de la producida por su talento. Sin embargo, el problema con ese tipo de suerte era que no tenía favorito alguno; la siguiente racha podía ser en su contra. Debía acabar con la situación antes de que eso ocurriera.

No obstante, el Mago había dispuesto de tiempo para buscar más frascos. Quería localizar algo específico y, entre todo el caos, tenía bastantes problemas para hallarlo. Pero cada fallo le dejaba menos frascos entre los que elegir y, consecuentemente, una mayor probabilidad de éxito. Cuando Bink volvió a encararse con él, surgieron unos calzoncillos largos de invierno y unos cómics desgastados; también una escalera de madera, una bomba de hedor y un puñado de plumas mágicas para escribir. Bink tuvo que reírse.

—Bink..., ¡cuidado! —gritó Chester.

—Sólo se trata de un vestido de noche de señora —comentó Bink, mirando el siguiente ofrecimiento—. Es inofensivo.

—¡Detrás hay un ojo maligno! —exclamó Chester.

¡Problemas! ¡Eso era lo que había estado buscando durante todo ese tiempo Humfrey! Bink cogió el vestido y lo empleó como un escudo contra la némesis que había más allá.

Un haz de luz salió disparado y pasó a su lado..., y dio en el centauro. Medio atontado, Chester retrocedió ante el impacto..., y el grifo voló sobre él, dispuesto a matarlo. Su pico buscó los ciegos ojos de Chester, obligando a que el centauro

siguiera retrocediendo.

—¡No! —aulló Bink.

De nuevo fue demasiado tarde. Bink comprendió que llevaba un tiempo excesivo apoyándose en su talento, por lo que sus reacciones ante los acontecimientos fortuitos se habían vuelto lentas. Los cascos posteriores de Chester cayeron del borde rocoso. El centauro emitió un sonoro relincho de desesperación, y su trasero se hundió en las malignas aguas del lago.

El agua se cerró cenagosamente sobre la cabeza de Chester. Sin ningún sonido de lucha, el centauro se desvaneció en sus profundidades. El amigo y aliado de Bink había desaparecido.

No quedaba tiempo para las lamentaciones. Humfrey había hallado otro frasco.

—¡Ya te tengo, Bink! ¡Este contiene una poción de sueño! —gritó, sosteniéndolo en alto.

Bink no se atrevió a cargar contra él, ya que el ojo maligno aún se interponía entre los dos, momentáneamente inmovilizado por el vestido de noche al que Bink se aferraba, empuñándolo como un débil escudo. Pudo ver a través de la nebulosa tela el difuso contorno del ojo; tenía que maniobrar continuamente para evitar cualquier contacto visual directo con él. ¡Pero esa poción de sueño no podría ser detenida por un simple trozo de tela!

—¡Ríndete, Bink! —gritó Humfrey—. Tu aliado ha desaparecido, y mi aliado se cierne sobre tu espalda, el ojo te mantiene a raya, y la poción de sueño puede alcanzarte ahí donde estás. ¡Ríndete, y el coral promete dejarte con vida!

Bink titubeó..., y sintió la ráfaga de aire producido por las alas del grifo, que se lanzó contra su espalda. Bink giró, viendo que la ninfa se hallaba de pie a unos metros, petrificada por el terror, y supo que, mientras el cerebro de coral le ofrecía con palabras clemencia, traicionaba esa oferta con la acción.

Hasta ese instante, Bink había estado librando una batalla que no deseaba, pero que era necesaria. Ahora, repentinamente, se sintió furioso. Su amigo había desaparecido, él mismo era traicionado..., ¿qué motivos poseía ya para contenerse?

—¡Mira el ojo maligno! —le gritó Bink a Crombie, al tiempo que hacía a un lado el vestido que lo cubría y se apartaba de la amenaza.

Crombie volvió la cabeza, negándose a mirar. Bink, que aún seguía dominado por la cólera, cargó contra el grifo con la espada alzada.

Ahora eran garras y pico contra espada..., y ninguno de los dos se atrevía a volver los ojos en la dirección del Mago. Bink agitó el vestido para distraerlo mientras lanzaba un corte a la cabeza del grifo; luego se enroscó la tela alrededor del brazo para protegerse de las garras. Crombie únicamente podía atacar con la pata delantera izquierda; sus maltrechas alas no le proporcionaban el suficiente equilibrio para maniobrar, razón por la que tenía que apoyarse sobre las patas traseras. Sin

embargo, disponía del mortífero cuerpo de un grifo y de la mente adiestrada para el combate de un soldado; era uno de los enemigos más inteligentes y feroces con los que Bink se había enfrentado nunca. Crombie conocía a Bink, su estilo le resultaba familiar, y era un espadachín más competente que él. De hecho, Crombie había sido el instructor de Bink. Aunque con la forma de grifo no podía empuñar ninguna espada, no existía ninguna maniobra que Bink pensara realizar que Crombie no anticipara y pudiera contrarrestar. Resumiendo, Bink se veía superado.

Sin embargo, la ira le suministraba fuerzas. Atacó al grifo con determinación a las piernas y a la cabeza, tratando de atravesar su cuerpo, obligando a su oponente a enfrentarse con el ojo maligno. Enarboló el vestido con la intención de entorpecer el ala buena de Crombie; entonces, emitió un grito y golpeó con su hombro el resplandeciente pecho de Crombie. Bink era tan sólido como el grifo; la fuerza con la que lanzó su peso empujó a Crombie hacia las mortíferas aguas. Pero resultó inútil; justo cuando Bink pensó que había cobrado ventaja, Crombie se apartó y dejó que el impulso enviara trastabillando a Bink hacia el agua.

Bink intentó frenar, y casi lo consiguió. Se balanceó en el borde y vio... al golem Grundy, sentado a horcajadas en la botella que aún seguía a flote, muy cerca ya de la orilla.

—Sácame de aquí, Bink —gritó el golem—. El veneno no me afecta, pero estoy comenzando a disolverme. ¡Cuidado!

Ante la advertencia, Bink se dejó caer al suelo, con la cara a unos pocos centímetros del agua. Crombie, que no consiguió empujarle, pasó por encima de él, extendiendo las alas para sobrevolar el oscuro lago. Grundy ahuecó la mano y lanzó unas pocas gotas de agua a la cola del grifo..., la cola se marchitó en el acto. ¡Quedaba demostrado que el agua era mortal!

Crombie realizó un valiente esfuerzo, aleteando con tanto vigor que se elevó más allá del alcance del agua. Entonces se deslizó por el aire hacia la orilla opuesta del lago, donde aterrizó bruscamente, incapaz de controlar bien su vuelo debido al ala dañada y a la cola marchita. Bink aprovechó el respiro para extender su acero hacia el golem, que se aferró al extremo y se dejó remolcar hasta la orilla.

En ese momento, Bink recordó que Grundy había liberado a Humfrey y a Crombie..., en nombre del enemigo. El golem también era una criatura del cerebro de coral. ¿Por qué se ponía ahora del lado de Bink?

Había dos posibilidades: primero, que el coral sólo hubiera tomado prestado al golem, liberándolo posteriormente, de forma que Grundy podía aliarse ahora de nuevo con Bink. Sin embargo, en ese caso, el coral podía apoderarse otra vez del golem en cualquier momento, razón por la que no se podía confiar en Grundy. En el fragor de la batalla, quizás el coral se había olvidado de él; no obstante, a medida que la lucha se simplificaba, esa situación podía cambiar. Segundo, Grundy tal vez

siguiera siendo un agente del enemigo. En cuyo caso...

Pero ¿por qué intentaría el coral engañar a Bink de esa forma? ¿Por qué no acabar con él sin darle ningún respiro? Bink no lo sabía, pero se le ocurrió que lo más inteligente sería seguirle la corriente, fingir que le había engañado. Quizás el enemigo tuviera alguna debilidad que Bink no había llegado a descifrar y, si utilizaba al golem como una pista para descubrirla...

El soldado no se había rendido. Incapaz de girar en el aire debido a su dañado sistema de orientación, Crombie se adentró en tierra firme, cogió carrera, y emprendió una vez más el vuelo para cruzar el lago.

—¡No me toques... estoy impregnado de veneno! —exclamó Grundy—. Yo localizaré el espejo para ti, Bink. Tú concéntrate en...

Contento por el pequeño aliado de que disponía, Bink le hizo caso. Mientras el grifo volaba hacia él, Bink dio un salto y, esgrimiendo la espada con ambas manos, lanzó un corte por encima de su cabeza. Crombie, incapaz de esquivarlo, recibió el golpe en su ala buena. El acero atravesó las plumas, el músculo, el tendón y el hueso, cortando a medias el ala.

Crombie cayó al suelo...; sin embargo, no estaba derrotado. Se puso en pie de un salto, revolviéndose con un graznido y lanzándose hacia Bink, con la garra delantera desplegada. Sorprendido por la insistente tenacidad del soldado, Bink retrocedió, tropezó con una piedra y cayó de espaldas. Cuando el grifo aterrizó sobre él, buscando su rostro con el pico, Bink empujó con violencia la espada hacia arriba.

En esta ocasión no fue el ala la que sufrió el impacto, sino el cuello. La sangre manó a chorros, empapándole y quemándole. Tenía que ser una herida mortal...; sin embargo, el grifo siguió luchando con tres patas, buscando las entrañas de Bink.

Bink rodó y se llevó la espada consigo. Pero se atascó en un hueso y se le desprendió de la mano. Entonces, se lanzó a la garganta de Crombie desde atrás y la rodeó con ambos brazos, con la intención de ahogarle y romperle el cuello. Hasta ese momento, Bink no podía imaginarse que intentaría nunca matar a su amigo..., pero la visión de la desaparición de Chester ardía en su mente, haciendo que se convirtiera en un asesino casi despiadado.

Crombie se arqueó poderosamente y se lo quitó de encima, Bink volvió a lanzarse sobre él, tratando de asir una de sus patas traseras del mismo modo que lo había hecho Chester. Semejante táctica jamás habría funcionado si el soldado tuviera su forma humana, ya que Crombie era un experto en la lucha cuerpo a cuerpo; sin embargo, ahora se hallaba en su forma animal, incapaz de emplear sus conocimientos humanos altamente especializados. Para evitar que el grifo se volviera, Bink tiró con fuerza de la pata trasera, agachando la cabeza y arrastrando la forma del soldado por la roca.

—¡No mires! —gritó Grundy—. ¡Tienes el ojo delante de ti!

¿Podía confiar en el golem? Seguro que no...; no obstante, sería una tontería mirar en la dirección en la que quizá se hallara el ojo. Bink cerró los ojos, afianzó su presa y, con el mayor esfuerzo realizado hasta ese momento, lanzó al grifo por encima de su cabeza. Crombie voló por los aires..., y no aterrizó. ¡Volaba otra vez o, al menos, lo intentaba! Lo único que había conseguido Bink había sido ayudarle; ¡ahora comprendía por qué el grifo no se había resistido!

—¡El ojo está dando un círculo y se encamina hacia tu cara! —aulló Grundy.

¿Creer o no creer? La primera declaración que resultara falsa delataría la afiliación del golem. Probablemente, Grundy diría la verdad hasta donde le resultara posible. Aunque parecía irónico, Bink podía confiar en él debido a que era un agente enemigo. Mantuvo los ojos cerrados y agitó el vestido de noche.

—¿Por dónde?

—¡Delante de ti, a la distancia de un brazo!

Bink abrió el vestido, lo sostuvo con ambas manos y dio un salto. Llevó la tela delante de él y tiró hacia abajo.

—¡Ya lo tienes! —gritó el golem—. ¡Envuélvelo con el vestido y tóralo al lago!

Es lo que hizo Bink. Notó cómo se debatía en el interior de la tela y sintió la ligera masa del ojo cautivo; el golem había dicho la verdad. Escuchó el ruido que produjo al caer en el agua y, con cautela, abrió un ojo. El vestido flotaba en la superficie, empapado; cualquier cosa que hubiera dentro había desaparecido.

Ahora ya podía mirar a su alrededor. Crombie sólo había volado una distancia corta antes de caer en una pequeña grieta; se hallaba atrapado allí..., sus heridas y la debilidad que sentía le impedían salir. Sin embargo, el Mago aún seguía activo.

—¡Si das un paso, soltaré la poción del sueño! —gritó.

Bink ya había tenido suficiente.

—¡Si la liberas, serás el primero en sentir su efecto! —comentó, dirigiéndose hacia Humfrey—. ¡Puedo contener la respiración más tiempo que tú! —La espada estaba en el suelo, donde había caído de las heridas de Crombie. Bink se detuvo para recogerla y limpió parte de la sangre que la manchaba con sus ropas, empuñándola, dispuesto al ataque—. En todo caso, dudo que surta efecto antes de que te alcance. Y, aunque lo hiciera, el golem no se vería afectado. Entonces, ¿de qué lado estaría? Ya sabes que en parte es real; el coral jamás podrá estar plenamente seguro del control que ejerce sobre él.

El Mago, prescindiendo de las palabras de Bink, descorchó la botella. El vapor salió. Bink saltó hacia delante, moviendo la espada en un arco a medida que la sustancia se solidificaba..., y golpeó un frasco pequeño.

¿Una botella que se materializaba de una botella?

—¡Oh, no! —gritó Humfrey—. Era mi suministro de pastillas de inteligencia, que durante la última década creí perdidas.

¡Qué ironía! El Mago, distraídamente, había almacenado sus pastillas de inteligencia en el interior de otra botella y, sin ellas, había sido incapaz de descubrir dónde las había guardado. Ahora, y debido a una permutación de talentos bélicos, aparecían... en el momento equivocado.

Bink tocó el pecho del Mago con la punta de su espada.

—No te hace falta ninguna pastilla de inteligencia para saber lo que te ocurrirá si no te rindes en el acto.

Humfrey emitió un suspiro.

—Parece que te subestimé, Bink. Nunca creí que derrotaras al grifo.

¡Bink esperaba no tener que intentarlo otra vez! Si Crombie no se hubiera encontrado cansado y herido...; sin embargo, no tenía ningún sentido preocuparse por lo que podría haber ocurrido.

—Estás al servicio de un amo enemigo. No puedo confiar en ti. Ríndete, y te exigiré un solo servicio; luego, te haré volver a la botella hasta que concluya mi búsqueda. De otra forma, me veré obligado a matarte para que tu cerebro de coral quede incapacitado. —¿Se trataba de un farol? No deseaba matar al Mago; no obstante, si la lucha se reanudaba...—. Elige.

Humfrey se detuvo; evidentemente, se hallaba en comunión con otra mente.

—Los goblins no pueden venir; hay demasiada luz; además, odian al coral. No hay disponible nada más en un radio cercano. Me es imposible contrarrestar tu mate. —Se detuvo de nuevo. Bink comprendió que la palabra «mate» se refería al juego que practicaba a veces el Rey Trent y que se llamaba ajedrez; un mate era una amenaza personal directa. Un término adecuado—. El coral no posee honor —prosiguió Humfrey—. Pero yo sí. Creí que la oferta anterior que te hice era válida; no sabía que el grifo te atacaría en ese momento.

—Me gustaría creerte —repuso Bink; su cólera menguaba, pero no así su cautela—. Sin embargo, no me atrevo. Sólo puedo ofrecerte mi palabra con respecto a mis intenciones.

—En estas circunstancias, tu palabra es mejor que la mía. Acepto tus condiciones. Bink bajó la espada, aunque no la enfundó.

—¿Y qué hay del golem? —exigió—. ¿De qué lado está?

—Es... uno de nosotros, como bien sospechaste. Por mi reacción de hace unos momentos, me obligaste a reconocerlo. Eres bastante inteligente, Bink.

—¡Olvida los halagos! ¿Por qué me ayudó Grundy?

—El coral me lo ordenó —respondió el golem.

—¡No tiene ningún sentido que el coral luche contra sí mismo! ¡Si te hubieras puesto del lado de Crombie, me podría haber derrotado!

—Y quizá podría haber perdido —comentó Humfrey—. También el coral te subestimó seriamente, Bink. Pensó que, una vez que cancelara tu talento, que sigue

tremendamente fuerte y astuto, lo cual hace que se le preste atención, serías fácilmente dominado por medios físicos. En vez de eso, luchaste con una ferocidad y una habilidad crecientes a medida que aumentaba la presión. Lo que en un principio parecía una certeza se volvió una incertidumbre. Así, la posibilidad de que el coral se impusiera por medio de la fuerza disminuía, mientras que la probabilidad de prevalecer por el empleo de la razón aumentaba.

—¡La razón! —exclamó Bink con incredulidad.

—Por lo tanto, el coral le ordenó al golem que se comportara como tu amigo..., para que fuera su agente infiltrado en tu bando. Entonces, si tú vencías en la batalla física y yo moría, estarías dispuesto a escucharle.

—Bueno, pues no lo estoy —dijo Bink—. Nunca confié en el cambio de lado de Grundy, y le habría arrojado de vuelta al lago en el instante en que me traicionara. De momento, sin embargo, tengo otros asuntos más acuciantes. Busca el frasco que contiene el elixir curativo. Sé que aún no ha sido abierto.

El Mago se agachó para buscar en las botellas desparramadas en el suelo.

—Es este.

—¡Joya! —gritó Bink.

Vacilante, la ninfa se aproximó a él.

—Te tengo miedo cuando estás así, Bink.

También había sentido miedo durante la lucha. Le habría servido de mucho su ayuda cuando el ojo maligno le acosaba, en vez de verse obligado a depender de la muy dudosa ayuda del golem. En ese aspecto, era una ninfa típica, incapaz de realizar alguna acción decisiva en un período de crisis. El comportamiento de Camaleón, incluso en su fase de mayor estupidez, era distinto; aun a costa de su propio sacrificio personal, había actuado para salvarle. Las amaba a las dos...; pero se quedaría junto a Camaleón.

—Coge este frasco y derrama una gota sobre el grifo —le indicó.

Ella estaba sorprendida.

—Pero...

—Crombie se halla controlado por el enemigo y debido a ello se ha comportado de un modo horrible, pero es mi amigo. Voy a curarle y a hacer que el Mago lo devuelva al interior de la botella, al igual que a él, hasta que todo haya acabado.

—Oh.

Tomó el frasco y se dirigió hacia el grifo herido. Bink empujó al Mago con la punta de su espada para que siguieran a Joya más despacio. Humfrey le había dicho a Bink que había ganado; no obstante, Bink sabía que la lucha aún no había concluido. Por lo menos, no hasta que el Mago, el grifo y el golem regresaran al interior de la botella y Bink tuviera control sobre ella. El coral haría todo lo que estuviera a su alcance para mantenerlos fuera del frasco.

Joya se detuvo al borde de la grieta y bajó la vista. Se llevó la mano libre a la boca en un gesto muy femenino, que Bink halló extrañamente conmovedor. No, no tenía nada de extraño; la amaba, y por lo tanto reaccionaba ante cualquier gesto suyo de una forma especial. Sin embargo, intelectualmente, no se engañaba.

—¡Está bañado en sangre! —protestó ella.

—Yo no puedo apartar mi atención del Mago —repuso Bink; y, mentalmente añadió: tampoco del golem—. Si en ese frasco no se encuentra el elixir curativo, le mataré en el acto. —Eran palabras enérgicas que utilizaba para reforzar su menguante voluntad—. Tendrás que aplicárselo tú. Necesitamos al grifo para que nos indique el emplazamiento del antídoto para la poción de amor.

—Yo..., sí, por supuesto —aceptó, en voz muy baja. Forcejeó con el corcho—. Está... Hay tanta sangre..., ¿por dónde...?

Crombie logró incorporarse un poco. Su cabeza de águila giró débilmente sobre el cortado cuello, haciendo que escapara otro chorro de sangre.

—¡Squawk!

—Dice que no lo hagas —tradujo Grundy—. Si se recupera, tendrá que matarte.

Bink colocó la espada en un ángulo determinado para que el acero reflejara un destello de luz en los vidriosos ojos del grifo. El girasol había brillado más antes; ahora se apagaba lentamente, ya que se aproximaba el momento de su recolección.

—No espero que un sirviente del enemigo posea honor o sienta gratitud por la ayuda prestada —comentó sombríamente—. He establecido una especie de tregua con el cerebro de coral, y pienso reforzarla con esta espada. Crombie tendrá que obedecerme... o el Mago morirá. No lo dudes.

¿Cómo no iban a hacerlo, si él mismo dudaba? No obstante, si volvía a desatarse la violencia, no permitiría que el coral se adueñara fácilmente de la situación.

Crombie posó su torturada mirada en Humfrey.

—Lo que dice Bink es verdad —corroboró el Mago—. Nos ha derrotado, y ahora nos exige un servicio a cambio de nuestras vidas. El coral ha accedido. Cumple ese servicio y soporta el confinamiento en la botella..., o yo moriré, y tú tendrás que luchar con él de nuevo.

El grifo graznó débilmente una vez más.

—¿Qué servicio? —tradujo Grundy.

—¡Ya sabes cuál es! —exclamó Bink—. Que me señales el lugar más cercano y seguro donde haya magia inversora de amor.

¿Acaso estaban perdiendo el tiempo, a la espera de que la luz del girasol se desvaneciera y aparecieran los goblins?

Otro graznido. Entonces, la noble cabeza cayó al suelo.

—Está de acuerdo, aunque se siente muy débil para indicártelo —comentó Grundy.

—En realidad, no nos hace falta el antídoto... —repuso Joya.

—Adelante —dijo con voz rechinante Bink. Tenía unos cortes profundos allá donde las garras del grifo habían rasgado su cuerpo, y ahora que la violencia de la acción se había acabado sentía un cansancio atroz. Debía arreglar este asunto antes de que se derrumbara—. ¡Rocíalo!

Joya consiguió por fin abrir la botella. Se derramó un fluido precioso, salpicándola a ella, a las rocas y al grifo. Una gota cayó sobre el golem, que de inmediato quedó curado de su condición parcialmente disuelta. Sin embargo, ninguna rozó a Bink..., era una ironía que sólo comprendía el coral.

Crombie se incorporó de la prisión que representaba para él la grieta. Una vez más resplandecía y aparecía hermoso; extendió las alas y se volvió hacia Bink. Los músculos de Bink se tensaron con gran dolor. Mantenía al Mago como rehén; sin embargo, si el grifo le atacaba en ese momento...

De un salto, Joya se interpuso entre Bink y Crombie.

—¡No te atrevas! —le gritó al grifo. El aire se impregnó con el olor de papel quemado.

Durante un largo momento Crombie la miró, con sus llamativas alas parcialmente abiertas, aleteando en un movimiento lento. Era una muchacha tan frágil, armada únicamente con la botella del elixir; no existía forma alguna en la que pudiera detener al magnífico animal. Su cuerpo temblaba de nerviosismo; con un solo graznido que escuchara, se pondría a llorar.

Sin embargo, había realizado el gesto de defenderle. Se trataba de un acto extraordinario para una ninfa verdadera. Intentaba defender aquello en lo que creía. ¿Podía condenarla porque su valentía no fuera mayor que su fuerza?

Entonces, Crombie dio la vuelta, alargó en toda su extensión un ala y señaló. Hacia el lago.

Bink suspiró.

—Conjúralo al interior de la botella —le dijo al Mago—. Hazlo bien a la primera. Si tratas de conjurarme a mí, morirás.

Se produjo un retraso mientras Joya iba en busca de la botella, que se encontraba en la orilla del lago, donde aún seguía flotando. Tuvo que recogerla con sumo cuidado, evitando que la humedad rozara su piel; la secó y la puso al alcance del Mago.

Humfrey realizó su encantamiento. El grifo se disolvió en vapor y fue succionado al interior de la botella. Tardíamente, a Bink se le ocurrió que el Mago podría haberle hecho lo mismo a él en cualquier momento de la lucha que mantuvieron..., si se hubiera ocurrido. ¡La pérdida de esas pastillas de inteligencia sí que debió dolerle! Sin embargo, resultaba difícil pensar en lo obvio con una espada delante. Además..., entonces no tenía a su alcance la mejor botella, la que sirvió de residencia al

demonio.

—Ahora es tu turno —le ordenó Bink al Mago—. A la misma botella..., tú y el golem.

—El coral ha estado pensando —dijo Humfrey—. Cree que, si supieras toda la historia, estarías de acuerdo con su punto de vista. ¿Quieres escucharla?

—Lo más probable es que el coral esté perdiendo el tiempo hasta que puedan llegar más sicarios suyos —repuso Bink, recordando a los goblins.

Quizá no se llevaran bien con el coral; no obstante, si llegaban a un acuerdo...

—¡Pero conoce el emplazamiento y la naturaleza de la fuente de la magia! —exclamó Humfrey—. Escúchalo, y te guiará.

—¡Que me guíe primero, luego escucharé!

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Confiamos en ti, Bink.

—Yo no confío en ti. Sin embargo, lo acepto..., haré el trato. Sólo espero no estar cometiendo un error fatal. Muéstrame dónde se encuentra la fuente de la magia, y no con un acertijo que no pueda comprender, y luego dispondrás de la oportunidad de contarme por qué el cerebro de coral ha intentado detenerme con tanta vehemencia.

—Primero te sugiero que te rocíes tú mismo con una gota del elixir —comentó el Mago.

Sorprendida, Joya se volvió.

—¡Oh, Bink..., tú debiste ser el primero en recibirla!

—No —contestó Bink—. Podía tratarse de la poción del sueño.

Humfrey asintió.

—Si hubiera intentado traicionarte, lo habrías notado al tratar al grifo —dijo—. Te protegiste contra toda posible traición de una forma muy eficiente. He de decir que, incluso con tu talento cancelado, te has defendido muy bien. Ya no queda nada en ti del imberbe que fuiste.

—¿Acaso no ocurre con todos nosotros? —gruñó Bink, que aún mantenía la mano en el pomo de la espada.

Joya le salpicó con una gota del elixir. Sus heridas se curaron al instante, y de nuevo se sintió fuerte. Sin embargo, la sospecha que le producía el Buen Mago no desapareció.

## 12

### El demonio Xanth

—Por aquí —indicó Humfrey.

Bink, mientras seguía al Mago, mantuvo la espada desenfundada. Joya, que llevaba al golem, caminaba en silencio detrás de él.

—De paso —le comentó el Mago—, quiero decirte que Crombie no te engañó. El antídoto que buscas se encuentra en la dirección del lago...; pero mucho más lejos. Si las cosas se arreglan, el coral te podrá ayudar a conseguirlo.

—No tengo ningún interés en que el enemigo me soborne —replicó Bink, secamente.

—¿No quieres conseguirlo? —inquirió Joya—. ¿No deseas el antídoto?

—Lo siento..., no pretendí dar a entender que ya no lo deseaba —le explicó Bink—. Es una cuestión de principios. No puedo permitir que el enemigo me condicione, aunque tampoco deseo cargarte con mi amor durante más tiempo...

—No es ninguna carga, Bink —le interrumpió ella—. Jamás vi nada tan valeroso como...

—Pero, ya que el antídoto se encuentra más allá de nuestro alcance, no tiene ningún sentido que te obligue a seguir con nosotros. Lamento haberte molestado por nada. Eres libre de marcharte.

Ella le cogió el brazo. Bink, de forma automática, apartó la espada.

—Bink, yo...

Bink, que ya no podía resistir su deseo, la besó. Para su sorpresa, ella le devolvió el beso con ardor. Les envolvió la fragancia de rosas amarillas. Entonces, él la apartó con suavidad.

—Cuídate mucho, ninfa. Este tipo de aventura no es la adecuada para ti. Me gustaría pensar que siempre estarás a salvo y feliz con tus gemas y el trabajo que desempeñas.

—Bink, no puedo marcharme.

—¡Tienes que hacerlo! Aquí, lo único que nos espera es el horror y el peligro, y no tengo derecho alguno a obligarte a que corras esos riesgos. Debes irte sin descubrir la fuente de la magia; de este modo, no te crearás ningún enemigo.

El aire se llenó del olor a pinos en un día caluroso, intenso y fuerte, levemente embriagador. El elixir también había curado la afonía de su voz y borrado las ojeras que habían marcado sus ojos de no haber dormido. Estaba tan hermosa como la primera vez que la vio.

—Tampoco tienes derecho a decirme que me vaya —expuso ella.

Humfrey avanzó. Bink alzó la espada en advertencia. Joya, asustada otra vez, retrocedió.

—No te preocupes —indicó el Mago—. Nos estamos aproximando a la fuente de la magia.

Bink, suspicaz, no se atrevió a creerle.

—No noto nada especial.

—¿Ves esa roca? —le preguntó Humfrey, señalándola—. Se trata de la roca mágica que, lentamente, a lo largo de cientos de años, se infiltra hacia la superficie a través de una grieta en los estratos rocosos. Una vez arriba, se convierte en el polvo mágico. Parte de la conversión natural o mágica de la corteza terrestre. —Señaló hacia abajo—. Ahí... es donde se carga. La fuente de la magia.

—Bien, pero..., ¿cómo se carga con magia? —exigió Bink—. ¿Por qué el coral se opuso tan encarnizadamente a que yo me acercara?

—Pronto lo sabrás. —El Mago le indicó una rampa natural en forma de túnel que se curvaba y descendía—. ¿Notas la fuerza que intensifica la magia en este lugar? El talento más insignificante se transforma en el de un Mago...; sin embargo, todos los talentos se ven en gran parte anulados por la atmósfera. Paradójicamente, es como si la magia no existiera, debido a que no puede ser diferenciada de forma adecuada.

Bink no le encontró mucho sentido a todo aquello. Prosiguió el descenso, atento a cualquier posible traición, percibiendo a su alrededor la presión de la magia. ¡Si una luciérnaga de fuego produjera una chispa ínfima, causaría una explosión suficiente como para volar la cima de la montaña! No cabía duda de que se acercaban a la fuente, pero..., ¿se trataba también de una trampa?

La rampa desembocó en una cueva enorme, cuya pared más alejada se hallaba tallada con la forma del rostro gigantesco de un demonio.

—El Demonio Xanth, la fuente de la magia —expuso concisamente Humfrey.

—¿Esa estatua, esa simple máscara? —preguntó Bink, incrédulo—. ¿Qué clase de broma es esta?

—No se trata de ninguna broma, Bink. Sin la presencia del Demonio, nuestra tierra sería igual que Mundania. Una tierra sin magia.

—¿Esto es lo único que tienes que mostrarme? ¿Cómo pretendes que lo crea?

—No espero que lo hagas. Tienes que escuchar el motivo para que sea así. Sólo entonces podrás vislumbrar el enorme significado de lo que ves... y apreciar el peligro incalculable que tu presencia aquí significa para nuestra sociedad.

Bink sacudió la cabeza con resignación.

—Te dije que escucharía. Y lo haré. Lo que no te garantizo es que crea en tu historia.

—No podrás evitarlo —dijo Humfrey—. Pero el riesgo radica en si la aceptarás. La información se emite de esta forma: hemos de caminar alrededor de la cámara, interceptando unos pocos vórtices mágicos de los pensamientos del Demonio. Entonces lo comprenderemos.

—¡No deseo experimentar ninguna magia más! —protestó Bink—. Lo único que quiero es conocer la naturaleza de la fuente.

—¡La conocerás, la conocerás! —exclamó Humfrey—. Camina conmigo, eso es todo. No existe otra forma. —Eché a andar.

Bink le acompañó con cierta suspicacia, ya que no deseaba dejar que el Mago se alejara del alcance inmediato de su espada.

Repentinamente, sintió vértigo; era como si estuviera cayendo, aunque sus pies se posaban firmes sobre el suelo. Se detuvo y se apoyó en algo que no sabía qué era. ¿Otro ataque de locura? Si esto resultaba ser la trampa...

Vio estrellas. No se trataba de las insignificantes motas que aparecían en un cielo nocturno normal, sino monstruosas bolas extrañas y llameantes que, sin embargo, eran de una sustancia que no ardía, de un gas más denso que la roca, y de olas sin agua. Se encontraban tan alejadas entre sí que un dragón no podría haber volado de una a otra ni en toda su vida; y eran tan numerosas que un hombre jamás podría contarlas en toda su vida; sin embargo, su totalidad resultaba visible al mismo tiempo. Entre esas increíbles cosas enormes-pequeñas, lejanas-cercanas, volaban los Demonios omnipotentes, tocando una diminuta (enorme) estrella aquí para hacerla parpadear, otra enorme (diminuta) allí para que brillara de color rojo; y, en alguna ocasión, de un soplido creaban el cegador resplandor de una nova. El reino de la estrellas era el lugar de recreo de los Demonios.

La visión desapareció. Atontado, Bink miró la cueva y la tremenda e inmóvil cara del Demonio.

—Te saliste de ese vórtice de pensamiento en particular —le explicó Humfrey—. Aunque profundos, cada uno es extremadamente estrecho.

—Eh, sí —admitió Bink.

Dio otro paso... y quedó de cara a una hermosa Demonesa, con unos ojos tan profundos como los vórtices de los demonios del lago y un cabello que se extendía como la cola de un cometa. No se trataba precisamente de una hembra, ya que los Demonios no se reproducían y, por lo tanto, no mantenían ninguna relación sexual, salvo por placer; eran eternos. Siempre existieron y, mientras la existencia tuviera algún significado, siempre existirían. Sin embargo, por amor a la variedad, a veces jugaban con las variaciones del sexo y adoptaban el aspecto de machos, hembras, neutros y anónimos. En ese momento, ella se encontraba bastante próxima a una categoría que no era la de macho.

—dijo, formulando un concepto tan bastamente espacioso que Bink no logró registrarlo en su mente.

No obstante, su portento era tan significativo que conmovió profundamente a Bink. Sintió un repentino impulso de urgencia hacia...; pero, de ser posible o incluso concebible, algo semejante habría resultado tan obsceno en términos humanos.

Después de todo, su categoría no era la más cercana a la femenina.

Bink salió del remolino de pensamiento y vio que Joya se hallaba de pie, traspuesta, inmersa en otra corriente. Tenía los labios entreabiertos, y su pecho oscilaba a causa de su entrecortada respiración. ¿Qué experimentaba? Bink padeció una reacción a un nivel cuádruple: horror de que estuviera viviendo un pensamiento tan crudo y sofisticadamente compulsivo como el que acababa de experimentar él, ya que era una ninfa inocente; celos de que reaccionara de forma tan arrebatada a algo que no fuera él mismo, en especial si se trataba de una noción tan sugerente como la que había absorbido él; culpa por sentirse de ese modo con una ninfa a la que no podría tener, aunque no hubiera deseado el concepto de tenerla así; y una intensa curiosidad. Supón que un anónimo le hiciera una propuesta..., ¡oh, horrible! Sin embargo, sería tan tentadora también.

Pero Humfrey siguió avanzando, y Bink tuvo que ir con él. Se introdujo en una memoria eterna, tan larga que se parecía a una autopista mágica que se extendiera hacia el infinito en ambos sentidos. Su línea de visión —aunque la vista no era precisamente el sentido empleado— hacia el pasado desapareció en un resplandor de futuro distante, muy distante. El universo de los Demonios había comenzado con una explosión y terminaba con otra, y todo el tiempo y la materia no eran más que una simple pausa entre esos dos estallidos..., que, a su vez, sólo eran los aspectos de una única explosión. ¡Estaba claro que se trataba de un universo completamente alienígena del de Bink! Sin embargo, en la agonía de ese flujo relevante sin sentido, resultaba creíble. ¡Un sistema supermágico para los Demonios supermágicos!

Bink emergió de ese pensamiento.

—Pero ¿qué tienen que ver los Demonios con la fuente de la magia de Xanth? —preguntó, dolorosamente.

En ese momento penetró en otro flujo..., bastante complejo. Si cooperamos, podemos aumentar nuestro A, comunicó la pseudo Demonesa de forma seductora. Por lo menos, eso fue todo lo que Bink pudo comprender de su propuesta, que poseía unos niveles, resonancias y simbolismos tan numerosos como la miríada de estrellas que había contemplado, e igual de intensas, difusas y confusas. Mi fórmula es  $E(A/R)_{th}$ , la tuya  $X(A/N)_{th}$ . Nuestras Aes encajan<sup>[1]</sup>

Ah, sí. Considerando la situación, resultaba una buena oferta, ya que los elementos restantes diferían, haciendo que no fueran competitivos.

¡No mientras vivas!, protestó otro. Aumenta nuestra E, no la A. Se trataba de  $D(E/A)_{th}$ , que se vería disminuido por la A potenciada.

Aumenta la D y la E, sugirió otro. Era  $D(E/P)_{th}$ .  $D(E/A)_{th}$  estuvo de acuerdo al instante, al igual que  $E(A/R)_{th}$ , ya que ella también se beneficiaba un poco. Sin embargo, ese trato dejaba a  $X(A/N)_{th}$  fuera.

Reduce nuestra N, recomendó  $T(E/N)_{th}$ , pidiéndoselo a  $X(A/N)_{th}$ . No obstante,

T(E/N)th también mantenía tratos con los que estaban a favor de aumentar la E, lo cual le daba un beneficio desproporcionado con el acuerdo. Todos los tratos fallaron por la imposibilidad de obtener ventajas.

Bink salió de ese vórtice con el intelecto esforzándose por comprender la situación. ¿Los nombres eran fórmulas? ¿Las palabras valores? ¿Qué estaba ocurriendo?

—Ah, ya lo has visto —repuso Humfrey—. Los demonios no poseen nombres, sólo puntos de valor. La valoración de las variables son sustituidas y afectan al valor numérico...; aunque en realidad no se trata de números, sino de grados de conceptos, con unas dimensiones de gravedad, hechizos, luminosidad y otras que apenas podemos entender. La puntuación actual es la máxima.

La explicación que le proporcionó el Mago lo único que hizo fue incrementar el misterio.

—¿El Demonio Xanth es únicamente una puntuación en un juego?

—El Demonio cuya fórmula de puntuación es  $X(A/N)th...$ , tres variables y un exponente de clase, por lo menos hasta donde nosotros podemos comprenderlo —expuso el Mago—. Las reglas del juego se hallan más allá de nuestro entendimiento; sin embargo, nosotros vemos el cambio de sus puntuaciones.

—¡Eso no me importa! —gritó Bink—. ¿Qué sentido tiene?

—¿Qué sentido tiene la vida? —inquirió a su vez Humfrey.

—Cre... crecer, mejorar, realizar algo útil —replicó Bink—. No dedicarte a jugar con los conceptos.

—Lo ves de esa forma porque eres un hombre, no un Demonio. Esas entidades son incapaces de crecer o de mejorar.

—Pero ¿y todos sus números, el aumento de su velocidad, de su viscosidad...?

—Oh, creí que lo habías comprendido —dijo el Mago—. No se trata de la expansión del intelecto o el poder de un Demonio, sino de una posición social. Los Demonios no crecen; ya son omnipotentes. No existe nada en lo que no puedan pensar y que les impida poseerlo. Nada que no puedan conseguir. Esa es la razón por la que, según nuestras definiciones, no pueden mejorar o realizar algo útil, porque ya son absolutos. De este modo, no surge ninguna negación inherente, ningún desafío.

—¿Ningún desafío? ¿No resulta aburrido?

—En mil millones de años se hace mil millones de veces más aburrido —admitió el Mago.

—Así que los demonios se dedican a jugar, ¿verdad? —preguntó Bink con incredulidad.

—¿Qué mejor manera hay de pasar el tiempo y de recobrar el interés en la existencia? Como no tienen limitaciones reales, aceptan las que ellos mismos se imponen. La excitación del desafío artificial reemplaza la monotonía de la realidad.

—Quizá —repuso Bink, con ciertas dudas—. No obstante, ¿qué tiene que ver esto con nosotros?

—El Demonio X(A/N)th está cumpliendo un castigo por no poder completar la aplicación de una fórmula dentro de un límite —contestó Humfrey—. Debe permanecer aislado e inerte hasta que le liberen.

Bink permaneció en el lugar donde se hallaba para no interceptar más pensamientos.

—No veo ninguna cadena que le retenga. Y, en lo referente a su soledad..., este lugar está atiborrado de seres.

—Ninguna cadena podría retenerlo, ya que es omnipotente. Participa en el juego respetando las reglas. Y, claro está, a nosotros no se nos tiene en cuenta como compañía. En realidad, a ninguna porción de la Tierra de Xanth. Somos parásitos, no Demonios.

—Pero..., pero... —Bink buscó palabras con las que explicarse, sin encontrarlas—. ¡Dijiste que ese Demonio era la fuente de la magia!

—Así es. El Demonio X(A/N)th lleva confinado aquí más de mil años. De su cuerpo ha salido una cierta cantidad de magia que ha permeado todo el entorno. Para él, es algo tan insignificante que apenas lo ha notado...; se trata de una simple emanación de su presencia, del mismo modo que nuestros propios cuerpos irradian calor.

A Bink eso le pareció tan fantástico como los pensamientos vórtices del Demonio.

—¿Mil años? ¿Pérdida de magia?

—En ese período de tiempo, incluso una pequeña cantidad puede llegar a convertirse en algo considerable..., por lo menos así se lo parecería a un parásito —le aseguró el Mago—. Toda la magia de la Tierra de Xanth deriva de ese efecto...; y, si la juntáramos, no podría completar ni una palabra de la fórmula del Demonio.

—Aunque así sea..., ¿por qué el cerebro de coral intentó evitar que lo averiguara?

—Bink, el coral no tiene nada personalmente en contra tuya. Creo que hasta respeta tu determinación. No quiere que nadie descubra la verdad. Ya que cualquiera que se encuentre con el Demonio X(A/N)th puede sentir la tentación de liberarlo.

—¿Cómo podría un simple parásito..., quiero decir, una persona, liberar a un ente semejante? Dijiste que el Demonio permanece prisionero por propia elección.

Humfrey agitó la cabeza.

—¿Qué significa la elección, para un ser omnipotente? Está aquí por los dictados del juego. Es una cuestión muy distinta.

—¡Pero sólo participa en el juego para divertirse! ¡Puede abandonarlo cuando lo desee!

—El juego es válido mientras sean respetadas sus reglas. Después de invertir más de mil años en ese aspecto, y estando tan cerca del éxito de acuerdo con sus reglas,

¿por qué habría de romperlas ahora?

Bink sacudió la cabeza.

—¡Para mí no tiene ningún sentido! ¡Yo no me torturaría de esa forma!

Sin embargo, un pensamiento surgió desde el fondo de su mente. Él mismo se torturaba con la ninfa Joya, respetando la costumbre humana de su matrimonio con Camaleón. Eso, para un Demonio, podría carecer de sentido.

Humfrey simplemente lo miró, comprendiendo parte de lo que pasaba por su mente.

—Muy bien —repuso Bink, volviendo al tema principal—. El coral no quería que yo me enterara de la existencia del Demonio por miedo a que lo liberara. ¿Cómo podría liberar a una criatura omnipotente que no desea que la dejen en libertad?

—Oh, estoy seguro de que X(A/N)th quiere ser liberado. Lo que ocurre es que resulta imprescindible que se siga un protocolo. No podrías hacerlo dirigiéndote sin más al Demonio y diciéndole «¡Xanth, yo te libero!». Eso se encuentra al alcance de cualquiera, a excepción del Demonio mismo.

—¡Sin embargo, desde su punto de vista, nosotros no contamos para nada! ¡Sólo somos parásitos!

—Yo no he creado las reglas, únicamente las interpreto, aunque la comprensión de todo el esquema la fue recibiendo el cerebro de coral a lo largo de siglos —repuso el Mago, extendiendo las manos—. Está claro que nuestra interpretación no es adecuada. Pero mi hipótesis es que, así como nosotros dos podemos hacer una apuesta para determinar si una mota de polvo caerá cerca de mí o de ti, los Demonios apuestan a si un parásito determinado dirá las palabras adecuadas en el momento exacto. Le brinda al procedimiento un divertido toque de azar.

—Entonces, con todo su poder, ¿por qué Xanth no hace que uno de nosotros las pronuncie?

—Eso sería lo mismo que si lo hiciera él. Sería una trampa. Por las propias reglas del juego, está obligado a no influir en ningún otro ser para que actúe a su favor, del mismo modo que nosotros no permitiríamos que el otro soplara la mota de polvo para cambiar su curso. No se trata de una cuestión de poder, sino de convenciones. El Demonio conoce todo lo que ocurre aquí, incluyendo la conversación que mantenemos ahora; sin embargo, en el momento en que interfiera, perdería el punto. Razón por la que observa y espera, sin hacer nada.

—Salvo pensar —dijo Bink, sintiéndose nervioso por el escrutinio del Demonio. Si Xanth estaba leyendo los pensamientos de Bink mientras Bink leía los pensamientos de Xanth, en especial en el caso del recuerdo de la Demonesa... ¡Ay!

—Se permite pensar. Se trata de otra función inherente, como su colosal magia. Él no ha intentado influir en nosotros a través de sus pensamientos; los hemos interceptado nosotros por iniciativa propia. El coral, al estar más cerca del Demonio

durante este último milenio, ha interceptado más magia y pensamientos de X(A/N)th que cualquier otro nativo, motivo por el que le comprende menos imperfectamente que el resto de los parásitos. De este modo, el cerebro de coral se ha convertido en el guardián del Demonio.

—¡Y, por celos, impide que cualquier otro ser consiga una magia similar de información! —exclamó Bink.

—No. Ha resultado ser una tarea necesaria y tediosa, que el coral, gustoso, habría abandonado hace siglos. El deseo más ferviente del coral es residir en un cuerpo mortal, vivir y amar, odiar, reproducirse y morir como nosotros. Pero no puede hacerlo, a menos que el Demonio quede libre. El coral posee la longevidad del Demonio, sin sus poderes. No se trata de una situación envidiable.

—¿Quieres decir que el Demonio Xanth habría quedado en libertad siglos atrás si no hubiera sido por la acción del coral?

—Así es —repuso el Mago.

—¡Por todos los diablos! ¿Y el Demonio lo tolera?

—El Demonio lo tolera, a menos que desee perder el punto.

—Bien, pues a mí me parece una violación atroz de los derechos civiles del Demonio, ¡y pienso remediarlo de inmediato! —exclamó Bink, con justificada cólera. Sin embargo, titubeó—. ¿Qué gana el coral al mantener encadenado al Demonio?

—No lo sé con seguridad, pero puedo emitir alguna hipótesis —repuso Humfrey—. No lo hace por su propio beneficio, sino para mantener el status quo. Piensa, Bink: ¿cuál sería la consecuencia de la liberación del demonio?

Bink meditó.

—Supongo que volvería a su juego.

—¿Y qué ocurriría con nosotros?

—Quizás el cerebro de coral se vería en problemas. ¡Sé que yo estaría irritado si alguien me hubiera retenido durante siglos! Sin embargo, el coral debía estar al tanto de los riesgos antes de meterse en esto.

—Por supuesto. El Demonio carece de emociones humanas. Acepta la interferencia del coral como parte del riesgo que conlleva el juego; no buscará venganza. No obstante, podría haber otra consecuencia.

—Si Xanth carece de emociones humanas —dijo lentamente Bink—, ¿qué le detendría de destruirnos a todos inadvertidamente? Sería una forma fría, e incluso sensata, de asegurarse de que no volvía a quedar atrapado.

—Ahora empiezas a comprender la preocupación del coral —corroboró Humfrey—. Nuestras vidas penden de un frágil equilibrio. Aunque el Demonio nos ignore y emprenda su camino, seguro que habrá una consecuencia a su liberación.

—Eso creo —aceptó Bink—. Si Xanth es la fuente de la magia de toda nuestra tierra... —Irritado, se interrumpió a sí mismo—. ¡Podría significar el fin de la magia!

Nos convertiríamos en...

—Exactamente. Seríamos como Mundania —terminó Humfrey—. Quizá no ocurriera de inmediato; haría falta cierto tiempo para que la magia acumulada de mil años se disipara. O tal vez la pérdida fuera instantánea y absoluta. No lo sabemos. Pero, sin lugar a dudas, se produciría un desastre de mayor o menor magnitud. Por fin has comprendido el peso con el que ha cargado durante todo este tiempo el coral. Salvó nuestra tierra de un destino peor que el de la destrucción.

—Sin embargo, quizás el Demonio no se vaya —dijo Bink—. Tal vez le guste estar aquí...

—¿Te gustaría apostar tu sistema de vida sobre esa presunción?

—¡No!

—¿Sigues condenando al coral por oponerse a ti?

—No; supongo que, en su lugar, yo habría hecho lo mismo.

—Entonces, ¿te marcharás sin liberar al Demonio?

—No estoy seguro —comentó Bink—. Acepté escuchar los motivos del coral, y así lo he hecho. Sin embargo, he de decidir por mí mismo lo que es correcto.

—¿Existe alguna duda cuando todo el bienestar de nuestra tierra está en juego?

—Sí. También el bienestar del Demonio está en juego.

—Pero, para X(A/N)th, todo esto no es más que un juego. Sin embargo, para nosotros es la vida.

—Sí —admitió Bink, evasivamente.

El Mago comprendió que era inútil discutir.

—Este es el gran riesgo que no quisimos correr..., el juego del resultado de la crisis de consciencia de un individuo. El futuro de nuestra sociedad depende de ti.

Bink supo que era verdad. Nada que Humfrey o el coral pudieran decir le afectaría antes de que musitara las palabras que soltarían al Demonio. Podría meditarlo durante un segundo, o una hora, o un año; dependía de él, libre de toda presión. No deseaba cometer un error.

—Grundy —llamó Bink, y el golem corrió hacia él, sin verse afectado por los vórtices de pensamiento—. ¿Deseas liberar al Demonio Xanth?

—Yo no puedo tomar decisiones semejantes —protestó Grundy—. Yo sólo soy paja y cuerdas, una criatura de la magia.

—Como el mismo Demonio —dijo Bink—. Tú no eres humano, no estás del todo vivo. Quizás estés construido como un Demonio en miniatura. Pensé que tal vez tuvieras un presentimiento.

Grundy caminó por el suelo de la cueva, meditando seriamente.

—Mi especialidad es la traducción. Puede que yo no experimente la emoción que vosotros sentís, pero tengo una idea terriblemente clara del Demonio. Es como yo de la misma forma que un dragón se parece a un niquelpiés. Puedo decirte lo siguiente:

carece de consciencia o compasión. Practica su juego y sigue sus reglas de forma rigurosa; no obstante, si le liberas, no recibirás premio o agradecimiento alguno. De hecho, si te proporcionara alguna ventaja por el servicio que le prestaras, sería una trampa por su parte, ya que podría influir en la decisión que tomes. Sin embargo, si la concesión del premio fuera legítima, no te lo daría. Tan pronto como te viera, te aplastaría.

—Es igual que tú —repitió Bink—. Tal como eras tú antes de empezar a cambiar. Ahora te encuentras a medio camino de ser real. De algún modo... te preocupas.

—Ahora soy un golem imperfecto. Xanth es un Demonio perfecto. Para mí, la humanización es un escalón a subir; para él, sería como la pérdida de gracia. No es como vosotros.

—Sin embargo, a mí no me preocupa la similitud de clases o el agradecimiento, sino la justicia —repuso Bink—. ¿Es correcto que se libere al demonio?

—Según su lógica, serías un perfecto idiota si lo hicieras.

El Buen Mago, que se mantenía a un lado, asintió en señal de conformidad.

—Joya —llamó Bink.

La ninfa alzó la vista; emitía un olor a huesos viejos.

—El Demonio me asusta más que nada —dijo—. Su magia..., con sólo parpadear un ojo, nos podría borrar de la existencia.

—Entonces, ¿tú no lo liberarías?

—Oh, Bink..., jamás. —Vaciló, hermosa—. Sé que bebiste la poción, por lo que esto no es justo; sin embargo, siento tanto miedo por lo que ese demonio podría hacer, que realizaría cualquier cosa que me pidieras si no lo liberas.

De nuevo el Buen Mago asintió. Las ninfas eran criaturas simples, directas, que no se veían perturbadas por los diferentes estratos de la consciencia o la estrategia social. Una mujer de verdad quizá sintiera lo mismo que Joya, pero se expresaría con mucha más sutileza, brindando una razón que superficialmente resultara más convincente. La ninfa había establecido su precio.

Así que sus consejeros lógicos y emocionales le advertían en contra de la liberación del Demonio X(A/N)th. No obstante, Bink seguía inseguro. Había algo acerca de este ente super enorme, super mágico, que jugaba...

Lo descubrió. El honor. Dentro del esquema del Demonio, este era honesto. Nunca se saltó el código del juego..., ni en el más mínimo detalle, aunque no había nadie de su clase que pudiera observarle, y nunca lo hubo en mil años. Una integridad más allá de la capacidad humana. ¿Tenía que ser castigado por ello?

—Te respeto —le comunicó por fin Bink a Humfrey—. Y también respeto el motivo del cerebro de coral. —Se volvió hacia el golem—. Creo que te mereces la oportunidad de conseguir la plena realidad. —Y a la ninfa—: Y te amo, Joya. —Se detuvo—. Pero no respetaría nada, ni amaría nada, si no respetara y amara la justicia.

Si permito que los lazos y deseos personales prevalezcan sobre mi integridad básica de propósito, perdería mi derecho de distinción como un ser moral. He de hacer lo que creo que es correcto.

Los otros no le respondieron. Únicamente le miraron.

—El problema —prosiguió Bink, pasados unos momentos— radica en que no estoy seguro de lo que es correcto. Los motivos del Demonio Xanth son tan complejos, y la consecuencia de la pérdida de la magia es tan grande para nuestro mundo..., ¿dónde está lo bueno y lo malo? —Se detuvo de nuevo—. Desearía que Chester estuviera aquí para que compartiera su emoción y su lógica conmigo.

—Puedes recuperar al centauro —indicó Humfrey—. Las aguas del lago de coral no matan, sólo preservan. Se halla suspendido en el líquido, incapaz de escapar; pero vivo. El coral no puede soltarle, ya que también a él le preserva de la misma forma. Sin embargo, tú, si mantienes la magia de nuestra tierra, podrías utilizar el extraordinario poder de esta zona y sacarle.

—Me ofreces otra tentación que se halla unida a lazos personales —dijo Bink—. ¡No puedo permitir que influya en mí! —Acababa de darse cuenta de que aún no había ganado la batalla contra el cerebro de coral. Se había impuesto físicamente, pero, intelectualmente, la cuestión era dudosa. ¿Cómo podía sentirse seguro de que la decisión que tomara sería la suya? Entonces, se le ocurrió una idea brillante—. ¡Defiende el caso opuesto, Mago! Dime por qué habría de liberar al Demonio.

Sorprendido, el Mago puso pegos.

—¡No deberías liberarle!

—Eso es lo que tú crees. Es lo que el coral cree. No estoy seguro de si esa creencia es realmente tuya o sólo un reflejo de la voluntad de tu amo. Así que ahora tú defenderás el caso opuesto, y yo defenderé la postura de dejarle encadenado. Quizá de este modo consigamos que surja la verdad.

—Tú mismo eres una especie de demonio —musitó Humfrey.

—Ahora reconoceré si estos amigos míos son más importantes que un Demonio impersonal —repuso Bink—. No sé lo que es justo para X(A/N)th, pero sí sé que mis amigos merecen lo mejor. ¿Cómo puedo justificar el traicionarlos al liberar al Demonio?

Humfrey puso un aspecto como si se hubiera tragado el ojo maligno; sin embargo, se prestó al juego con rapidez.

—No se trata de una cuestión de traición, Bink. Ninguno de tus amigos habría experimentado jamás la magia, de no haber sido por la presencia del Demonio. Ahora, ya se ha cumplido la pena de encarcelamiento de X(A/N)th, y ha de ser puesto en libertad. Si realizaras cualquier otra cosa, traicionarías el papel que cumples en el juego del Demonio.

—¡No tengo ninguna obligación hacia el juego del Demonio! —exclamó Bink,

adentrándose cada vez más en la lógica que seguía—. ¡El azar me trajo hasta aquí!

—Ese es su papel. El que tú, como ser sapiente, no influenciado por la voluntad del Demonio, llegues por propia iniciativa o casualidad a liberarle. Luchaste contra todos nosotros para conseguir tomar esta decisión, y venciste; ¿vas a tirarlo ahora todo por la borda?

—Sí..., si se trata de lo mejor.

—¿Cómo puedes presumir de saber lo que es mejor para un ente como X(A/N)th? Libérale y deja que se labre su propio destino.

—¿A costa de mis amigos, de mi tierra y de mi amor?

—La justicia es absoluta; no puedes sopesarla con factores personales.

—¡La justicia no es absoluta! Depende de la situación. Cuando existe el bien y el mal a ambos lados de la escala, la preponderancia...

—Bink, no puedes sopesar el bien y el mal en una escala —cortó Humfrey, cada vez más vehemente en su papel de abogado del Demonio. Bink ya estaba seguro de que el que hablaba era el Buen Mago, no el cerebro de coral. El enemigo tuvo que liberar a Humfrey, por lo menos hasta ese punto, para permitirle practicar el juego que habían comenzado. La mente y la emoción del Mago no habían sido borradas, y eso formaba parte de lo que quería saber Bink—. El bien y el mal no se encuentran en las cosas o en las historias, y tampoco pueden ser definidos adecuadamente, ya sea en términos humanos o demoníacos. Simplemente, son aspectos de un punto de vista. La cuestión es si ha de permitírsele al Demonio emprender su búsqueda a su propia manera.

—Está siguiéndola a su propia manera —enfaticó Bink—. Si no le libero, ello también responderá a las reglas de su juego. ¡No me impulsa ninguna obligación!

—El honor del Demonio le impulsa a cumplir unas pautas que ningún hombre soportaría —dijo Humfrey—. No me sorprende que tu propio honor esté por debajo de ese estándar perfecto.

Bink sintió como si hubiera sido golpeado de lleno por la maldición devastadora de bosques. ¡El Mago era un adversario imponente, incluso en una causa a la que se oponía! Aunque quizás esta fuera la verdadera postura del Mago, que el coral se había visto obligado a permitirle mostrar con el fin de mantener la discusión.

—Mi honor me impulsa a seguir el código de los de mi clase, aunque sea imperfecto.

Humfrey extendió las manos.

—No puedo discutirte eso. La única guerra verdadera entre el bien y el mal es la que se libra en tu propia alma..., seas quien fueres. Si eres un hombre, haz de actuar como tal.

—¡Sí! —acordó Bink—. Y mi código me dice... —Se detuvo, sorprendido y mortificado—. Me dice que no puedo dejar que un ser que vive y siente sufra por

culpa de mi inacción. Poco importa que el Demonio no me liberara si nuestras posturas estuvieran invertidas; yo no soy un Demonio, y no actuaré como uno. Lo que importa es que un hombre no permanezca al margen y permita que un mal que él percibe continúe. Y menos cuando puede corregirlo tan fácilmente.

—¡Oh, Bink! —gritó Joya, oliendo a mirra—. ¡No lo hagas!

La miró de nuevo, tan adorable incluso en su aprensión, aunque tan falible. Camaleón le hubiera apoyado en su decisión, y no porque deseara complacerle, sino porque era un ser humano que creía, igual que él, que había que hacer lo correcto. Sin embargo, y a pesar de que Joya, como todas las ninfas, carecía de una consciencia social importante, era una persona tan buena como su estado le permitía.

—Te amo, Joya. Sé que se trata de algo más que ha intentado el coral para detenerme, pero...; bueno, si no hubiera bebido la poción, y si no estuviera casado, habría sido muy fácil amarte de todas formas. Supongo que no te ayudará a sentirte mejor el hecho de que también arriesgo a mi esposa y a mi hijo nonato, y a mis padres, y a todos aquellos a los que amo. Pero he de hacer lo que debo.

—¡Idiota perdido! —exclamó Grundy—. Si yo fuera real, cogería a la ninfa y mandarías al infierno al Demonio. ¡No recibirás ningún premio por parte de X(A/N)th!

—Lo sé —repuso Bink—. No recibiré las gracias de parte de nadie.

Entonces se dirigió al enorme rostro del Demonio.

—Yo te libero, Xanth —pronunció.

## La pérdida de la magia

Como un relámpago, el Demonio quedó libre al instante. La filtración del entorno cercano a X(A/N)th no era nada comparado con la magia completa de su liberación. Hubo un brillo cegador, un ruido ensordecedor, y una explosión que lanzó a Bink al extremo de la cueva. Chocó con un fuerte impacto contra una pared. A medida que sus sentidos se aclaraban, percibió el derrumbamiento de la caverna en cámara lenta, tanto en visión como en sonido. Piedras enormes cayeron al suelo y se pulverizaron en arena. Todo parecía estar colapsándose en el espacio que había ocupado el Demonio. Bink no había anticipado esta reacción: no la destrucción por voluntad propia de X(A/N)th, no el tedio de la pérdida de la magia, sino la indiferente extinción ante el despertar del Demonio. Era verdad: al Demonio no le importaba.

Mientras el polvo casi le ahogaba y la única luz provenía de las chispas de las rocas al chocar, Bink se preguntó qué había hecho. ¿Por qué no le prestó atención a la advertencia del cerebro de coral y dejó al Demonio en paz? ¿Por qué no había cedido al amor de Joya y...?

Incluso ante la masacre que se avecinaba, mientras esperaba el fin de su vida, ese pensamiento le hizo detenerse, sorprendido. ¿Amor? ¡No! ¡Ya no estaba enamorado de Joya!

Eso significaba que la magia había desaparecido de verdad. La poción de amor había sido anulada. Su talento ya no le protegería. La Tierra de Xanth era ahora igual que Mundania.

Bink cerró los ojos y lloró. Había un montón de polvo que flotaba en el aire y que sus ojos necesitaban limpiar; además, sentía un miedo atroz...; sin embargo, había mucho más. Lloraba por Xanth. Había destruido la peculiaridad única del mundo que conocía; aunque sobreviviera al derrumbamiento de la cueva, ¿cómo podría vivir con las consecuencias?

Desconocía cómo reaccionaría la sociedad a la que pertenecía. ¿Qué les ocurriría a los dragones, a los árboles ahorcadores, a los zombies? ¿Cómo podría la gente vivir sin magia? Era como si toda la población hubiera sido bruscamente exiliada al terrible reino de los que no poseían talento.

La acción cesó. Bink vio que su cuerpo estaba cubierto de costras de polvo rocoso, magullado, pero con las extremidades y la espada intactas. Milagrosamente, había sobrevivido.

¿Y los demás? Escudriñó a través de los escombros. Una débil luz descendía desde un agujero a una gran distancia del techo; evidentemente se trataba de la ruta de partida del Demonio. X(A/N)th debió haber salido en línea recta hacia el exterior, abriéndose camino ajeno al obstáculo rocoso. ¡Qué poder!

—¡Mago! ¡Joya! —gritó Bink, pero no obtuvo respuesta.

La caída de las rocas había sido tan completa que únicamente la parte en la que se hallaba él permanecía en parte limpia. Justo antes de que se desvaneciera, su talento debió salvarle. No obstante, ya no podría depender jamás de él; quedaba claro que los hechizos habían sido los primeros síntomas de la magia en desaparecer.

Salió de los escombros. Se alzó un remolino de polvo que lo cubrió todo. Bink se dio cuenta de que, aunque había sido consciente del proceso completo de la marcha del demonio, en realidad quizás hubiera permanecido sin sentido durante algún tiempo. ¡Había caído tanto polvo! Sin embargo, no tenía ningún golpe en la cabeza, ni tampoco le dolía. No obstante, la explosión física y mágica de la liberación del Demonio podía justificar muchos efectos incongruentes.

—¡Mago! —volvió a llamar, sabiendo que era inútil.

Él, Bink, había sobrevivido..., pero sus amigos carecían de la protección crítica de la que gozó él en el momento crucial. En algún lugar, debajo de ese montón de rocas...

Vislumbró un destello, un reflejo débil apenas visible entre dos rocas oscuras. Las separó, y allí estaba: era la botella que contenía a Crombie. La cubrían unos jirones. Bink alzó el frasco y dejó que la tela cayera... y vio que se trataba de lo que quedaba de Grundy, el golem. La pequeña figura-hombre debía su animación a la magia; ahora sólo era un simple trozo de tela inanimado.

Bink volvió a cerrar los ojos y experimentó una nueva sensación de angustia. Hizo lo que le había parecido correcto... Sin embargo, no calibró en su verdadera medida las consecuencias de su acto. Las definiciones de la moralidad eran cosas intangibles; la vida y la muerte sí eran tangibles. ¿Con qué derecho había condenado a estos seres a la muerte? ¿Resultaba moral para él condenarlos en nombre de su propia moralidad?

Se guardó el trozo de tela en el bolsillo, junto con la botella. Estaba claro que el último acto del golem había sido aferrarse a la botella para protegerla con su cuerpo. El resultado fue positivo, y así, Grundy dio su vida por la del grifo al que servía como traductor. Se había preocupado y, de ese modo, había conseguido su realidad..., justo en el momento en que le era arrebatada por las circunstancias. ¿Dónde radicaba la moralidad de eso?

Sacudido por otro pensamiento, Bink sacó la botella del bolsillo. ¿Se hallaba Crombie aún en su interior? ¿Bajo qué forma? En un mundo sin magia, podría estar muerto..., a menos que en el frasco tapado quedaran algunos residuos mágicos...

¡Mejor que no la abriera! La única posibilidad que le quedaba a Crombie residía en esa botella. Si la abría y la magia se disipaba en el aire..., ¿emergería Crombie otra vez como un hombre, o con la forma de grifo, o simplemente como una masa comprimida en el interior de una botella? Bink, al liberar al Demonio, había corrido

un riesgo enorme; no pensaba hacer lo mismo con la vida de su amigo. Se guardó de nuevo la botella.

Qué mal se sentía en las profundidades de ese agujero. Solo con una botella, un golem muerto y su propia angustia. Ya no veía tan claro el principio ético en el que había basado su decisión. El Demonio Xanth permaneció prisionero durante mil años. Podría haber seguido así durante un siglo más sin sufrir daño alguno, ¿no?

Bink descubrió que, después de todo, no se hallaba en el fondo del agujero. Los escombros conducían todavía más abajo, donde se veía un agua oscura. ¡El lago! Sin embargo, su nivel había bajado de forma drástica; distinguió débilmente los grises círculos de una estructura que anteriormente había estado sumergida. ¡El cerebro de coral! También se hallaba muerto; no podía existir sin la potente magia del Demonio.

—Temo que tenías razón, coral —comentó Bink, con tristeza—. Me dejaste llegar hasta aquí, y yo te destruí. A ti y a nuestro mundo.

Le llegó un olor a humo..., no se trataba del olor limpio de un fuego, sino de los rescoldos acres de la vegetación quemada a medias. Seguro que la partida del Demonio había incendiado algunos arbustos, siempre que existiera alguno aquí abajo. Debió causarlo la magia intensa, dejando a su estela un fuego real. Con toda probabilidad, no ardería demasiado tiempo en esta atmósfera cerrada; pero, no cabía duda de que estaba apestando el lugar.

Entonces escuchó un delicado gemido. ¡No podía provenir del coral! Trastabilló por entre las piedras en dirección al sonido..., y encontró a Joya, atrapada en una grieta vertical; sangraba de un corte en la cabeza, pero estaba viva. Rápidamente, la sacó de la hendidura y cargó a medias con ella hacia un lugar más despejado. La apoyó contra una roca y le dio unas palmaditas en la cara para tratar de reanimarla.

Ella se agitó.

—No me despiertes, Bink. Deja que muera en paz.

—Los he matado a todos —repuso él, sombríamente—. Por lo menos, tú podrás...

—¿Volver a mi trabajo? No puedo realizarlo sin magia.

Había algo extraño en ella. Bink se concentró hasta que lo descubrió.

—¡No hueles!

—Era debido a la magia —contestó ella. Suspiró—: Si estoy viva, supongo que seguiré viva. Aunque, de verdad, me gustaría que me dejaras morir.

—¡Dejarte morir! ¡Jamás lo haría! Yo...

Ella alzó los ojos y le miró. A pesar de que el polvo se le había pegado a la cara junto con la sangre, estaba preciosa.

—La magia ha desaparecido. Tú ya no me amas.

—No obstante, mi obligación es llevarte a tu hogar —dijo Bink.

Miró hacia arriba en busca de una ruta adecuada, y no pudo captar la expresión

enigmática de ella.

Buscaron entre los escombros durante un tiempo; sin embargo, no pudieron hallar al Mago. En cierto sentido, Bink se sintió aliviado; ahora podía mantener la esperanza de que Humfrey hubiera sobrevivido, marchándose antes que él.

Bink escudriñó la salida que había abierto el Demonio.

—Nunca conseguiremos llegar ahí arriba —afirmó lúgubrementemente—. La mayor parte es una pared vertical.

—Conozco un camino —comentó Joya—. Será difícil sin la ayuda del excavador; pero existen pasadizos naturales..., ¡oh! —se interrumpió de repente.

Había un monstruo que les bloqueaba el camino. Se parecía a un dragón, aunque carecía de alas y de fuego. Se asemejaba más a una serpiente con patas.

—Creo... que se trata de un dragón de los túneles —explicó Joya—. No obstante, falta algo.

—La magia —repuso Bink—. Se está transformando en una criatura mundana... y no lo comprende.

—¿Quieres decir que yo me transformaré en una mujer mundana? —preguntó ella, sin mucho disgusto.

—Creo que sí. En realidad, no hay una gran diferencia entre una ninfa y una...

—Usualmente no molestan a la gente —continuó ella, incómoda. Antes de que Bink pudiera reaccionar, aclaró—: Son dragones muy tímidos.

Oh. La típica incongruencia de las ninfas. Bink mantuvo la mano cerca del pomo de la espada.

—Se trata de una ocasión poco usual.

Tal como había supuesto, la serpiente con patas cargó contra ellos, con las fauces completamente abiertas. Aunque, por tratarse de un dragón terrestre, era pequeño, ya que su morfología estaba preparada para introducirse por pasajes estrechos, seguía siendo una criatura formidable. Su cabeza era más ancha que la de Bink, y su cuerpo poderosamente sinuoso. Bajo las condiciones que presentaba la cueva, Bink no podía empuñar libremente la espada, de modo que la mantuvo recta delante de él.

La serpiente cerró la boca sobre el acero...; una tontería, ya que la hoja encantada le partiría las mandíbulas en dos. Los dientes se cerraron..., y la espada saltó de las manos de Bink.

Entonces recordó: sin la magia, el encantamiento de la espada ya no existía. Tenía que empuñarla y manejarla él.

La serpiente arrojó el acero a un lado y volvió a abrir las fauces. De su labio inferior manaba sangre; la hoja le había causado un corte menor. Sin embargo, ahora Bink se enfrentaba al monstruo desarmado.

La cabeza se lanzó hacia delante. Bink retrocedió. Pero, cuando falló el golpe y la cabeza descendió, Bink golpeó a la serpiente con el puño. La cosa siseó con furiosa

sorpresa cuando dio con la barbilla contra el suelo. Pero el pie de Bink ya se encontraba sobre su cuello, tratando de aplastarlo. Las patas de la serpiente arañaron el suelo en un intento por liberarse. Sin embargo, Bink la tenía inmovilizada.

—¡Mi espada! —gritó. Joya la recogió con rapidez y se la alargó, con el extremo puntiagudo hacia él. Bink extendió la mano para cogerla antes de percatarse, lo cual casi hizo que perdiera el equilibrio cuando frenó su gesto—. ¡Por el otro lado! —restallo.

—Oh.

A ella no se le había ocurrido que él tendría necesidad de agarrarla por la empuñadura. Era totalmente inocente en lo referente a las armas. Con cuidado, la cogió por la hoja y se la dio, con el pomo en su dirección.

Pero, cuando la cogía, la serpiente logró soltarse. Bink saltó hacia atrás, con la espada alzada.

La cosa ya había tenido suficiente. Retrocedió —una maniobra extraña en su arrastrarse— y se metió por un agujero lateral.

—¡Eres tan valiente! —exclamó Joya.

—Fui un estúpido al permitir que me desarmara —repuso él, malhumorado. No se sentía muy orgulloso del encuentro con el animal; fue todo torpeza, ni un ápice de elegancia. Una bravuconada titubeante y estúpida—. Marchémonos antes de que cometa un error más grave. Te saqué de tu hogar, y te llevaré a salvo de nuevo a él antes de dejarte. Es mi obligación.

—Tu obligación —repitió ella en voz baja.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué voy a hacer sin la magia? —centelleó ella—. ¡No funcionará nada!

Bink meditó.

—Tienes razón. He arruinado tu vida. Será mejor que te lleve a la superficie conmigo.

El rostro de ella se iluminó, para apagarse de inmediato.

—No, tampoco funcionará.

—No hay problema. Te dije que la poción ya había perdido su efecto. No te amo; no te molestaré. Podrás establecerte en uno de los poblados, o tal vez trabajar en el palacio del Rey. Sin magia no será gran cosa, pero sí mejor que esto —abarcó con un gesto las sombrías cuevas.

—Supongo que sí —murmuró ella.

Reanudaron la marcha. Una vez que lograron salir de la cámara del Demonio, Joya conocía bastante bien los laberintos que recorrían las cuevas; con constancia, aunque dando bastantes rodeos, lo condujo hacia arriba. Más allá de la región inmediata del vacío dejado por el Demonio no se habían producido muchos daños. Sin embargo, la magia había desaparecido en todas partes, y los animales estaban

enloquecidos. Las ratas trataron de atacarles con su magia roedora y, al fracasar, utilizaron los dientes. No estaban más acostumbradas a emplear los dientes desnudos como armas que Bink a utilizar una espada sin encantamiento, de modo que se hallaban en una situación de equilibrio. Las hizo retroceder con movimientos cortantes de su espada. Quizás el acero no poseyera más magia, pero su borde seguía afilado; podía herir y matar.

A pesar de ello, manejar la espada requería bastante esfuerzo y energía, y su brazo comenzó a cansarse. La espada también había poseído un encantamiento que la hacía más ligera y maniobrable, sin llegar a tener voluntad propia, como la que atacó a Bink en los jardines del Castillo Roogna. Las ratas, en cantidades crecientes, se acercaban a ellos, permaneciendo justo fuera del alcance de su acero y, cada vez que subía, se lanzaban para morderle los tobillos. Joya no se hallaba en mejor situación; ni siquiera disponía de un cuchillo con el que defenderse, razón por la que tuvo que coger el de Bink. Se podía matar a un monstruo; sin embargo, estos animales más pequeños parecían inagotables. Afortunadamente, no eran niquelpiés, aunque se les parecían.

—El camino... estará oscuro en algunos lugares —comentó Joya—. No pensé..., sin la magia no existe resplandor que los ilumine. Le tengo miedo a la oscuridad.

Antes había habido un ligero brillo residual, pero comenzaba a desaparecer. Bink miró a las ratas, cada vez más próximas.

—No te faltan motivos —replicó—. Hemos de ver contra lo que luchamos. —Se sentía desnudo sin su talento, aunque únicamente le protegía contra la magia..., una protección que en este momento hubiera sido irrelevante. Para todos los efectos, su situación no había cambiado, ya que ninguna magia le amenazaba. Y nunca más lo haría—. Fuego..., necesitamos fuego con que iluminar la cueva. Antorchas. Si pudiéramos hacer antorchas...

—¡Sé dónde hay algunas piedras de fuego! —exclamó Joya. Pero de inmediato lo pensó mejor—. Aunque creo que, sin la magia, no funcionarán.

—¿Sabes dónde puede haber hierba seca..., quiero decir, paja, algo que podamos hacer arder? Y...; sin embargo, desconozco cómo encienden el fuego los mundanos, así que...

—Sé dónde hay fuego mágico... —Se interrumpió—. ¡Oh, esto es terrible! Sin magia... —Pareció a punto de echarse a llorar.

Como Bink bien sabía, el verdadero carácter decidido no era una característica de las ninfas. Parecían haber sido creadas por la magia para cumplir los sueños más fantasiosos del hombre, no los más serios.

Aunque también él había llorado cuando comprendió la inmensidad de lo que había hecho. ¿Cuánto de la percepción que tenía de la naturaleza de las ninfas no se debía a un chauvinismo humano?

—Ya lo tengo —exclamó Bink, sorprendiéndose a sí mismo—. Había algo que estaba ardiendo..., lo pude oler antes. Si nos dirigiéramos allí y recogiéramos algo...

—¡Estupendo! —aceptó ella, con un destello de su entusiasmo de ninfa. O entusiasmo femenino, se corrigió mentalmente él.

Lo encontraron pronto, tras seguir el ruido que producía: eran los restos de un jardín mágico que los goblins debieron cuidar y que ahora se hallaba marchito. El follaje muerto humeaba, y el humo que ascendía creaba diferentes capas en el techo de la cueva del jardín. Por supuesto, los goblins ya se encontraban muy lejos de esta zona; habían sentido tanto miedo del fuego que ni siquiera intentaron apagarlo.

Bink y Joya reunieron lo que les pareció el mejor material, uniéndolo hasta formar una cuerda irregular, y encendieron su extremo. La cosa chisporroteó y lanzó un destello, apagándose de inmediato con una humareda de desagradable olor. Sin embargo, después de varios intentos, consiguieron que se mantuviera; era suficiente que lo dejaran quemarse hasta que necesitaran una llama, que podían crear, soplando, en el momento en que lo desearan. La portó Joya; le brindaba una sensación de seguridad que necesitaba desesperadamente; además, Bink tenía que mantener las manos libres para luchar.

En ese momento los peores enemigos resultarían los goblins, los cuales, evidentemente, detestaban que alguien penetrara en su jardín. No habían visto ninguna evidencia directa de su presencia antes..., pero, indudablemente, habían permanecido ocultos en las cuevas, mantenidos a raya por la magia y mucha luz. Con la ausencia de claridad, los goblins se volvían más atrevidos. Parecía que hubieran surgido de una mezcla de hombres y ratas. Ahora que la magia había desaparecido, el aspecto humano disminuiría y el roedor se haría más pronunciado. Bink se dio cuenta de que eso se notaba más en sus hábitos; físicamente, seguían pareciéndose a hombrecillos brutos y primitivos, con unos grandes pies suaves y unas cabezas pequeñas y duras.

Lo más peligroso de los goblins era que poseían la inteligencia de los hombres y los escrúpulos de los roedores. Se ocultaban fuera de vista, pero no eran cobardes. Simplemente, ni uno, ni tres, ni seis, podían enfrentarse a la espada de Bink, y no existía espacio suficiente para que se le pudiera aproximar un número mayor a la vez. Así que se mantuvieron alejados...; pero no se rindieron.

—Creo que saben que yo liberé al Demonio —musitó Bink—. Buscan venganza. Y no les culpo.

—¡Hiciste lo que pensaste que era correcto! —exclamó Joya.

Él le pasó el brazo por su estrecha cintura.

—Y tú estás haciendo lo que crees que es correcto al ayudarme a llegar a la superficie..., incluso cuando los dos sabemos que yo estaba equivocado. He destruido la magia de Xanth.

—No, no estabas equivocado —dijo ella—. Sentiste empatía hacia el Demonio, y...

Él la estrechó.

—Gracias por decirlo. ¿Te importaría si...? —Se detuvo—. ¡Lo olvidé! ¡Ya no estoy más enamorado de ti!

—De todas formas, no me importaría —contestó ella.

Pero él la soltó, avergonzado. Escuchó la risa maligna de un goblin. Se detuvo para recoger una piedra y lanzársela; claro está, falló.

Bink se armó con un puñado de rocas, y se dedicó a lanzar una cada vez que veía a un goblin. En poco tiempo consiguió una notable puntería, logrando que se apartaran más de ellos. Las piedras poseían una magia especial que no tenía nada que ver con la magia real; eran duras, puntiagudas, y abundaban; además, Bink tenía un brazo mucho más largo que el de cualquier goblin. No obstante, seguían detrás de ellos. La advertencia que le diera Beauregard había sido acertada: Bink jamás se había encontrado con goblins tan tenaces y valientes como estos.

Bink deseaba descansar, ya que se encontraba agotado, pero no se atrevía. Si se detenían corría el riesgo de quedarse dormido, lo cual podía resultar desastroso. Claro que podría hacer que Joya vigilara mientras él dormía...; pero, después de todo, ella únicamente era una ninfa..., no, una mujer joven, y temía que los goblins la abrumaran en la situación en que se hallaban. El destino que sufriría en manos de los goblins probablemente fuera mucho peor que el que padecería él.

La miró de reojo. La terrible prueba por la que pasaban se estaba cobrando su precio. Su cabello había perdido su lustre original y pendía en mechones apagados. De alguna forma, le recordó a Camaleón...; pero no en su fase hermosa.

Continuaron a duras penas y lograron avanzar. Cerca de la superficie, el ascenso se hizo más difícil.

—No existe mucha comunicación con el mundo de arriba —jadeó Joya—. Esta es la mejor ruta...; no obstante, cómo se puede subir por ella sin alas o sin una cuerda es algo que no sé.

Bink tampoco lo sabía. Si este hubiera sido un buen camino, Crombie lo habría señalado cuando entraron. El cielo diurno era visible a través de una grieta del techo...; sin embargo, las paredes se hacían cada vez más empinadas, y además eran resbaladizas por la humedad. Sin magia, resultaba imposible escalarlas.

—No podemos quedarnos aquí durante mucho tiempo —comentó Joya, preocupada—. Hay un árbol ahorcador cerca de la superficie, y sus raíces quizá lleguen a ser un serio obstáculo. —Se detuvo en el acto, sorprendida—. ¡No dejo de hacerlo! Ahora que no hay magia...

Comprendió que esa era la causa por la que el talento de Crombie no había indicado este sendero. ¡Un ahorcador! Pero la magia maligna había desaparecido

junto con la buena.

—¡Vamos! —gritó.

Encontró las raíces del ahorcador, y las arrancó de la piedra; cuando no las podía soltar, las cortaba. Las unió rápidamente para formar una cuerda fuerte, aunque irregular. Las raíces de los ahorcadores eran resistentes; su función consistía en mantener inmóviles a las presas que se debatían. No había ninguna duda: ¡la cuerda que formó soportaría su peso!

—¿Cómo conseguiremos que llegue hasta arriba? —preguntó con ansiedad Joya.

—Hay un tronco de raíz que cruza por la parte más estrecha —repuso Bink—. Mira, ahí. —Señaló.

Ella alzó la vista.

—¡Nunca lo había visto! He venido aquí más de una docena de veces, para provocar al ahorcador y ver cómo era el mundo exterior. Se suponía que yo plantaba gemas... —Su confesión, al estilo de las ninfas, quedó en el aire—. Eres bastante observador.

—Me halagas. No te preocupes; esta vez llegarás a ver el mundo exterior. No te dejaré hasta que te encuentres a salvo en la superficie y en buenas manos. Quizás el lugar idóneo sea el poblado del polvo mágico.

Ella apartó los ojos, sin responderle. Él la miró, preocupado, escudriñando a través del humo de la antorcha de matorrales que sostenía.

—¿He dicho algo indebido?

Con una decisión repentina, ella volvió a mirarle.

—Bink, ¿te acuerdas de la primera vez que nos vimos?

Él se rió.

—¡Cómo podría olvidarlo! Tú eras tan hermosa, y yo estaba tan sucio..., ¡casi tanto como los dos ahora! Y acababa de beber... —Se encogió de hombros, no deseaba volver al embarazoso tema de la poción de amor otra vez—. ¿Sabes?, casi me da pena que se haya acabado. Eres una ninfa terriblemente agradable, y sin tu ayuda...

—Tú me amabas entonces, y yo no —comentó ella—. Eras taimado, y yo simple. Me tentaste para que me acercara, y me cogiste y me besaste.

Bink se puso nervioso.

—Lo siento, Joya. Yo..., no volverá a suceder.

—Eso es lo que tú crees —replicó ella, rodeándole con los brazos y plantándole un beso apasionado en su boca medio abierta.

Sucia como estaba, resultó una experiencia notable; él casi pudo sentir la fuerza de la poción de amor otra vez. La había amado antes, sin conocerla; ahora la conocía, y comprendía sus limitaciones de ninfa, y la respetaba por el esfuerzo que hacía para sobreponerse a ellas, y le gustaba mucho más de lo que era adecuado. Debajo del

amor artificial se había estado desarrollando un afecto genuino, que permanecía. ¿Qué pensaría Camaleón si viera el abrazo en el que se fundieron?

Joya le soltó.

—El cambio de roles me parece justo —dijo—. Soy más compleja que hace unas horas, y tú más simple. Dedícate a preparar la cuerda.

¿Qué quería dar a entender con eso? Confundido, Bink enganchó una roca al extremo de la cuerda y la lanzó hacia el tronco. Quedó corto debido al peso de la cuerda. Lo intentó otra vez con más fuerza; pero seguía siendo demasiado pesada. Finalmente, decidió enrollarla y la lanzó toda; esta vez consiguió que llegara hasta el tronco..., aunque volvió a caer, ya que no consiguió que pasara por encima de la raíz. No obstante, había progresado y, después de varios intentos más, lo logró. La roca cayó por el otro lado, arrastrando consigo la cuerda. Se enganchó antes de quedar a su alcance, pero, tras varios tirones del otro extremo, la liberó. Bink anudó ambos lados, formando un lazo completo que no se soltaría.

—Yo treparé primero, luego tú podrás sentarte en la cuerda para que yo te suba —explicó él. Sabía que no existía la posibilidad de que ella pudiera ascender por sus propios medios; tenía los brazos demasiado delicados—. Haz que la antorcha arda lo suficiente para que los goblins no se acerquen.

Ella asintió. Bink inspiró profundamente varias veces, sintiendo como su sistema se preparaba para ese esfuerzo final. Luego cogió la cuerda y comenzó la ascensión.

Empezó mejor de lo que había supuesto, aunque pronto se hizo más arduo. Sus brazos, que desde el principio estaban casi entumecidos, se cansaron en seguida. Rodeó la cuerda con las piernas, apoyando todo su peso en ellas para darle un respiro a sus brazos, pero no consiguió que se recuperaran del todo. ¡Oh, lo que daría por un poco de elixir curativo! Sin embargo, Joya estaba esperando, al igual que las ratas y los goblins; no podía permitirse el lujo de perder mucho tiempo. Dolorosamente, se arrastró hacia arriba con movimientos cada vez más cortos de los brazos. Apenas podía respirar, sentía la cabeza ligera, y los brazos, por encima de los codos, parecían dos troncos de madera...; aun así, siguió subiendo.

De forma tan repentina que casi le pareció un milagro, se encontró en la cima. Quizá su mente también se había aislado para hacer que no sintiera la agonía del esfuerzo continuado, reviviendo en el momento de la llegada. Se aferró a la enorme raíz, que resultó un poco peluda: tal vez para coger mejor a sus presas. ¡Nunca, antes de esta aventura, habría pensado que se alegraría de abrazar a un árbol ahorcador!

Alzó una pierna para pasarla por la raíz, falló, y sintió que caía. ¡La relajación que sintió fue casi un alivio! Sin embargo, la cuerda seguía ahí; se rodeó con ella y permaneció colgado, jadeando. ¡Faltaba tan poco, y era tan difícil!

Un saliente nudoso sobresalía cerca de la raíz. Bink apoyó los pies allí, empleó los músculos relativamente frescos de sus piernas para alzarse y, de algún modo,

consiguió montarse sobre el tronco. En ese momento notó que había una corteza áspera debajo del pelaje de la raíz, lo cual ayudaba a que se aferrara a ella y pudiera arrastrarse por su superficie. Lo hizo y, finalmente, consiguió llegar hasta el extremo más alto, donde quedó jadeando débilmente, demasiado exhausto incluso para sentir alivio.

—¡Bink! —gritó Joya desde abajo—. ¿Estás bien?

Eso le despertó. ¡Sus esfuerzos aún no habían concluido!

—¡Tendría que ser yo el que te lo preguntara! ¿Se mantienen a distancia las ratas? ¿Puedes sentarte en la cuerda para que te suba?

No tenía idea de cómo podría alzar su peso en sus actuales condiciones; pero no podía decírselo.

—No estoy bien. No voy a subir.

—¡Joya! ¡Cógete a la cuerda! ¡Si coges el extremo contigo, las ratas no te podrán alcanzar!

—No se trata de ellas, Bink. Yo he vivido aquí abajo toda mi vida; puedo ocuparme de las ratas, incluso de los goblins, siempre que mantenga encendido el fuego. Es por ti. Eres un hombre atractivo.

—¿Por mí? ¡No lo entiendo!

Aunque comenzaba a comprenderlo. No se refería a su aspecto del momento, que era más feo que el rostro de Chester (Oh, noble centauro..., ¿en qué estado se hallaría ahora?). Los signos habían sido visibles todo el tiempo, pero él se había negado a interpretarlos.

—Cuando bebiste la poción, seguiste siendo una persona honesta —gritó Joya—. Eres fuerte, más que cualquier ninfa. Nunca utilizaste la poción como una excusa para traicionar tu búsqueda o a tus amigos. Respeté y envidié esa cualidad tuya, e intenté usarla como un modelo a seguir. La única excepción fue ese beso que me robaste, razón por la que yo también te lo robé. Te amo, Bink, y ahora...

—¡Pero tú nunca bebiste de ella! —protestó él—. Y aunque lo hubieras hecho, una vez desaparecida la magia...

—Nunca bebí de la poción —admitió ella—. Por lo tanto, la pérdida de la magia no puede arrebatarme mi amor. Me vi obligada a madurar, dejando a un lado mi inocencia de ninfa. En este momento percibo la realidad, y sé que para mí no existe ningún antídoto, sólo el tiempo. No puedo irme contigo.

—¡Ahí abajo ya no tienes ninguna vida! —gritó Bink, irritado. El amor de él por ella había sido mágico; el de ella por él era real. Ella amaba mejor de lo que él lo hizo nunca. Ciertamente, había dejado atrás su estado puro de ninfa—. Ha de haber alguna forma de que lo solucionemos...

—La hay, y es la que estoy utilizando. Cuando vi cómo me sacrificaste cuando estabas dominado por el hechizo de amor, comprendí que no tendría ninguna

esperanza cuando se desvaneciera. Es una ironía que mi amor se desarrollara cuando tú me hiciste a un lado, porque me abandonaste. Te mantuviste fiel a tus principios y a tu primer compromiso. Ahora es el momento de que yo sea fiel al mío. ¡Adiós, Bink!

—¡No! —aulló él—. ¡Sube! Tiene que haber una forma mejor...

Pero la soga se estaba deslizando, rebotando por la superficie de la raíz. Ella la había desatado y la desenganchaba. Intentó asirla, aunque demasiado tarde. El extremo pasó por la raíz y cayó hacia la oscuridad.

—¡Joya! —gritó—. ¡No lo hagas! No te amo, pero me gustas. Yo...

Era un callejón sin salida. Ella tenía razón: aun cuando la había amado, supo que jamás podría tenerla. Y la situación no había cambiado.

No obtuvo ninguna respuesta de abajo. La ninfa había realizado la única acción honrosa que le quedaba, y siguió sola su camino, dejándole a él en libertad. En las mismas circunstancias, es lo que él hubiera hecho.

El camino que le quedaba ahora era marcharse a casa.

—¡Adiós, Joya! —se despidió, con la esperanza de que ella pudiera oírle—. Puede que no tengas mi amor, pero sí mi respeto. Ya eres una mujer.

Descansó sobre el tronco, tratando de escuchar, pero no oyó nada de ella. Por fin, se incorporó en la raíz y miró a su alrededor. Se hallaba en una grieta profunda que reconoció como parte del Desfiladero, el gran abismo que dividía en dos la Tierra de Xanth. El árbol se hallaba anclado en el fondo, pero llegaba hasta la superficie, con una rama que se extendía por encima del borde. Ante la ausencia de la magia, no había peligro en trepar por él. De hecho, el terreno, ahora, apenas presentaría alguna amenaza. Podía dirigirse directamente hacia el palacio del Rey y llegar en un día.

Bink descubrió algunos bichos. Yacían en una zona bañada por la luz, con las pinzas retorciéndose. Sintió compasión por ellos, y con un pie los empujó con suavidad hacia la sombra más próxima. ¡Pobres cosas!

En ese momento los reconoció. ¡Eran niquelpiés sin magia! ¡Cuánto habían caído!

Cuando se alzó del último tentáculo del ahorcador y llegó a la superficie, esta no le resultó familiar. La grieta iba en dirección norte-sur, no este-oeste, a menos que la pérdida de la magia hubiera cambiado el sol. Tenía que tratarse de un abismo distinto, no del Desfiladero. Después de todo, sí que estaba perdido.

Ahora que lo pensaba, dudaba de que hubiera podido llegar tan hasta el norte, allá donde se hallaba el emplazamiento del Desfiladero. Probablemente se encontraba en alguna otra parte al sur, y al sur del palacio. Lo más seguro sería viajar hacia el norte hasta que se topara con el Desfiladero o alguna otra zona conocida.

El trayecto resultó más difícil de lo que había anticipado. Cierto que no había ninguna magia hostil...; sin embargo, tampoco existía la magia benefactora. La

naturaleza del paisaje había cambiado de forma drástica, haciéndose mundana. No había frutas voladoras, ni árboles de zapatos o matorrales de vaqueros con los que pudiera cambiar su vestimenta destrozada; tampoco melones de agua con los que saciar su sed. Tenía que encontrar comida y agua corrientes, y no sabía cómo buscarlas. Los animales, atontados por la pérdida de su magia, le evitaban; no eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que también a él le había sido arrebatada. Lo cual resultaba una bendición.

Había caído la tarde. No estaba seguro de las horas o días que había pasado en los subterráneos, pero aquí, con el sol a la vista, podría mantener de nuevo la cuenta. Tendría que pasar la noche en el bosque. Parecía bastante seguro; podría dormir en un árbol.

Buscó uno grande. Muchos de los árboles de este bosque parecían muertos; quizá sólo estuvieran aletargados en este nuevo invierno de la ausencia de magia. Tal vez llevara meses o años calibrar los destrozos que causaría ese invierno. Algunos árboles florecían; debía tratarse de las variedades mundanas, libres de la competencia mágica. ¿Dónde estaría mejor, en un saludable árbol mundano o en uno mágico muerto?

Bink sintió un escalofrío. Estaba refrescando, y ya no podía disponer de la ayuda de ningún matorral de mantas. Sin embargo, no era sólo la temperatura lo que le afectaba. Se hallaba cansado y se sentía solo, lleno de remordimientos por lo que había hecho. Mañana tendría que enfrentarse con sus amigos en palacio y contarles...

Aunque seguro que ya habrían descubierto su culpa. No le perturbaba la confesión, sino el castigo. Joya fue sabia al esquivarlo; no disponía de futuro alguno en casa.

Había una cierta familiaridad en esta zona. Se veían senderos por entre los arbustos como los causados por las hormigas león, zarzas, y lugares de plantas olorosas...

—¡Claro! —exclamó—. Es el sitio que cruzamos por el sendero mágico en dirección del poblado del polvo mágico.

Escudriñó a través del moribundo follaje. Allí estaba..., una pasarela construida con troncos y lianas, suspendida de los árboles más recios. No giraba en el aire... porque ya no era mágica.

Subió al escalón más bajo y comenzó a andar por ella. La cosa parecía peligrosamente frágil, se hundía bajo su peso y oscilaba de forma alarmante; no obstante, resistió. Pasado un tiempo, le llevó hasta el poblado.

Temió encontrarse con una escena de desolación. Pero parecía como si todo el pueblo estuviera festejando una celebración. Ardía otro gran fuego, y hombres y mujeres de todas clases bailaban a su alrededor.

¿Hombres? ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Era un poblado de mujeres! ¿Se trataría de otra Oleada de conquista desde Mundania, con hombres brutales

divirtiéndose en este poblado habitado por indefensas mujeres?

Sin embargo, no se percibía una atmósfera de amenaza. Los hombres estaban felices, por supuesto..., pero también las mujeres. Bink entró en el pueblo en busca de Trolla, su gobernanta.

Un hombre le vio cuando descendía de la pasarela colgante.

—¡Hola, amigo! —le llamó el hombre—. ¡Bienvenido a casa! ¿Cuál es tu viuda?

—¿Viuda? —preguntó Bink, sin comprender.

—Tu mujer..., antes de que la gorgona te atrapara. Se sentirá feliz por tu regreso.

¡La gorgona! De repente, Bink comprendió.

—¡Sois los hombres de piedra! ¡Fuisteis liberados por la pérdida de la magia!

—¿Y tú no? —El hombre se rió—. Será mejor que vengas a ver al cacique.

—Trolla —dijo Bink—. Si aún sigue aquí...

—¿Quién anda buscando a Trolla? —preguntó alguien.

Se trataba de un troll enorme y feo. Bueno, un troll normal; todos eran enormes y feos.

La mano de Bink se acercó a la empuñadura de su espada.

—Sólo deseo hablar con ella.

—No hay problema —repuso el troll, de buen humor. Se llevó las manos a la boca, formando un altavoz—. ¡Perra, ven aquí!

Una docena de mujeres jóvenes miraron en su dirección, sorprendidas, creyendo que se dirigía a ellas. Bink contuvo una sonrisa.

—Eh, ¿qué ocurrió con la gorgona? —inquirió.

—Oh, íbamos a ahorcarla, ya sabes, después de lo que... —explicó el troll—. Era una marrana de buen ver, salvo por ese manojito de cabello serpenteante. Sin embargo, se lanzó al lago y, antes de que nos diéramos cuenta de que ya no había monstruos en él, se hallaba demasiado lejos para que pudiéramos cogerla. Lo último que vimos de ella fue que se dirigía hacia el norte.

Al norte. Hacia el castillo del Mago Humfrey. Bink se alegró de que escapara, aunque sabía que no encontraría al Mago en casa. Ese era otro aspecto de la tragedia que había causado Bink.

Trolla, sensible a la llamada, se acercó.

—¡Bink! —exclamó—. ¡Lo conseguiste!

—Sí —corroboró él, con semblante grave—. Abolí la magia de la Tierra de Xanth. La convertí en otra Mundania. Ahora regreso a casa a cumplir mi castigo.

—¡Castigo! —gritó el troll—. ¡Nos liberaste a todos! ¡Eres un héroe!

Bink no había pensado en eso.

—Entonces, ¿no estáis enojados por la pérdida de la magia?

—¿Enojados? —repitió Trolla—. ¿Enojada porque mi esposo haya vuelto y sea bueno para comer?

Abrazó al troll con una fuerza que hubiera partido varias costillas normales. Él no tuvo problema alguno en resistirlo, aunque pareció momentáneamente incómodo por algo.

Un grifo hembra se deslizó hacia ellos.

—¿Awk? —preguntó.

—Y aquí está la que fue vuestra guía, libre del hechizo de midas —comentó Trolla—. ¿Dónde se encuentra vuestro grifo tan atractivo?

A Bink le pareció que era mejor no hablar de la botella.

—Se halla... confinado. En realidad, se trataba de un hombre transformado. Le encantó el grifo hembra, pero... lamenta no haber podido venir.

El grifo hembra, desilusionada, se marchó. Parecía que no tenía un macho propio. Quizá pronto consiguiera encontrar una pareja de su clase..., aunque, con la lenta alteración de forma que padecían esas criaturas mágicas, Bink se preguntó si ese macho se asemejaría más a un águila o a un león. ¿O los grifos ya existentes retendrían su forma original, mientras que sus vástagos se decantarían por la figura de las águilas y los leones? Y, si Crombie emergiera de la botella conservando su aspecto de grifo, ¿consideraría entonces a esta hembra hermosa? Si fuera así, ¿cómo serían sus hijos? ¡La pérdida de la magia planteaba tantos interrogantes como su existencia!

—Vamos, esta noche recibirás un trato real, ¡y nos narrarás toda la historia de tu aventura! —repuso Trolla.

—Yo..., hum, estoy bastante cansado —objetó Bink—. Preferiría no contarla. Mi amigo, el Buen Mago..., ha desaparecido, y también el centauro; los recuerdos...

—Sí, necesitas que te distraigan —admitió Trolla—. Disponemos de unas cuantas hembras libres, hijas de mujeres mayores. En este momento se encuentran muy solas, y...

—Oh, no, gracias, por favor —se apresuró a decir Bink. ¡Ya había roto demasiados corazones!—. Sólo quisiera un poco de comida y un lugar donde poder pasar la noche, si hay sitio...

—Andamos un poco escasos de espacio; nuestra población acaba de duplicarse. Pero las chicas se encargarán de ti. Las mantendrá ocupadas. Les encantará compartir sus habitaciones.

Bink se hallaba demasiado cansado para seguir protestando. Pero, como descubrió más tarde, las «chicas» resultaron ser una variedad de hadas y elfas que le prestaron una atención que le halagó, aunque no se sentían atraídas por él como hombre. Convirtieron en un juego el turnarse para alimentarle, y cada una le ponía en la boca pequeños bocados directamente desde sus delicadas manos, divertidas. No le permitían que sostuviera un plato lleno; cada cosa que probara debía ser traída por etapas desde otra habitación. Cuando acabó de comer, se tumbó en una cama

compuesta por treinta cojines pequeños de diversos colores, mientras las hadas revoloteaban en el aire a su alrededor, y el movimiento de sus alas cumplía la función de levantar una breve brisa. Pronto les sería imposible volar, por supuesto, y sus alas se caerían a medida que regresaban a formas más mundanas; sin embargo, en ese momento eran preciosas. Se durmió contando las criaturas que saltaban alegremente por encima de él, jugando al juego que habían establecido de seguir al jefe.

No obstante, por la mañana tuvo que enfrentarse de nuevo con la realidad: el duro viaje a casa. Se alegró de que, por lo menos, su búsqueda hubiera causado felicidad en el poblado; tal vez su talento, antes de ser anulado por la pérdida de la magia, lo había planeado de esta forma, con el fin de que pudiera disfrutar de un lugar bueno y seguro donde pasar la noche. Sin embargo, en lo referente a toda Xanth..., ¿qué esperanza le quedaba?

El grifo hembra le acompañó durante un trecho, guiándole otra vez, y, en un período sorprendentemente breve de tiempo, se encontró ante el bosque muerto: a mitad de camino de un territorio que le resultaba familiar. Ya no difería mucho del resto del yermo. Le dio las gracias, le deseó toda clase de venturas, y continuó solo en dirección norte.

La soledad se cernió sobre él. ¡La falta de magia era tan omnipresente y le deprimía tanto! Todas las pequeñas amenidades a las que estaba acostumbrado habían desaparecido. No se veía a los sapos azules sentados sobre sus banquetas de hierba, ninguna pipa india que humeara. Ningún árbol apartaba las ramas de su camino o le lanzaba un hechizo de evasión. Todo era irremediablemente mundano. Se sintió nuevamente cansado, y no sólo por la marcha. Sin la magia, ¿valía la pena la vida?

Bueno, Camaleón quedaría fija en su fase «normal», la que a él más le gustaba: ni hermosa ni inteligente, más bien agradable en todos los aspectos. Sí, podría vivir con ello durante un tiempo antes de que se hiciera aburrido, suponiendo que le permitieran...

Se detuvo. Escuchó un clip-clop como de cascos resonar por un sendero. ¿Sería un enemigo? Apenas le importaba; ¡por lo menos, tendría compañía!

—¡Holaaa! —gritó.

—¿Sí? —Era la voz de una mujer. Se dirigió en su dirección.

Allí, erguida en mitad de un sendero, se hallaba un centauro hembra. No era especialmente bonita; sus flancos aparecían sin lustre, su cola estaba enredada con erizos (claro que una dama no podía deshacerse de ellos entre maldiciones), y su torso y rostro humanos, aunque claramente femeninos, no se hallaban bien proporcionados. La seguía un potrillo, que no sólo era poco agraciado sino abiertamente feo, a excepción de sus suaves partes traseras. De hecho, se parecía...

—¡Chester! —exclamó Bink—. ¡Es el potrillo de Chester!

—Vaya, si eres Bink —repuso la yegua.

En ese momento la reconoció: se trataba de Cherie, la pareja de Chester. Sin embargo, no se parecía en nada a la belleza sobre la que había cabalgado. ¿Qué había ocurrido?

Aún le quedaba el suficiente sentido común como para no preguntarlo de un modo directo.

—¿Qué haces aquí? Pensé que residías en el pueblo centauro hasta que... —Eso también era una trampa, ya que Chester jamás regresaría.

—Troto a palacio para averiguar quién es el responsable de este milagro —explicó ella—. ¿Te das cuenta de que la obscenidad ha sido desterrada de Xanth?

Bink recordó: Cherie pensaba que la magia era obscena, al menos cuando se manifestaba en los centauros. La toleraba en los demás como un mal necesario, ya que se consideraba a sí misma como una yegua de mente liberal, aunque prefería discutirlo como algo clínico.

¡Bueno, se lo había dicho! Le alegraba que al menos a una persona le gustara el cambio.

—Temo que yo soy el responsable —murmuró.

—¿Tú aboliste la magia? —preguntó ella, sorprendida.

—Es una larga historia —contestó Bink—. Y bastante dolorosa. No espero que los demás la acepten tan bien como tú.

—Súbete a mi espalda —ofreció ella—. Tú viajas demasiado lento. Te llevaré a palacio, y así podrás narrarme toda la historia. ¡Me muero por conocerla!

Quizá muriera de forma literal cuando se enterara de la verdad sobre Chester. No obstante, tenía que decírselo. Bink montó, y se sujetó cuando ella empezó a trotar. Había anticipado que le esperaba un día de marcha, pero ya no sería necesario; ella les llevaría hasta palacio antes de que oscureciera.

Le contó la historia. Se percató de que entraba en detalles que iban más allá de lo requerido, comprendiendo que temía llegar al momento en que Chester había librado y perdido su terrible batalla. Ciertamente podría haber vencido si el ojo maligno que se dirigía hacia Bink no le hubiera atontado...; sin embargo, eso no resultaría un gran consuelo para ella. Cherie era una viuda..., y le correspondía a él comunicárselo.

Su narración se vio interrumpida por un rugido. Ante ellos sobrevoló un dragón..., pero se trataba de un monstruo miserable. Las escamas, que una vez fueran brillantes, se habían vuelto de un gris manchado. Cuando emitió su llama, sólo emergió polvo. El bicho estaba demacrado y con aspecto enfermo; dependía de la magia para su caza.

No obstante, el dragón cargó contra ellos, concentrado en devorar al centauro, al jinete y al potrillo. Bink desenfundó la espada y Cherie se encabritó levemente, dispuesta a lanzar coces. Incluso un dragón tan alicaído de este tamaño era terrorífico.

Entonces Bink descubrió una cicatriz en el cuello del dragón.

—Dime..., ¿no te conozco? —inquirió.

El dragón se detuvo, luego alzó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Chester, Crombie y yo nos encontramos con este dragón y pactamos una tregua —explicó Bink—. Luchamos contra los niquelpiés juntos.

—Los niquelpiés son ahora inofensivos —dijo Cherie—. Sus pinzas han perdido su... —frunció los labios con desagrado—. Su magia. Bajé directamente al Desfiladero y los aplasté con mis cascos; no pudieron herirme.

Bink lo sabía.

—Dragón, la magia ha desaparecido de Xanth —le contó Bink—. Tendrás que aprender a cazar y a luchar sin la ayuda de tus llamas. Con el tiempo, te transformarás en tu componente mundano dominante, o tal vez lo hagan tus vástagos. Supongo que se tratará de una serpiente. Lo siento.

El dragón le miró horrorizado. Luego, giró en redondo y se alejó medio al galope, medio a rastras.

—Yo también lo siento —expuso Cherie—. Ahora me doy cuenta de que Xanth, en realidad, no es la misma sin la magia. Los hechizos tienen su lugar aquí. Seres como ese...; para ellos, la magia es algo natural.

Tratándose de ella, era una gran concesión. Bink reanudó su narración. Ya no podía seguir dilatándola, así que se preparó y dijo lo que tenía que exponer.

—Tengo a Crombie en el interior de esta botella —concluyó. Esperó, notando una terrible tensión en el cuerpo de ella.

—Pero Chester y Humfrey...

—Siguen allí abajo —repuso él—. Debido a que yo liberé al Demonio.

—Sin embargo, no sabes si están muertos —murmuró ella; su cuerpo seguía tenso, haciéndole incómoda la cabalgata—. Se les puede encontrar, traerlos de vuelta...

—No sé cómo —contestó Bink, sombrío. No le gustaba nada la situación.

—Lo más probable es que Humfrey se encuentre perdido; ese es el motivo por el que no pudiste hallar su cuerpo. Quedó atontado por el derrumbamiento. Sin la ayuda de su magia de información, se le puede confundir con un goblin. Y Chester..., es demasiado testarudo para..., para... No está muerto; dijiste que se trataba de un lago de preservación...

—Así es —admitió Bink—. Yo...; fue drenado, y pude ver las espirales del cerebro de coral.

—¡No fue drenado por completo! Él se encuentra ahí abajo, lo sé, del mismo modo que el grifo está en la botella. Podemos localizarlo, revivirlo...

Bink sacudió la cabeza.

—Sin magia, no.

Ella lo desmontó con un corcoveo. Bink se encontró volando por el aire, vio que

el suelo se dirigía hacia su cabeza, supo que su talento no haría nada..., y aterrizó en los brazos de Cherie.

—Lo siento, Bink. Lo que ocurre es que la obscenidad me molesta. Los centauros no...

Lo depositó en el suelo, de pie, sin llegar a acabar la frase. Puede que ya no fuera hermosa, pero retenía la fuerza de los centauros.

Fuerza, no belleza. En los tiempos de la magia, había poseído unos pechos magníficos; ahora seguían siendo portentosos, pero le colgaban un poco, del mismo modo que les ocurría a las mujeres humanas o humanoides con esas medidas. Su rostro había sido deliciosamente fresco; ahora era vulgar. ¿A qué podía deberse el cambio repentino..., salvo a la pérdida de la magia?

—Deja que aclare esto —repuso Bink—. Tú sientes que toda la magia es obscena...

—No toda la magia. Para algunos de vosotros parece algo natural..., pero es que sólo sois humanos. Para un centauro es diferente. Nosotros somos civilizados.

—¿Y si los centauros también poseyeran magia?

Su cara manifestó un desagrado controlado.

—Será mejor que reanudemos nuestra marcha antes de que se haga demasiado tarde. Nos queda una buena distancia que recorrer.

—Como Herman el Ermitaño, el tío de Chester —insistió Bink—. Podía invocar fuegos fatuos.

—Fue exiliado de nuestra sociedad —dijo ella. Su expresión hosca le recordó a Chester.

—Supón que otros centauros poseyeran magia...

—Bink, ¿por qué estás siendo tan ofensivo? ¿Acaso quieres que te deje aquí en el yermo?

Llamó con un gesto al potrillo, que trotó rápidamente hasta situarse a su lado.

—¿Y si tú misma poseyeras un talento mágico? —preguntó Bink—. ¿Seguirías pensando que es obsceno?

—¡Lo has conseguido! —bufó ella—. No toleraré un comportamiento tan desagradable, ni siquiera de un humano. Vamos, Chet. —Se alejó al trote.

—¡Maldición, yegua, escúchame! —gritó Bink—. ¿Sabes por qué Chester se unió a mi misión? Porque deseaba descubrir cuál era su talento mágico. Si niegas la magia en los centauros, le niegas a él..., porque él posee magia, y muy buena, que...

Ella giró en redondo y alzó los cascos delanteros para golpearle. Podía tratarse de una yegua pero, si le alcanzaba, le mataría en el acto.

Bink retrocedió.

—Una magia buena —repitió—. Nada tan estúpido como volver las hojas verdes de color púrpura, o tan negativo como darle a la gente pies calientes. Toca una flauta

mágica, una flauta de plata, e interpreta la música más hermosa que he oído en mi vida. En su interior, es una persona muy hermosa; sin embargo, lo ha reprimido porque...

—¡Pienso aplastarte por completo con mis cascos! —relinchó ella, lanzándole una coza con sus patas delanteras—. No tienes derecho ni siquiera a sugerir...

No obstante, él ya se había calmado, mientras que ella estaba medio ciega de ira. Esquivó sus golpes del mismo modo que lo haría con un unicornio furioso, sin darle la espalda en ningún momento o retrocediendo más de lo necesario. Seis veces la podría haber ensartado con su espada, pero en ningún momento la desenfundó. El debate que mantenían era académico, ya que toda la magia había desaparecido de Xanth; sin embargo, él mantenía una perversa determinación en que ella admitiera la verdad.

—Y tú, Cherie..., tú también tienes magia. Haces que te vean del modo que deseas aparecer, te potencias a ti misma. Es un tipo de ilusión restringido a...

Dominada por la cólera, ella le lanzó una coza con las dos patas delanteras al mismo tiempo. La estaba ofendiendo en su sensibilidad más profunda al decirle que ella misma era obscena. No obstante, él se hallaba preparado y anticipaba sus reacciones, evitándolas. Su espada era su voz, y no pensaba fallar al emplearla. Ya había tenido suficientes engaños, en especial los propios; dejaría completamente limpia la pizarra. En cierto sentido, se atacaba a sí mismo: su vergüenza por lo que le había hecho a Xanth al liberar al Demonio.

—Te desafío —le gritó—. Mírate en las aguas de un lago. Observa la diferencia. ¡Tu magia ha desaparecido!

Incluso poseída por la furia, ella se dio cuenta de que no llegaba a ninguna parte.

—¡De acuerdo, miraré! —exclamó—. ¡Luego pienso mandarte a la luna de una patada!

Por casualidad, hacía poco que habían pasado al lado de un pequeño estanque. Regresaron en silencio hasta donde se encontraba. Bink ya empezaba a lamentar lo que le estaba haciendo cuando Cherie se contempló a sí misma. Ella sabía lo que vería; no obstante, era lo suficientemente honesta como para que su certeza quedara destrozada por la realidad.

—¡Oh, no! —gritó, sorprendida—. ¡Soy fea, horrible, más fea que Chester!

—No, eres hermosa... con la magia —insistió Bink, queriendo paliar de algún modo la revelación que le había impuesto—. Porque la magia es algo natural en ti, como lo es en mí. No tienes ningún motivo para oponerte a ella más que a cualquier otra función natural, como comer, o dar a luz, o...

—¡Apártate de mí! —aulló ella—. Monstruo, tú...

En otro arranque de cólera, le lanzó una patada al estanque, salpicando por doquier. Pero el agua volvió a quietarse, del modo que lo hace siempre, y las ondas

se extendieron hasta desaparecer; la imagen retornó con un significado devastador.

—¡Escucha, Cherie! —gritó Bink—. Fuiste tú la que indicó que se podía rescatar a Chester. Mi exposición parte de tu aseveración. No me atrevo a abrir la botella en la que se encuentra Crombie porque para el proceso hace falta la magia, y ya no existe ninguna. Chester debe permanecer en el lago en animación suspendida por la misma razón. Necesitamos la magia. No importa si nos gusta o no. Sin ella, Chester está muerto. No iremos a ninguna parte mientras tú...

Con gran recelo, ella asintió.

—Creí que nada conseguiría que tolerara la obscenidad. Sin embargo, por Chester haría cualquier cosa. Incluso... —se atragantó y agitó la cola—. Incluso la magia. Pero...

—¡Necesitamos una nueva búsqueda! —exclamó Bink con repentina inspiración, mientras se lavaba en el estanque—. ¡Una búsqueda que le devuelva la magia a la Tierra de Xanth! Quizá, si todos uniéramos nuestros esfuerzos, los centauros y los humanos y todas las criaturas de Xanth, podríamos localizar otro Demonio...

Dejó la frase inconclusa al darse cuenta de la futilidad de la idea. ¿Cómo podían invocar a X(A/N)th, o a E(A/R)th, o a cualquier otro ente supermágico? Los Demonios no sentían ningún interés por este reino.

—Sí —aceptó Cherie, aferrándose a la esperanza al tiempo que Bink la perdía—. Quizás el Rey conozca el procedimiento a seguir. Monta de nuevo; vamos a galopar.

Bink se subió otra vez a su lomo y ella emprendió la carrera. No disponía del poder puro de Chester; sin embargo, Bink tuvo que sujetarse a su esbelta cintura mientras atravesaba a toda velocidad el bosque.

—Y con la magia, volveré a ser hermosa... —murmuró con melancolía al viento.

Bink, que se notaba agotado, asintió somnoliento mientras Cherie cruzaba el desolado yermo. Y, de pronto, casi se vio lanzado por encima de ella cuando Cherie frenó bruscamente.

Delante tenían una pareja de seres, enormes y peludos.

—¡Dejadnos pasar, monstruos! —gritó Cherie sin rencor. Después de todo, eso eran—. Estamos en un lugar público; ¡no podéis bloquearlo!

—No lo bloqueamos, hembra centaura —repuso uno de los monstruos—. Hazte a un lado para que pase nuestra aura.

—¡Crunch, el ogro! —exclamó Bink—. ¿Qué haces tan lejos de casa?

—¿Conoces a ese monstruo? —le preguntó Cherie a Bink.

—¡Claro que sí! ¡Y, lo que es mejor, puedo entenderle sin necesidad de que me lo traduzcan!

El ogro, que ahora se parecía a un hombre bestial, escudriñó a Bink por debajo de su estrecha frente.

—¿Eres el hombre que en una misión iba? Yo estoy en luna empalagosa con mi

amada ¡hacia arriba!

—¿Luna empalagosa? —murmuró Cherie.

—¡Oh, así que esta es la Bella Durmiente! —comentó Bink, contemplando a la ogresa. Era el ser más feo que pudiera imaginar. No obstante, debajo de su mata de pelo, que se parecía a una fregona que acabara de ser empleada para limpiar un vómito, y su ancho y tosco vestido, parecía tener un contorno mucho más delicado del que uno podía esperar de una ogresa. Entonces recordó: no se trataba de una ogresa real, sino de una actriz, que interpretaba un papel en una de las producciones de los demonios del castillo en el agua. Si lo deseara, probablemente podría mostrar un aspecto hermoso. ¿Por qué, entonces, no lo hacía?—. Esto, una pregunta...

La hembra, que no era tonta, captó lo que iba a decir antes de que Bink lo soltara.

—Cierto, una vez yo tuve otra cara —le contó a Bink—. Me siento contenta de salir de aquella competencia rara. Me encontré un hombre mejor que cualquiera de aquellos diablos; me gusta más, para él soy la reina de todos los establos.

¡Así que la prima donna había encontrado un marido que mereciera su atención! Después de haber conocido a los demonios, Bink estuvo de acuerdo con su elección. Mantenía su disfraz de ogresa, que, de todas formas, era simplemente un reflejo físico de su personalidad normal, al tiempo que le enseñaba a Crunch a hablar de modo más inteligible. ¡Vaya demonesa inteligente!

—Oh, felicidades —dijo Bink. En un aparte, le explicó a Cherie—: Se casaron siguiendo nuestro consejo. El de Humfrey, Crombie, Chester, el del golem y el mío. Aunque Humfrey estaba dormido. Es toda una historia.

—Estoy segura —admitió Cherie con suspicacia.

—Sí, yo golpearle bien a mi manera —dijo la bonita ogresa—. Su cabeza es como la madera.

—Los ogros son muy apasionados —murmuró Bink.

Cherie, pasada su sorpresa inicial, se acopló perfectamente a la conversación.

—¿Cómo haces para mantener su amor? —inquirió, con cierta malicia femenina—. ¿No le apetece salir en busca de aventuras?

Bink se dio cuenta de que, tal vez inconscientemente, estaba pensando en Chester.

—Déjole marchar, jamás digo que no —repuso la ogresa, con la sabiduría de su sexo—. Cuando retorna, le golpeo yo. —Como ejemplo, le sacudió al ogro una tremenda bofetada con el dorso de la mano—. Le hago sentir como bestia que es, luego le doy fiesta del derecho y del revés.

El rostro de Crunch se retorció en una sonrisa de asentimiento. No había duda de que se sentía satisfecho. Y, posiblemente, mucho mejor que si estuviera con una ogresa de verdad, la cual habría aceptado su forma de ser como algo natural. Sin importar los fallos que pudiera tener la actriz, ciertamente sabía cómo manejar a su macho.

—¿Interfiere la pérdida de la magia con vuestro estilo de vida? —preguntó Bink. Los dos ogros le miraron sin comprender.

—¡No lo han notado! —exclamó Cherie—. ¡Ahí tienes el amor verdadero!

La pareja de ogros siguió su camino, y Cherie reanudó su carrera. Sin embargo, iba pensativa.

—Bink, como un ejemplo retórico..., ¿le gusta a un hombre sentirse como una bestia?

—A veces sí —afirmó Bink, y pensó en Camaleón. Cuando se hallaba en su fase estúpida-hermosa, parecía que sólo vivía para complacerle, lo cual hacía que él se sintiera extremadamente viril. Sin embargo, cuando se encontraba en su fase fea-inteligente, hacía que perdiera todo interés con su agudeza al igual que con su aspecto. En ese sentido, mostraba más inteligencia cuando era estúpida que cuando era inteligente. Claro está que todo eso ya había terminado; ahora permanecería siempre en su fase «normal», evitando los extremos. Ya nunca le aburriría..., ni le incitaría.

—¿Y un centauro... si se sintiera como todo un semental en casa...?

—Sí. Los hombres necesitan sentir que se les quiere, que se les necesita y que dominan la situación, incluso cuando no es así. En especial en casa. Esa ogresa sabe muy bien lo que hace.

—Eso parece —asintió Cherie—. Es una impostora total, una simple actriz; sin embargo, él es tan feliz que haría cualquier cosa por ella. No obstante, los centauros hembra, cuando tienen motivos, también pueden actuar...

A partir de ese momento, mientras galopaba, permaneció en silencio.

## Deseo paradójico

Bink, que volvía a dar cabezadas, se vio despertado de golpe. Cherie frenaba con tanta brusquedad que se vio lanzado contra su espalda humana. La rodeó la cintura con los brazos para no caerse, evitando sujetarse más arriba.

—¿Qué...?

—Casi lo olvido. No he amamantado a Chet en horas.

—¿Chet? —repitió Bink, medio atontado. Oh, el potrillo.

Le hizo un gesto al jovencito, que en el acto se acercó a ella. Bink se excusó rápidamente alegando una llamada de la naturaleza. Los centauros no tenían ninguna inhibición acerca de las funciones naturales; de hecho, realizaban algunas mientras galopaban. Los humanos eran más recatados, por lo menos en público. Ello le permitió darse cuenta de una de las razones por las que Cherie ya no parecía tan hermosa: sus pechos se habían vuelto enormes para poder amamantar a su potrillo. Los centauros pequeños requerían una gran cantidad de leche, en especial cuando gastaban grandes cantidades de energía.

Después de lo que creyó un intervalo adecuado, Bink regresó lentamente. El potro seguía mamando; sin embargo, Cherie descubrió a Bink.

—Oh, no seas tan malditamente humano —restalló—. ¿Qué crees que estoy haciendo..., magia?

Bink, sintiéndose embarazado, no pudo evitar reírse. Ella tenía razón; al igual que Cherie, ya no podía esgrimir ninguna justificación para permitir que sus inhibiciones interfirieran con la situación imperante. Las definiciones que él mantenía acerca de lo que era obsceno no tenían más sentido que las de ella. Se acercó, aunque con cierta timidez. En ese momento pensó que los centauros estaban perfectamente adaptados a sus funciones; si Cherie hubiera poseído una ubre, similar a la de una yegua normal, al potrillo le habría resultado bastante incómodo alimentarse. Era un muchacho erguido, cuya parte humana no podía doblarse como el cuello de un caballo.

—Vamos en la dirección equivocada —explicó Cherie.

¡Oh, no!

—¿Te has salido del sendero? ¿Nos hemos perdido?

—Nos encontramos en el camino correcto. Pero no deberíamos dirigirnos hacia el Castillo Roogna. Nadie allí podrá ayudarnos.

—Pero el Rey...

—El Rey es ahora un hombre normal. ¿Qué puede hacer?

Bink suspiró. Había supuesto que el Rey Trent dispondría de algún tipo de respuesta; no obstante, Cherie tenía razón.

—¿Qué puede hacer nadie sin...? —Trató de ahorrarle el uso de la palabra

obscena, aunque sabía que era una tontería.

—Mientras alimentaba a Chet, he meditado —repuso ella, acariciando la cabeza del potrillo con amor—. Aquí está mi vástago, el potro de Chester, un representante de la especie dominante de Xanth. ¿Qué hago yendo en la dirección opuesta a la que se encuentra Chester? Chet necesita a un pura sangre de verdad para que le enseñe lo que es la vida. Nunca me lo perdonaría si...

—¡Pero no le abandonas! —protestó Bink—. Vamos a ver al Rey para tratar de averiguar lo que hay que hacer con la ausencia de..., cómo podremos...

—¡Oh, adelante, dílo! —exclamó ella, furiosa—. ¡Magia! Con tu manera humana torpe, me has enseñado que es una parte necesaria e integral de nuestro modo de vida, incluida mi vida privada, maldito seas. He llevado los motivos más allá aún. No podemos ir a casa y lamentarnos con los antiguos Magos; tenemos que hacer algo. Ahora, de inmediato, antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde —dijo Bink—. El Demonio se ha marchado.

—Sin embargo, tal vez no se haya ido muy lejos. Quizás olvidó algo y vuelva a recogerlo; entonces, dispondremos de una oportunidad de atraparlo...

—No, no sería correcto. Mi intención fue verdadera cuando lo solté, aunque no me guste el resultado de su liberación.

—Eres íntegro, Bink, aunque a veces eso resulte un grave perjuicio. Tal vez podamos llamarle de vuelta, hablar con él, convencerle para que nos dé unos pocos hechizos...

Bink sacudió la cabeza.

—No, nada que podamos hacer influirá al Demonio Xanth. No le preocupa en lo más mínimo nuestro bienestar. Lo comprenderías si lo hubieras conocido.

Ella giró la cabeza para mirarle.

—Entonces, lo mejor será que le conozca.

—¿Qué tengo que hacer para que se te meta en tu cerebro equino? —gritó Bink, exasperado—. ¡Te he dicho que se ha marchado!

—No importa, quiero ver dónde estuvo. Quizás haya dejado algo. Algo que a ti se te pasó por alto. No quiero ofenderte, Bink, pero tú sólo eres humano. Si existiera alguna forma en la que nosotros...

—¡No hay ninguna! —exclamó Bink. Chester había sido bastante cabezota; sin embargo, esta yegua...

—Escucha, Bink. Me restregaste por la nariz el hecho de que necesitaba la magia. Y ahora yo te restriego por la tuya el hecho de que debemos hacer algo, en vez de rendirnos. Puede que te convenzas a ti mismo de que vas en busca de ayuda; pero, en realidad, sales corriendo. La solución de nuestro problema se halla en la prisión del Demonio, no en el palacio del Rey. Quizá fracasemos...; no obstante, nuestra obligación es regresar e intentarlo. —En ese momento emprendió la marcha por el

camino por el que habían venido—. Tú has estado allí; indícame cómo ir.

Corrió de modo involuntario al lado de ella, tal como lo hacía el potrillo.

—¿A la cueva del Demonio? —le preguntó, incrédulo—. Está llena de goblins, y de dragones sin magia, y de...

—¡Al infierno con toda esa obscenidad! —relinchó ella—. ¿Quién sabe lo que le puede estar pasando a Chester ahora?

Ahí radicaba todo: su lealtad definitiva a su pareja. Al pensarlo de esa forma, su propia actitud le pareció inferior. Quizá su humanidad le hiciera imperfecto. ¿Por qué no se había quedado el tiempo suficiente para encontrar a su amigo? Porque tuvo miedo de lo que pudiera hallar. ¡No cabía duda de que había salido corriendo!

Tal vez consiguieran sacar a Chester del líquido preservador y salvarlo sin la ayuda de la magia. Quizás el Buen Mago Humfrey hubiera sobrevivido. Evidentemente, era una posibilidad muy remota..., pero, mientras existiera una mínima probabilidad, Bink había renunciado al deber hacia sus amigos al no realizar todos los esfuerzos posibles para encontrarlos. Sentía la enfermiza certeza de que estaban muertos; no obstante, incluso esa confirmación sería mejor que ocultarse de la verdad.

Volvió a montar sobre Cherie, y ella emprendió el galope. Ganaron terreno de forma sorprendente. Pronto dejaron atrás el lugar donde se habían encontrado, y ella siguió galopando por el terreno que Bink le señalaba. Un centauro podía correr deprisa...; aun así, era como si existiera algún encantamiento mágico que les facilitara el avance. Por supuesto, se trataba de una ilusión, y no mágica. La respuesta radicaba en la motivación de Cherie por salvar a su semental, sin importar lo inútil que resultara esa ambición. Bink la guió hacia la grieta del árbol ahorcador, dando un rodeo para no pasar por el poblado del polvo mágico.

Mientras avanzaban hacia él, a Bink le pareció que el ahorcador se movía levemente. Tenía que tratarse de una ilusión producida por la menguante luz, ya que sin la magia el monstruo era impotente.

Cherie frenó ante la rama que llegaba hasta el borde del abismo.

—Descender por un árbol ahorcador..., resultará bastante difícil. —Se interrumpió—. ¡Bink, se ha movido! ¡Lo he visto!

—Es el viento —gritó Bink, con una repentina inspiración—. ¡Agita sus extremidades!

—¡Claro! —admitió ella, aliviada—. Durante un momento casi pensé...; aunque sabía que no podía ser.

Bink se asomó por el borde y escudriñó la grieta que había en su base, allá donde la atravesaba la enorme raíz del árbol. En realidad, no deseaba volver a bajar, aunque no quería reconocerlo.

—Yo..., eh..., puedo descender colgado de un tentáculo. Pero tú...

—Yo también puedo hacerlo —dijo ella—. Esa es la razón de que los centauros posean brazos fuertes y buenos músculos pectorales; hemos de cargar con un peso mayor. Vamos, Chet. —Cogió un tentáculo grueso y se colgó de él.

Seguro que fue capaz de bajar sosteniéndose con las manos y utilizando sus patas delanteras como frenos. Su trasero osciló ampliamente en una espiral descendente hasta que llegó a la base. El potro siguió su ejemplo, aunque con tanta dificultad que ella se apresuró a cogerlo poco antes de que llegara al fondo. Avergonzado por sus proezas, Bink también bajó. ¡Él tendría que haber sido el primero, en vez de dejar que abrieran el camino una yegua y un potrillo!

En la base del árbol, mirando por el enorme agujero negro que era la entrada al mundo subterráneo, Bink experimentó malos presentimientos.

—Este descenso es mucho más complicado; no creo que Chet pueda lograrlo. Además, ¿cómo podréis subir de nuevo? Casi me mato cuando lo ascendí, y tu peso..., no quiero ofenderte...

—Chester podrá subirlo —repuso Cherie con confianza—. Entonces, él podrá tirar de nosotros.

Bink visualizó los músculos del torso humano de Chester y recordó el poderío colosal del centauro. Únicamente un monstruo como el ogro poseía más fuerza en los brazos. Quizá, sólo quizá, fuera posible, si preparaban una cuerda doble y los demás tiraban del otro extremo para ayudar a Chester en su ascensión. Sin embargo, eso suponía que encontrarían a Chester y lo rescatarían. Si fracasaban, Cherie estaría perdida, ya que Bink jamás podría alzarla. Tal vez pudiera ayudar al potro, pero ese era su límite.

Cherie ya se hallaba probando los tentáculos del ahorcador en busca del más resistente. Poseía una fe que hacía que desapareciera toda duda; Bink la envidió por ello. Bink siempre había creído que Chester era el inamovible en sus ideas; sin embargo, ahora comprendió que la verdadera fuerza de la familia radicaba en Cherie. Chester era simple masilla mágica en manos de ella —¡oh, un concepto obsceno!—, y también, eso parecía, lo era Bink. No deseaba regresar a los horrores que acechaban en las profundidades, luchar inútilmente contra los medio goblins y las serpientes-dragones en la oscuridad. No obstante, supo que lo haría, porque Cherie iba a rescatar a su pobre pura sangre muerto, o por lo que fuera.

—Este es resistente —anunció, tirando de un tentáculo grueso y recio que pendía desde la misma copa del árbol—. Bink, trepa y córtalo con tu cuchillo.

—¿Eh? Oh, sí, claro —aceptó con un entusiasmo titubeante. Entonces se sintió avergonzado de sí mismo. ¡Si iba a participar en la empresa, por lo menos debería hacerlo con buen espíritu!—. Sí, por supuesto. —Y comenzó a trepar por el terrible tronco.

Experimentó una extraña animación y júbilo. Era como si le hubieran quitado un

peso de su cuerpo. De inmediato comprendió de qué se trataba: consciencia. Una vez que había tomado su decisión, sabiendo que era la correcta, aunque fuera suicida, se encontraba en paz con su consciencia, lo cual le hacía sentirse maravillosamente bien. Era lo mismo que había experimentado Cherie cuando casi atravesó el yermo volando, su fuerza aumentada hasta el límite. Incluso sin la magia, existía magia en la actitud que adoptaba una persona.

Llegó hasta el lugar en el que los tentáculos crecían como cabellos grotescos desde la cima del tronco, se sujetó con las piernas cruzadas alrededor de él, y empezó a cortar el tentáculo elegido. Sintió un temblor en el árbol, que le recordó al que padeció el ahorcador al que Crombie atacara tanto tiempo atrás.

¡No!, exclamó de inmediato en su interior. No era magia. El árbol aún seguía vivo, simplemente había perdido su magia, convirtiéndose en un árbol mundano. Podía sentir el dolor producido por el corte y reaccionaba a él, pero era incapaz de mover a voluntad sus tentáculos.

Lo cercenó y vio cómo caía. Luego cortó un segundo y un tercero, para asegurarse de que tendrían suficientes.

Sin embargo, el árbol seguía temblando mientras él bajaba, y los restantes tentáculos parecían temblar más de lo que razonablemente se le podía achacar a la acción del viento. ¿Era posible que un ahorcador reviviera sin la magia? No; debía tratarse del efecto de su ascenso y la sacudida que le imprimía al tronco, lo cual hacía que se movieran las lianas.

Ataron el primer tentáculo a la raíz con bastante dificultad debido a su diámetro, y lo dejaron caer. Osciló libremente, con una elasticidad maravillosa, así que volvieron a subirlo. Con cuidado, anudaron otro a su extremo, aumentando su extensión efectiva. Esta vez oyeron el ruido seco que produjo al golpear contra la roca de abajo.

—Yo descenderé primero —comunicó Bink—. Luego mantendré la guardia con la espada mientras tú bajas a Chet. Hay goblins..., esto, ¿tenemos algo con lo que iluminarnos? Necesitamos fuego para ahuyentar a...

Cherie le miró fijamente.

—Si fueras un goblin, ¿te meterías con un potro centauro? —Pateó varias veces el suelo para que comprendiera lo que quería decir.

Bink recordó cómo había esquivado sus ataques hacía poco tiempo, cuando la obligó a que se enfrentara al concepto obscuro. Y su altura doblaba la de un goblin, además de estar armado con una espada y conocer a los centauros. Sin contar, lo más importante, con el hecho de que sabía que, independientemente de la ira que sintiera Cherie en aquel momento, era su amiga y no le heriría de verdad. Ningún goblin poseía esa certeza..., y una yegua centauro que protegiera a su vástago podía ser algo terrible.

—No me metería con un potro centauro ni aunque fuera un dragón —dijo.

—Cuando me veo obligada, puedo ver un poco en la oscuridad —continuó ella—. Y puedo oír los ecos de mis cascos, de modo que me haré una idea del contorno aproximado de cada cueva. Llegaremos.

Sin pronunciar otra palabra, Bink se inclinó, cogió el tentáculo que les serviría como cuerda y se metió en el agujero. Descendió hacia las profundidades con rapidez, sintiéndose mucho más fuerte que durante el ascenso. Con sorprendente velocidad, dejó el nudo que unía los dos tentáculos atrás y llegó al suelo.

—Ya está... ¡he llegado!

La cuerda se agitó hacia arriba a medida que Cherie tiraba de ella. Los centauros poseían un excelente equilibrio para este tipo de cosas, ya que podían plantar las cuatro patas en el suelo y dedicar toda la fuerza de sus brazos a realizar la tarea. Pronto Chet comenzó su oscilante descenso, con la cuerda enroscada alrededor de su lomo mientras se aferraba con firmeza con las manos. Durante todo ese tiempo no había pronunciado ni una sola palabra de exigencia o queja; Bink estaba seguro de que eso cambiaría a medida que madurara. Bink desató al pequeño cuando llegó abajo y le dio una palmadita en la espalda.

—¡Chet está bien! —gritó.

Ahora le tocaba el turno a Cherie. En la primera grieta no había tenido ningún problema; pero este iba a ser un descenso por un lugar más estrecho, oscuro y largo, con una cuerda mucho menos segura; interiormente, Bink se sentía preocupado.

—Apártate, por si... oscilo.

Bink supo que estuvo a punto de decir «caigo». Era muy consciente del peligro, pero tenía valor.

Descendió sin ningún contratiempo, bajando las manos una tras otra hasta que se encontró cerca del suelo. En ese momento el tentáculo más fino se rompió, y ella cayó los últimos centímetros. Sin embargo, las cuatro patas tocaron la base al mismo tiempo y no sufrió ningún daño. Bink se relajó.

—Muy bien, Bink —comentó de inmediato—. Súbete a mi lomo y señálame por dónde ir.

En silencio, Bink se acercó a ella para montar..., y en medio del silencio oyó algo.

—¡He oído movimientos! —exclamó, sorprendido de descubrir lo nervioso que estaba—. ¿Y Chet?

—A mi lado —contestó ella.

Aguzaron el oído..., y lo oyeron con claridad. Un sonido metálico, como de arrastrarse, que provenía de arriba, hacia un lado. Definitivamente, no se trataba de ninguno de ellos. No obstante, tampoco parecían ser goblins.

En ese momento, Bink distinguió la silueta de una cosa que se parecía a una serpiente y que se deslizaba entre ellos y el agujero.

—Es una raíz del ahorcador..., ¡y se mueve! —exclamó.

—Seguro que la arrancamos inadvertidamente de la tierra —explicó ella—. Su propio peso la ha soltado, y su forma hace que se retuerza mientras cae.

—Sí. —Pero Bink no quedó muy convencido.

Se parecía demasiado a un movimiento voluntario. ¿Estaría reanimándose el ahorcador? Si ese fuera el caso, ¡esta vía de escape se les había cerrado!

Emprendieron la marcha por el sendero de la cueva. Bink descubrió que lo recordaba bastante bien, incluso en la oscuridad..., y notó que podía ver un poco. Quizá quedaran resabios del antiguo resplandor. En realidad, parecía que se volvía más brillante a medida que sus ojos se acostumbraban al entorno.

—El brillo... está regresando —comentó Cherie.

—Pensé que se trataba de mi imaginación —murmuró Bink—. Quizás quede algo de magia residual aquí abajo.

Continuaron su avance con un paso más vivo. Si el ahorcador retornaba a la vida, si el resplandor cobraba más intensidad, ¿significaría ello que la magia estaba volviendo?, se preguntó Bink. Las implicaciones eran...

De repente, el pasadizo desembocó en... una cámara palaciega tan amplia que no pudo abarcarla con la vista. Por doquier destellaban las joyas, que flotaban refulgentes en el aire. Una fuente de agua clarísima fluía de abajo hacia arriba, como si las gotas cayeran de regreso al techo. Serpentinadas de papel de color formaban remolinos y espirales que recorrían la estancia como por voluntad propia, inclinándose a un lado o enroscándose para volver a enderezarse de nuevo. Hacia donde mirara veía maravillas distintas, demasiadas para asimilarlas de golpe; en todo ello había una exhibición de la magia más poderosa que Bink contemplara jamás.

¡Antes no había existido una cueva como esta! Cherie miraba a su alrededor, tan sorprendida como él.

—Es..., ¿podría tratarse de la obra de tu Demonio Xanth?

Cuando pronunció su nombre, el Demonio X(A/N)th se materializó. Estaba sentado en un trono de diamante sólido. Sus resplandecientes ojos se concentraron en Bink, que todavía montaba sobre Cherie, mientras que el potrillo se había pegado a su costado.

—Tú eres el que quiero —exclamó X(A/N)th—. Tú, estúpida nulidad, que te lanzaste a ti y a toda tu cultura al peligro sin la posibilidad de obtener ningún beneficio. Semejante idiotez merece la pena que acarrea.

Bink, aunque atontado, trató de defenderse.

—Entonces, ¿por qué has vuelto? ¿Qué deseas de mí?

—Han cambiado el sistema de nomenclaturas —replicó X(A/N)th—. Ahora funcionan con diferenciales. Tendré que estudiar ese sistema durante uno o dos eones, para no correr el riesgo de emplearlo torpemente; por lo tanto, de momento pienso

instalarme otra vez en este lugar que ya conozco.

—¿Un momento-eón? —preguntó Bink, incrédulo.

—Aproximadamente. Te he traído hasta aquí para asegurarme de que mi intimidad se vea preservada. Todo ente de este mundo que conozca mi existencia ha de ser abolido.

—¿Abolido? —repitió Bink, atontado.

—No se trata de nada personal —le garantizó el Demonio—. En realidad, vuestra existencia no me importa en absoluto. Sin embargo, si se llegase a saber de mi presencia, tal vez otros parásitos desearan buscarme..., y mi deseo es que no se me moleste. Razón por la que tengo que abolirte a ti y a los demás que me conocen, manteniendo así mi secreto. La mayoría ya han sido eliminados; sólo quedáis tú y la ninfa.

—Deja a Joya al margen —rogó Bink—. Es inocente; únicamente vino aquí por mí. No merece...

—Esta yegua y su vástago también son inocentes —indicó el Demonio—. La cuestión es irrelevante.

Cherie se volvió para mirar a Bink. Su torso humano giró de aquella forma espléndida que recordaba de antaño, y su belleza había recuperado su esplendor original. ¡No cabía duda de que la magia la favorecía!

—Liberaste a esa cosa..., ¿y muestra esta actitud? ¿Por qué no se va a otra parte donde nadie pueda encontrarle?

—Ha filtrado un montón de magia aquí —explicó Bink—. Sin él, permanece dormida; sin embargo, mientras haya seres mágicos como los dragones y los centauros, sabremos que no se ha marchado definitivamente. Toda la Tierra de Xanth se ha visto bañada por él, lo cual debe resultarle más cómodo. Igual que un zapato ya usado, amoldado al pie, en vez de uno recién arrancado de un árbol y que, al principio, te lo irrita. El Demonio no es como nosotros; no siente gratitud. Lo sabía cuando lo liberé.

—Se producirá una breve demora antes de que termine con vosotros —dijo el Demonio—. Poneos cómodos.

A pesar del peligro inmediato que corría, Bink sintió curiosidad.

—¿A qué se debe?

—La ninfa se ha escondido, y no pienso gastar magia de forma estúpida para localizarla.

—Pero eres omnipotente; ¡el gasto no tendría que significar nada para ti!

—Cierto..., soy omnipotente. Pero hay una proporción en todas las cosas. Molesta a mi sensibilidad el emplear más magia de la requerida en una situación dada. Esa es la causa de que esté minimizando el esfuerzo aquí. He amplificado tu persona. Ella te ama, no pretendo saber cuál es el significado de ese término, y

vendrá a buscarte, en la creencia de que te encuentras en un peligro que ella puede evitar. Entonces podré aboliros cómodamente a todos juntos.

Así que el retomo de la magia a la Tierra de Xanth significaba el fin de Bink y de sus amigos. No obstante, el resto de Xanth se beneficiaría, por lo que no sería una pérdida total. Sin embargo...

—Supongo que no quedarás satisfecho si te prometemos no revelar tu presencia o tomar una poción de olvido, ¿verdad?

—No serviría —dijo una voz desde el bolsillo de Bink. Se trataba de Grundy, el golem, que había recobrado la forma con la restauración de la magia. Trepó hasta aposentarse en el hombro de Bink—. Jamás podrías mantener esa promesa. La magia te obligaría a contarlo. Aunque bebieras una poción de olvido, sería neutralizada y, entonces, la información quedaría expuesta.

—Con un hechizo de la verdad —admitió Cherie—. Debí fiarme de mi primera opinión. La magia es una maldición.

Bink se negó a rendirse.

—Tal vez lo que deberíamos hacer sería invertir el proceso —le propuso al Demonio—. Extender la noticia de que te encuentras aquí y que destruirás al que ose buscarte...

—De esa forma alentarás a noventa y nueve de cada cien a que acepten el desafío —indicó Cherie—. El Demonio se vería constantemente molestado, y tendría que desperdiciar su magia aniquilándolos uno a uno.

El Demonio la miró con gesto aprobador.

—Posees un trasero equino, pero un cerebro sapiente —observó.

—Así somos los centauros —corroboró ella.

—¿Y qué piensas tú de mí?

—Eres el epítome absoluto de la obscenidad.

Bink se quedó helado; sin embargo, el Demonio prorrumpió en una carcajada. El sonido retumbó de modo ensordecedor. La decoración mágica del palacio se hizo añicos y llenó el aire de escombros, aunque ni un solo trozo les rozó.

—¿Sabes algo? —intervino Grundy—. Está cambiando..., como yo.

—Cambiando... como tú —repitió Bink—. ¡Claro! Mientras su magia se filtraba por toda la Tierra de Xanth, parte de nuestra cultura se filtró en él, transformando un poco su forma de ser en la nuestra. Por ello se siente a gusto aquí. Por ello puede reírse. Posee algunos toscos sentimientos.

Cherie añadió:

—Lo que significa que tal vez responda positivamente a un desafío interesante. ¿Se te ocurre alguno?

—Lo intentaré —dijo Bink. Entonces, cuando se relajó la diversión del Demonio, repuso—: Demonio, conozco una forma de proteger tu intimidad. Tenemos una

piedra-escudo, que se utilizó para evitar la intrusión a Xanth de Mundania. Valoramos nuestra intimidad tanto como tú la tuya. Ningún ser vivo puede atravesar ese escudo. Lo único que he de hacer es comunicarle tu existencia al Rey Trent, y él se encargará de activarlo para que nadie pueda bajar hasta aquí. El escudo nos funcionó durante más de un siglo; también te servirá a ti. Entonces, poco importará quién esté al corriente de tu presencia; cualquier tonto que trate de llegar hasta ti morirá de forma automática.

El Demonio lo meditó.

—Es una idea atractiva. Sin embargo, la mente y la motivación humanas me resultan desconocidas. ¿Cómo podré estar seguro de que tu Rey cumplirá tu pedido?

—Sé que lo hará —garantizó Bink—. Es un buen hombre, honesto, y un político sagaz. Al instante comprenderá la necesidad de preservar tu intimidad, y se ocupará de ello.

—¿Cuánta seguridad tienes de que será así? —inquirió el Demonio.

—Apostaría mi vida.

—Tu vida es insignificante comparada con mi comodidad —repuso seriamente el Demonio.

—Pero mi talento es importante en términos humanos —discutió Bink—. Actuará a mi favor incitando al Rey a que...

—Tu talento no es nada para mí. Podría invertirlo con un simple chasquido de mis dedos. —El Demonio chasqueó los dedos, produciendo un sonido como el de una cereza bomba al estallar. Bink notó una horrible sacudida interior—. Sin embargo, tu desafío me fascina. Hay en él un cierto elemento de azar que es inexistente cuando yo emprendo uno. Por lo tanto, me permitiré un poco de emoción. Has dicho que apostarías tu vida por tu capacidad para mantener mi intimidad. En realidad, no tiene mucho valor, ya que tu destino está decidido, pero lo aceptaré. ¿Jugamos?

—Sí —aceptó Bink—. Si con ello logro salvar a mis amigos, emprenderé cualquier...

—Bink, esto no me gusta nada —comentó Cherie.

—Aquí se encuentra el laboratorio de pruebas —repuso el Demonio, señalando un agujero enorme que apareció a un gesto de su mano. A su alrededor se hallaban distribuidas media docena de puertas. Las paredes de piedra eran verticales, demasiado altas y resbaladizas para poder ascenderlas—. Y aquí está el intruso. —Apareció un monstruo en el centro; era un minotauro, con la cabeza, el rabo y las patas de un toro y el cuerpo de un hombre grande y fuerte—. Si logra salir de esa cámara con vida, se entrometerá en mi intimidad. Tendrás que detenerlo, si puedes.

—¡De acuerdo! —exclamó Bink. Saltó hacia la arena, desenfundando su espada.

El minotauro lo estudió con frialdad. El retorno de la magia le había devuelto la energía a Bink, haciendo que se sintiera otra vez fuerte..., aunque nunca fue un

debilucho físicamente. A través de su maltrecha camisa se veían los músculos de sus brazos, y su cuerpo estaba equilibrado y preparado ante cualquier orden que pudiera comunicarle. La espada respondía con suave eficacia, y el acero encantado resplandecía. El monstruo llegó a la decisión de evitar el placer de la lucha. Giró sobre un casco y se encaminó hacia la salida más alejada de donde se hallaba Bink.

Bink lo persiguió.

—¡Da media vuelta y lucha como un monstruo! —gritó, puesto que no deseaba atacarlo por la espalda.

En vez de eso, el ser empezó a correr. Sin embargo, el ímpetu de Bink le permitió ir más deprisa; alcanzó al minotauro antes de que llegara a la salida. Lo cogió del rabo y le hizo chocar contra una pared. Bink apoyó la punta de la espada contra su cuello.

—¡Ríndete! —ordenó.

El minotauro se estremeció..., y se convirtió en un bicho monstruoso, con pinzas tremendas, aguijón y mandíbulas. Bink, perplejo, retrocedió. Estaba luchando contra un monstruo mágico... ¡uno que podía cambiar de forma a voluntad! Iba a ser un desafío mucho más difícil de lo que él, en su ingenuidad, había supuesto.

¡Qué idiota había sido al contener su espada pensando que esa cosa iba a rendirse! Seguro que su vida, como la de él, estaría perdida si caía derrotado en la contienda. Tenía que matarlo pronto, antes de que le matara a él... o se marchara, lo cual, en definitiva, sería lo mismo.

Incluso mientras se daba cuenta de eso, el bicho se arrastraba ya hacia la salida. De un salto, Bink fue detrás de él, con la espada en alto. Pero la cosa poseía antenas con ojos que no habían dejado de vigilarle..., de hecho, en ese momento se transformó en una babosa gigantesca que, al arrastrarse, dejaba detrás de sí un sendero viscoso. La espada de Bink pasó por encima de su cabeza sin hacerle nada.

Sin embargo, él podía avanzar mucho más rápidamente que una babosa, aunque fuera tan enorme como esta. Bink dio un salto por encima de ella y llegó primero a la salida, impidiéndole el paso. Apuntó cuidadosamente y le lanzó un golpe empuñando la espada con ambas manos, con la intención de partirla la cabeza en dos. No obstante, la espada rebotó contra la concha de un caracol. El monstruo había vuelto a transformarse en la variante más próxima de su condición anterior para protegerse. Debía encontrarse en apuros, o carecía de imaginación.

Bink no le dio respiro alguno que le permitiera pensar. Lanzó una estocada directamente a la parte desguarnecida de la concha. En esta ocasión acertó..., clavando el acero en la substancia de una enorme medusa de color verde. La hoja la atravesó y salió por el otro extremo chorreando líquido, aunque no había conseguido herirla seriamente. Asqueado, tiró de su espada hacia arriba para liberarla. ¿Cómo podía matar a una masa gelatinosa que se volvía a cerrar después de un corte?

Olisqueó el aire. Entonces reconoció el olor que emanaba la cosa: lima. Una gelatina con sabor a lima. ¿Sería comestible? ¿Podría destruir al monstruo devorándolo?

No obstante, mientras lo pensaba, la cosa cambió a la forma de un buitre de color púrpura del tamaño de un hombre. Bink se lanzó sobre él con la intención de matarlo antes de que pudiera alejarse volando..., y resbaló sobre los restos viscosos de lima que quedaban en el suelo. ¡Vaya coincidencia desastrosa!

¿Coincidencia? No..., se trataba de su talento, operando a la inversa. El Demonio, como al descuido, lo había invertido. Ahora, las coincidencias aparentes estarían siempre en contra de Bink, no a su favor. Se había convertido en su propio peor enemigo.

Aun así, se defendió a la perfección cuando su talento permaneció durante bastante tiempo cancelado por el cerebro de coral. Lo que tenía que hacer era minimizar el elemento azar que pudiera participar de la batalla. Su talento, al no funcionar abiertamente, se veía restringido, a la espera de la oportunidad de ser operativo. Debía planear hasta el mínimo detalle cada uno de sus movimientos, de modo que no dejara prácticamente nada al azar. De ese modo, no podría actuar en su contra.

El pájaro no voló; corrió hasta el centro de la arena. Bink se arrastró hasta que pudo incorporarse y le persiguió, vigilando dónde apoyaba los pies. Aquí había una piedra con la que podría haber tropezado, allí otra mancha de grasa. Su anterior patinazo en la gelatina se debió en su mayor parte al descuido. Podía mitigar todos esos peligros. Pero ¿por qué el pájaro no emprendía el vuelo mientras Bink preparaba con tanto celo sus movimientos?

Bink persiguió al buitre, alerta ante cualquier gesto que pudiera realizar hacia la salida. Para huir tendría que darle la espalda, momento que él aprovecharía para matarlo. En ello no existía ningún elemento casual, de modo que su talento invertido no podría interferir. Su infancia y su juventud, cuando aún desconocía la existencia de su talento, le habían preparado para actuar sin uno. Sus aventuras más recientes, cuando había sido neutralizado o eliminado por completo, le devolvieron aquella vieja costumbre de no depender de un talento. El monstruo tendría que luchar en vez de contar con la posibilidad de que Bink estropeará todas sus acciones.

De repente, se convirtió en un hombre..., fornido y grande, con el pelo enredado y vestido con ropas destrozadas, con una resplandeciente espada en la mano. El hombre parecía eficiente; de hecho, le resultaba familiar.

De hecho... ¡se trataba de una réplica del mismo Bink! El monstruo había empezado a actuar de forma inteligente, oponiendo una espada contra otra espada.

—¡Perfecto! —exclamó Bink, y lanzó su ataque.

Tal como supuso, el monstruo no era un espadachín. Podía asemejarse a Bink,

¡pero no se hallaba capacitado para luchar como él! ¡La batalla acabaría pronto!

Bink realizó una finta, luego enganchó el otro acero y lo hizo volar de la mano del monstruo. Lo acorraló contra una pared, dispuesto a rematarlo.

—¡Bink! —gritó con angustia una mujer.

Bink reconoció la voz. ¡Era Joya! Atraída por el hechizo que había conjurado el Demonio, llegaba en el momento más inoportuno. Seguro que se trataba de la maquinación de su talento invertido, que interfería en el instante justo para salvar a su enemigo de la destrucción. Como no actuara inmediatamente...

—¡Bink! —gritó ella de nuevo, lanzándose a la arena e interponiéndose entre él y el monstruo. Olía a una tormenta de verano—. ¿Por qué no permaneciste fuera de las cuevas, donde estarías a salvo? —Entonces se detuvo, sorprendida—. ¡Los dos sois Bink!

—No, él es el monstruo —repuso el monstruo, antes de que Bink pudiera hablar—. ¡Trata de matar a un hombre desarmado!

—¡Qué vergüenza! —centelleó Joya, encarándose con Bink. La tormenta se había convertido en un huracán, con el viento transportando el olor de una fuerte ventisca, polvo y ladrillos pulverizados—. ¡Márchate, monstruo!

—Salgamos de aquí —le dijo el monstruo a ella, cogiéndola del brazo y dirigiéndose hacia la salida.

—¡Por todos los diablos! —gritó Cherie desde arriba—. ¡Saca a esa estúpida ninfa de ahí!

Sin embargo, Joya permaneció al lado del astuto monstruo, escoltándole hacia la salida... y hacia un desastre que jamás podría imaginar. Bink se quedó petrificado, incapaz de actuar en contra de Joya.

—¡Bink, ella también morirá si dejas que él se marche! —aulló Cherie.

Esas palabras le devolvieron la determinación. Bink se lanzó en pos de la pareja, cogiéndolos a ambos por la cintura y tirándolos al suelo. Pretendía separarlos, ensartar al monstruo con su espada, y luego explicarle todo el asunto a Joya.

Pero, cuando se irguió, se dio cuenta de que sujetaba a una ninfa en cada brazo. El monstruo se parecía ahora a Joya..., y a Bink le resultaba imposible distinguirlas.

Con la espada preparada, se puso de pie de un salto.

—¡Joya, identifícate! —gritó.

El monstruo no podía ser tan inteligente como para haber pensado en ese curso de acción por cuenta propia; seguro que el talento de Bink había decretado semejante elección fortuita de aspectos. Bink no le proporcionó ninguna posibilidad de que le pillara en algún accidente, así que había decidido actuar sobre el monstruo. La coincidencia adoptaba muchas formas.

—¡Soy yo! —exclamaron las dos ninfas al unísono, al tiempo que se ponían de pie.

¡Oh, no! También sus voces eran iguales.

—Joya, estoy luchando con un monstruo que tiene la capacidad de cambiar de forma —gimió él, dirigiéndose a las dos—. Si no lo mato, él me matará a mí. Uno de los dos caerá. He de saber cuál de vosotras es. —Suponiendo que el monstruo fuera un macho. Bink tenía que hacerlo, ya que no quería matar a una mujer.

—¡Es él! —gritaron las dos ninfas, señalándose mutuamente. El olor de mofetas col inundó la atmósfera. Las dos se separaron de la otra, y también de él.

¡Cada vez era peor! Su talento le tenía cogido por el cuello, decidido a que no venciera. Sin embargo, tenía que matar al monstruo y salvar a Joya. No se podía permitir el lujo de actuar al azar.

Las ninfas se encaminaban hacia salidas diferentes. Ya era demasiado tarde para cogerlas a las dos. De su elección dependía su propia vida y la de sus amigos..., y seguro que su talento infernal le empujaría a realizar la elección errónea. No importaba la decisión que tomara, de alguna forma sería la equivocada. No obstante, si no se decidía, también significaría la muerte.

Bink comprendió que la única forma que tenía de salvar todo lo demás era matándolos a los dos: al monstruo y a la ninfa-mujer que le amaba. ¡Una elección horrible!

A menos que, de algún modo, consiguiera engañar al monstruo para que se delatara. (Piensa en él como en una cosa: ¡así resultará más fácil liquidarlo!)

—¡Tú eres el monstruo! —exclamó, y cargó contra la ninfa de la derecha, blandiendo la espada en el aire.

Ella echó una mirada por encima del hombro, lo vio, y aulló, poseída por un terror mortal. El olor del aliento de un dragón, que representaba la esencia del horror, resultó abrumador.

Bink completó el arco de su espada, desviándola cuando ella se encogió para protegerse, y la lanzó contra la segunda ninfa, que ya se encontraba casi ante la otra salida. La que él decidió que era el monstruo.

Pero la ninfa que tenía al lado, dominada por el miedo, alzó las manos a la defensiva. Una rozó el brazo con el que Bink sostenía la espada justo en el momento en que arrojaba el arma, entorpeciendo su puntería. ¡De nuevo actuaba su talento, utilizando a su amiga para estropear su ataque al enemigo!

No obstante, nada había terminado. El monstruo, viendo el acero que se le acercaba, saltó a un lado... en la dirección en que iba la espada. La hoja golpeó su pecho y lo atravesó, tal era la fuerza con la que Bink había lanzado su espada encantada. Empalado, el monstruo cayó. ¡Dos actos de mala suerte se habían cancelado mutuamente!

Mientras tanto, Bink se arrojó sobre Joya, inmovilizándola en el suelo.

—Lo siento —se disculpó—. Tuve que hacerlo, para evitar que...

—No importa —repuso ella, debatiéndose por ponerse de pie.

Bink se incorporó y la cogió por el codo para ayudarla. Sin embargo, tenía clavados los ojos en el monstruo moribundo o muerto. ¿Cuál era su forma natural?

El monstruo no se metamorfoseó. Seguía con el mismo aspecto de Joya, pechos plenos, cintura estrecha, caderas proporcionadas, piernas ideales, y un cabello lustroso..., y la sangre que fluía alrededor del acero que la había atravesado. Qué extraño. Si el monstruo se hallaba mortalmente herido, ¿por qué no cambiaba a su forma original? Y, si no lo estaba, ¿por qué no se arrastraba hacia la salida y escapaba?

Joya se apartó de él.

—Deja que vaya a lavarme, Bink —le pidió. En ese momento, no olió a nada.

¿A nada?

—Produce algún olor —le ordenó Bink, sujetándola por un brazo.

—¡Bink, suéltame! —gritó ella, tirando hacia la salida.

—¡Produce algún olor! —rugió él, retorciéndole el brazo a la espalda.

De repente, se halló sujetando a un árbol ahorcador. Sus tentáculos se retorcieron con el fin de atraparlo; sin embargo, carecían de la fuerza de un ahorcador de verdad, incluso del de la especie enana. Bink rodeó el tronco con los brazos y apretó con todas sus fuerzas.

El árbol se transformó en una plana serpiente de mar. Bink agachó la cabeza y siguió apretando. La serpiente se volvió un lobo de dos cabezas y sus fauces buscaron morder las orejas de Bink. Apretó más fuerte; no le importaba perder una oreja si con ello ganaba la batalla. El lobo se convirtió en un lirio tigre y rugió de forma espantosa, pero Bink le estaba aplastando el tallo.

Al final, tuvo una idea inteligente. Se metamorfoseó en un cacto de agujas. Las agujas se clavaron en los brazos y el rostro de Bink..., pero él no lo soltó. El dolor que sentía era terrible; no obstante, sabía que, si le daba un mínimo respiro al monstruo, se convertiría en algo que él no pudiera sujetar; o su propio talento se encargaría de estropearlo todo de forma fortuita. Además, le dominaba la cólera: debido a esta cosa había matado a una ninfa inocente, cuyo único pecado fue amarle. Supuso que los infortunios se habían cancelado cuando su espada mal dirigida la atravesó, y no fue así. ¡Qué tremenda fuerza podía emplear su talento! Le sangraban las manos y la cara, y una aguja se le estaba clavando en un ojo; sin embargo, Bink estrujó ese torso de cacto con una pasión de puro odio hasta que escupió un fluido blanco.

La cosa se disolvió en una viscosidad hedionda. Bink ya no pudo agarrarla; no había nada que sujetar. Pero empezó a despedazarla con las manos, lanzando masas viscosas por toda la arena; luego, con los pies, aplastó la parte principal. ¿Podría el monstruo sobrevivir al desmembramiento, incluso bajo esa faceta?

—Basta —dijo el Demonio—. Le has vencido.

Con un gesto negligente, hizo que Bink quedara limpio y sano, sin rastro alguno de heridas...; y, de algún modo, supo que su talento había vuelto a la normalidad. El Demonio le había estado probando a él, no a su talento. Sí, había ganado...; pero ¿a qué precio?

Corrió hacia Joya —la verdadera Joya—, y recordó aquella vez en la que Camaleón recibiera una herida similar. En aquella ocasión fue por obra del Mago Maligno; mientras que, esta vez, la culpa era de Bink.

—¿La deseas? —le preguntó el Demonio—. Tómala.

Y Joya apareció intacta y hermosa, oliendo a gardenias, como si acabara de ser sumergida en un elixir curativo.

—¡Oh, Bink! —exclamó..., y huyó de la arena.

—Déjala marchar —repuso sabiamente Cherie—. Sólo el tiempo podrá curar la herida invisible.

—Pero no puedo permitir que crea que yo quería...

—Sabe que tu intención no fue matarla, Bink. O lo sabrá con el tiempo, cuando pueda meditarlo. Sin embargo, también sabe que contigo no tiene ningún futuro. Es un ser de las cuevas; la vastedad del mundo de la superficie únicamente conseguiría aterrarla. Aunque tú no estuvieras casado, no podría abandonar su hogar por ti. Ahora que tú te encuentras a salvo, ha de marcharse.

Bink contempló el camino que cogiera Joya.

—Me gustaría que hubiera algo que yo pudiera hacer.

—Dejarla en paz —contestó con firmeza Cherie—. Tiene que desarrollar su propia vida.

—Una buena sensatez equina —estuvo de acuerdo Grundy.

—Te permitiré que realices a tu manera la tarea acordada —le informó el Demonio a Bink—. No me importas tú ni tu bienestar; pero sí respeto las condiciones de una apuesta. Lo único que deseo de tu sociedad es que no se entrometa en mis aposentos privados. Si lo hace, quizá me vea obligado a llevar a cabo algo que lamentaréis..., como cauterizar toda la superficie del planeta con una sola onda ígnea. ¿He expuesto mi orden de forma lo suficientemente clara como para que tu insignificante intelecto la pueda comprender?

Bink no consideraba que su intelecto fuera insignificante comparado con el del Demonio. Era omnipotente, no omnisciente: era todopoderoso, pero no poseía todos los conocimientos existentes. Sin embargo, no sería diplomático comentarlo en este momento. A Bink no le cabía la más mínima duda de que, si el Demonio se irritaba, podría exterminar toda la vida de la Tierra de Xanth. Por lo tanto, le interesaba mantener al Demonio contento, y asegurarse de que ningún idiota parecido a él husmeara en sus asuntos. Así que su talento se dedicaría a esa tarea..., como a buen

seguro debía saberlo X(A/N)th.

—Sí.

Entonces Bink tuvo una idea brillante.

—No obstante, resultaría más fácil mantener tu intimidad si no hubiera cabos sueltos, como Magos perdidos o centauros embalsamados...

Cherie se irguió, alerta.

—¡Bink, eres un genio!

—¿Este Mago? —inquirió Xanth. Alargó el brazo más allá del techo y trajo un esqueleto en un estado horripilante—. Puedo reanimarlo para ti...

Bink, pasada su impresión inicial, vio que ese esqueleto era mucho más largo que el de Humfrey.

—Oh, no me refiero a ese —comentó con alivio—. Es más pequeño, parecido a... un gnomo. Y estaba vivo.

—Oh, este —comentó X(A/N)th. Metió la mano por una pared y sacó al Buen Mago Humfrey, desmelenado pero intacto.

—Ya era hora de que me sacaras de ahí —gruñó Humfrey—. Me estaba quedando sin aire bajo todos aquellos escombros.

En ese momento, el Demonio metió el brazo por el suelo y trajo de vuelta a Chester, envuelto por una brillante capa de agua del lago. Cuando soltó al centauro, la capa que le rodeaba estalló; el agua se evaporó, y Chester miró a su alrededor.

—¡Así que te fuiste a nadar sin mí! —exclamó Cherie con severidad—. Yo me quedo en casa cuidando a tu potrillo, mientras tú te dedicas a recorrer mundo...

Chester hizo una mueca.

—¡Si me voy por ahí es porque tú te pasas todo el tiempo pendiente del potro!

—Eh, creo que no hace falta que... —intervino Bink.

—No te metas en esto —le murmuró ella haciéndole un guiño. Luego, dirigiéndose furiosa a Chester, añadió—: ¡Porque es igual que tú! No puedo evitar que tú arriesgues tu estúpida cola en aventuras peligrosas e insensatas, patán; pero, por lo menos, lo tengo a él para recordarme a...

—¡Si me prestaras más atención, me quedaría más tiempo en casa! —replicó él.

—Bien, a partir de ahora te prestaré más atención, cabeza de caballo —dijo ella, besándole a medida que la arena se convertía en una cámara más coqueta a su alrededor—. Te necesito.

—¿De veras? —preguntó él, agradecido—. ¿Para qué?

—¡Para tener otro potrillo, imbécil! Uno que se parezca a mí y que puedas llevar contigo a cabalgar...

—Sí —aceptó él con una repentina iluminación—. ¡Empecemos ya! —Entonces miró a su alrededor, recordando dónde estaba, y se ruborizó. El golem realizó un gesto burlón—. Bueno, a su debido momento.

—Y también podrás correr un poco con Chet —continuó ella—. Y ayudarle a que descubra su talento.

No dejó entrever nada de la incomodidad que debió sentir al decir esa palabra.

Chester se la quedó mirando.

—¿Su...? ¿Quieres decir que tú...?

—Oh, vamos, Chester —restalló ella—. Tú te equivocas diez veces al día. ¿No puedo equivocarme yo una vez en la vida? Mentiría si reconociera que me gusta; pero, como parece que la magia pertenece a la herencia de los centauros, tendré que vivir con ello. Después de todo, la magia puede ser útil..., te trajo de regreso a mí. — Se detuvo, mirándole de reojo—. De hecho, quizá fuera más dócil con un poco de música de flauta.

Sorprendido, Chester la miró, luego observó a Bink, y se dio cuenta de que alguien se había ido de la lengua.

—Eso tiene solución..., en una intimidad decente. Después de todo, somos centauros.

—Eres un bestia —le dijo ella, moviendo la cola delante de él. Bink contuvo una sonrisa. ¡Cuando Cherie aprendía una lección, la aprendía bien!

—Parece que, a pesar de lo aburrida que resultó, la situación se ha aclarado —dijo el Demonio—. Si ya estáis dispuestos a marcharos y a no regresar jamás...

Sin embargo, Bink no se sentía satisfecho del todo. Desconfiaba de la repentina generosidad del Demonio.

—¿De veras te sientes contento de permanecer aislado para siempre de nuestra sociedad?

—Vosotros no podéis aislarne —indicó el Demonio—. Yo soy la fuente de la magia. Os aislaréis vosotros. Observaré y participaré en ella cuando lo desee..., lo cual, con toda probabilidad, no sucederá nunca, ya que vuestra sociedad carece de interés para mí. Una vez que os hayáis marchado, os olvidaré.

—Como mínimo deberías agradecerle a Bink el que te liberara —intervino Cherie.

—Se lo agradezco salvándole su ridícula vida —contestó X(A/N)th; si Bink no lo supiera mejor, habría creído que el Demonio estaba irritado.

—¡Se ganó su vida! —le devolvió ella—. ¡Tú le debes mucho más!

Bink intentó aplacarla.

—No le provoques —murmuró—. Con un simple parpadeo nos puede borrar de la existencia...

—Sin siquiera parpadear —corroboró el Demonio. Movié un párpado, como si fuera a cerrarlo.

—Bien, y Bink podría haber dejado que te pudieras durante mil años más también sin parpadear —gritó ella, sin prestarle atención—. Sin embargo, no lo hizo.

Porque posee lo que tú jamás podrás comprender: ¡humanidad!

—Yegua, me tienes intrigado —musitó X(A/N)th—. Es verdad que soy omnipotente, no omnisciente...; sin embargo, creo que, si me concentrara, podría comprender las motivaciones humanas.

—¡Te reto a que lo hagas! —gritó ella.

Hasta el mismo Chester se puso nervioso.

—¿Qué intentas hacer, Cherie? —le preguntó—. ¿Deseas que nos extermine a todos?

El Demonio miró a Grundy.

—Media cosa, ¿tiene algún sentido su desafío?

—¿Qué obtendré a cambio de contestarte? —quiso saber el golem.

El Demonio alzó un dedo. La luz se solidificó alrededor de Grundy.

—Eso.

La luz pareció penetrar en el golem..., y de pronto el golem dejó de ser una cosa de arcilla y paja. Se erguía sobre piernas reales, y mostraba un rostro con vida. Se había convertido en un elfo.

—¡Soy... soy real! —gritó. Luego, notando la mirada del Demonio sobre él, recordó la pregunta—: ¡Sí, tiene sentido! Es un componente de un ser que puede sentir. Tienes que reír, llorar, experimentar la pena y la gratitud, y..., es lo más maravilloso que hay...

—Entonces lo meditaré —aceptó el Demonio—. En uno o dos siglos, cuando haya aprendido el cambio de nomenclatura. —Volvió a dirigirse a Cherie—. ¿Te satisfaría un regalo, yegua sensible?

—No necesito nada —repuso ella—. Ya tengo a Chester. Bink es el elegido.

—Bien. Le concedo a Bink un deseo.

—¡No, no se trata de eso! Has de mostrar que lo entiendes dándole algo agradable en lo que él mismo no haya pensado.

—Ah, otro reto —comentó el Demonio. Se quedó pensativo. Entonces, alargó el brazo y alzó a Cherie en una mano. Bink y Chester se sobresaltaron, alarmados. Pero no se trataba de un movimiento hostil—. ¿Bastará con esto?

El Demonio se la llevó a la boca. De nuevo Bink y Chester se revolvieron; sin embargo, el Demonio sólo le murmuraba algo al oído; fue un susurro tan enorme que sacudió todo su cuerpo. Aun así, los demás no pudieron escuchar las palabras.

Cherie se irguió.

—¡Claro que será suficiente! ¡Ahora comprendes! —exclamó.

—Fue una simple interpolación de los gestos que observé entre los de su especie. —El Demonio la depositó en el suelo y, después, movió otro dedo. En el aire apareció un pequeño globo que se dirigió hacia Bink, que lo cogió. Parecía una burbuja sólida—. Ese es tu deseo..., el que tú has de elegir por ti mismo —indicó el

Demonio—. Mantén la esfera delante de ti y pronuncia tu deseo; cualquier cosa que haya dentro del reino de la magia, se te concederá.

Bink alzó el globo.

—Deseo que los hombres de piedra que fueron devueltos a la vida por la ausencia de la magia, y regresaron al poblado del polvo mágico, permanezcan de carne y hueso ahora que ha vuelto la magia —dijo—. Y que el grifo hembra no se convierta otra vez en oro. Y que todas las cosas que murieron por la falta de magia, como el cerebro de coral...

El Demonio realizó un ínfimo gesto de impaciencia.

—Como puedes ver, la burbuja no ha estallado. Lo que significa que tu deseo no se cualifica. Hay dos razones para ello. La primera es que no es egoísta; con él, tú no obtienes nada. Y la segunda es que esos hechizos de piedra y de oro sólo pueden ser reinstaurados al aplicarlos otra vez; cuando son interrumpidos, desaparecen. Ninguna de esas personas se han vuelto de nuevo en piedra u oro, y ninguno de los hechizos similares de tu tierra ha sido empleado nuevamente. Tan sólo la vida mágica se ha restaurado, como la del golem y la del coral. Los otros hechizos son como el fuego: una vez que se inician, arden de forma continua; pero, cuando se los apaga, permanecen desactivados. Por lo tanto, no hagas que pierda mi tiempo con tales redundancias; tu deseo ha de tener un objetivo egoísta.

—Oh, —repuso Bink, desconcertado—. No se me ocurre ningún deseo de ese tipo.

—Sin embargo, fue una idea generosa —le murmuró Cherie.

El Demonio hizo un gesto con la mano.

—Llevarás el deseo contigo hasta que lo utilices. Ya basta; me han aburrido estas trivialidades.

El grupo se encontró de pronto en el bosque del que habían partido Bink, Cherie y el potrillo. Era como si el Demonio nunca hubiera existido..., a excepción de la esfera. Y que los amigos de Bink habían sido recuperados. Y que la magia forestal había renacido. Incluso Cherie parecía satisfecha ahora con la magia.

Bink sacudió la cabeza y se guardó el globo del deseo en el bolsillo. Todo lo que deseaba en este momento era regresar a casa junto a Camaleón, y para ello no le hacía falta magia alguna.

—Yo llevaré a Bink, como siempre —comunicó Chester—. Cherie, tú carga con el Mago... —se detuvo—. ¡Crombie! ¡Nos olvidamos del grifo bocazas!

Bink tanteó en su bolsillo.

—No, lo tengo aquí, en la botella. Ya puedo liberarlo...

—No, deja que se quede un poco más en su interior —decidió Chester. Estaba claro que todavía no había perdonado por completo al soldado por la salvaje lucha que habían librado.

—Quizá sea lo mejor —aceptó Cherie—. Estaba en una lucha a vida o muerte cuando quedó confinado. Tal vez al salir reanude la pelea.

—¡Déjalo salir! —exclamó entonces Chester, beligerante.

—Creo que lo más atinado es que aguardemos —dijo Bink—. Por las dudas.

Estaba anocheciendo, pero ellos avanzaban con rapidez. Los monstruos de la noche, después de la experiencia vivida, no ofrecían terror alguno. Bink sabía que, si fuera necesario, podría emplear su deseo para evitarles el peligro. O podría liberar a Crombie y dejar que él se ocupara de la situación. La mayoría de las criaturas del yermo aún no se había recuperado del impacto de la pérdida temporal de la magia, razón por la que no se comportaban agresivamente.

Sin embargo, Chester tenía un problema.

—He pagado mi servicio por una Respuesta —le recordó al Buen Mago—. No obstante, descubrí mi talento por mis propios medios. Ahora podría preguntar cuál es el talento de Cherie...

—Yo ya lo conozco —comentó Cherie, ruborizándose un poco por la confesión casi obscena—. ¡No desperdicies tu Pregunta en eso!

—¿Sabes cuál es tu talento? —repitió Chester, sorprendido—. ¿Cuál...?

—Te lo contaré en otra ocasión —repuso ella con pudor.

—Pero eso me deja sin un deseo..., quiero decir, sin una Respuesta —insistió—. Pagué por ella con mi vida, y no sé qué preguntar.

—No hay problema —comentó Humfrey—. Si quieres, te indico qué pregunta formular.

—¿Podrías? —Entonces Chester se dio cuenta de la trampa—. ¡Y así acabarías tu servicio! Si me dices la Pregunta, anularías la Respuesta... ¡Y yo me quedaría sin Respuesta a mi Pregunta!

—Sí, parece que se plantea un inconveniente —admitió Humfrey—. Tal vez desees pagarme con otro servicio...

—¡Ni por un cabello de tu hermosa cola! —gritó Cherie—. ¡Se acabaron las aventuras lejos de casa!

—Creo que ya se está acabando mi libertad —musitó Chester, aunque no parecía muy disgustado.

Bink oyó todo aquello con aire sombrío. Le alegraba ir a casa; sin embargo, aún se sentía culpable por lo que le había ocurrido a Joya. Poseía la posibilidad de un deseo..., aunque sabía que no podía hacer que Joya dejara de amarle. Su amor era real, no mágico, y no podía ser finalizado mágicamente. Además, ¿cómo reaccionaría Camaleón ante esto? Tendría que contarle...

Cuando cayó la noche galoparon al palacio. Los terrenos se hallaban iluminados por brillantes polillas luna, cuyo aletear de verde resplandor le daba al palacio una belleza alienígena.

Estaba claro que la Reina Iris sabía de su llegada, ya que, a medida que hacían su entrada, se alzaron tres lunas que iluminaron vivamente el palacio, y se escuchó una fanfarria de trompetas invisibles. De inmediato se les condujo a la biblioteca, la estancia favorita del Rey.

Sin ningún tipo de ceremonia, Bink narró su historia. El Rey Trent escuchó sin interrumpirla. Cuando Bink hubo concluido, asintió.

—Me encargaré de que se active el escudo tal como sugieres —comentó por fin el Rey—. Creo que no haremos pública la presencia del Demonio, aunque nos encargaremos de que nadie le moleste.

—Estaba seguro de que lo veríais de esta forma —repuso Bink, aliviado—. Yo..., no tenía ni idea de que mi búsqueda acarrearía semejantes consecuencias. Debió ser terrible la falta de magia aquí, en el castillo.

—Oh, no tuve ningún problema —contestó el Rey—. Recuerda que pasé veinte años en Mundania. Todavía mantengo ciertas costumbres que no necesitan para nada la magia. No obstante, Iris estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa, y el resto del reino no lo pasó mucho mejor. Sin embargo, creo que el efecto ha sido positivo; ahora los ciudadanos aprecian de verdad la magia que poseen.

—Supongo que sí —admitió Bink—. Nunca me di cuenta de lo importante que era la magia hasta ver a Xanth sin ella. Aunque en nuestro grupo aún permanecen algunos cabos sueltos perturbadores. Chester dispone de una Pregunta que todavía no ha empleado, y yo tengo un deseo que no puedo utilizar, y Crombie se halla confinado...

—Ah, sí —repuso el Rey—. Será mejor que le devolvamos su forma en este momento.

Bink descorchó la botella y liberó a Crombie. El grifo se hizo sólido.

—¡Squawk! —proclamó.

—Ya era hora —tradujo Grundy.

El Rey Trent miró al grifo..., y este se convirtió en un hombre.

—Bien —comentó Crombie, palpándose para asegurarse de su condición—. No te hizo falta mantenerme embotellado. Durante todo el tiempo pude escuchar lo que hablabais. —Se volvió hacia Chester—. Y tú, masa con cabeza de casco..., luché contigo sólo porque el coral me controlaba. Una vez que eso se arregló, no tenías que temerme.

Chester se envaró.

—¡Temerte a ti! Cerebro de plumas...

—Cuando quieras que nos batamos de nuevo, cola de caballo...

—Ya es suficiente —intervino con voz suave el Rey, y los dos, aunque a regañadientes, callaron.

El Rey Trent sonrió, mirando de nuevo a Bink.

—A veces pasas por alto lo obvio, Bink. Deja que Chester te dé su Respuesta.

—¿A mí? Pero es suya...

—Claro, te la ofrezco —dijo Chester—. A mí no me hace falta.

—Pero yo ya dispongo de un deseo que no puedo emplear, y...

—Y, ahora, emplea la Pregunta de Chester para formularle al Mago lo que debes hacer con tu deseo —aconsejó el Rey.

Bink se volvió a Humfrey. El hombre roncaba apagadamente, hundido en un cómodo sillón. Se produjo una extraña pausa.

Grundy se acercó al Mago y tiró de su tobillo.

—Ponte a trabajar, enano.

Humfrey se despertó con un leve sobresalto.

—Dáselo a Crombie —contestó el Mago antes de que Bink abriera la boca, y volvió a quedarse dormido.

—¿Qué? —exclamó Chester—. ¿La Respuesta por la que tanto sudé le da un deseo gratis al pájaro?

Lo mismo se preguntó Bink; sin embargo, le tendió la burbuja-deseo a Crombie.

—¿Puedo preguntarte en qué vas a utilizarlo?

Crombie meditó durante un instante, algo inusual en él.

—Eh, Bink, ¿recuerdas a aquella ninfa, la que...?

—Joya —corroboró Bink—. Me aterra tener que explicarle esa cuestión a...

—Bueno, pues..., yo, eh, tenía un fragmento del espejo mágico conmigo en la botella, y lo utilicé para ver a Sabrina, y...

—Me temo que la constancia nunca ha sido su fuerte —intervino el Rey—. De todas formas, no creo que fuerais el uno para el otro.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Bink, perplejo.

—Me estaba engañando —contestó Crombie con una mueca—. Casi cuando me tenía a punto..., pero el otro hombre está casado, así que pensaba decirme que el niño era mío, y..., ¡sabía que no podía confiar en una mujer!

Así que Sabrina había abandonado a Crombie del mismo modo que a Bink, justo antes de conocer a Camaleón. No obstante, planeaba casarse con Crombie..., que le había prometido que se casaría con ella a menos que antes se casara con otra.

—Lo siento —repuso Bink—. Creo que lo más sensato es que lo olvides. No tiene ningún sentido que desperdicies un deseo en la venganza.

—No, no es eso lo que tenía en mente —le aseguró Crombie—. Ahora no confiaría en ninguna mujer. Sin embargo, creo que podría amar a una ninfa...

—¿Joya? —inquirió Bink, sorprendido.

—No espero que lo creas —dijo Crombie seriamente—. Ni yo mismo me lo creo. Pero un soldado ha de enfrentarse a la realidad. Perdí la batalla antes de que empezara. Allí estaba yo, tendido en la grieta en la que me heriste, Bink. No te culpo

por ello; fue una buena lucha, pero la herida me dolía como no te lo puedes imaginar. Y, de repente, apareció ella, oliendo a pino y a gardenias, con el elixir curativo. Nunca en mi vida vi algo tan dulce. Era débil y titubeante, como una ninfa. No representaba amenaza alguna para un hombre, y menos aún para un soldado. Ninguna competencia. La clase de mujer con la que de verdad podría llevarme bien. Y la forma en que permaneció a tu lado... —Crombie sacudió la cabeza—. Esa es la causa por la que, después de señalarte la dirección del antídoto, retorné al interior de la botella. No haría nada que lastimara a esa ninfa y, si te hubiera matado, la habría destrozado también a ella. Pero, si tú conseguías el antídoto, te desenamorarías de ella, que era lo que yo quería que sucediera. Es preciosa y leal. Sin embargo, como aún te ama...

—Es inútil —dijo Bink—. Nunca más la veré y, aunque me encontrara de nuevo con ella... —Se encogió de hombros—. No puede haber nada entre los dos.

—Así es. Por lo tanto, si a ti no te importa, aceptaré esta esfera y desearé que ella beba un poco de la poción de amor..., y que sea yo la primera persona a la que vea. Entonces, ella sentirá lo mismo que tú sentiste por ella. Sólo que yo estoy libre. Y he llegado a la conclusión de que tendré que casarme con alguien.

Crombie era un soldado valiente y un hombre atractivo. Tarde o temprano, el amor que comenzara la poción se volvería real. El dolor que sentía Joya por lo que Bink le había hecho cuando la derribó con la espada haría que la transición resultara más fácil. Salvo...

—Pero a ti te gusta viajar mucho —comentó Chester, antes de que Bink pudiera plantear la misma objeción—. Ella vive en el mundo subterráneo, plantando piedras preciosas. Es su trabajo; no lo abandonaría.

—Nos separaremos..., y nos volveremos a reunir —respondió Crombie—. La veré de vez en cuando, no todo el tiempo. Es como me gusta. Yo soy un soldado.

Y así, de forma sencilla, quedaba arreglado el problema de Bink.

—¿Y qué pasa conmigo? —inquirió Grundy—. Sin pico de pájaro, no tengo trabajo. Ahora soy real; no puedo desaparecer.

—De vez en cuando surge la necesidad de alguna traducción aquí en la corte —comentó el Rey—. Te buscaremos un trabajo. —Miró a todos—. Creo que con esto es suficiente por esta noche. Se os han preparado a todos unas cámaras en palacio.

Al concluir esas palabras, los escoltó fuera. Bink fue el último en marcharse.

—Yo..., siento todos los problemas que he causado —se disculpó—. El Buen Mago trató de advertírmelo, y lo mismo hizo el demonio Beauregard, pero no les presté atención. Sólo porque deseaba conocer la fuente de la magia...

—Olvídalo, Bink —le dijo el Rey, con una sonrisa tranquilizadora—. Yo era consciente de que existía un elemento de riesgo cuando te envié en esa misión...; yo sentía la misma curiosidad que tú por conocer cuál era la fuente de la magia, y pensé

que la persona más idónea para descubrirla eras tú, que te verías protegido por tu talento. Estaba convencido de que tu magia te haría volver a salvo.

—Sin embargo, mi talento se perdió cuando desapareció la magia, y...

—¿De veras, Bink? ¿No te pareció curioso que el retorno del Demonio fuera tan fortuito?

—Bueno, quería un lugar privado para...

—Que podría haber buscado en cualquier sitio del universo. ¿Qué le trajo realmente de vuelta? He llegado a la conclusión de que fue tu talento, que todavía velaba por tu bienestar a largo plazo. Tu matrimonio estaba pasando un momento de crisis, así que tu magia preparó una situación extraordinaria para arreglarlo.

—Yo..., ¡no puedo creer que mi talento funcione para afectar al origen de la propia magia! —protestó Bink.

—Yo sí. El proceso se llama realimentación y, de hecho, puede, lo hace, reflejarse profundamente en el origen. La misma vida puede contemplarse como un proceso de realimentación. Pero, aunque ese no fuera el caso, tu talento podría haber anticipado la cadena de acontecimientos y establecer un curso de acción que, inevitablemente, haría que la magia regresara a la Tierra de Xanth, del mismo modo que una flecha que se dispara al aire está obligada a retornar...

—Eh, cuando luchamos contra las constelaciones, las flechas de Chester no...

El Rey sacudió la cabeza.

—Olvida mi inadecuada analogía. No te aburriré más con mi perspectiva Mundana. Me satisface el resultado de tu búsqueda, y tú también deberías estarlo. Sospecho que, si hubiera existido otro motivo para liberar al Demonio, X(A/N)th jamás habría regresado a nuestro reino. Aunque, en este momento, la cuestión es académica. Hemos de buscarte otra ocupación, pero no hay prisa. Ve a casa a ver a tu mujer y a tu hijo.

—¿Mi hijo?

—Oh, ¿no te lo mencioné? Al anoecer te convertiste en el padre de una criatura con poderes de categoría de Mago, mi posible sucesor al trono..., llegado el momento. Creo que el talento del niño es el regalo que eligió para ti el Demonio, y, tal vez, otra de las causas por las que tu talento te hizo emprender esta aventura.

—¿Qué talento posee el bebé? —preguntó Bink, un poco mareado. Su hijo... ¡un Mago declarado desde su nacimiento!

—¡No pienso estropearle la sorpresa diciéndotelo! —El Rey Trent le dio una amistosa palmada en el hombro—. ¡Tu vida hogareña ya no volverá a ser aburrida!

Bink emprendió la marcha hacia su casa. Los talentos jamás se repetían en la Tierra de Xanth, con la posible excepción de los demonios, así que su hijo no podía ser un transformador, como el Rey; o un amo de las tormentas, como el Rey anterior; o un adaptador mágico, como el Rey Roogna, que había construido el Castillo

Roogna; o un ilusionista, como la Reina Iris. ¿Qué sería, que se manifestaba tan pronto?

A medida que se acercaba a su casa, situada en el borde de los terrenos de palacio, y olía el leve aroma residual del queso que la formaba, los pensamientos de Bink se centraron en Camaleón. Sólo había transcurrido una semana desde que la dejara, pero parecía un año. Ahora se hallaría en su fase normal, con un aspecto y una inteligencia corrientes: la que él prefería. Las preocupaciones que sintieron por la venida del bebé ya habrían acabado; el niño no cambiaba como ella, y tampoco poseía un talento oculto como el de Bink. El amor que sentía por ella experimentó una dura prueba con la poción de amor y la disponibilidad de una alternativa adorable. Qué alivio sentía al saber que Crombie iría en pos de la ninfa..., aunque bien podía tratarse de otra acción de su talento. De cualquier modo, ahora Bink sabía cuánto amaba a Camaleón. Si no hubiera vivido esta aventura, quizá nunca lo habría descubierto. El Rey tenía razón; él...

Alguien salió de la casa. Proyectaba una sombra triple bajo la luz de las tres lunas, y era hermosa. Corrió a su encuentro con una exclamación de júbilo, la abrazó y... descubrió que no era Camaleón.

—¡Millie! —exclamó, soltándola en el acto. Poseía una atracción sexual extraordinaria; pero a quien deseaba era a Camaleón—. ¡Millie, la fantasma! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cuidando de tu esposa —contestó Millie—. Y de tu hijo. Creo que me va a gustar ser niñera otra vez. En especial de una persona tan importante.

—¿Importante? —preguntó Bink, sin comprender.

—¡Habla con las cosas! —farfulló ella, con entusiasmo—. Quiero decir que les hace gú-gú, y las cosas le responden. Su cuna le canta, su almohada grazna como un pato, una roca me advirtió que no tropezara con ella para no tirar al Mago...

—¡Comunicación con lo inanimado! —jadeó Bink, comprendiendo la importancia que tenía—. Nunca se perderá, porque todas las rocas le indicarán el camino. Nunca padecerá hambre, porque un lago le comunicará el mejor lugar para pescar, o un árbol..., no, un árbol no, es un ser vivo..., alguna roca le dirá dónde encontrar fruta. Podrá aprender más que el propio Mago Humfrey, ¡y sin tener que establecer pactos con los demonios! Aunque algunos de mis mejores amigos son demonios, como Beauregard... Nadie podrá traicionarle, porque las paredes le revelarán cualquier intriga tramada contra él. Podrá...

Una forma sombría se cernió en la oscuridad, derramando trozos de tierra. Bink cogió su espada.

—¡Oh, no, no hay peligro! —gritó Millie—. ¡Se trata de Jonathan!

—No es un hombre... ¡es un zombi! —protestó Bink.

—Es un viejo amigo mío —dijo ella—. Le conocí cuando el Castillo Roogna era

nuevo. Ahora que he vuelto a la vida, se siente responsable por mi bienestar.

—Oh. —Bink se dio cuenta de que aquí había una buena historia..., pero, de momento, lo único que deseaba era ver a su esposa y a su hijo—. ¿Es el mismo zombi con el que me encontré...?

—En el jardín —concluyó ella—. Se perdió en el laberinto de la Reina, la noche de la fiesta de aniversario. Luego fue a buscarme al interior, y resultó adobado. ¡Hizo falta un buen hechizo para cancelar al otro! Ahora estamos buscando un hechizo que le devuelva también la vida, para que... —Se ruborizó.

No había duda de que el zombi, en vida, fue algo más que un amigo. Millie, en aquella fiesta, había mostrado un interés embarazoso en el propio Bink; pero parecía que la aparición del zombi había acabado con ese deseo. Otro cabo suelto que el talento de Bink se había encargado de atar.

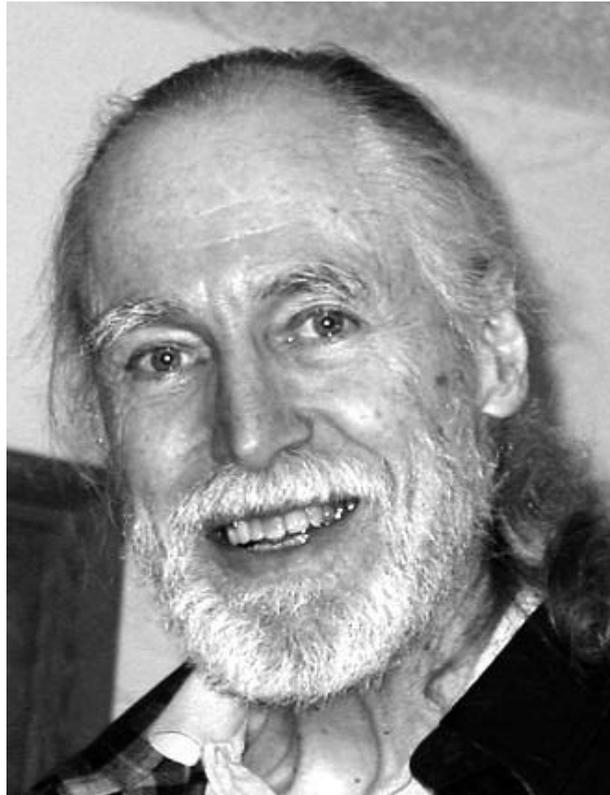
—Cuando mi hijo crezca, le podremos pedir que lo averigüe —señaló Bink—. En algún lugar debe de haber una roca que sepa el emplazamiento del hechizo que pueda restaurar a la vida a los zombis.

—¡Oh, sí! —exclamó Millie, extasiada—. ¡Oh, gracias!

Bink miró al zombi, aunque no le ofreció estrecharle la mano.

—Creo que tú fuiste otro presagio para mí, Jonathan. Cuando te vi la primera vez, anunciabas la muerte con todos sus horrores: la muerte de la magia. Sin embargo, a través de esa muerte, hallé una especie de renacimiento..., y lo mismo te ocurrirá a ti.

Bink se volvió hacia la puerta de la casa, dispuesto a reunirse con su familia.



PIERS ANTHONY DILLINGHAM JACOB (6 de agosto de 1934, Oxford, Inglaterra) es un escritor de ciencia ficción y fantasía, el cual firma sus libros como Piers Anthony. Ha escrito varias novelas e historias cortas, pero es conocido por sus libros, especialmente por la serie de ciencia ficción sobre el universo de Xanth. Muchos de sus libros han aparecido en la lista de los más vendidos del New York Times. Unos de sus mayores logros ha sido publicar un libro para cada letra del alfabeto, desde *Anthonology* a *Zombie Lover*.

La familia de Anthony emigró a los Estados Unidos desde Gran Bretaña cuando este era niño. Se convirtió en ciudadano naturalizado a los veinte años de edad. Tras dos años de servicio militar, enseñó brevemente en una escuela pública antes de convertirse en escritor a tiempo completo. Anthony estuvo brevemente incluido en la Lista Negra, y por ello cree un deber ayudar a los aspirantes a escritores a evitar las casas editoriales tradicionales y su dominio en la industria. En muchas ocasiones ha cambiado de un editor a otro (llevándose de paso una serie de éxito) cuando ha sentido que los redactores trataban de forzar indebidamente con su trabajo. Incluso ha demandado a editores por falsa contabilidad, ganando los juicios. Mantiene una encuesta sobre editores en Internet, como un medio más de apoyar a los aspirantes a escritor. Por este servicio ha ganado el «Special Recognition for Service to Writers» de «Preditors and Editors», una guía para autores de editores y casas editoriales. Durante un tiempo fue socio capitalista de una editorial por Internet que ha sido adquirida por Random House. Además de su granja de silvicultura, ha sido socio

capitalista de empresas especializadas en tecnologías sobre alimentación vegetariana. Muchas de sus novelas populares han sido consideradas para hacer una película, aunque ninguna se ha llevado a fin. No obstante, sí se ha hecho un videojuego. Las novelas de Piers Anthony terminan generalmente con un largo capítulo de Nota del Autor, en el que habla de sí mismo, su vida, sus experiencias y como se relacionaron con el proceso de escribir la novela. Mantiene a menudo correspondencia con los lectores y cualquier hecho del mundo real puede influenciar en la novela. Anthony reside con su esposa en una granja de árboles que posee en Florida.

# Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre las fórmulas matemáticas, rematadas por la expresión «th», elevado a la potencia «n», y los nombres de los demonios: Earth Tierra, Death Muerte, Depth Profundidad, Tenth Décimo y, por supuesto, el demonio principal, Xanth.<<